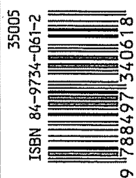
A lo largo de los siglos la homosexualidad ha estado presente en la historia de la literatura en mayor o menor medida. Se ha manifestado en miles de páginas y en multitud de formas: novela, poesía, cuento..., pero siempre con una característica: su permanencia, pese a la burla y condena a que se ha visto sometida.

Este deseo homosexual ya puede apreciarse, por escrito, hace más de veinticinco siglos en los grandes poetas griegos, y se ha mantenido incólume hasta hoy: Safo, Anacreonte, Catulo, Virgilio, Horacio, Christopher Marlowe, William Shakespeare, Lord Byron, Walt Whitman, Arthur Rimbaud, Constantinos Cavafis, Amado Nervo, Gertrude Stein, Federico García Lorca, Luis Cernuda, Jean Genet, Tennessee Williams, Gloria Fuertes, Pier Paolo Pasolini, Reinaldo Arenas, Rainer W. Fassbinder... son algunos de los autores más representativos de esta obra y de esta opción sexual y sus sentimientos.

Amores iguales, concebida temática y cronológicamente con la intención de glosar el mayor número posible de autores, y guiándose sobre todo por la calidad de los poemas seleccionados, es la primera antología general gay/lésbica en lengua española. De hecho, viene a suplir un importante vacío en un campo ya abordado por algunos precedentes clásicos ingleses y alemanes. Este libro aporta, además, la posibilidad de leer textos hasta hoy inéditos y reunir estilos tan diversos como: la época griega, el Renacimiento, el Barroco, el Romanticismo, el Simbolismo, el Modernismo o el llamado Grupo de Nueva York.

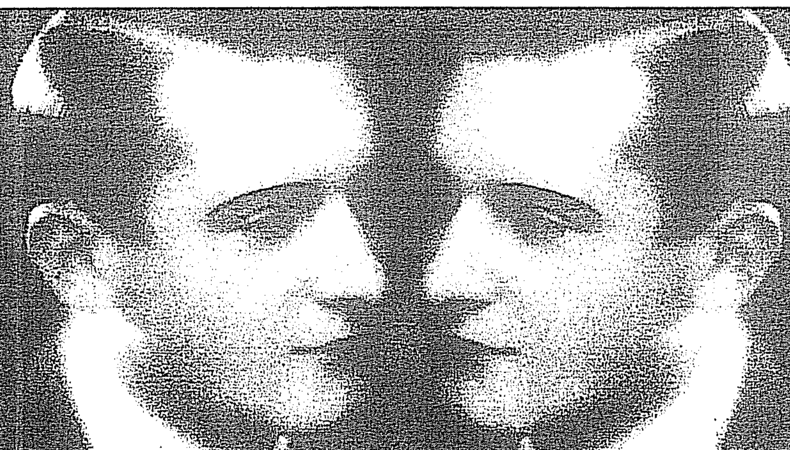


la esfera de los libros

Luis Antonio de Villena

Antología de la poesía gay y lésbica





Amores iguales

Antología de la poesía gay y lésbica

Edición y prólogo de Luis Antonio de Villena





Luis Antonio de Villena nació en 1951 y publicó su primer libro de poemas en 1971. Por su poemario *Huir del invierno* recibió el Premio de la Crítica de 1981, y su obra lírica, hasta hoy, se encuentra reunida en *La belleza impura (Poesía. 1970-1989)*. *Celebración del libertino* (1998) fue galardonado con el XIX Premio de Poesía Ciudad de Melilla. Ha publicado también novelas y relatos, así *Amor pasión* (1983), *En el invierno romano* (1986) o *Chicos* (1989). Entre su abundante y sugestiva obra narrativa destacamos *Fuera del mundo* (1992), *Divino* (1994), *El burdel de Lord Byron* (Premio Azorín 1995), *Fácil* (1996), *El charlatán crepuscular* (1997), *Oro y locura sobre Baviera* (1998), *Madrid ha muerto* (1999) y *Pensamientos mortales de una dama* (2000). Entre sus ensayos se encuentran *El libro de las perversiones* (1992), *Leonardo da Vinci. (Una biografía)* (1993), *Carne y tiempo. Lectura e inquisiciones sobre Constantino Kavafis* (1995), *Biografía del fracaso* (1997), *El ángel de la frivolidad y su máscara oscura* (1999), *El mal mundo* (Premio Sonrisa Vertical 1999), *Caravaggio, exquisito y violento* (2000), *Wilde total* (2001); al final de ese mismo año publicó el libro de poemas *Las herejías privadas*, que tanto ha llamado la atención.

Otro título de la colección:

MUJERES DE CARNE Y VERSO
Antología poética femenina en lengua española del siglo XX
Edición de Manuel Francisco Reina

Gertrudis Gómez de Avellaneda, Concepción Arenal, Carolina Coronado, Rosalía de Castro, Alfonsina Storni, Concha Méndez, Rosa Chacel, Dulce María Loynaz, Josefina de la Torre, Gloria Fuertes, Trinidad Mercader, Carmen Martín Gaite, Alejandra Pizarnik, Pureza Canelo, Ana María Moix, Ángeles Mastretta, Fanny Rubio, Ana Rossetti, Dulce Chacón, Zoé Valdés, Blanca Andréu, Espido Freire... *Mujeres de carne y verso* es una antología compuesta por más de ciento cincuenta poetas españolas e hispanoamericanas representativas de los distintos movimientos literarios, desde el Romanticismo hasta nuestros días. Escritoras valientes, beligerantes y atrevidas que confirman su condición de mujer y ejercen su derecho de habitar el mundo de una manera poética.

Amores iguales

Antología de la poesía gay y lésbica. Panorama general

Edición, selección y prólogo de
Luis Antonio de Villena

la esfera literaria

Primera edición: mayo de 2002

Avenida de Alfonso XIII, 1, bajos
28002 Madrid
Teléf.: 91 296 02 00 Fax: 91 296 02 06
Pág. web: www.esferalibros.com

Diseño de cubierta: Gloria Gauger
Fotografía de cubierta: Giannetto Bravi, *Cercando la tua piccola bocca scarlatta,* 1997
ISBN: 84-9734-061-2
Depósito legal: M. 19.481-2002
Fotocomposición: Versal AG, S.L.
Impresión: Cofás
Encuadernación: Méndez
Impreso en España-*Printed in Spain*

Índice

Prólogo 11
Safo 29
Anacreonte 32
Teognis 34
Píndaro 37
Teócrito 39
Tres poetas de la «Antología Palatina» 41
Catulo 44
Virgilio 47
Horacio 51
Tibulo 55
Marcial 58
Estacio 60
Ausonio 63
Abu Nuwas 65
Al Mutamid 67
Ben Quzmán 69
Ibn Sara As-Santariní 75
Ben Sahl de Sevilla 77
Muhammad Al Nawadji 80
Antonio Beccadelli, el Panormita 83
Miguel Ángel Buonarroti 85
Christopher Marlowe 88
Luis de Góngora 91
William Shakespeare 94
Dos anónimos del Siglo de Oro español 97
Richard Barnfield 99
Théophile de Viau 101
Denys de Saint-Pavin 103
John Wilmot 105
Sor Juana Inés de la Cruz 107

Lord Byron 111
August von Platen 114
Walt Whitman 117
Christina Rossetti 120
Paul Verlaine 122
Arthur Rimbaud 126
Verlaine y Rimbaud 129
A. E. Housman 131
Frederick Rolfe, «Barón Corvo» 134
Constantinos Cavafis 137
Jacinto Benavente 140
Wu Tsao 143
Stefan George 146
Pierre Louÿs 149
Lord Alfred Douglas 152
Amado Nervo 154
Theodore Wratislaw 156
Amy Lowell 158
Gertrude Stein 161
Marqués de Campo 165
Renée Vivien 170
Porfirio Barba-Jacob 173
H. D. 177
T. E. Lawrence (Lawrence de Arabia) 184
Fernando Pessoa 186
Jean Cocteau 191
Vita Sackville-West 196
Federico García Lorca 198
António Botto 206
Luis Cernuda 209
Marguerite Yourcenar 214
César Moro 217
Salvador Novo 220
Juan Gil-Albert 224
Sandro Penna 228
W. H. Auden 231
Emilio Ballagas 236

Stephen Spender 243
Jean Genet 246
Juan Bernier 253
Virgilio Piñera 256
Tennessee Williams 259
Ricardo Molina 263
Gloria Fuertes 267
Jorge Eduardo Eielson 270
Pier Paolo Pasolini 275
Pablo García Baena 278
Eugénio de Andrade 282
Julio Aumente 285
Jack Spicer 288
Allen Ginsberg 291
Blai Bonet 294
Frank O'Hara 297
John Ashbery 300
Jaime Gil de Biedma 302
Adrienne Rich 307
Vicente Núñez 310
Thom Gunn 313
Claude Michel Cluny 318
Francisco Brines 320
Rafael Pérez Estrada 324
John Giorno 327
Mutsuo Takahashi 330
Juan José Hernández 334
Cristina Peri Rossi 337
Javier Lostalé 340
Reinaldo Arenas 345
Dario Bellezza 349
Raúl Gómez Jattin 353
Rainer W. Fassbinder 357
José Infante 359
Gino Hahnemann 363
Biel Mesquida 366
Al Berto 368

Leopoldo María Panero 370
Dionisio Cañas 373
Detlev Meyer 376
Luis Antonio de Villena 379
Maria Merçé Marçal 383
Mario Montalbetti 386
David Trinidad 391
Dennis Cooper 395
Francisco X. Alarcón 399
Luis Martínez de Merlo 402
Carol Ann Duffy 405
Andrea Luca 408
Maurizio Gregorini 410
Leopoldo Alas 413
Jean-Yves Masson 417
Juan Antonio González Iglesias 419
José António Almeida 423
Nelson Simón 425
Luis Muñoz 429
Índice de poemas 433

Prólogo

AMORES IGUALES

(La trayectoria)

La historia de la homosexualidad —como la sentimos hoy— empieza por un insulto. Su mundo, su reaparición, su cultura, será, consiguientemente, la recuperación del prestigio. Los modernos movimientos gay y lésbicos (cuya problemática, acaso como signo de salud mejor, va ganando complejidad y visibilidad) se preguntan hoy, entre las múltiples búsquedas de identidad, si puede hablarse de una *cultura homosexual* y en tal sentido, y después, de una literatura o poesía homosexuales, que posean un sello, algo distintivo respecto a la cultura heterosexual... Es obvio ya que la historia de la homosexualidad —del deseo homosexual— es la historia de un rechazo, de una afrenta y de un silencio. Y la cultura —y sobre todo la literatura homosexual— sería entonces el espacio, la lucha en muchas ocasiones, para romper la opacidad, el interdicto y sobre todo el silencio, bajo el cual —condenados— han padecido tantísimos seres... Nunca se repetirá bastante que *pecado nefando* (como la Iglesia católica tituló la homosexualidad) significa el pecado que *no puede decirse,* que ni siquiera puede decirse...

Junto a esto, evidentemente, habría que considerar que las literaturas se crean por una continuada tradición de lengua y estilos. Así es que —tomemos un ejemplo muy clásico— ¿a qué pertenecería André Gide? ¿A la narrativa homosexual de principios del siglo XX, aunque bastantes de sus libros, *La sinfonía pastoral* por ejemplo, no tienen explícita temática homoerótica? ¿O mejor a la literatura francesa en el cruce entre el simbolismo, la apertura de la modernidad y los problemas del compromiso? A mi saber el segundo rótulo explica mucho mejor la obra de Gide, añadiendo que fue homosexual, ejerció de tal, escribió sobre el tema —su mítico *Corydon,* 1911— y quiso, valientemente entonces, que los demás supieran su condición. Habría que agregar también que, como tantos homosexuales entonces y aún ahora, André Gide se casó y más tarde tuvo una hija, con otra mujer... Gide fue y quiso ser homosexual, pero

¿podría calificarse, sin grave reduccionismo, su literatura de *homosexual* a secas? No sabemos si algún erudito llegará a descubrir estilemas *gays* en las obras de algunos autores, lo que en el mejor de los casos daría pie a un *estilo gay,* que no a una literatura homosexual o lésbica. No entraré más en un tema complejo que desborda mi propósito ahora: de lo que, sin embargo, no puede quedar duda alguna es de que la homosexualidad —el deseo entre personas del mismo sexo— al ser una realidad, aun en sus más duros momentos, es un tema, un mundo que condiciona al autor y a los lectores. Y en tal sentido sí cabe un gran apartado, que es el que esta antología se propone: el tema gay y lésbico como una corriente que casi nunca ha dejado de estar en la literatura, aunque durante siglos —inevitablemente bajo la férula judeocristiana— haya sido para mal: sátiras, burla o condenas. Cómo la poesía ha expresado —y expresa— la naturalidad del amor entre sexos iguales o ver cómo, y bajo qué condiciones, ha quebrado el interdicto y el silencio, es el propósito básico de esta antología. Demostrar, someramente, que la temática homosexual no es, en absoluto, una anécdota. El lector sacará de ello los significados que quiera. Aunque como se trata de poesía —y por tanto de arte— en la selección de poetas y poemas, dentro de lo disponible, no sólo se hace valer el tema sino además la calidad literaria del resultado. Algunas antologías de *poesía gay* de ahora mismo (cuando el tema y quienes lo usan se han multiplicado por más de diez respecto a épocas anteriores) suelen adolecer de dar por bueno cualquier texto de explícito asunto *gay,* aunque su calidad literaria sea bajísima. Eso no es culturalmente razonable, y en lo posible, he querido evitarlo.

* * *

Para algunos tratadistas (incluso para el muy sagaz Didier Eribon en *Reflexiones sobre la cuestión gay,* 1999) los homosexuales de la segunda mitad del siglo XIX levantaron el ideal luminoso de la tolerancia o naturalidad del paganismo grecorromano con el sexo, y más específicamente con la homosexualidad, como una respuesta y una defensa prestigiosa contra la agresión violentísima a la que les sometían la moral y las leyes victorianas. Pero, siendo esto cierto (en Walter Pater o en John Addington Symonds), no es lícito olvidar que la construcción de ese *paraíso* grecolatino de una moral distinta aparece ya en la obra del teórico

Johannes Joachim Winckelmann, en el siglo XVIII, y desde luego preside —también en lo sexual, pero incluyendo otras zonas de la moral y del arte— buena parte del *Quattrocento* italiano y el ideal del Renacimiento mismo hasta que choca con la moral cristiana, fuera católica o protestante. ¿La moral sexual de Grecia y de Roma era igual —teniendo en cuenta la existencia de la esclavitud— a la que teóricamente existe en el mundo actual pero además sin el yugo aún del judeocristianismo impuesto? Desde luego, no. Quizá algunas ciudades de la época posalejandrina o la Roma de los Antoninos (en el siglo II de nuestra era) pudieran parecerse a la tolerancia y la pluralidad que hoy se pretende, en un orbe cultural muy diverso. Pero no es el caso de la tan mentada Atenas... En la Atenas de Platón y de Pericles (así como en Esparta o Creta, de forma más guerrera, o en otras ciudades de estirpe doria) la pederastia era esencialmente un rito de paso. Un hombre maduro enseñaba a un muchacho (al que simbólicamente raptaba, al que amaba y cuidaba un tiempo) las *virtudes* del guerrero o del ciudadano... Fuera de ese ámbito iniciático —pensemos en alguna comedia de Aristófanes— la homosexualidad pertinaz, duradera o constitutiva podía ser ridiculizada o satirizada, pero no solía ser ni castigada ni perseguida. Se condenó a Sócrates por corromper a los jóvenes, pero no sexualmente —aunque gustase de pasear por las palestras, entre muchachitos atletas— sino con sus ideas. Como sea, la pederastia espartano/ateniense, que ya no existía como institución en la época romana, dejó —con el mismo paganismo— una estela de prestigio en el amor de los adultos por los jóvenes o muy jóvenes varones (el caso de Safo fue otra cosa, un círculo de mujeres separadas un tiempo del trato con los hombres) que recorrió la Antigüedad hasta el pleno triunfo del cristianismo. Roma aceptó —pese a ocasionales campañas de ascetismo moral— ese legado griego (el prestigio pederástico) y metió las relaciones entre varones o entre mujeres (estas últimas siempre menos habladas) en la gran permisividad pagana, que no excluía —como dije— la burla hacia los excesos. Sólo así se entienden los chistes sodomíticos de Marcial o las chanzas de Catulo sobre César —diríamos hoy demasiado maricón o *pasivo*— al tiempo que el propio Catulo, magnífico poeta, dedica bellísimos poemas de delicado amor a su erómeno Juvencio, tan querido como Lesbia, aunque menos trágicamente. Escribí en mi libro sobre *Catulo* (1979): «Para Catulo las aventuras con muchachos son algo natural, también por tanto lo es, que César o Mamu-

rra o Talo las busquen. Ahora bien cuando los llama, indignado, "cinaedus" (marica) o "pathicus" (bardaje, bujarrón, sodomita pasivo) alude más bien a un vicio por exceso que a una tacha moral. Es decir les reprocha su falta de gusto en esos amores, su vulgaridad o la demasía indiscriminada con que se entregan a ellos. (...) En cualquier caso el insulto no se refiere a un mal moral —como hoy— sino a un exceso o a una desviación tenida como de peor gusto.» Bajo tal óptica —la de una prestigiosa pederastia, que nada tenía que ver con *niños,* como se malinterpreta hoy, y la plural permisividad del paganismo— han de ser leídos todos los poetas de la Antigüedad grecorromana. Tengo yo la idea de que, después, muchos políticos, historiadores y escritores (muchos hombres cultos, siempre en minoría) han soñado, de un modo u otro, prestigiándola, con recuperar aquella paganidad que primero Constantino y más definitivamente Teodosio concluyeron por clausurar —pero no en el secreto de ciertos corazones— bajo el peso y la dura señal de la Cruz, que se quería benévola y no lo fue tanto.

* * *

Desde finales del siglo IV de nuestra era y hasta más que mediado el XX, la homosexualidad masculina y femenina (será bueno recordar, otra vez, el mayor secreto, pero acaso por lo mismo, la represión más honda si menos visible del lesbianismo) estuvo prohibida, de una u otra manera, en todos los lugares que dominaron las llamadas por los árabes *religiones del Libro,* judaísmo, cristianismo e islamismo... En ese larguísimo período de casi dieciséis siglos —meditemos la cifra— la homosexualidad pervivió, pese a tantos interdictos y culpas, sobre todo en polos opuestos: entre las clases populares, donde un fondo de bisexualidad visceral casi siempre se ha mantenido, lejos de los prejuicios de la formación moral exclusivista, y entre círculos intelectuales, cultivados o artísticos (incluso clericales, sobre todo en la Edad Media) donde el *pecado nefando* —con otros nombres— se amparaba en el prestigio elitista de la cultura pagana, como si (cual acabo de recordar) una secreta añoranza de una Antigüedad verdadera y mitificada ardiera en el corazón de algunos intelectuales de varia clase y especie, que pronto usarían el nombre de Platón —filósofo aparentemente conciliable con el cristianismo— como gran escudo o nobilísimo pretexto... Naturalmente hablamos de una minoría, entre la

que no se encontró Voltaire —ejemplo cimero de la Ilustración— quien, aunque no pidió en su *Diccionario filosófico* (1765) penas explícitas contra lo que significativamente nombra *amor socrático (más fuerte en el hombre que en la mujer,* dice) lo considera antinatural, no pensando o no atreviéndose, el siempre encomiable Voltaire, en la cantidad de homosexuales o sodomitas o lesbianas que procrean.

Pese a todo (entre el no declarado pero práctico bisexualismo y una homosexualidad minoritaria, supuestamente teórica, *platónica* y llena de necesarios prestigios culturales) tantos siglos cerrados de prohibición dejaron espacios de tolerancia. Entre los cristianos hay muestras (en latín) de que, sobre todo antes del siglo XII, se toleraron fraternidades o amores masculinos en ámbitos eclesiásticos, estudiados por el fallecido John Boswell en sus libros —cito la traducción española— *Cristianismo, tolerancia social y homosexualidad,* editado originalmente en 1980, y *Las bodas de la semejanza* (1994). En el ámbito islámico esa permisividad fue más explícita, como muestran muchos poetas y no pocos cuentos de *Las mil y una noches,* por ejemplo durante el califato abasida en Bagdad o en Al Andalus bajo los omeyas y en los llamados *reinos de taifa.* Almohades y sobre todo almorávides fueron, en la Edad Media, algo muy parecido al actual integrismo. Desde Persia y el Irak de hoy hasta el Occidente musulmán, el *prestigio* homoerótico (que en Abu Nuwas se amparaba en el simple gusto libertino, entre la élite culta) vino de la mano de concepciones como el *amor udrí* —supuestamente virginal, sin sexo, pero que podía darse entre varones— y cierta poesía mística sufí, donde términos como *amado* y *vino* o *embriaguez,* según la ortodoxia religiosa que quiera aplicarse al texto, admiten plurales lecturas, no ajenas —a menudo— a una sensibilidad homoerótica, generalmente de tinte pederástico o juvenil. En el prólogo a su famosa antología *Poemas arabigoandaluces* (1930) Emilio García Gómez escribió: «Abundan también otros fragmentos en que, más o menos abiertamente, se alude al amor griego. En varios de ellos se canta al mancebo barbiponiente, bien para decir que con el bozo se ha acrecido su belleza, o para declararla conclusa. (...) Toda ella —la lírica árabe— revela una frenética adoración por la belleza física» (y no sólo femenina). Y, en efecto, así comienza un poema, titulado *El vello,* de Ben Rasiq de Masila, que vivió entre el año 1000 y el 1070: «Era barbilampiño, de un puro color de oro, capaz de hacer llorar de amor a una nube sin agua...» Como la Biblia, el Corán condena la homosexualidad, pero Abu Nuwas (un poeta contemporáneo de Carlomagno) pudo escribir:

A la pregunta: ¿Quieres peregrinar a la Meca?
respondí: «Sí, cuando se agoten los placeres de Bagdad.»
¿Si no salgo de casa de la alcahueta o el vinatero
cómo voy a peregrinar?

Trad. de Josefina Veglison Elías, en *La poesía árabe clásica.* Madrid, Hiperión, 1997.

Naturalmente la Edad Media cristiana conoció asimismo (sobre todo en el otoño de esa Edad Media) poesía satírica o burlesca, de clara voluntad infamante, sobre la condición homosexual. Y así en las *Coplas del Provincial* —de hacia 1470— se alude a la homosexualidad del rey castellano Enrique IV: «¿A cómo vale el ardor / que traéis en vuestra silla?», dice el Provincial al propio fray capellán mayor, don Enrique de Castilla. Pero eso, desde luego, era otra cosa. O simplemente la visión dominante, aunque por lo general ni se veía.

* * *

Los siglos XVI y XVII (en zonas de Italia, también buena parte del XV) vieron el auge del Renacimiento y la caída de esos ideales —aunque asumidos, en cierto modo— que supuso el desengaño Barroco. Nada se atenuó legalmente contra los homosexuales (las religiones no habían cambiado sus dogmas) pero el retorno a ciertos cánones antiguos permitió —sobre todo en el siglo XVI— el crecimiento de un ideal griego o neoplatónico que podía encumbrar (en ámbitos refinados y elitistas) amistades masculinas, del mismo modo que la pintura de la época exaltó la belleza moceril de Sebastianes, Davides y Bautistas —aún dentro del catolicismo— llegando incluso hasta Ganimedes... Nada menos que en sus *Soledades,* nuestro Luis de Góngora, ya en su primera estrofa, compara la belleza del protagonista náufrago con el amado de Zeus: «Cuando el que ministrar podía la copa / a Júpiter mejor que el garzón de Ida...» Naturalmente estaban Miguel Ángel, Marlowe, Shakespeare, muy cerca. O el gran Leonardo. O un pintor, Giovanni Antonio Bazzi (1477-1549) que fue llamado *Il Sodoma,* no sólo por sus costumbres sexuales sino por su generalizada extravagancia. Pero si ya he hablado, muy someramente,

del *prestigio* de apoyarse en Sócrates y Alcibíades, bajo la platónica sombra, no he hablado aún del atrevimiento. Y acaso éste lo representaron mejor que nadie, en el siglo XVII, un grupo de poetas —y pensadores— que en Francia reclamaron el nombre de *libertinos.* Lo *licencioso (la débauché)* llega a ser un ideal relacionado con el naturalismo de Epicuro, y declararse *sodomita* (cierto que, sobre todo, en antologías satíricas, esencialmente anónimas) venía a ser no tanto una definición, cuanto la ostentación de una libertad absoluta, desde luego perseguida desde múltiples instancias, la principal de las cuales fue la muy católica Compañía de Jesús. Théophile de Viau (1590-1626), denominado *jefe de la banda epicúrea,* resulta un claro precedente de Wilde, pues fue procesado por impiedad, libertinaje y sodomía, sufrió dos años de prisión, y el mal estado en que abandonó la cárcel fue causa indirecta de su muerte un año después... A punto de ir a prisión, Théophile —como se le conocía, a secas, dada su gran popularidad en los medios cultivados— escribió una suerte de epístola a un amigo en la que se queja de su abandono, y en la que son bien distinguibles los lazos sentimentales: *La plainte de Théophile à son ami Tircis.* (El lamento de Théophile a su amigo Tircis.) Se supone que el nombre eglógico *Tircis* oculta el de Jacques Vallée des Barreaux (1599-1673) poeta también y su mejor amigo, aunque no el único.

Otro de estos libertinos (que se basaban, entre varios, en el *Tratado* de Pierre Gassendi sobre Epicuro), Antoine Girard de Saint-Amant, había escrito: *Ô que la débauche est douce!* (¡Qué dulce es el libertinaje!). Y otro poeta menor de la época, Claude de Chauvigny, barón de Blot, escribió en similar senda:

No pido otra cosa al Señor
que ser bebedor y follador
descreído y sodomita,
y luego morir
morir luego de muerte súbita.

(Escrito hacia 1640.)

Esa fue, asimismo, la filosofía vital del inglés John Wilmot, segundo conde de Rochester. Y el mundo que late tras un curioso texto en prosa italiana, *Alcibíades, muchacho, en la escuela,* impreso en 1652 bajo las iniciales D. P. A., aunque hoy se supone verosímilmente escrito por el padre Antonio Rocco (1586-1653), veneciano y sodomita, que naturalmente debió

esconder su condición y aficiones... ¿No se supuso que ese fue también antes el *pecado* del filósofo sir Francis Bacon, y antes aún —platonizado— el de Marsilio Ficino? ¿No se supone (de nuevo en el siglo XVII) que la primera mujer ilustre de la poesía inglesa, Aphra Behn, fue lesbiana —o alguna inclinación mostró en ese capítulo— como asimismo se ha supuesto en la virginidad de la gran sor Juana Inés, hacia la misma época?

El siglo XVIII (el de *las luces,* aunque esencialmente en lo alto) no varió demasiado el estado de cosas respecto a la homosexualidad —habría que esperar, en Francia, hasta el código Napoleón de 1810— pero sí cambió el talante y la actitud... Los ilustrados (y especialmente el citado Voltaire) culparon al fanatismo de la Iglesia de casi todos los males de la represión. Y así, si tal como vimos, Voltaire consideró *antinatural* el llamado *amor socrático,* también es cierto que se opuso a la brutalidad de los castigos que se aplicaban a los sodomitas y que podían terminar en la hoguera... Voltaire defendió —era obvio que entre sus amistades contó con notorios homosexuales— que la sodomía consentida no era un mal social y por tanto no precisaba de ningún castigo. En una nota que añadió al también citado artículo sobre el *Amor socrático,* en la edición de 1769, Voltaire lamentaba la ejecución entre las llamas del cura Desfontaines acusado de pederastia. Y hace un juego de palabras sobre las leyes en que se basaba tal condena, redactadas en francés medieval, y atribuidas al rey san Luis... Parece que Voltaire condenaba moralmente —pero sin castigos y menos públicos, no habiendo crimen— lo que en privado no le ofendía, y hasta daba motivo para alguna chanza graciosa. Como sea, seguía siendo —para el ilustrado por excelencia— la Madre Iglesia la principal culpable de fanatismo y crueldades.

Claro que el XVIII es también el siglo del marqués de Sade (que tanto tiempo pasó en prisión) para quien la sodomía era uno más entre los múltiples excesos en su peculiar camino de liberación y destrucción. Pero esa es otra historia. William Beckford (1760-1844), viajero, gran señor y protorromántico, autor del famoso relato *Vathek* (en el que no faltan ingredientes homoeróticos), fue hallado, *in fraganti,* en el castillo de Powerdham, en octubre de 1784, entre los brazos de su joven y adorado William Courtenay, *el adorable Kitty,* hijo de los propietarios de la mansión... A causa de la repercusión del escándalo, Beckford (maestro de Byron, según declaración del poeta) hubo de abandonar Inglaterra por un tiempo... La Ilustración abrió muchos caminos, pero el igualitarismo sexual no fue el primero.

* * *

Hacia mediados del siglo XIX comienza a abrirse, con múltiples precauciones, la etapa de reivindicación de lo homosexual como otro derecho de las personas a regirse por un código moral que no fuera el omnipresente y represor del cristianismo. Estamos aún en esa etapa, pero las diferencias son afortunadamente abismales. Lo que, hacia 1860, era un rasgo de heroísmo rayano en el delito hoy es una reivindicación organizada, que aunque está lejos de alcanzar cuanta pluralidad debiera tener, ha logrado ya cierto nivel de normalización —lejos de la real *normalización,* insisto— impensable entonces. Fueron Alemania e Inglaterra los países pioneros en la aventura. Y dejo de lado, antes, al citado Winckelmann, que prestigió —desde la estatuaria antigua— la belleza juvenil masculina. O a lord Byron, que alardeó desde su fortuna de bisexualidad y malditismo —aunque también le costara el exilio—, o al mismo Walt Whitman que, con cierta inocencia de pionero, y una virilidad sin fisuras, cantó en *Hojas de hierba* (especialmente en la sección titulada *Calamus)* el *amor de los camaradas...* Más que de gestos —importantísimos siempre— se trataría ahora de posturas teóricas que sólo podían iniciarse con una cautela infinita.

Los grandes iniciadores de los movimientos en favor de los derechos homosexuales fueron el alemán Karl Heinrich Ulrichs, que, en 1864, escribe los primeros *estudios sociales y jurídicos sobre el enigma del amor entre hombres,* titulados *Vindex* e *Inclusa.* Ulrichs —que terminó exiliado en Italia— había acuñado, en 1862, el término *uranista* (el *amor celeste* del *Banquete* platónico) para referirse a los homosexuales de un modo, por primera vez, no infamante, aunque reclamando un idealismo que suponía —o podía suponer— la existencia de apasionados amores no necesariamente sexuales... El término *uranista* —que tardó en desaparecer, todavía lo usa André Gide— dejó paso a finales del siglo XIX a la expresión, supuestamente más científica, *tercer sexo,* algo que sacaba a la homosexualidad del pecado y de sus condenas pero que la llevaba al campo de la medicina o la psicopatología, lo que si momentáneamente se tuvo por un evidente avance no dejó muy pronto de mostrar posibles nuevos riesgos: de la cárcel al manicomio. Otro alemán, Magnus Hirschfeld, fundó en 1897 —apenas dos años después de la muerte de Ulrichs— el primer movimiento organizado en defensa de lo homosexual, el Comité Científico y Humanitario, con sede en Berlín, y que llegaría

a ser prestigiosísimo en la Europa de 1920 hasta su destrucción y abolición a manos del nazismo.

En Inglaterra los dos singulares pioneros (podría admitirse, más sibilinamente, al escritor y crítico de arte Walter Pater) fueron Edward Carpenter, un socialista que se declaraba discípulo de Whitman, y el gran ensayista John Addington Symonds, que publicó —casi clandestinamente, en tiradas cortísimas— dos libritos fundamentales para el estudio de la cuestión homoerótica y su vindicación: *A Problem in Greek Ethics,* de 1873 y *A Problem of Modern Ethics* en 1891. El primero es una reivindicación del *amor griego:* sólo la civilización y no la naturaleza puede juzgar malo o perverso hoy lo que fue bueno y noble en los días griegos. El segundo enfrenta el problema del *tercer sexo* y de la psiquiatrización del homoerotismo, volviendo a usar el prestigio griego como escudo y lanza. «El estudio histórico de la Grecia antigua» —escribe a su amigo el doctor Havelock Ellis— «es absolutamente esencial para el tratamiento psicológico de esta cuestión.» El problema ha pasado de la *salud* o *pureza* del asunto —cuenta Didier Eribon— al de su *normalidad.* Symonds —que murió en 1893, dejando una importantísima obra ensayística sobre la Italia del Renacimiento— empezó a escribir con Havelock Ellis un libro, pionero en la cuestión gay, que terminó e hizo suyo el doctor. Se trata de *Sexual Inversion* (La inversión sexual) de 1898, el primer libro que justifica la homosexualidad desde un punto de vista científico...

Como sea (el repaso nos llevaría muy lejos, y aún puede consultarse con provecho el librito de John Lauritsen y David Thorstad, *Los primeros movimientos en favor de los derechos homosexuales, 1864-1935,* traducido al español en 1977 con prólogo de Juan Gil-Albert), queda claro que la primera gran defensa de la condición homosexual se hace —no sin idealismo— reclamando otra vez el prestigio de la Grecia antigua y buscando una teoría —o varias— que vuelven la homosexualidad un hecho más de la plural naturaleza. El *pecado que ni siquiera podía nombrarse entre cristianos* —como quería la Iglesia— empieza, muy lentamente, a ser una posible y libre opción sexual de cada individuo, mujer u hombre. Y lo que la Grecia antigua amparaba no era ya —como en el Renacimiento— la nobleza de un sentimiento o una posibilidad del arte sino, además, la concreta libertad de una persona concreta. Del arte a la vida. Como tantas veces...

Naturalmente el nazismo y los años de la segunda guerra mundial supusieron un parón de alrededor de 20 años (1935-1955) en el proceso que

muy someramente he descrito, que no se caminó sin sacrificio o víctimas. Algunas veces se ha dicho, y es bien cierto, que Oscar Wilde, en 1895, al ser condenado a trabajos forzados, se convirtió en una víctima emblemática; pero no sería justo olvidar después a los miles de homosexuales que murieron —o fueron ejecutados— en los campos de concentración hitlerianos, marcados con el que se quería infamante *triángulo rosa.* A partir de 1955, más o menos —cuando se funda en Francia la culta y moderada revista *Arcadie,* por ejemplo— empieza a retomarse el camino, recuperando, poco a poco, lo ya andado. Inesperadamente (pero en realidad por la fecundidad y hondura de las raíces) el tanto tiempo denostado tren comienza a ganar velocidad... Los años 60 y 70 del siglo XX representan el primer momento histórico (tras la Antigüedad, pero en un contexto muy distinto) en que, modificando leyes y conductas sociales inveteradas, los homosexuales comienzan a hacerse reconocibles y visibles. Normalmente *visibles.* No muchos, y generalmente vinculados a los mundos del arte, pero el paso —a los de más edad— hubo de parecerles auténticamente gigantesco.

Los años 60 y 70 fueron de intenso progreso en los múltiples caminos de aceptación y ampliación de las fronteras de la condición humana. El famoso episodio neoyorquino del bar Stonewall Inn (la noche del 27 de junio de 1969), cuando un grupo de *locas* celebraban el funeral por su emblemática diva Judy Garland, y ante la aparición de la policía que buscaba —como tantas otras veces— dispersarles (o detenerlos) y cerrar el bar, tomaron ese asalto como una represión violenta contra su libertad y derecho a ser como eran, y gritaron y pelearon y buscaron defensas y defensores, no es sino el acto germinal de un símbolo —el camino de la liberación gay— que ya maduraba. De no ser allí, por aquellos mismos días, podría haber ocurrido en otros lugares del mundo occidental, incluso en Londres, pese a que Inglaterra, hasta 1967, mantuvo la misma ley antihomosexual que provocó la condena de Wilde. Stonewall (origen del controvertido *Día del Orgullo Gay)* importa más como emblema que como circunstancia... Es cierto que la aparición del sida (1981-1982) frenó algo los movimientos de liberación gay-lésbicos que tuvieron, inicialmente, que defenderse de una pandemia que afectó a muchos y con la que, además, se les relacionó. Pero lo cierto es que —a partir de 1990-1991— cuando el sida empieza a ser controlado (que no curado aún) los movimientos gay-lésbicos retoman un papel cada vez más fuerte, normalizador y protagónico en todo el mundo occidental y

en Japón *. Cierto que es aún mucho lo que queda por hacer, y no menos cierto que esta relativa *liberación* aún no afecta a muchísimos países del mundo, singularmente la China comunista, o países islámicos o africanos; no es menos cierto que muchos movimientos gay-lésbicos, en las grandes ciudades de Occidente, poseen un constante tufillo de frivolidad e intrascendencia que parece regatearles peso específico —intelectual o político— y aún sigue siendo verdad que a la mayoría de estos movimientos liberadores —aparte quedan los personajes públicos que han declarado su homosexualidad— les falta (como he sugerido) pluralidad. Tienden peligrosamente a uniformar (siguiendo, sin percatarse, la orden de lo *políticamente correcto)* lo que, como siempre, ha de hallar en la pluralidad la mejor de sus riquezas. Esta uniformidad, de otro lado, es menos entendible entre homosexuales, pues si ellos se han hecho visibles reivindicando muy lícitamente su diferencia ¿cómo imponer uniformidad entre sus filas? Ni el hipermasculino ni la hiperloca deben ser modelos a seguir. Habrá conductas, ejemplos. Jamás *modelos* uniformizadores.

Y ahí volvemos, someramente, al inicio: ¿lo homosexual, masculino o femenino, es una cultura? ¿Una literatura, un arte?. Creo que tal pregunta —llena de complejísimos matices fundamentales— hoy por hoy no se puede responder categóricamente. Lo que sí es un hecho —y un alto reclamo de justicia— es la homosexualidad misma. Y de su expresión (sólo de su expresión) trata esta antología. Vuelvo a citar a Didier Eribon: «Nunca ha habido una sola manera de vivir la homosexualidad.» Ni de expresarla o reclamarla. Es bien sabido que el gran Baudelaire —que no era homosexual— pensó como primer título para su obra cimera, *Las flores del mal,* otro que con razón también le parecía entonces *maldito: Las lesbianas*. Baudelaire vio en el amor entre mujeres una fuerza de rebelión y disidencia, y algunos de sus más célebres poemas lésbicos *(Lesbos,* o *Femmes damnées)* fueron condenados por un tribunal correccional,

* En la China y el Japón antiguos —antes de su contacto con Occidente— existe una amplia literatura de tema homosexual, quizá más aun en Japón. Pero es más explícita en prosa que en poesía. Recuerdo, para el lector español, las obras del gran Saikaku Ihara (1642-1693) y especialmente sus *Historias de amor entre samurais,* título de su primera recopilación en nuestra lengua. Laertes, Barcelona, 1982. Dice Tsuneo Watanabe *(La voie des éphèbes,* 1987): «El tabú anti-homosexual en Japón data solo del siglo pasado. En el periodo clásico (siglos XVI a XVIII), junto a los actores que se prostituían, la homosexualidad alcanzó, entre monjes y samurais, la categoría de auténtico amor.»

en 1857, a raíz de la primera edición de *Las flores...*, de cuyas siguientes ediciones debieron suprimirse seis poemas, los lésbicos singularmente. La homosexualidad es pues un poderoso, un amplísimo tema o sentimiento, que ha tenido y tiene que luchar por su libertad y su expresión. La presente antología sólo puede ser un testimonio amplio —que no exhaustivo— de ese tema, de su búsqueda de presencia y libertad, incesantes prácticamente.

* * *

El antólogo quiere hacer constar, finalmente, dos advertencias básicas: esta antología, concebida temáticamente, no quiere prejuzgar, ni prejuzga ni define en modo alguno, la opción sexual íntima de cada autor o autora seleccionados. Muestra pero no define. Por supuesto no están todos los autores posibles.

He trabajado sobre mi propia selección, a la que se han añadido otras dificultades ajenas: no siempre he hallado los originales de textos aún no traducidos al español. Así es que mucho hay y falta mucho, por opción o carencia. Por ejemplo, la poesía de autores rusos del período pre o post-revolucionario: digamos Fiódor Sologub (1863-1927), simbolista decadente, o Mijaíl Kuzmin (1877-1936) —llamado *el Wilde de Petersburgo*— y que anduvo, dentro de la Rusia soviética, entre el acmeísmo y la vanguardia. Ambos publicaron importantes novelas de tema homosexual y también poesía. Aunque alguna de sus novelas está traducida al inglés o al francés —y las conozco— su poesía sigue siendo esencialmente desconocida. A ello se debe su ausencia (que no he sido capaz de remediar) en esta antología. Podrían añadirse más casos, aunque creo que no de igual importancia. Otras veces (siempre contemporáneas, y casi siempre mujeres) han sido los propios autores —insisto, autoras más a menudo— quienes no han querido participar.

Lo que me lleva a la advertencia segunda: hay menos mujeres que hombres en la antología. Ello tiene unas raíces históricas (la preterición y marginalidad tan largas de la condición femenina) que a nadie se le pueden hoy ocultar. Pero también es debido a la menor participación abierta de mujeres (sobre todo en Italia, España o Francia, no tanto en Inglaterra o Estados Unidos) en movimientos que asuman el lesbianismo si no como condición, al menos como temática. Cuando, en el Romanticis-

mo, las mujeres empiezan a adquirir más nítida —y a menudo apasionada— voz en la poesía, la española Carolina Coronado las exhortaba a cantar, a hablar, a romper el silencio. Y dice así en un poema de 1845, *Cantad, hermosas:*

Aquellas mudas turbas de mujeres,
que penas y placeres
en silencioso tedio consumían...

No es idéntico el caso actual, por cierto. Y las *mudas* son menos. Pero el orbe lésbico (con haber crecido tanto) no tiene aún, me parece, la misma presencia o visibilidad que el gay masculino.

Naturalmente —lo insinué ya— esta no es ni podría ser una antología exhaustiva. Faltan nombres, incluso en lo antiguo, y otros no están traducidos, aunque en este apartado hemos hecho un más que considerable esfuerzo. Muchos de los textos que el lector tiene delante (quizá un 20 por 100) se traducen hoy por vez primera al español. Por lo demás, el número de autores de tema gay-lésbico —sobre todo después de la década de 1980— se ha más que redoblado en los países de Occidente. Se precisarían, pues, para reflejarlos, no antologías generales —como esta es— sino parciales, por tiempo e idioma. Por supuesto si hubiese hecho una antología de narradores —que no de poetas— el tema hubiera sido más explícito aún y mayor, creo, el número de escritores contemporáneos. Ahí hubiera ido Oscar Wilde, por ejemplo, pero en cualquier caso creo que la muestra exhibida es amplia y suficiente. Para mantener un tono *clásico* no he incluido a poetas, hombres o mujeres, que no anden rondando hoy, como mínimo, la cuarentena. Claro es que he tenido en cuenta otras antologías de poesía gay, pero creo haber seguido mi propia senda. Es de rigor, no obstante, citar la pionera *The Penguin Book of Homosexual Verse* de Stephen Coote, de 1983. Excelente antología pese a la abrumadora supremacía que concede al mundo y a los autores anglosajones. Otro estilo de antología —el opuesto— es el de la alemana *Ach Kerl ich krieg dich nicht aus meinem Kopf* de Hans Stempel y Martin Ripkens, de 1997, que recoge sólo poesía escrita en alemán y sólo en el espacio cultural del siglo XX. *Amores iguales* quiere ser una antología general, panorámica, pero prestando mayor atención a la poesía escrita en español, en España y América, aunque sin llegar al exclusivismo pobre que suelen ostentar al respecto las antologías anglosajonas.

Aunque puede haber alguna que desconozco —y sé de varios proyectos— esta es, por hoy, la primera antología general gay-lésbica, en libro, en lengua española. Antología que sólo puede ir dedicada —utilizando la conocida dedicatoria de Pierre Louÿs, a partir de la segunda edición de sus *Canciones de Bilitis,* cuando ya no pretendía con sus solas iniciales que se trataba de una traducción del griego— *respetuosamente a los jóvenes,* de uno y otro sexo, añado yo, *de la sociedad futura.* Que deseamos realmente más libre y más justa.

Los autores se ordenan por períodos y —aproximadamente— en orden cronológico. Naturalmente debo agradecimiento a muchos amigos que me han hecho conocer libros y figuras, y que ocasionalmente han traducido poemas a petición mía. Resumo esa ayuda en cuatro nombres: el poeta peruano Martín Rodríguez-Gaona, al que debo, entre otras cosas, el conocimiento del poeta colombiano Gómez Jattin. Al hispanista bávaro Horst Weich, que ha aportado varios nombres alemanes —y la antología citada—, al novelista cubano Luis Deulofeu, que me ha mostrado muchos poemas gay-lésbicos de la Cuba de hoy, algunos de autores más jóvenes que los límites señalados para esta antología por lo que no pueden figurar aún. Y también a mi amiga la poeta e hispanista francesa Annie Salager que me ha recordado (o dado a conocer) autores y títulos en esa lengua. Como digo son sólo la muestra de muchas ayudas, entre las que tampoco debo olvidar las de todos los que —expresamente— han traducido poemas para esta colección. Gracias, finalizando, a Ymelda Navajo, editora y amiga, que es la madrina de la antología, pues ella fue quien me sugirió el proyecto, nada fácil, por cierto.

Luis Antonio de Villena
Febrero-2002

AMORES IGUALES

SAFO. Hacia el año 600 a.C. la isla griega de Lesbos conoció un gran florecimiento cultural. Lesbos —y en especial su capital, Mitilene— vio alrededor de aquel tiempo el surgimiento de la más directa, y como tal más contemporánea forma de la poesía lírica, la mélica, que expresa los sentimientos directos de quien canta.

De Safo de Lesbos —como de buena parte de la llamada *lírica griega arcaica*— sabemos menos de lo que quisiéramos. Safo —contemporánea de otro gran lírico en su isla, Alceo— estuvo casada y tuvo una hija, pero después de la muerte de su marido (probablemente) creó una suerte de hogar para mujeres jóvenes, un lugar de reunión y de enseñanza, que fue llamado *hogar de las Musas* y donde tendrían sitio todas las relaciones femeninas de la poetisa (tenida como una suerte de maestra en el entorno de una sociedad que separaba fuertemente a hombres y mujeres, salvo en la vida conyugal). Aunque de la obra sáfica conservamos casi exclusivamente fragmentos (otro factor para su *modernidad)* es lo bastante para ver con nitidez el tono de su lírica y de sus relaciones erótico-sentimentales, con nombres de mujeres que aparecen entre sus versos: Atis, Manasidica, Timade, Anactoria, Dorica... La obra de Safo (imitada por Catulo) fue estimadísima durante toda la Antigüedad. Sobre las mujeres poetas en Grecia, a partir de Safo, puede leerse el libro *Poetisas griegas*. Edición y traducción de Alberto Bernabé Pajares y Helena Rodríguez Somolinos. Ediciones clásicas, Madrid, 1994. Doy cinco de los textos bien conocidos de Safo en la versión de Juan Ferraté, editada en *Líricos griegos arcaicos* (Antología bilingüe). Seix Barral, Barcelona, 1967.

4

Me parece el igual de un dios, el hombre
que frente a ti se sienta, y tan de cerca
te escucha absorto hablarle con dulzura
y reírte con amor.

Eso, no miento, no, me sobresalta
dentro del pecho el corazón; pues cuando
te miro un solo instante, ya no puedo
decir ni una palabra,

la lengua se me hiela, y un sutil
fuego no tarda en recorrer mi piel,
mis ojos no ven nada, y el oído
me zumba, y un sudor

frío me cubre, y un temblor me agita
todo el cuerpo, y estoy, más que la hierba,
pálida, y siento que me falta poco
para quedarme muerta.

6

De veras, quisiera estar muerta.
Ella, al dejarme,
vertió muchas lágrimas

y decíame esto:
«¡Ay, qué pena tan grande!
Safo, créeme, dejarte me pesa.»

Y yo, contestando, le dije:
«Ve en paz, y recuérdame.
Pues sabes el ansia

con que te he mimado. Y por si no, quiero
recordarte...
... y cuánto gozamos.

A mi lado, muchas coronas
de violetas y rosas...
... te ceñiste al cuerpo...»

12

Eros me sacudió el alma
como un viento que en el monte
sobre los árboles cae.

14

Atis, yo me enamoré
de ti, hace tiempo...
Me pareciste una niña
chica y sin gracia.

19

Y tú, Dica, ponte bonitas
coronas en el cabello,
y trenza vástago de anís
con tus manos delicadas...

ANACREONTE. Tras el éxito y la cumbre lírica de Lesbos y del sur griego de Italia, la lírica mélica florecerá en Jonia. Anacreonte (572-485 a.C.), nacido en Teos, pero que vivió en Abdera y en Atenas la mayor parte de su vida, será el representante máximo (y el símbolo hasta hoy) de una poesía convival y hedonista, casi siempre paídica. Si antes que él Mimnermo —otro poeta amatorio, pero elegíaco— había sido *el dulce,* Anacreonte será *maestro de placeres*. Ve y siente la llegada de la vejez —de la barba gris— pero la asume con mayor naturalidad, aunque note que los chicos ya no le hacen igual caso. Dice un escolio que se le preguntó a Anacreonte por qué componía himnos a los jóvenes y no a los dioses, a lo que el poeta parece que respondió: «Porque son ellos mis dioses.»

En el período helenístico (muchos años después de la muerte de Anacreonte) surgió *la anacreóntica* como género. El canto hedonista a un amor dulzón y muelle, que el rococó (siglos después) recogería. Ajenas a Anacreonte, las anacreónticas muestran que el viejo maestro de Teos se había convertido en un símbolo de la poesía del amor y del placer. Un símbolo de toda vida epicúrea.

Me enamoro otra vez y me desenamoro,
loco me vuelvo y no me vuelvo loco.

Doy cinco de sus más característicos fragmentos, en la traducción de Aurora Luque publicada en su antología bilingüe, *Los dados de Eros (Antología de la poesía erótica griega).* Hiperión, Madrid, 2000.

Cleóbulo fue —aparentemente— la gran pasión de Anacreonte, pero no la única.

III

De Cleóbulo estoy enamorado,
por Cleóbulo estoy aun más que loco,
a Cleóbulo mis ojos lo persiguen.

IV

—Jovencito que tienes una mirada virgen
trato de conseguirte pero tú no me escuchas.
Y es que no eres consciente
de que en tus manos llevas las riendas de mi alma.

VI

Alzo el vuelo al Olimpo con unas alas tenues.
Eros tiene la culpa: pues un chico no quiere
pasar su tiempo a mi vera.

VIII

¡Trae agua, muchacho, trae vino
y tráenos guirnaldas
en flor! ¡Que sea pronto,
que estoy midiendo ya
mis puños contra Eros!

XII

En el brindis ofréceme, amigo,
tus muslos delgados.

TEOGNIS. Teognis de Mégara fue, sin duda, uno de los grandes poetas de la Grecia arcaica, y debió vivir a finales del siglo VI a.C. Sin embargo las muchas elegías que se conservan a su nombre hacen creer a los estudiosos que en la llamada *Colección Teognídea* (siglos VI y V a.C.) intervendrían otros poetas anónimos, que siguieron el ejemplo y el nombre de Teognis. Sus textos se dirigen casi siempre a Cirno, el muchacho al que ama y al que procura educar, aristocráticamente, en la *areté* —la virtud— de una sociedad de ideales guerreros y nobles transmitidos pederásticamente, donde tampoco falta la exaltación del amor y del placer, necesarios también a ese lazo amistoso. El tono gnómico y sapiencial es muy frecuente en nuestro poeta. Dice (en la traducción de Aurora Luque): «Feliz aquel que estando enamorado se adiestra en el gimnasio, / vuelve a casa y reposa todo el día con un joven hermoso.»

Doy algunos fragmentos del Libro II de las Elegías, que comienza: «Cruel Eros, las locuras te han amamantado tomándote en sus brazos...» Doy —pese a ser una traducción en prosa y acaso más académica que literaria— la muy pulcra del profesor Francisco R. Adrados, aparecida por vez primera en el volumen II de sus *Líricos griegos. Elegíacos yambógrafos arcaicos (Siglos VII-V a.C.)* bilingüe. Ediciones Alma Mater, Barcelona, 1959. Corrijo alguna palabra, no en atención al significado estricto, cuanto por acercarla a un criterio más actual. (En Ω παι, digo Oh muchacho en lugar de *Oh joven.* Y κωμαζω —ir por las calles cantando y danzando en honor de Baco— lo traduzco por ir de fiesta o de juerga en lugar de *ir de parranda.)*

ELEGÍAS
(Fragmento)

Oh joven, mientras que tengas aún imberbe la barbilla, no dejaré de acariciarte aunque tenga que morir por ello.

Para ti el dar es todavía honorable y para mí que te amo no es deshonroso pedir; pues bien, te lo suplico por mis padres, ten piedad de mí, oh bello joven, concediéndome tu favores, si es que algún día has de tener el don de la diosa nacida en Chipre y coronada de violetas y de ir lleno de deseo en busca de otro: que la diosa te haga entonces encontrarte con tus mismas palabras.

[...]

¡Ay! amo a un joven de piel delicada que me expone a las miradas de todos mis amigos aun contra mi gusto. Aguantaré muchas violencias que no deseo sin hacer secreto de ellas; pues no es un joven indigno aquel bajo cuyo yugo se me ha visto caer.

Amar a los jóvenes es una cosa placentera, pues también el hijo de Crono, rey de los inmortales, se enamoró en otro tiempo de Ganimedes y raptándolo se lo llevó al cielo y le convirtió en dios, adornado como estaba con la amable flor de la juventud. Por ello no te extrañes, Simónides, de que se me haya visto caer también a mí bajo el yugo de un bello joven.

Oh muchacho, no vayas de juerga y presta más bien oído a un viejo: los jolgorios no son convenientes para un joven.

Amargo y dulce, amable y cruel es el amor para los jóvenes, oh Cirno, hasta que es satisfecho; porque si se logra satisfacerlo, se convierte en dulce, mientras que si no se logra a pesar de intentarlo, es ésta la desgracia más dolorosa de todas.

Sobre el cuello de los que hacen el amor a los muchachos hay siempre un yugo de infortunio, doloroso testimonio de su hospitalidad excesiva; pues el que busca afanosamente el amor de un joven, debe poner sobre él su mano igual que sobre una hoguera de sarmientos.

Al perder mi amistad, oh muchacho, eres como una nave que se estrella contra una roca, y te has agarrado a un cable podrido.

Jamás te haré mal ni aun estando ausente y nadie me persuadirá a no ser tu amigo.

[...]

El amor por un muchacho es hermoso para poseerlo y hermoso para dejarlo; pero es más fácil de hallar que de satisfacer. Mil males y mil bienes provienen de él, pero en esto mismo hay un cierto encanto.

Jamás has aguardado a mis favores, sino que a cualquier llamada corres siempre apresuradamente.

Feliz el que, enamorado de un joven, no sabe nada del mar ni le preocupa en medio de él la caída de la noche.

PÍNDARO. Píndaro, nacido en Tebas (522-448 a.C.), es el último de los poetas que suelen entrar dentro de la llamada *lírica arcaica*. Es el último y acaso el representante de mayor brillo (por su insigne perfección) de una cultura aristocrática, agónica ya en los tiempos del propio Píndaro. Considerado siempre príncipe de poetas y el gran pilar de la lírica coral, Píndaro fue famoso por sus epinicios o cantos de victoria, en los que celebra a los ganadores en las diversas competiciones de los juegos atléticos de la Hélade. Fuesen los Olímpicos —los más célebres—, los Píticos, los Nemeos o los Istmícos... Sólo en fragmentos mucho más breves se nos ha conservado el resto de su obra, himnos o encomios...

Sin ser directamente de tema homoerótico, las olímpicas de Píndaro celebran un mundo de jóvenes —a veces muy jóvenes— atletas masculinos, muchos de los cuales tendrían sus particulares amantes. Así por ejemplo —en clima de exaltación de la belleza y la fuerza moceriles— culmina la Olímpica X, dedicada al muchacho Hagesidamo, de Lócride (en la Magna Grecia), vencedor en el pugilato: «Al hijo seductor de Arquéstrato /» —Hagesidamo— «he elogiado, pues le vi vencer con la fuerza de su puño / junto al altar de Olimpia / en aquella ocasión: / poseía esa mezcla de hermosura externa / y lozanía que antaño a Ganimedes / libró de la muerte, que a nadie respeta, / con la ayuda de Cípride.» (Trad. de Emilio Suárez de la Torre en Píndaro, *Obra completa*. Cátedra, Madrid, 1988.)

Se dice que Píndaro murió en Argos —unos aseguran que en el teatro y otros que en el gimnasio— reclinado en las rodillas de su último amor, el joven Teóxeno de Ténedos. Doy su encomio en mi propia versión, aparecida en el prólogo a mi traducción de *La Musa de los muchachos*. Hiperión, Madrid, 1980.

«ES EN EL TIEMPO BUENO DE LA JUVENTUD...»

A Teóxeno de Ténedos

Es en el tiempo bueno de la juventud
cuando conviene atrapar el amor, alma mía.
Mas aquel a quien los brillantes rayos
que de los ojos de Teóxeno brotan,
no hacen desbordar en deseo, un corazón
negro tendrá sin duda, forjado con hierro
o acero por alguna llama fría...
Desdeñado por Afrodita de claras pupilas,
torpemente penará por enriquecerse, o bien
su alma se dejará arrastrar, sometida
al impudor de las mujeres, y no sabrá otro
camino que servirlas... Mas yo, por la misma
diosa, como cuando muerde el calor la cera
de las sagradas abejas, así me consumo,
cuando miro la fresca juventud de los muchachos.
Verdad era que también en Ténedos
tienen sede Persuasión y Belleza
en el hijo de Agesilao.

TEÓCRITO. Nacido en Siracusa, en Sicilia —entonces parte absoluta del mundo griego—, Teócrito vivió, más que probablemente, en la primera mitad del siglo III a.C. Buena parte de su vida transcurrió en Alejandría —la gran metrópoli del momento— bajo la protección del rey Tolomeo Filadelfo. Junto con Apolonio y Calímaco, Teócrito de Siracusa es uno de los grandes poetas del período helenístico. En sus *Idilios* —lo fundamental de su lírica, no siempre bucolizante— aparece con mucha frecuencia (en el marco de un estilo refinado y culto) el tema erótico, referido a ambos sexos. Frecuentemente también, el eco de la vida urbana se oye entre la mitología...

Quizá los dos *idilios* más clásicamente homoeróticos o pederásticos de Teócrito sean el XII y el XIII, titulados casi siempre *El amado* e *Hylas* respectivamente. Entre varias traducciones (y desdeñando, claro es, la de un jesuita mexicano, que pone en femenino lo que es masculino) puedo recomendar la de Máximo Brioso Sánchez, en verso, publicada en su *Antología de la Poesía Erótica de la Grecia Antigua* (Sevilla, 1991), pero doy sin embargo una más antigua y en prosa, que me parece más cercana, la de Antonio González Laso, incluida en su traducción de los *Idilios* (Aguilar, Madrid, 1963). El idilio XII, que es el que escojo, se titula aquí *El idolatrado*. El traductor explica que la palabra griega que encabeza el idilio, más que *amado* sería *muy querido* o *idolatrado*. En la tercera estrofa transcribe las dos palabras que pertenecen a otro dialecto griego: *eispnéelo*, en lengua amiclea o doria, viene a significar *amante*. Y *aitees*, *idolatrado* —referido al erómeno— como quedó indicado ya. Los concursos de besos entre muchachos fueron una costumbre (también de estirpe doria) en la Grecia arcaica.

EL IDOLATRADO

¡Viniste, querido doncel! ¡Con la tercera noche y aurora viniste! y los que añoran, en un solo día envejecen. Como la primavera es más grata que el invierno, como la manzana más que la ciruela silvestre; como la oveja tiene el vellón más espeso que su corderillo, como la doncella supera a la mujer tres veces casada; como la corza es más veloz que la vaquilla, como el ruiseñor armonioso es por su canto la más admirada de todas las aves... en la misma medida me llenaste con tu presencia, y corrí a ti igual que viajero a cobijarse bajo la sombría haya cuando el sol quema.

¡Ojalá los Amores extiendan parecido aliento sobre nosotros dos, y seamos motivo de canto para los venideros todos!

«Divinos llegaron a ser entre los antiguos estos dos mortales, el uno, *eispnéelo* —diría el que hablase en lengua amiclea— y al otro, a su vez, como el tesalio, lo llamaría *aítees.* Mutuamente se amaron, guardando el equilibrio en la balanza del amor. ¡Cuán cierto es que entonces vivía de nuevo la raza de Oro, cuando correspondía en el amor el amado!»

¡Ojalá así se cumpla, oh Padre Crónida, ojalá! —¡oh vosotros, Inmortales que no conocéis la vejez!— llegue un día en que, al cabo de doscientas generaciones, alguien me anuncie, al llegar a orillas de Aqueronte, del que no se vuelve: «Tu amor y el de tu gentil idolatrado está en boca de todos, y entre los jóvenes especialmente.»

Mas, verdad es que, sobre esto, los dioses, hijos de Urano, decidirán lo que crean conveniente. No seré yo quien, al elogiar tu bella persona, vaya a hacer brotar en mi nariz el grano de la mentira. Pues si por un azar me haces caso, pronto pones bienhechor remedio y con doble favor me sirves, mientras yo me voy colmado de bienes en exceso.

Megarenses de Nisea, campeones de los remos, vivid felices, porque sobre todos honrasteis al huésped ático, a Diocles, el amado de jóvenes. Cada año los mozos, reunidos en redor de su tumba, al nacer la primavera, rivalizan por llevarse la palma en el beso. Y el que oprima labios sobre labios más dulcemente, cargado de coronas vuelve al lado de su madre. ¡Feliz aquel que entre los muchachos es el árbitro de aquellos besos! ¡De seguro invoca a menudo al de radiante mirada, a Ganimedes, pidiendo tener una boca igual a la piedra de Lidia, con la que descubren si el oro no es falso los genuinos cambistas!

TRES POETAS DE LA «ANTOLOGÍA PALATINA». El gran *corpus* de epigramas griegos que se conoce como *Antología Palatina* (porque su único manuscrito se encontró, hacia 1600, en la biblioteca del conde Palatino de Heidelberg) se compuso en época bizantina, alrededor del año 980 de nuestra era, recopilando o entresacando de otras antologías de epigramas, de distinta índole temática, que empezaron en época helenística con la *Corona* de Meleagro de Gádara, unos 100 años a.C. Reunión de epigramas de los tiempos helenístico, romano y bizantino, la última de estas antologías que conocemos —coincidente, en parte, con la *Palatina*— es la *Antología Planudea,* hecha en 1299 —en plena Edad Media, por consiguiente— por el monje bizantino Máximo Planudes.

El libro XII de la *Antología Palatina* (dedicado todo él al tema pederástico) es la antología que en el siglo II de nuestra era —en el reinado de los Antoninos— reunió el poeta Estratón de Sardes. Los textos que selecciono vienen de ese libro que yo traduje al español: Estratón de Sardes. *La Musa de los muchachos*. Hiperión, Madrid, 1980.

Calímaco de Cirene (300-240 a.C.) es uno de los principales poetas del helenismo. Uno de los más singulares y refinados. Tanto en sus Himnos a los dioses como en los 63 epigramas que de él conservamos. Fue catalogador de la gran Biblioteca de Alejandría y tenido no sólo como gran poeta sino por hombre de enorme cultura.

Meleagro de Gádara (que vivió también en Tiro y en Cos a finales del siglo II a.C. y comienzos del I) es uno de los más vehementes poetas eróticos del helenismo. Entre sus numerosos epigramas los hay dedicados a mujeres —la famosa Heliodora— y a muchachos.

En cuanto a Estratón de Sardes —cuyos epigramas homoeróticos están todos en su propia antología— sólo sabemos que vivió en el siglo II de nuestra era, probablemente bajo el reinado de Adria-

no. Doy como muestra de este importantísimo *corpus* epigramatístico cinco poemas en mi traducción. Uno de Calímaco (el 73), otro de Meleagro (el 95) y tres de Estratón (el 13, el 175 y el 178).

CALÍMACO

La mitad de mi alma aún respira, la otra mitad no sé
si el Amor o la Muerte la llevaron con ellos. Pero me falta.
¿No habrá vuelto a irse con alguno de esos muchachos?
Les dije con frecuencia: No recibáis, jóvenes, a la fugitiva.
¿La buscaré con Teótimo? Sí, seguro que anda con él
esa enferma de amor, esa que merecería ser lapidada.

MELEAGRO

Si los Deseos te favorecen, y la Persuasión de aliento de mirra,
y las Gracias, Filocles, que trenzan hermosas guirnaldas;
en tus brazos tendrás a Diodoro, a tu encuentro irá el amable
Doroteo, Calícrates se pondrá en tus rodillas, y Dión con su mano
calentará tu picha*, que es tan diestra, y la descapullará Ulíades;
Filón te dará dulces besos, Terón amorosas palabras;
y, bajo la clámide, tocarás tú la tetilla de Eudermo.
Si los dioses te conceden estos placeres, bienaventurado,
¡vaya ensalada romana** de chicos que vas a hacerte!

ESTRATÓN

Encontré un día a médicos imberbes, enfermos de amor,
que machacaban, para curarse, su natural remedio.

* Κερας significa en realidad *cuerno*. Lo traduzco «picha» por el indudable sentido erótico de la expresión, mayor aún que el que tendría entre nosotros la traducción literal.

** La *ensalada romana* (o *lanx satura*) era una especie de plato de entremeses o un combinado de manjares diversos.

Cogidos en la obra, me dijeron: «Nada digas...»
Y yo les contesté: «Me callo, pero curadme a mí también.»

No rehúses tus muchachos esclavos a los que te acompañan,
o no les pongas apetecibles chicos como escanciadores.
¿Pues qué hombre, en efecto, es de acero contra el amor,
o insensible al vino, o no gusta echar el ojo a hermosos
muchachos?
Son el patrimonio de la vida. Pero si esto no te gusta,
Diofón, vete adonde no haya ni amor ni ebriedad,
e invita a Tiresias y a Tántalo a tu casa:
Uno no ve, y el otro se contentará con mirar*.

Ardí, cuando Teudis brilló en medio de los demás muchachos,
tal el sol al elevarse por sobre los astros.
Y sigo ardiendo, ahora que un velo nocturno le oculta,
porque aunque en el poniente, él es el sol todavía...

* Tiresias, anciano adivino mitológico, era ciego. Y Tántalo estaba condenado en el Hades, muerto de sed, a ver solamente el agua. Ambos son personajes *infernales* (Ulises descendió al Hades para que Tiresias le profetizara el futuro) y de ahí el sentido segundo del epigrama, que manda a Diofón al Infierno.

CATULO. Cayo Valerio Catulo, nacido en Verona el año 87 a.C. Pertenecía a una familia noble, y tras sus estudios fue a Roma donde vivió los placeres de la que ya empezaba a ser la gran metrópoli del mundo antiguo, en los últimos días de la República, y cerca del asesinato de Julio César, amigo de la familia de nuestro poeta, y cuyos excesos de *loca* —no su gusto sexual— también satirizó Catulo. Tras una corta enfermedad, Catulo murió en Roma a los 33 años. En medio quedan sus intensas pasiones amorosas (por *Lesbia* y *Juvencio,* nombres literarios) y su fama de *snob* y poeta renovador, amante de los grandes del helenismo, y por tanto uno —el principal y primero— de los que Cicerón llamó poetas *neoteroi,* grecismo que quiere decir *jóvenes,* pero que en la intención de Cicerón alude a los poetas jóvenes y renovadores, amigos de las letras griegas, elegantes y denostadores del sobrio republicanismo romano.

Poeta docto, exquisito y vitalista (no debemos olvidar que murió con 33 años) Catulo sigue siendo uno de los grandes poetas latinos, en su obra mayor narrativo-alejandrina —tal su adaptación del calimaqueo *Rizo de Berenice*— y sobre todo en su lírica amorosa y satírica, llena de fuerza y perfección, pese a que el propio Catulo la considerase *nugae,* es decir, bagatelas... En cierto modo, Catulo de Verona (juventud disipada y destruida) podría ser el primer «maldito», *avant la lettre,* de la literatura occidental.

Doy cuatro de sus poemas homoeróticos (satíricos y de amor) en mi traducción, que apareció dentro de mi ya mencionado libro *Catulo.* Ediciones Júcar, Gijón-Madrid, 1979. Las traducciones —aclaro— datan de 1976 (por entonces prácticamente todas las traducciones españolas de Catulo estaban *suavizadas,* como mínimo) y corrijo ahora, aunque muy levemente, alguna para el presente libro.

«AURELIO, PADRE DE LAS HAMBRES...»

Aurelio, padre de las hambres,
no solo de éstas, sino de las que fueron
o son o serán en los años futuros,
veo que quieres tirarte a ese amor mío.
No a escondidas: estás con él, jugáis juntos,
y arrimándote mucho, lo intentas todo.
Es inútil: pues si me andas con maldades
me la tendrás que chupar a mí primero.
Y si lo hicieras bien comido, callaría:
pero me duelo ya de que mi muchachito
¡ay de mí! aprenderá a pasar hambre y sed.
Deja el asunto, ahora que puedes dejarlo bien,
porque si no lo dejarás también, más bien jodido.

«A TI, AURELIO, ME ENCOMIENDO YO...»

A ti, Aurelio, me encomiendo yo
y mis amores. Y te pido un discreto favor:
que si alguna vez en tu corazón deseaste
mantener puro e íntegro el objeto de tu amor,
me conserves puro a ese muchacho.
No digo de la gente; nada temo de esos
que van de acá para allá, en la plaza,
ocupados en sus negocios respectivos;
a quien temo es a ti y a tu pene,
fatal para los muchachos cándidos y para
los viciosos. Muévelo por donde quieras y como
quieras, cuando lo lleves fuera, para el ataque;
sólo a éste exceptúo; es creo, un modesto deseo.
Pero si tus malos instintos y tu lujuria
sin freno te llevan, malvado, a tan grave delito
como atentar, con tus insidias contra mi persona,
¡ah, entonces, qué desgracia la tuya y qué triste
suerte! Te abriré las piernas, y por esa puerta
abierta te entrarán rábanos y berenjenas.

«OS JODERÉ Y ME LA CHUPARÉIS...»

Os joderé y me la chuparéis,
bujarrón Aurelio y marica Furio,
que me habéis creído poco decente
porque mis versos son voluptuosos.
Pues el buen poeta debe ser casto,
pero no sus versos que no lo necesitan.
Que estos sólo tienen sal y encanto
si son algo voluptuosos y poco púdicos
y si pueden encender los ánimos,
no diré yo de los muchachos, sino de esos velludos
varones que no menean ya sus duros lomos.
¿Y vosotros, porque leísteis tantos miles
de besos, me juzgáis poco hombre?
Os joderé y me la chuparéis.

«TE ROBÉ, MIENTRAS JUGABAS, ENCANTADOR JUVENCIO...»

Te robé, mientras jugabas, encantador Juvencio,
un beso más dulce que la dulce ambrosía.
Pero no lo tomé impune, que por más de una hora
recuerdo haber estado clavado en una cruz,
mientras me excusaba ante ti y no podía ni
con todas las lágrimas, aplacar tu ira.
Que en cuanto hice aquello, con todos tus dedos,
quitaste las muchas gotas que humedecían tus labios,
para que no quedara huella alguna de mi boca,
cual si fuera la sucia saliva de una zorra.
Además, no has dejado de tratarme, mísero
de mí, con el rigor de un amor airado, y de
atormentarme, para que de ambrosía, el beso se
trocase en algo más triste que el triste eléboro.
Así pues, si es ese el castigo a mi pobre amor,
ya nunca más volveré a robarte besos.

VIRGILIO. Publio Virgilio Marón —considerado el gran poeta de Roma y de la latinidad— nació en Mantua el 15 de octubre del año 70 a.C. Protegido por el pronto emperador Augusto, su gran poema épico la *Eneida* lo convirtió en el poeta nacional romano y, mucho después, en uno de los grandes poetas del mundo occidental. No en balde Dante lo hace su guía, en la *Comedia,* por los territorios del Infierno y del Purgatorio. Virgilio murió en Brindisi —volviendo, enfermo, de un viaje a Grecia— el 21 de septiembre del año 19 a.C. Murió, pues, al borde de cumplir los 51 años.

Siguiendo las costumbres y mitos de Grecia (que Virgilio encamina a subrayar la grandeza de Roma) la propia *Eneida* tiene pasajes de amores masculinos. Así el episodio célebre de Niso y Euríalo (libro IX). Pero quizá el más notable poema homoerótico de Virgilio sea la égloga o Bucólica II, que —en un marco arcádico y cultista— cuenta el deseo no correspondido de Corydon por el hermoso Alexis. Muchas ediciones del más clásico de los poetas —a Virgilio se le ha llamado *padre de Occidente*— simplemente eliminaban esa égloga de cara a los escolares. Otras (como vamos a ver) tenían el descaro de modificar su contenido. Me detengo en este conocido ejemplo virgiliano, pero el lector debe saber que esta censura moral fue harto frecuente en muchos de los poetas de los que aquí tratamos. Dice el inicio de esa segunda Bucólica: «Formosum pastor Corydon ardebat Alexim / delicias domini...» O sea: El pastor Corydon ardía por el hermoso Alexis, delicia de su señor. Pero en la edición (¡bilingüe!) de don Félix M. Hidalgo, *Las Bucólicas de Virgilio, traducidas en versos castellanos con notas y observaciones críticas* (Sevilla, 1829) lee uno con estupor: «Se abrasaba en amor por Galatea / el pastor Coridon, zagala hermosa, en quien su amado dueño se recrea...» La cosa tiene más bemoles, si constatamos que en la traducción —también es edición bilingüe— *Todas las*

obras de Publio Virgilio Marón, ilustradas con varias interpretaciones (Valencia, 1778) el anónimo traductor en prosa dice: «El pastor Coridon amaba en gran manera al hermoso Alexis, en quien su señor tenía depositado todo su contento.» Dando, a continuación, la traducción en verso del maestro fray Luis de León, que dice así: «En fuego Coridon pastor ardía / por el hermoso Alexi, que dulzura era de su señor...» ¿Avanza la Historia?

Se dice que Virgilio, al morir, había dejado escrito el dístico de su epitafio:

Mantua me genuit, Calabri rapuere, tenet nunc
Parthenope: cecini pascua, rura, duces.

(Nací en Mantua y fenecí en Calabria, Nápoles me posee ahora: canté pastos, campos y guerreros.)

Doy la traducción de varios fragmentos de esa égloga o Bucólica II —*Alexis*— en la traducción algo arcaizante en verso de Aurelio Espinosa Pólit publicada en el tomo *Virgilio en verso castellano* (México, 1961). La exclamación *o formose puer* traducida como *¡oh niño hermoso!* tendría más justo sentido (pese a la amplia semántica sentimental de *niño)* como *oh hermoso muchacho* o *muchachito...*

ÉGLOGA II

ALEXIS

El pastor Coridón al lindo Alexis
—delicias de su dueño— idolatraba
sin cosa que esperar. Sólo podía
del hayedo sombroso a la espesura
volver cada mañana, y allí solo
a monte y selva, en impotentes ansias,

repetir estas rústicas querellas.
«¿Conque no atiendes a mi canto, Alexis?
¿no te apiadas, cruel?, ¿quieres que muera?
Hasta el ganado en estas horas busca
el fresco de las sombras, y a las zarzas
se acogen aun las verdes lagartijas,
y para los peones abrumados
por la furia del sol, ya muele Téstilis
acres hierbas pugentes, ajo y sérpol;
mas mientras voy tras ti, vibra y resuena,
eco a mis quejas bajo un sol quemante,
la estridente canción de las cigarras.
¿Harto mejor no fuera que las iras
de Amarilis sufriese y sus desdenes,
o aguantase a Menalcas, aunque negro,
y aunque tan blanco seas tú? No fíes
tanto de tu color, oh niño hermoso:
blancas son las aleñas y se tiran,
los arándanos, negros y se buscan. (...)

[...]

Y al fin, no soy tan feo: no hace mucho
me detuve a mirarme en la ribera,
estando el mar, bajo la brisa, en calma.
El espejo no miente: sin recelo
competir puedo, tú de juez, con Dafnis.
¡Oh, tan sólo un anhelo: que quisieras
pasar conmigo en la humildad del campo,
viviendo en chozas, acosando ciervos,
llevando al malvavisco los cabritos! (...)

[...]

¡Oh niño hermoso,
ven, que las Ninfas cestos de azucenas
te quieren ofrecer. La blanca Náyade,
juntando adormideras en capullo
y cándidas violetas al narciso
y a la flor bienoliente del hinojo,
casias y suaves hierbas entrelaza,

y los tiernos arándanos retiñe
con el flavo matiz de la caléndula. (...)

[...]

¡Coridón, pobre rústico, ni Alexis
tus regalos estima, ni a regalos
te dejaría conquistarlo Yolas!
¡Ay infeliz de mí!, ¿qué es lo que quise?
¡Ay perdido de amor! sobre las flores
he soltado el turbión, sobre mi fuente
solté los jabalíes...
¡Ah, loquillo!,
¿de quién huyes?, ¿no sabes que en las selvas
vivieron dioses y el dardanio Paris?
Que Palas se complazca en los alcázares
que ella misma fundó; para nosotros
sean las selvas el supremo halago.
Persigue al lobo la feroz leona,
el lobo a la cabrilla, ella traviesa
al cantueso florido; a ti, oh Alexis,
te sigue Coridón: no hay quien no vaya
de su afición en pos. Mira la yunta,
cómo del yugo suspendida trae
la reja del arado, y lento alarga
el sol de ocaso las crecientes sombras.
En tanto amor me abrasa... y ¿quién impone
términos al amor?...
¡Ah!, ¿qué locura,
Coridón, Coridón, en ti se ensaña?
Anda, la vid frondosa sobre el olmo
está a medio podar. ¿Por qué de mimbres
o de juncos más bien algo no tejes
que te pueda servir? Si él te desaira,
ya has de topar con algún otro Alexis...»

HORACIO. Amigo personal de Virgilio y protegido del gran Mecenas, Quinto Horacio Flaco, es sin duda el gran poeta lírico elegíaco de la poesía latina. Y uno de los padres de toda la lírica occidental. Probablemente —con Petrarca luego— no habrá poeta más imitado en toda la poesía europea.

Horacio nació en Venosa (entre la Lucania y la Apulia) a finales del año 65 a.C., y moriría en Roma (pocos meses después que su protector Mecenas) en noviembre del año 8 a.C. Desde el año 33 —inhábil para nada que no fuera su acendrada vocación literaria— Horacio poseyó una casa de campo cercana a Tibur. Su obra abarca *Odas, Epodos, Sátiras y Epístolas,* además del *Carmen saeculare.* Todos los temas amatorios y elegíacos se trenzan con infinita y clara perfección en sus poemas. En las odas horacianas el homoerotismo —la exaltación de la belleza del muchacho joven— aparece con entera naturalidad, mezclado a las pasiones femeninas, referido al propio Horacio —como en los poemas a Ligurino— o referido a otros... No sentiremos tanto la abundancia del asunto como la aludida naturalidad, tal como al fin de la oda IV —Libro Primero— se refiere al hermoso Lícidas: *Por él arden los jóvenes hoy. / Y pronto sentirán ese fuego las doncellas.*

Quizá sea Horacio uno de los poetas más traducidos al castellano (recordemos el famoso *Horacio en España* de Menéndez Pelayo, cuya segunda edición aumentada es de 1895). De entre tantas —y algunas tan notables— escojo una de las mejores y más modernas que sé, las *Odas,* en la traducción de Javier Roca. Lumen, Barcelona, 1975.

1

¿No sabes, Pirro,
que es peligroso quitar los cachorros
a una leona de Getulia?
Pronto, ladrón cobarde,
evitarás la dureza del combate,
cuando, abriéndose paso entre tropeles
de jóvenes, venga
a exigirte al hermoso Nearco.
¡Ilustre contienda!
¿Vas a ser tú el que se lleve
la mejor parte
o va a ser ella? Entre tanto,
mientras sacas veloces saetas,
ella afila sus dientes temibles
y se cuenta
que el juez del combate
ha puesto la palma bajo su pie desnudo
y que la brisa refresca sus hombros,
por los que se esparcen
perfumados cabellos: se parece
a Nireo *, o a aquel que raptaron **
en el húmedo Ida.

2

¿Guerras que llevan largo tiempo dormidas
vas a despertar, Venus? No lo hagas,
por favor te lo ruego. Ya no soy el que era
durante el reinado de Cínara amable.

* Nireo pasaba por ser el más hermoso de los griegos que acudieron a Troya, después de Aquiles.

** Ganímedes, al que Zeus llevó al Olimpo.

Madre cruel de los dulces deseos,
no me doblegues
bajo tus mandatos; me encuentro
cerca del décimo lustro.
Vete a donde te llaman las suaves plegarias
de los jóvenes.
Mejor harás si diriges tu alegre cortejo,
en alas de cisnes purpúreos,
a casa de Paulo Máximo *, si quieres
abrasar un corazón adecuado:
noble, hermoso, de palabra prontas
para acusados ansiosos,
joven de muchos recursos,
llevará lejos los estandartes de tu milicia,
y cuando —más fuerte que los regalos
de un rival poderoso—
se haya reído de él, junto a los lagos albanos
te erigirá una estatua de mármol bajo un techo
de limonero.
Allí tu olfato aspirará abundante
incienso, y el canto mezclado
de la lira y la flauta berecintia
te habrán de deleitar y, con ellas, la siringe.
Allí, dos veces al día,
muchachos y tiernas doncellas, alabando
tu divinidad, tres veces la tierra
percutirán con blanco pie, como los salios.
Ni mujeres ni efebos me solazan
ya, ni la crédula esperanza
de un amor correspondido, ni disputas
con el vino, ni ceñir mis sienes
con flores recientes.
¿Por qué, Ligurino, por qué resbalan
lágrimas, gota a gota,
por mis mejillas? ¿Y por qué mi lengua,
locuaz hasta hace poco,

* Se trata sin duda de Paulo Fabio Máximo, que había de ser confidente de Augusto. Fue cónsul en el año 11 a.C.

cae en un mutismo muy poco decoroso
entre palabras?
De noche, en sueños, te cojo prisionero,
persigo tu vuelo
por la hierba del Campo de Marte,
te persigo, cruel, por los remolinos.

TIBULO. No es Albio Tibulo un poeta del que sepamos demasiado. Su obra nos ha llegado en cuatro libros que hoy se conocen como *Corpus Tibuliano,* pues si los dos primeros se consideran obra del propio Tibulo, en el tercero y el cuarto se mezclan poemas suyos con los de otros poetas menores de su círculo —el círculo protegido por Mesala— tales como Ligdamo o Sulpicia...

Albio Tibulo habría nacido el 49 o el 54 a.C. y muerto el año 18 o 19, pues un epigrama dice que llegó a los Campos Elíseos a la par que Virgilio. Como sea, Tibulo murió antes de cumplir los 40 años. Sus elegías amorosas consiguieron fama por su tono delicado, por lo elegante del estilo y por su sensualidad. Para Quintiliano es el primero y mejor de los elegíacos latinos, y su muerte inspiró un hermoso poema fúnebre a Ovidio. Como muchos de los poetas que comentamos, de este período, Tibulo canta con preferencia sus amores por una mujer a la que llama Delia. Pero hay otros amores, tanto femeninos como masculinos, y entre estos últimos destaca el adolescente Marato.

Entre las traducciones españolas de Tibulo (menos abundantes, hasta donde sé, que las dedicadas a Catulo, Virgilio, Horacio u Ovidio) he escogido, por mayor fidelidad, la publicada en prosa por el profesor José Torrens Béjar, Catulo y Tibulo. *Obras poéticas*. Editorial Iberia, Barcelona, 1969. Creo que está aún por hacer una buena traducción, en verso, de Tibulo, pues la romántica de Norberto Pérez del Camino (fechada en Burdeos en 1815), aunque notable para la época, es bastante infiel —aunque no por entero censurada— en temas homosexuales.

ELEGÍA IV

Quieran los dioses, Príapo, tender sobre ti umbroso cobijo para que no te dañen ni el sol ni las nieves. ¡Qué maña te das para atraerte mancebos! Y la verdad es que no tienes ni barba espléndida ni abundosa cabellera. Desnudo afrontas las frías temperaturas del invierno y los ardientes calores de la canícula.

Así le dije yo; y entonces el dios rústico, hijo de Baco, armado con su corva hoz, me respondió de este modo:

«No intentes ¡ay de ti! no intentes mezclarte con el grupo de tiernos adolescentes, pues siempre va con ellos motivo suficiente de inclinación amorosa: éste agrada por su destreza en frenar con las riendas el ímpetu de un caballo; este oro, porque sabe hender las tranquilas aguas con pecho blanco como la nieve; aquel otro seduce por su continente de fuerte audacia y el de más allá luce virginal candor en sus tiernas mejillas. Pero no desmayes si al primer intento te rechazan; poco a poco entregarán su cuello al yugo; con mucho tiempo se enseña al león a obedecer al hombre; al cabo de muchos días la blanda gota horada la roca; el año hace madurar las uvas en las calientes laderas y hace volver las brillantes constelaciones en épocas fijas.

No temas jurar. Los vanos juramentos de Venus se los lleva el viento a través de mares y tierras. ¡Loado sea Júpiter! Por él son nulas cuantas promesas inspiró un amor desatinado; gracias a Diana empuñarás impunemente sus dardos y Minerva te dejará su cabellera.

Pero cuidado; quedarás en falta si te retiras. Corre el tiempo sin descanso y no vuelven los años. ¡Qué pronto pierde la tierra sus espléndidos colores y el elevado álamo su hermoso follaje! ¡Qué abatido el corcel que resultó vencedor en la carrera olímpica, cuando llegó el momento fatal de una agotada vejez! Yo he visto cómo seres en un tiempo jóvenes lloraban los días que neciamente dejaron perder, acosados por la desmayada vejez. ¡Ah dioses crueles! La serpiente se renueva con la mudanza de sus anillos; el destino no concedió a la belleza ni un momento de descanso. Tan sólo a Baco y a Febo les es dado gozar de una eterna juventud y les sienta bien una cabellera de adolescente.

Te aconsejo que cedas, sean cuales fueren los caprichos que intenta tu amiguito: la complacencia en el amor allana muchos obstáculos. No le niegues tu compañía con sed abrasadora; aunque el arco precursor de la lluvia, velando el cielo con negros nubarrones, se empape de la lluvia que va a caer; aunque quiera, embarcado, surcar los mares azules, empuja a través de las aguas la frágil nave con tus remos. No te hurtes a arrostrar las más duras fatigas y endurece tus manos en un trabajo que te es des-

conocido. Si se le antoja cerrar con trampas los profundos valles, sé complaciente y no te niegues a cargar las redes sobre tus hombros. Si quiere pelear con las armas, intenta con mano leve que ello sea un juego, y preséntale tu flanco descubierto para que venza. Entonces se ablandará contigo y podrás robarle dulces besos; se resistirá pero al fin te los concederá. Primero serán robados, después, a tus ruegos, te los dará generosamente y al fin querrá abrazarse a tu cuello.

¡Mas ay! Que estos nuestros tiempos desgraciados se rebajan con deshonrosas prácticas. El tierno adolescente se ha habituado a los regalos. ¡Oh tú, que fuiste el primero en enseñar a vender el amor, quienquiera que seas! La dura losa, desgraciado, aplaste tus huesos.

Amad, niños, a las Pierides, las nueve musas; y a los doctos poetas que no les venza el oro. Niso debe a la poesía su áurea cabellera; sin poesía no brillaría el marfil sobre las espaldas de Pélope. Aquel a quien mecieron las Musas vivirá tanto tiempo como duren las encinas sobre la tierra, las estrellas en el cielo y los ríos arrastren sus aguas. Pero aquel que no escucha a las Musas, el que hace mercadería del Amor, ése merece ir sobre el Ida tras el carro de Cibeles, vagar sin rumbo por miles de ciudades y que se castre según costumbre de los sacerdotes frigios. Venus desea que los amantes se entretengan en dulces caricias; favorece las suplicantes querellas y las lágrimas conmovedoras.»

Esto es lo que el dios me dijo para repetírselo a Titio; pero su esposa no quiere que lo recuerde. Que obedezca él a su amante. Pero vosotros, todos cuantos os sentís heridos por las artimañas del astuto niño, proclamadme como vuestro maestro. A cada cual su honor: a mí el de resolver las consultas de los amantes desdeñados; mi casa está abierta para todos. Día llegará en que una apiñada multitud de jóvenes me siga cuando, viejo ya, enseñe las lecciones de Venus.

¡Ay de mí! ¡Con qué largos tormentos me tortura Marato! No me sirven ni las artimañas ni el engaño. Apiádate de mí, pequeño; no me conviertas en torpe fábula para que se rían de mis impotentes enseñanzas.

MARCIAL. Marco Valerio Marcial nació en Bilbilis (la actual Calatayud) el año 40 de nuestra era. Llegó a Roma en el año 64 (el del famoso incendio de Nerón) y allí gozó de la breve protección —pues murieron en seguida— de otros hispanos notables como Séneca. Murió (tras haber regresado a su tierra) hacia el año 103. Conoció momentos de prosperidad y años de dificultades económicas en tiempos políticamente inestables.

Conservamos de Marcial el *Libro de espectáculos* —su obra primera— y 14 libros de variadísimos epigramas, que no pocas veces (de cara a la traducción) han chocado, como tantos clásicos de la Antigüedad grecolatina, con la fuerte censura moral del cristianismo. El conjunto epigramático de Marcial constituye un retrato espléndido (más allá de sus agudezas) de la vida romana, de su pluralidad y libertad, a finales del siglo I. No importa si ciertos textos homoeróticos son o no personales. Las burlas y descripciones de Marcial nos permiten ver que la homosexualidad (la masculina más claramente) era algo común y consuetudinario en la vida de Roma y en aquel tiempo.

Advierte Dulce Estefanía, editora y traductora de los *Epigramas completos* de Marcial (Cátedra, Madrid, 1991), que aunque existen muchas traducciones del bilbilitano ninguna de las existentes en español, hasta la suya —incluyendo las más académicas, y por los motivos ya enunciados—, pueden considerarse íntegras y fieles. Doy tres epigramas de Marcial, el primero en mi propia versión (aparecida en el libro de traducciones de poesía *Los trabajos del ocio,* Gijón, 1993) y los dos siguientes en la citada de Dulce Estefanía, en prosa. El tercero es un epigrama cuyo tema —la atracción por el joven copero y los celos que despierta— aparecerá en Estratón y reaparecerá en el Renacimiento. En las *Sátiras* de Juvenal (algo mayor que Marcial) también aparecen noticias sobre excesos o bromas pederásticos.

1

Puesto que al muchacho le duele la polla,
y a ti, Nevolo, el culo;
no soy adivino, pero sé bien lo que hacías.

2

¿Por qué lo que me diste ayer, me lo has negado, joven Hilo, hoy, volviéndote duro tan de repente tú que hace poco eras complaciente? Pero das ya como pretexto tu barba y tus años y tu pelo. ¡Oh noche, qué larga eres que tú sola conviertes a alguien en un anciano! ¿Por qué te ríes de mí? Dime, Hilo, que ayer eras un niño, ¿por qué razón hoy eres un hombre?

3

Cada vez que miro a tu Hilo mientras sirve vino, me observas con mirada demasiado turbia. ¿Qué, te pregunto, qué delito es contemplar a un agradable copero? Miramos el sol, las estrellas, los templos, a los dioses. ¿Tendré que volver la cara, como si la Gorgona me ofreciese la copa y amenazase mis ojos y mi rostro? El Alcida era fiero y permitía contemplar a Hilas; a Mercurio le está permitido bromear con Ganimedes; si no quieres que tu invitado contemple a tus jóvenes coperos, invita, Afro, a los Fineos y a los Edipos.

ESTACIO. Publio Papinio Estacio nació en Nápoles hacia el año 45 de nuestra era. Su padre era allí un retórico célebre, que lo llevó a Roma, hacia el año 80, donde en adelante transcurriría la vida y labor literaria de Estacio bajo el reinado de Domiciano. Murió en Nápoles también —donde, al parecer, estaba solo ocasionalmente— el año 95.

Es conocido Estacio por su poema épico cultista *La Tebaida* (que desarrolla el viejo tema de los siete contra Tebas) y por sus *Silvas,* en cinco libros, composiciones de carácter lírico, sobre temas muy variados —y cercanos a la vida cotidiana— y escritas en metros diversos. Dos de esas *Silvas* (en el libro II) son elegías por la muerte de esclavos favoritos. El *favorito* —hijo, por lo general, de otros esclavos que vivían ya en la casa del amo— solía tener con éste, en su niñez y adolescencia sobre todo, una relación particular que podía ir desde el cariño al amor, o ambos unidos con adolescente posibilidad sexual. De ahí que la muerte de uno de estos favoritos (como queda explícito en una de esas *silvas)* causara mayor dolor al amo que a los propios padres del muchacho.

Doy fragmentos de la silva 6 del libro II, *Consuelo a Flavio Urso por la pérdida de su joven esclavo favorito,* en la traducción en prosa de Francisco Torrent Rodríguez, *Silvas,* Gredos, Madrid, 1995.

CONSUELO A FLAVIO URSO POR LA PÉRDIDA DE SU JOVEN ESCLAVO FAVORITO

Cruel en demasía, quienquiera que seas, tú que pones distingos a las lágrimas, y al llanto límite. Es duro para un padre dar fuego —¡sacrilegio!— a sus seres queridos en la primera edad; a sus retoños en la adolescencia; es también doloroso, cuando es arrebatada nuestra esposa, dar el último adiós a la que compartía nuestro lecho, ya solitario; y lo son los lamentos afligidos por las hermanas, como por los hermanos los gemidos. Más dentro, sin embargo, y mucho más adentro se adentra en nuestras almas, más penosa que las llagas más graves, una herida más leve. Es a un fámulo, Urso —ya que con mano ciega confunde así Fortuna los nombres de las cosas sin parar mientes en los sentimientos—, es a un fámulo a quien lloras; pero a un fámulo pío que por su amor y su fidelidad ha merecido tus lágrimas, y que de corazón fue más libre que si hubiera ostentado un ilustre abolengo. No contengas tu llanto, no te avergüences: que tu dolor supere las barreras y los días, si te consuelan muestras tan penosas: lloras a un hombre —añado leña al fuego, pobre de mí—, a un hombre que era tuyo, que aceptaba de grado su grata esclavitud sin ninguna aflicción y que se la imponía gustoso. ¿Quién podrá reprocharte las lágrimas que viertes ante pérdida tal? En medio de la guerra gime el parto a su caballo muerto; lloran los molosos a sus leales canes.

[...]

(...) No le fue comparable el altivo Teseo, a quien la hábil cretense, en su inquietud, aseguró el regreso con un hilo; ni Paris, pastor rústico, que para contemplar su amor ebalio, botó sobre las aguas, a su pesar, sus naves. No miento ni alienta mis versos la licencia usual: lo he visto, y aún lo veo, no comparable a Aquiles cuando, temeroso de la guerra, lo ocultó Tetis en la costa de las doncellas, ni a Troilo, fugitivo en torno a las murallas del implacable Febo, y alcanzado por la lanza que arrojó la diestra hemonia. ¡Qué hermoso eras! Mucho más bello que todos los adolescentes y que todos los hombres, y sólo inferior a tu amo: sólo su brillo aventajaba al tuyo, cual la Luna supera a los astros menores y como ofusca Héspero a las demás estrellas. No se hallaba en tu rostro la gracia femenina ni en tu expresión la blanda donosura, como en aquellos a quienes incitan sus rasgos dudosos a renegar del sexo cometiendo un delito. Eras enérgico; varonil tu encanto, mas no desafiante tu mirada: tus ojos se mostraban cariñosos, pero con un destello de firmeza; tal fue Partenopeo, atractivo a la vista, aun protegido bajo su cimera. Tus cabellos, naturales,

con sus rizos primorosos; tus mejillas, sedosas, exentas todavía del primer bozo: tales mancebos cría el Eurotas en sus gargantas que frecuentó Leda, así, en la flor de su tierna edad, se dirige a la Élide el mancebo y a Júpiter somete sus años juveniles. Porque ¿de dónde su pudor ante una infamia, la serena templanza de su espíritu y de su proceder y su alma tan madura para tan tiernos años? ¿Con qué versos podría yo expresarlo? Muchas veces dirigía reproches a su amo, que los oía de buen grado, y lo ayudaba con sus consejos leales y prudentes; compartía contigo tristezas y alegrías; nunca era suyo: de tu rostro asumía su expresión. Digno de aventajar en nombradía al Pílades de Hemonia y a la lealtad cecropia; pero ponga fin a su elogio el elogio que permite su suerte: no fue más fiel Eumeo cuando, con corazón dolorido, esperaba el regreso del tardío Ulises.

[...]

Brote tan sólo de una vida adulta, a punto estaba aquél, el más hermoso de los adolescentes, de engarzar con tres lustros de la Élide un trienio más. La tétrica Ramnusia aguardó con expresión sombría: robusteció sus músculos primero, infundió resplandor a su mirada, alzó su rostro más de lo frecuente, concediendo al cuitado, ¡ay! un don letal: se atormentó al mirarle por envidia y, dándole el abrazo de la muerte, cuando yacía le arrojó sus redes y asió, inmisericorde, con su mano engarfiada, aquella amable faz. Era apenas el quinto amanecer en que Fósforo ensillaba su caballo cubierto de rocío, cuando ya contemplabas, Fileto, las crueles orillas del despiadado anciano y el siniestro Aqueronte: ¡con qué voz te llamaba tu dueño!

[...]

AUSONIO. Décimo Magno Ausonio nació en el año 310, en Burdeos, donde asimismo murió alrededor del 393. Fue gramático y maestro del emperador Graciano, y al morir asesinado éste, se retiró de la vida pública. Se considera a Ausonio como uno de los últimos poetas notables del paganismo latino, en una época en que el cristianismo ganaba adeptos e importancia política por días. Lleno de buen hacer retórico y de reminiscencias clásicas, lo mejor de Ausonio son sus *Idilios* (como el dedicado al Mosela) además de los encomios a sus colegas profesores de Burdeos, sus epitafios y sus epigramas.

Parece indudable, con todo, que al menos desde su madurez, también Ausonio —aunque sólo fuera nominalmente— se hizo cristiano. Fue maestro del clérigo Paulino (353-431), galo también del sur, y más tarde obispo de Nola en Italia, para los fieles san Paulino de Nola. Ausonio y Paulino mantuvieron correspondencia cuando el joven vivía en Barcelona y Ausonio estaba ya retirado en su finca de Burdeos. En fragmentos de esas cartas poéticas han querido encontrar algunos indicios de una clara amistad masculina —nada extraña a los primeros tiempos del cristianismo— entre discípulo y maestro. De hecho algunos versos de una carta de Paulino a Ausonio, escrita en Barcelona el año 385, aparecen citados en *My dear boy,* una antología norteamericana de cartas de amor *gays* a lo largo de la historia, editada por Rictor Norton (San Francisco, 1998).

Doy mi traducción —hecha especialmente para esta antología— de dos poemas de Ausonio: un epitafio *(De Glaucia inmatura morte praevento)* y un epigrama *(In Marcum).* Pese al tono pagano de ambos textos, quizá en el epigrama sea más evidente cierta censura moral —no explícita— que faltaba en las burlas de Marcial o Juvenal.

A GLAUCIAS, MUERTO ANTES DE TIEMPO

Una despreocupada juventud te coronaba ahora,
a tus dieciséis años, las tiernas mejillas de bozo
y no permitía considerarte chico o chica indiferentemente,
cuando la muerte te alcanzó prematura robándote
cualquier belleza, Glaucias. Con todo no irás mezclado con la vulgar
prole de los muertos ni deberás temer, conmovedora sombra,
las lagunas estigias. Irás por allí como el Adonis de Perséfone,
hijo de Cíniras, o serás catamita del Júpiter elíseo.

CONTRA MARCO

Pitágoras, hijo de Euforbo, tú que preparas de nuevo el germen
de las cosas y reconduces a cuerpos nuevos las almas bajo tierra
halladas, dime qué será de Marco, cuando haya muerto, si
de nuevo torna a la vida del aire. ¿Qué Marco? Un proxeneta
llamado últimamente consiguechavales, que ha corrompido a toda
la juventud masculina, un perverso bellaco, o como dice el poeta
Lucilio, un pederasta agobiador. Ni toro ni mulo será,
ni camello, ni cabra o carnero. No, será un simple escarabajo.

ABU NUWAS. Nacido en el año 768 de la era cristiana (150 de la hégira) en Ahvaz, un pueblo de mayoría persa en el suroeste de la actual Irak, Abu Nuwas (que viene a significar *el de los largos cabellos rizados)* es uno de los grandes poetas *modernos* de la lírica del período abasí, uno de los más florecientes del islam árabe. Poeta de exquisita perfección formal y muy variada temática, Abu Nuwas (que vivió casi siempre en Bagdad, como preceptor un tiempo del príncipe Al Amin) es conocido, sobre todo, por sus composiciones amorosas y báquicas, que le convierten en un poeta libertino. El mundo bisexual, de amadas y jóvenes coperos —en su mayoría cristianos—, que refleja su poesía está muy lejos de cualquier rigorismo. Aunque naturalmente no faltó quien le acusó a Abu Nuwas de impío.

En los cuentos de *Las mil y una noches* (donde se recoge algún poema suyo) Abu Nuwas aparece como personaje divertido y excéntrico, cercano al califa Harun al Rachid, pero el tema pertenece más a la tradición popular (y por tanto a la fama del poeta) que a lo estrictamente verídico.

Tras una vida de bohemia, literatura y acaso final arrepentimiento, Nuwas murió en Bagdad en el año 814, tras un corto exilio en Egipto. Tan célebres fueron sus composiciones o actitudes homoeróticas que, en árabe culto, su gentilicio *nuwasí* significa homosexual. No sé de ninguna traducción española completa del *Diwan* de Abu Nuwas. Pero su obra —aunque menos la más abiertamente homófila— aparece en diversas antologías hispánicas de la poesía árabe. Los dos primeros poemas que doy —traducción de Josefina Veglison Elías de Molins— proceden de su citada antología *La poesía árabe clásica*. Hiperión, Madrid, 1997. El último es traducción mía, a partir de la francesa del arabista Vincent-Mansour Monteil, en su libro Abû-Nuwâs, *Le vin, le vent, la vie* (Sindbad, Actes du Sud, 1979).

AUTORRETRATO

Entre las gentes no tengo igual. Mi agua es el vino, mi
aperitivo los besos.
Mi lecho son los traseros desde que me levanto hasta que
me acuesto.

ÉL Y YO

Aquélla a quien amo me envió un mensajero
que suscitó mi amor.
Bienvenido seas, enviado amado, engalanado de perfume.
Le cortejé con palabras pero de mí se apartó diciendo:
me estás tentando.
Uno como tú no puede amar a uno como yo
cuando perdidamente le ama una rubia grácil.
Cumplida su misión, acudí a la cita con el corazón espantado.
—Has cortejado a mi mensajero.
Ahora sale a relucir lo que de ti me asombra y desconozco.
Falso embaucador que en cuaderno llevas la cuenta de unos
y otros.
Pierde las cabras quien las confía al lobo.

EL AMOR IMBERBE

Miro a Handan y le digo a mi amigo:
Hace tiempo que me prometió
no dejarse crecer la barba
sin mantener la entrepierna sin pelos.
Acuérdate de su esplendor,
del tiempo feliz de su juventud florida,
cuando ganaba su belleza todos los corazones.
¿Sabes algo más que sea confesable?

AL MUTAMID. Fue Al Mutamid rey en Sevilla, el más próspero e importante de los reinos de taifas. Su vida parece cumplir la mejor leyenda de Al Andalus. Poeta, en su corte, artistas y cantores eran bien recibidos. Amaba los placeres, el lujo y las fiestas. Nacido en Sevilla el año 1040, siendo aún príncipe actuó como gobernador de Silves, en el Algarve, donde se desarrolla su peculiar y romántica y muy apasionada amistad con el poeta y aventurero Ibn Ammar, que a la larga terminaría mal. Las presiones del rey castellano Alfonso VI (de quien, prácticamente, Al Mutamid era vasallo) fueron poniendo en peligro aquel reino y aquella vida que prefería, antes que todo, los placeres, las cultas tertulias junto al río, los coperos, las cantoras y los cortesanos...

Ante la debilidad del rey-poeta, los rudos almorávides norteafricanos de Yusuf ibn Tasufin invadieron su reino, con el pretexto de ayudarlo contra los cristianos. El 10 de septiembre de 1091 Sevilla es tomada por los almorávides y depuesto su rey, que es enviado como prisionero a Agmat (un pueblo cercano a Mequinez, en el actual Marruecos) donde escribió algunos de sus más hermosos poemas, y donde murió —en la tristeza de la prisión y el exilio— el 14 de octubre del año 1095. El gozo, la vanidad y la añoranza son los grandes y refinados temas de este rey-poeta. Canta mujeres y jóvenes, como casi toda la poesía erótica o sensual de los árabes de su tiempo. Doy tres de sus poemas más homoeróticos, en la traducción de Miguel José Hagerty. Al-Mutamid. *Poesía*. Antoni Bosch, Barcelona, 1979.

(Espada es el nombre Sayf.)

56

Nuestro amado compañero combatió con ojos, espada y
lanza.
A veces caza a las mujeres, bellas gacelas; otras a hombres,
valientes leones.

57

Espada su nombre, espadas sus ojos. Desenvainadas, las
tres me matarían.
¿No le basta con una? Pero incluso me golpea la vaina,
sus párpados.
Cuando le cautivé sus ojos coquetones me cautivaron;
amos y cautivos, los dos, a la vez.
¡Oh Espada, trata a tu cautivo de amor con compasión!
No te pido libertad como galardón.

59

¡Señor! Cuando un esbelto y coquetón copero se puso a
servirnos vino, ¡qué maravilla!
Con fina ciencia virtió oro fundido en agua helada.

BEN QUZMÁN. Para Emilio García Gómez (que fue el más clásico de nuestros arabistas y que estudió con meticulosidad a Ben Quzmán) este autor sería el último poeta original que dio Al Andalus antes de que la poesía de aquel brillante período cultural se sumiera en larga decadencia. Autor de zéjeles, singular poeta entre lo popular —lo coloquial, incluso— y lo culto (*una voz en la calle* dijo de él García Gómez) no sabemos con precisión cuándo nació Ben Quzmán, aunque sin duda algo después de la batalla de Sagrajas, en 1086. Vivió esencialmente en Córdoba y allí murió el 2 de octubre de 1160. Murió viejo —sabemos— y él se autodescribe como rubio y de ojos azulados. Dado al placer y a la fiesta, García Gómez añade que fue *un gran tarambana muy atractivo*. Su poesía erótica (aunque el conjunto de su *Cancionero* es muy plural en temas) celebra tanto a mujeres como a muchachos, igual que otros muchos entre sus colegas. En su propio decir: «Me he dado a la fisga y a escandalizar, / tan pronto con chico como con mujer.»

Doy tres de sus zéjeles —el tercero sólo es un fragmento— en la clásica traducción rítmica de Emilio García Gómez, en *Todo Ben Quzmán*. Gredos, Madrid, 1972. (Edición muy abreviada y algo retocada en *El mejor Ben Quzmán en 40 zéjeles*. Alianza Editorial, Madrid, 1981.)

V

LA HOGUERA DEL AMOR

Dura carga es el amor. /
¡Quién pudiera resistir! /
¡A las almas, guapos, dad /
vida y se os alabará!

Los secretos del amor /
sólo están en el mirar.
Unos bellos ojos ves /
con la magia de Babel,
y te roban la razón, /
con tu aguante se te van,
y has de ver tu corazón /
maniatado y en prisión.

Los sayones del amor /
hallan luego allí un cordel,
por tender tu corazón /
en mitad del campo, igual
que el leñero suele hacer /
con tocones. Hay después
siempre YESCA, pedernal /
y eslabón con que encender.

Del desvío la vivaz /
llama viénete a abrazar:
ves tu cuerpo crepitar /
y tus miembros ves arder.
Si agua pides al amor /
para aquel fuego apagar,
viene el fuelle del desdén /
y lo atiza: buf, buf, buf.

Quien de un chico se prendó /
bien se tiene que humillar.
Cara en tierra ha de poner, /
lisa bien la ha de dejar.

Tan fatal es como que /
suenen piedras al caer,
o que el humo del hogar /
tizne deje en la pared.

Compasión, guapos, sentid /
por quien muere de pesar.
Ese duro corazón /
para amantes ablandad.
Apiadaos del galán. /
No busquéis más que la paz.
Buena siembra habéis de hacer: /
segaréis lo que sembréis.

Todo guapo debe ser /
cariñoso, muy leal,
sin desmayo en el querer, /
ni veleta ni falaz.
Mas si muéstrate desdén, /
¡sus, bendito sea el Nabí!,
no se pare tu corcel: /
¡desenvaina ya atacar!

Cada cual va con su par; /
pero yo, ¿a quién quiero yo?
A un garzón como no dio /
nuestro tiempo nadie igual.
Se prendó la luna al ver /
de su cara la beldad,
y cualquier guapo es feliz /
su hermosura al contemplar.

VII

SEGUIDILLAS

¿Quién osaría
guapo tal de las manos /
arrebatarme?

Todos se apelotonan //
si va conmigo.
Yo en el traje reviento //
y ando en mis glorias,
al mirar que unos y otros //
cruzándose guiños
mientras se dicen:
«—¿El que va con el guapo, /
¿cómo se llama?»

Quien le ve el contoneo //
se hace ilusiones
que lo quiera un moreno //
tan presumido;
mas puñales desnuda, //
buscando guerra.
Y es cosa justa:
que ¿al herir de sus ojos /
quién hace frente?

¡Sí, censor, lo idolatro! //
¡Ya más no puedo!
Remetió entre alcanfores //
flor de granado.
¡Quita allá los bambúes, //
cabe su talle!
Dulce es cual MELO.
Si el cadí ve que pasa, /
viene a besarlo.

Ojos, pelo, garganta //
tiene bonitos.
Quien lo ve una vez sola, //
piensa en él siempre,
y el tizón que lo quema //
nunca se apaga.
¿Cómo olvidarlo,
mi censor aunque insista? /
¡Vaya cargante!

Recadera, la mano //
bésale y dile:
Quiero echarle los brazos, //
cerca tenerlo
(¡ay, su cuerpo espigado!): //
tardar me mata.
¡Vete y se lo dices!:
«El que busca a un amigo /
no se avergüenza.»

XXIV

ELOGIO DE UN BEN HAZM

Cara gentil / y áureo vino mi afán
son, y tras él / para mí nada hay más.

Para beber / nos juntamos ayer
ese doncel / de ojos bellos y yo.
Vez y otra vez / en la boca le di
besos. ¡Qué buen / azuquítar, por Dios!
Antes de estar / ebrio me emborraché.

Sueño le entró / tras cantar y beber.
Se me tumbó: / ¡que se tumbe, por Dios!
¡Qué perro soy! / ¿Contaré que pasó?
Quiero decir... / ¡Más decente es callar!
Cosas aún hay / que es mejor no mentar.

Cuando por fin / la embriaguez su magín
libre dejó, / le traté de explicar:
«Gana, infeliz, / un amigo en amor.
El bozo ya / te ha empezado a apuntar.
Coco el tisú / va muy pronto a trocar.»

Mío es no más / mi alusivo decir.
A los demás / repudrirme verás,
porque, a mi ver, / la menor distinción
entre mi hablar / y el aljófar no hay,
y es, sin rimar / o rimado, el mejor.

Gusta de oír / mis palabras Ben Hazm,
cuya ilusión / es que acudas a él.
De su merced / nace tanto loar:
vence el audaz, / quien se achica perdió,
y al que me da / mi alabanza le doy.

Para el señor / (y en sus obras señor)
tiene el caudal / sólo nombre de tal.
Pues consiguió / ser en todo cabal,
tiene de estar / engreído razón.
Nada de dar, / pediría perdón.

En guerra estoy / persiguiendo al mizcal.
Cuando de mí / vase, me hallo muy mal.
Por eso no / contradigo el cantar:
«Viéndote a ti / bien me sabe el MANCHAR;
mas, si te vas, / ¿qué paciencia cabrá?»

IBN SARA AS-SANTARINÍ. Abu Muhammad Ibn Sara fue llamado *As-Santariní* por haber nacido en Santarén, entonces parte del reino taifa de Badajoz. Cuando la ciudad cayó bajo el dominio almorávide Ibn Sara pasó a Sevilla y luego a Córdoba para llegar a morir, en 1123, en Almería, al parecer cerca de los 80 años.

Fue uno de los poetas y prosistas andalusíes más celebrados de su época, aunque en tiempos duros (como fueron los de la invasión almorávide) debió ganarse humildemente la vida como copista o gramático. Fue Ibn Sara contemporáneo de Ibn Jafaya de Valencia, uno de los poetas más notables de ese tiempo a quien le une, además, cierta temática galante: jardines, frutas, flores... Aunque se sabe que estuvo casado —también Al Mutamid y tantos otros— en lo que se conserva de su *Diwan* no faltan los poemas de amor o celebración de la belleza moceril. La traductora y prologuista de la poesía de Ibn Sara hace notar que el éxito de «los poemas dedicados a muchachos (...) puede medirse por su presencia constante en las antologías clásicas». Para más datos al respecto remite al libro *Homoeroticism in Classical Arabic Literature*. J. W. Wright hijo y Everett K. Rowson (eds.). Columbia University Press, Nueva York, 1997.

Doy de *As-Santariní* tres poemas en la traducción de Teresa Garulo. Ibn Sara As-Santariní. *Poemas del fuego y otras casidas*. Hiperión, Madrid, 2001.

11

JOVEN HERMOSO

Es un antílope cuyas mejillas
son un jardín de rosas, defendido
del alacrán del aladar
por el granizo de sus dientes.
Cuando bebe en la copa se parece
a una luna bebiendo las estrellas.

70

MUCHACHO DE OJOS AZULES

Es un joven esbelto, sobre cuya túnica
veo alzarse una luna
brillando en un cielo de perfecciones.
Ha sentenciado a nuestros corazones
la recta lanza de su cuerpo
donde reluce el hierro de sus ojos azules.

71

MUCHACHO BARBIPONIENTE

Ahora, ya barbiponiente, el manto
de su hermosura se ha sutilizado
y nuestros corazones, por amor,
son sus cautivos.
No es, no, que la negrura haya vestido sus mejillas,
es el color de sus pupilas
que se extiende sobre ellas.

BEN SAHL DE SEVILLA. He aquí a un delicadísimo poeta, henchido de tradición literaria, en el ocaso ya del islam español. Ibrahim Ben Shal —de familia judía— nació en Sevilla hacia 1212 y allí estudió y conoció la vida de una ciudad esplendente y amenazada... Según algunos no es imposible que Ben Shal fuera médico, profesión ligada al origen judío, aunque él se hubiera convertido al islam. Sevilla fue conquistada por los cristianos en 1248, y nuestro Ben Sahl formó parte de los que se marcharon a África. Primero a Ceuta, donde trabajó al servicio de Ben Jalás, y luego, al parecer, pretendió vivir en Túnez. En el curso de la travesía hacia esa ciudad —en misión oficial— la nave naufragó y Ben Sahl murió en el mar, en 1251.

Su lírica es amorosa esencialmente, aunque tampoco faltan los panegíricos. Y muchos de sus poemas de amor están dedicados a un muchacho llamado Musa (Moisés, en árabe) que, años después, aún inspiraba poemas a otros poetas —entre ellos Al Kassad— que se dirige a *Musa, el que cantó Ben Sahl.*

Doy tres de estos poemas —cercanos al ámbito del amor cortés— en la traducción de Teresa Garulo. Ben Sahl de Sevilla. *Poemas*. Hiperión, Madrid, 1983.

2

Tan improbable es que exista el hipogrifo
como que alcancen su esperanza los amantes.
Mi relación con la belleza
es que soy uno de los que ha matado.
Los censores darían sus consejos si fuesen aceptados;
la espada de los ojos ¡ay!, de Musa
a sus censuras se anticipa.
Quise aprender a curarme del amor
y me enseñaron sus ojos enfermedades y dolencias.
Oh tú por quien mis frases son todas de deseo:
«es posible», «ojalá»,
y mis poemas son todos amorosos,
me prohíbes, despierto, que devuelva el saludo
y no me atrevo en sueños a molestarte con mis besos.
Ha vestido mi cuerpo el pálido color de la enfermedad,
que cambiaría si calmases mi sed
con el néctar de tus labios rojos.
Hacia ti se dirige mi deseo, que tú no sientes,
se han consumido ya las rimas, las lágrimas y mis recursos.

6

Es el lunar de la mejilla de Musa
la negrura del reproche sobre la claridad del amor.
La belleza ha trazado una *wāw** en su aladar
y una gota de tinta ha salpicado su mejilla.
Sus ojos miran indecisos, pero con ellos
las penas me han llegado al corazón.

* Penúltima letra del alfabeto árabe, cuya forma se compara con la patilla.

31

Doy el alma por Musa, y si sus ojos
me la roban, por él la sacrifico.
Él es quien guía a la religión de los efebos
y su belleza es un prodigio que confunde a quienes le siguen;
sus ojos causan el efecto de la vara de Moisés
en quien acepta su llamada sin rebelarse,
corre desde ellos al corazón del amante
una serpiente que lo mata con su picadura,
¿y qué amuleto puede protegerlo?
Los corazones de los enamorados
se pierden, por su orgullo, en un desierto como el de Tīh *.
Es ardiente mi sed y si él quisiera
haría brotar las fuentes
que son los labios de su boca.
Las lanzas de sus ojos abren, como la vara de Moisés,
el mar de la pasión para hundir al amante,
y si me adentro, exponiéndome al peligro,
me sumergen en él con el ejército de mi paciencia.
Grito: Soy un creyente de su amor,
ay, ojalá la religión del triste me salvara.

* Desierto de Arabia donde los israelitas anduvieron errantes a la salida de Egipto.

MUHAMMAD AL NAWADJI. Traemos aquí a Al Nawadji —que vivió en El Cairo en la primera mitad del siglo XV en una sociedad entonces más tolerante que la del resto de Oriente— como autor de un tipo de manuales galantes que fueron de uso relativamente corriente en el mundo musulmán de la Edad Media: tratados sobre la belleza y el modo de los efebos. Textos teóricos pero sembrados de poemas. Al Nawadji consideraba que un muchacho guapo y de ojos negros era la criatura en quien Alá había depositado una parte de su esplendor.

La pradera de las gacelas (Encomio de los adolescentes hermosos) es el título del texto de Muhammad Al Nawadji, dividido en cinco capítulos, el último de los cuales se titula: *Las cualidades propias de los adolescentes. Los que tienen bozo, los que tienen lunares y otras cualidades.* Sobra decir —para sentir la diferencia de las culturas y de los temperamentos vitales— *lo políticamente incorrecto* que resultaría hoy un libro semejante, pese a su evidencia estética y feliz.

Doy un fragmento traducido por mí de la traducción al francés de René R. Khawam. *La prairie des gazelles*. París, 1989.

LOS QUE TIENEN BOZO

De un poeta anónimo para un hermoso muchacho a quien el bozo crecía en exceso:

Deseé que llegara el pelo
a sus mejillas, desde que hizo alarde
de seguridad y orgullo.

Dios entonces le otorgó una buena barba
y así añadió
a mi anhelo un anhelo distinto.

Por cada pelo que llegaba a su mejilla
lanzaba yo un nuevo suspiro
inspirado en la nostalgia que brotaba en mi corazón.

Y, sobre el mismo tema, otros versos de muy buena hechura:

¡Oh el esbelto! Ha tomado a la belleza
por vestido. Y ella ha posado sus bordados
ornamentos sobre sus dos mejillas,
una suave pelusa aromada de almizcle.

¡Cómo sabe usar sus párpados,
el muy coqueto, el experto en artificios!
¿La mirada que filtran sus ojos?
Una flecha disparada al corazón
de sus víctimas, cuya perdición firma.

Unos pasos suyos, con ese contoneo,
y la vida cesa de latir en todos los corazones.
¿No es un milagro ver
que lo móvil
engendra lo inmóvil?

Del autor de este libro, Muhammad Al Nawadji, versos del mismo asunto, tratado por alusión:

Me gustaban los afectuosos propósitos
de sus párpados; y entonces apareció
el bozo, por encima del rosa de sus mejillas,
lleno de frescor.

Mi corazón al instante me susurró esto: Deja
el lenguaje de los párpados, y detente mejor
en el collar de su barba, pues habiéndolo estudiado,
lo celebrarás, y vale la pena.

ANTONIO BECCADELLI, EL PANORMITA. De familia oriunda de Bolonia, Antonio Beccadelli nació en Palermo, capital de Sicilia, en 1394. De ahí vino el nombre con el que se le conocería después: *El Panormita*. Literato de corte, poeta y humanista, Beccadelli vivió en Florencia, en Padua y en Siena, donde probablemente escribió su *Hermaphroditus* antes de 1425, año en que lo publicó en Bolonia. Sirvió y enseñó luego a diversos señores en Pavía y Parma antes de volver al sur y hallar su puesto definitivo como cronista y poeta al servicio del rey de Aragón Alfonso el Magnánimo, bajo cuya protección está desde 1434. A partir de 1443 vive cerca del rey en Nápoles, donde crea una academia humanística llamada *Porticus Antonianus*. Tras la muerte del famoso rey sirvió aún a su sucesor Fernando, y murió en la misma ciudad el 19 de enero de 1471.

Beccadelli es uno de los primeros poetas europeos —en latín— que se acoge al renovado ideal del humanismo, que busca emparentarse con la Antigüedad grecolatina, renovando la vida y el pensamiento con tal simiente. *Hermaphroditus* —libro epigramático en latín— es una avanzadilla en tal senda. Se trata de un texto que recoge las enseñanzas de Catulo, Marcial y la comedia de Plauto. Habla de todo tipo de sexo, y en general se burla de los pederastas, pero al modo clásico (y protegido por el latín literario) no tanto los censura o los manda a la hoguera, cuanto los ridiculiza con cierta naturalidad. Entre los amantes de los muchachos, se ríe a menudo de su maestro en Florencia, Mattia Lupi. Pero asimismo oye con sosiego al amigo enamorado de un tal Carolus. Beccadelli escribió también (además de discursos y otros varios poemas) una crónica sobre Alfonso el Magnánimo: *De dictis et factis Alphonsi regis*.

Doy tres poemas del *Hermaphroditus* en mi traducción. El primero de ellos se publicó en mi tomo misceláneo *Los trabajos del ocio*, 1993. Los dos siguientes —traducidos para esta antología— son inéditos.

EPITAFIO DE PEGASO, PEDERASTA COJO

Si mi nombre y deseo quieres saber, caminante,
Pegaso el cojo soy, en esta tierra enterrado.
Espera a conocer mi anhelo, ya sabes mi nombre,
escucha, tu curiosidad pronto será saciada.
Cuando lleno de ardor estés por encular a un buen efebo,
tráelo a esta tumba, caminante, hazme el favor
y a mi alma honrarás sin que haga falta incienso,
penétralo ahí, y a mí me darás descanso.
Es costumbre piadosa para las almas en sombra,
que establecieron así los antiguos padres.
Aquiles aplacaba las cenizas de Quirón,
como bien sabe tu culo, rubio Patroclo.
E Hylas lo supo también cuando Hércules igual lo penetró.
Como enseñaron los antiguos, haz ante mí, caminante.

CONTRA LÉNTULO, AFEMINADO DE BUENA FAMILIA Y HOMBRE EN EXTREMO VICIOSO

Posees para ti solo, Léntulo, dineros y libros,
para ti solo muchachos, mantos para ti solo.
Para ti solo inteligencia, solo corazón, amigos para
ti solo. Todo en exclusiva lo posees salvo una cosa.
Solo el ojo de tu culo, Léntulo, no es tuyo sólo.
Mucha es la gente, mariquita Léntulo, que lo posee también.

LAURIDIO AL AUTOR, A PROPÓSITO DE UN AMOR QUE LE ABRASA

Tengo en Perusa un amor que me inquieta, y he olvidado el de Siena,
me vence el amor de Perusa, ay de mí, un amor que me inquieta.
Este hijo de Perusa hasta al mismo Júpiter agradaría,
a los supremos dioses gustaría este Carlos, de perusina estirpe,
hermoso de cuerpo y nacido en la hermosura, que me cautiva
y el cuello me aprieta con pie tan delicado.

MIGUEL ÁNGEL BUONARROTI. La fama inmensa y merecida de Miguel Ángel (1475-1564) como escultor, pintor y arquitecto, opacó durante mucho tiempo la consideración de su poesía amorosa y existencialista, a ratos estilísticamente dura —como tallada en mármol— pero llena de energía y potencia, y que es al fin una de las cumbres también (aunque menos académica) del Renacimiento italiano.

Publicadas por primera vez por su resobrino en 1623 (*Rime* de Michelangelo Buonarroti) sólo la edición de las *Rimas* hecha por Cesare Guasti, también en Florencia pero en 1863, puede considerarse la auténtica, pues el resobrino del escultor —parece que también los tiempos habían cambiado para mal— corrigió y enmendó bastantes de los poemas de su tío, sobre todo para eliminar en ellos las referencias masculinas. Guasti volvió simple y lealmente a los manuscritos.

Es difícil no ver en el *David* o en el techo de la Capilla Sixtina el impresionante canto a la masculinidad que hay en el arte del Buonarroti y que no volverá a repetirse —con esa fuerza, aunque en otro camino— hasta la pintura de Caravaggio. Buena parte de la poesía amatoria miguelangelesca (hay otros temas, y los sonetos espiritualistas de su relación amistosa y religiosa con Vittoria Colonna, marquesa de Pescara) está dedicada a jóvenes, y muy singularmente a quien fue el gran amor de la madurez del Buonarroti, Tomasso Cavalieri, joven romano de buena familia a quien Benedetto Varchi (académico, que también conoció amores homoeróticos) llamó joven de *incomparable belleza*. Independientemente de lo que la relación —sobre todo en sus comienzos— llegara a ser en la vida real, los apasionados poemas se mueven siempre en el prestigioso y respetable terreno del neoplatonismo.

Doy tres de los sonetos dedicados a Cavalieri, escritos en 1532 o 1533 en los inicios de su relación con el entonces muchacho, en mi propia traducción. Miguel Ángel Buonarroti. *Sonetos completos* (ed. bilingüe). Cátedra, Madrid, 1987.

XVI *

Tú sabes que sé, mi señor, y sabes
que me aproximo más para gozarte,
y sabes que sé que sabes quién soy:
¿a qué pues más retardo en saludarse?
Si verdad es la esperanza que me das,
y verdad mi gran deseo concedido,
el muro rómpase alzado entre los dos,
que son más fuertes los daños ocultos.
Si sólo amo de ti, mi señor querido,
lo que de ti más amas, no te enojes,
si un espíritu del otro se enamora.
Lo que en tu bella faz aprendo y busco,
mal lo comprende el ingenio humano:
Quien saberlo quiera, ha de morir entonces.

XXII

Si en el rostro por los ojos el corazón se ve,
otro signo no habrá más evidente
de mi fuego; así es que baste ello,
mi señor querido, para pedir merced.
Quizá tu espíritu, con fe mayor
de la que espero, al ver la honesta llama
que me arde, presto se apiadará de mí,
pues la gracia abunda en quien la pide bien.
¡Feliz jornada tal, si ello fuera cierto!
Deténganse un momento tiempo y hora,
el sol y el día en su carrera antigua;
así yo tenga, y no por mi mérito,
al descenso y dulce señor mío
siempre entre mis brazos, prontos e indignos.

* De 1532. Obviamente, es el inicio de la relación —llena de ingredientes y referencias platonizantes— con Cavalieri.

XXIX *

Veo en tu hermoso rostro, mi señor,
algo que mal se cuenta en esta vida:
el alma, de la carne aún vestida,
ha ascendido por él muchas veces a Dios.
Y si el vulgo malvado, culpable y necio,
lo que siente, en los otros lo mira,
no me es mi intenso afán menos placiente
que el amor, la fe y este honesto deseo.
A la fuente piadosa ** de la que todos surgen,
se asemeja toda beldad que aquí se ve
más que otra cosa, al entender agudo;
ni otro ejemplo tenemos ni otros frutos
del cielo en esta tierra; así, quien con fe os ama
a Dios asciende y morir le es dulce.

* Escrito hacia 1534. Es uno de los sonetos más conocidos, en la corriente neoplatónica, para Cavalieri.

** El *pietoso fonte* —la fuente piadosa— de la que todos surgen, es, obviamente, Dios.

CHRISTOPHER MARLOWE. Brillante dramaturgo y poeta, Marlowe (1564-1593) representa para muchos el esplendor de ese Renacimiento inglés, ya teñido de gérmenes barrocos, que tiene su *floruit* bajo el largo reinado, entre tiránico y liberal, de Isabel I. Christopher Marlowe, hijo de un zapatero remendón de Canterbury, pero que llegó a estudiar en el *Corpus Christi* de Cambridge, murió asesinado en una reyerta, en Deptford, cerca de Londres. Su vida libertina y complejos asuntos de espionaje debieron tener bastante que ver con esa muerte violenta. En el informe que el Consejo Privado de la Reina recibió sobre él —sólo conocido en 1925— se le atribuyen ateísmo y sodomía y esta frase, acaso ingeniosa: «Todos los que no aman el tabaco y los chicos están locos.»

El poema narrativo *Hero y Leandro* (escrito y dejado sin concluir en 1592) es su principal y casi única obra lírica conservada. Los rasgos homófilos son frecuentes en el texto: desde la descripción apasionada del joven Leandro *(Leandro el enamorado, hermoso y joven)* hasta el deseo del dios Neptuno por Ganimedes. Sin embargo su más conocida incursión en el tema es su drama en verso *Eduardo II,* representado en 1592. En él se nos presenta el amor del rey inglés por su favorito Pierre of Gaveston, al que los notables del reino se oponen. El rey se enfrentó con todos y llegó a la guerra —y a su caída— por defender tal amor. Eduardo II fue rey entre 1307 y 1327, pero curiosamente es en el Renacimiento cuando se *redescubrió* su trágica historia. También Michael Drayton (1563-1631), otro importante poeta inglés del período, escribió sobre el tema su *Piers Gaveston.*

Doy dos fragmentos del Acto primero de *Eduardo II.* Existe una buena traducción en verso de Aliocha Coll, algo arcaizante. He preferido —para unos fragmentos— la traducción en prosa de Juan G. de Luaces. Christopher Marlowe. *Tragedias.* Ediciones Orbis S.A., Barcelona, 1982.

ACTO PRIMERO

GAVESTON.— Éstos no son hombres para mí. Yo necesito poetas exquisitos, ingenios placenteros, músicos que con el tocar de una cuerda convenzan al dócil rey de que haga lo que se me antoje, porque la poesía y la música son su deleite. Prepararé por la noche mascaradas italianas, amenos discursos, comedias y agradables exhibiciones. Por el día, cuando salgamos, mis pajes irán vestidos de selváticas ninfas, y mis hombres, como sátiros disfrazados en las praderas, danzarán con sus pies de cabra un paso rústico antiguo. A veces un gentil mancebo, con la apariencia de Diana, con un cabello que dore el agua cuando sobre ella se deslice, con brazaletes de perlas en torno a sus brazos desnudos y en sus manos juguetonas una rama de olivo para esconder esas partes que los hombres se complacen en ver, se bañará en una fuente, y allí cerca, uno, en guisa de Acteón, atisbará entre el follaje y por la enojada diosa metamorfoseado, como liebre correrá perseguido por aullantes sabuesos que le derribarán en tierra, donde fingirá morir. Cosas como éstas son las que más placen a Su Majestad. *(Se detiene.)* ¡Dios mío! Aquí vienen del Parlamento el rey y los nobles. Me apartaré.

[...]

EDUARDO.— Gaveston, bienvenido. No me beses la mano, sino abrázame como yo a ti. ¿Por qué te arrodillas? ¿No sabes quién soy? Tu amigo, tú mismo, un segundo Gaveston. No fue Hylas más llorado de Hércules que tú de mí desde que fuiste al destierro.

GAVESTON.— Y desde que partí ningún ánima del infierno ha sufrido más tormentos que el pobre Gaveston.

EDUARDO.— Ya lo sé. *(A Kent.)* Hermano, acoge a mi amigo y no dejes conspirar a los traidores Mortimer ni a ese altanero conde de Lancaster. He cumplido mi deseo de regocijarme, Gaveston, con tu presencia y antes tragará mi tierra el mar que sostendrá el barco que haya de alejarte de aquí. Ahora mismo te hago Lord Gran Chambelán, Primer Secretario de Estado y mío, conde de Cornualles y rey y señor de Man.

GAVESTON.— Señor, esos títulos exceden con mucho mi mérito.

KENT.— Hermano, el menor de ellos puede bastar para hombre de mayor nacimiento que Gaveston.

EDUARDO.— Basta, hermano; que no puede tolerar esas palabras. Tu mérito, tierno amigo, supera con mucho mis dones. Por tanto, para igualarlo, recibe mi corazón. Si por esas dignidades eres envidiado, aún te daré más, porque Eduardo, para honrarte, te concede su favor real. ¿Temes por tu persona? Tú tendrás una guardia. ¿Necesitas oro? Vete a mi tesorería. ¿De-

seas ser amado y temido? Recibe mi sello. Perdona y condena y en nuestro nombre manda lo que tu mente juzgue o plazca a tu capricho.

GAVESTON.— Me bastará poseer vuestro amor, porque, teniéndolo, me creeré tan grande como César entrando en las calles romanas con cautivos reyes ante su carro triunfante.

LUIS DE GÓNGORA. Luis de Góngora y Argote nació en Córdoba en 1561 y allí fue a morir —desengañado de la vida en la Corte— en 1627. Durante sus años madrileños, Góngora se convirtió en uno de los grandes poetas del Barroco europeo, creando un estilo suntuoso y proliferante (más allá del estricto cultismo) que sus enemigos tildaron de *culterano*. En las polémicas literarias de Góngora (contra Quevedo y Lope de Vega, por ejemplo) nuestro poeta, en esas coplillas anónimas tan frecuentes en los mentideros de Madrid, fue acusado a menudo de bujarrón. Su gran amigo, el conde de Villamediana —también excelente poeta—, fue asesinado acaso por motivos en los que la homosexualidad entraba asimismo.

En la poesía de Góngora es fácil hallar alabanzas a la belleza moceril, y en el soneto que doy mezcla la mitología del amor por Ganimedes con la muerte del joven Miguel de Guzmán, hijo del duque de Medina Sidonia, que murió a causa de un rayo mientras cazaba.

El siguiente poema —aunque anónimo— se atribuye a Góngora. *Puto* (igual que hoy en muchos lugares de América) valía en el siglo XVII por sodomita u homosexual. *Fuenterrabía* —además de aludir a un histórico hecho de armas contra los ingleses— se utiliza en la época, satíricamente, por el falso y burlesco parentesco del nombre pueblo con la voz *rabo*. Es evidente la chanza al abuso masturbatorio del preso, más que una explícita condena al reo *por culpas de atrás*.

El soneto está tomado de la edición canónica hoy, *Sonetos completos*. Edición de Biruté Ciplijauskaité. Castalia, Madrid, 1969. (Soneto núm. 160). La redondilla anónima, del volumen de Pierre Alzieu, Robert Jammes e Yvan Lissorgues, *Poesía erótica del Siglo de Oro*. Editorial Crítica, Barcelona, 1984 (núm. 129. *A un puto).*

A JÚPITER

Tonante monseñor, ¿de cuándo acá
fulminas jovenetos? Yo no sé
cuánta pluma ensillaste para el que
sirviéndote la copa aun hoy está.

El garzón frigio, a quien de bello da
tanto la antigüedad, besara el pie
al que mucho de España esplendor fue,
y poca, mas fatal, ceniza es ya.

Ministro, no grifaño, duro sí,
que en Líparis Estérope forjó
(piedra digo bezahar de otro Pirú)

las hojas infamó de un alhelí,
y los Acroceraunios montes no.
¡Oh Júpiter, oh, tú, mil veces tú!

A UN PUTO

A un puto, sin más ni más,
prendieron por delincuente,
no por culpas de presente,
sino por culpas de atrás.

Juzga su prisión antojo
y que está sin culpa preso,
pero yo sé que el proceso
está que le llena el ojo.

Él juzga que es niñería
y que el Rey le ha de librar,
porque supo pelear
en lo de Fuenterrabía.

A ratos, cuando quiere él
mostrar sus habilidades,

se ve que en sus mocedades
fue muy diestro en el rabel.

No tiene esta gracia sola,
que en guitarra es eminente,
y, por si salta la puente,
anda siempre con la cola.

Si el juez le quisiere librar,
no hay razón por do no pueda,
puesto que ya no le queda
el rabo por desollar.

WILLIAM SHAKESPEARE. Es sin duda Shakespeare (acaso con Dante y Cervantes) el autor que más sostiene el valor y la solidez de un posible *cánon occidental* en literatura. William Shakespeare —cuya vida es escasamente conocida— nació en Strattford-on-Avon en 1564 y allí murió (tras haber estrenado, triunfado y trabajado en los teatros de Londres) en 1616.

Pese a su enorme calidad, sus *Sonetos* (publicados por vez primera en 1609, pero escritos mayoritariamente entre 1593 y 1597) pasaron no poco tiempo como parte de su obra lírica juvenil y menor, al lado de sus celebérrimos y grandes dramas. El conjunto de estos 154 sonetos —hoy mucho más valorado que antes— es, con todo, uno más de los *enigmas* de Shakespeare. Aunque la mayor parte de ellos tienen un claro contenido homófilo y el editor se los dedicó a *Mr. W. H., el solo inspirador de los sonetos que siguen,* unos dicen que Shakespeare escribió para un joven y noble señor, y otros más cercanamente que el poeta estuvo enamorado de ese noble, acaso William Herbert, futuro conde de Pembroke. Oscar Wilde, en su estupenda novelita/ensayo de 1889, *El retrato de Mr. W. H.*, postula que el destinatario de los sonetos era un joven actor llamado William Hughes. Como fuere, estos *Sonetos* son la cumbre lírica del período elisabetiano en Inglaterra.

Hay muchas traducciones al español de los *Sonetos* shakesperianos (en prosa y verso); elijo tres sonetos provenientes de la incompleta pero magnífica versión que hizo el novelista argentino Manuel Mujica Láinez, editada por vez primera en Buenos Aires en 1963 y reimpresa varias veces —con prólogo mío— en España. William Shakespeare. *Sonetos*. Selección y traducción de Manuel Mujica Láinez. Visor, Madrid, 1983.

XVIII

¿A un día de verano compararte?
Más hermosura y suavidad posees.
Tiembla el brote de Mayo bajo el viento
y el estío no dura casi nada.

A veces demasiado brilla el ojo
solar, y otras su tez de oro se apaga;
toda belleza alguna vez declina,
ajada por la suerte o por el tiempo.

Pero eterno será el verano tuyo.
No perderás la gracia, ni la Muerte
se jactará de ensombrecer tus pasos
cuando crezcas en versos inmortales.

Vivirás mientras alguien vea y sienta
y esto pueda vivir y te dé vida.

XX

Pintado por Natura el rostro tienes
de mujer, dueño y dueña de mi amor;
y de mujer el corazón sensible
mas no mudable como el femenino;

tus ojos brillan más, son más leales
y doran los objetos que contemplas;
de hombre es tu hechura, y tu dominio roba
miradas de hombres y almas de mujeres.

Primero te creó mujer Natura
y, desvariando mientras te esculpía,
de ti me separó, decepcionándome,
al agregarte lo que no me sirve.

Si es tu fin el placer de las mujeres,
mío sea tu amor, suyo tu goce.

XXVI

Señor del amor mío, cuyo mérito
obliga mi homenaje de vasallo,
te envío esta embajada manuscrita,
mi devoción probando y no mi ingenio.

Grande es mi devoción: mi pobre espíritu
la muestra sin ropaje de vocablos
y espera, aunque desnuda, que en tu alma
le dé tu comprensión sutil albergue;

hasta que el astro que mi andanza guía
me señale con brillo favorable,
y al ornar mis andrajos amorosos
haga que yo merezca que me mires.

Así podré exhibir mi amor ufano,
pero hasta entonces rehuiré la prueba.

DOS ANÓNIMOS DEL SIGLO DE ORO ESPAÑOL. Aunque en los Cancioneros, a menudo anónimos, de nuestro siglo XVII abundan las burlas y los ataques —frecuentemente muy duros— contra la sodomía, doy dos muestras que figuran en el anteriormente aludido e importante volumen *Poesía erótica del Siglo de Oro* (1984), precisamente por su benigna excepcionalidad frente a esa dureza, que tampoco faltaba en otros lugares de Europa.

El soneto *Hallándose dos damas en faldeta,* presenta —de modo lúdico— un juego lésbico entre dos señoras (núm. 30). En cuanto a las redondillas *Don Juan, no tengo por bueno,* muestra, asimismo en tono lúdico, los celos de una dama porque su lindo galán se entendía con un fraile italiano. La asociación italiano-sodomita llegó a ser casi un tópico en la literatura burlesca de nuestros siglos áureos. Los autores de la muestra arriba citada, ponen este ejemplo de Góngora:

Que ginoveses y el Tajo
por cualquier ojo entran bien.

30

Hallándose dos damas en faldeta
tratando del amor con mucha risa,
se quitaron faldetas y camisa
por hacer más gustosa la burleta.

La una con la otra recio aprieta,
mas dales pena ver la carne lisa.
Entonces llegó Amor, con mucha prisa,
y puso entre las dos una saeta.

La una se apartó muy consolada
por haber ya labrado su provecho,
la otra se quedó con la agujeta.

Y como se miró, viéndose armada,
por el daño que el dómine había hecho
le puso por prisión una bragueta.

Pidiendo celos una dama a su galán de un fraile italiano de quien el dicho galán confesaba era querido, y, siendo muy lindo, se alababa de ello.

Don Juan, no tengo por bueno
que te quiera un fraile tanto,
que eres muy lindo y él no santo,
y te dará algún barreno.
Mucho mi suerte condeno,
pues quiere que en celos pene
de un italiano que tiene
a tu beldad por despojo;
que al fin le llenaste el ojo,
y temo que te le llene.

RICHARD BARNFIELD. Nacido en 1574, estudió en Brasenose, Oxford, donde alcanzó el título de Bachiller en Artes. Publicó tres libros de poemas, *El pastor afectuoso* (1594) —The Affectionate Shepherd—, *Cynthia* (1595) y *The Encomion of Lady Pecunia,* en 1598. Curiosamente todos juveniles, antes de haber cumplido los 25 años. Barnfield fue muy admirador de Sydney, a cuya amiga Penelope Rich dedicó su *Cynthia*. Fue amigo también de otro culto poeta de la época, Thomas Watson. Richard Barnfield es muy poco conocido fuera de Inglaterra. Murió en 1627.

Dice Jesús Díaz García en su *Antología de la poesía erótica inglesa* (Sevilla, 1991): «La segunda fuente de la poesía erótica a que me refiero (...) es, como digo, la poesía de la amistad entre los hombres, una religión de amor donde el objeto amoroso ha cambiado de sexo, muchas veces altamente sensualizada, y en la que el roce que se escucha no es precisamente el de los espíritus.» Muchos sonetos del juvenil Richard Barnfield están claramente en ese entrecruzamiento de amistad y palpable amor. Doy uno de ellos, en la versión de Díaz García, publicada en la antología antedicha.

SONETO

Hay veces que quisiera ser su almohada,
y que robando un beso, no me viera;
que le mirara yo —cuando durmiera—,
aunque temblara el miedo en mi mirada.

Mas ya mi vana sed considerada,
loca la abeja, pienso, de la cera
que en él no bese miel, y que se fuera
libando hasta la flor, que es amargada.

Pues que te resucita con un beso,
bésalo, no lo muerdas, en tu vida,
porque su voz persigue como loca.

Mas al oír su voz, y al embeleso
¿quién no regresa? pues se ve enseguida
todo un panal cayendo de su boca.

THÉOPHILE DE VIAU. Algo ha quedado dicho en el prólogo sobre Théophile de Viau (1590-1626), uno de los poetas franceses más importantes de aquella época que quedó un tanto opacada, durante siglos, por las preceptivas clasicistas del reinado de Luis XIV, que prácticamente abolieron la literatura francesa anterior a Corneille...

El *sieur* de Viau perteneció al grupo barroco de los *libertins,* seguidores vitales de la obra de Pierre Gassendi —escrita en latín— *Philosophiae Epicuri Syntagma:* Tratado sobre la filosofía de Epicuro. Saint-Amant, uno de sus cercanos, había escrito: «¡Qué dulce es el libertinaje! / Preciso es que desde su carroza / cante mi flauta su encomio / y que sobre las gualdrapas de Pegaso / lo enseñe a los espíritus gentiles...»

Enemigo y perseguido por los jesuitas, Théophile de Viau escribió en la cárcel, en 1623 (de la que salió, si bien con la salud quebrantada), el *Lamento de Théophile de Viau a un amigo,* al que llama poéticamente *Tircis.*

Si el menor rayo de virtud te ilumina,
acuérdate que te vieron dispuesto a complacerme.
Y que antes de la desgracia en que me ves
te envanecías de estar entre mis amigos. (...)

Que yo sepa, la obra de Théophile no está aún traducida al español. Doy —como muestra de su poesía más provocativa— el soneto *Philis, tout est foutu!* que salió (anónimo, pero en seguida atribuido al señor de Viau) en la antología de 1622 *Le Parnasse des poètes satyriques.* Lo doy en mi traducción, que apareció en el volumen misceláneo *Los trabajos del ocio,* Gijón, 1993.

«TODO SE VA AL GARETE, LA SÍFILIS ME MATA...»

Philis, tout est foutu, je meurs de la vérole

Todo se va al garete, la sífilis me mata,
ejerciendo en mí, Filis, su más fiero rigor;
mi polla no se arbola perdido su vigor
y una llaga pestilente mi noble lengua ata.

Treinta días sudé, hasta alma he vomitado;
jamás duraron tanto males de tanto horror,
un espíritu más fuerte ya habría ido al Señor,
pero mi daño acerbo nada lo ha consolado.

Ni a tocarme se atreven mis mejores amigos,
yo mismo en este estado no me quiero palpar,
por bien joderte, Filis, me veo tan remal.

Muy merecidos tengo tan violentos castigos,
mas si otra vez, Dios mío, me otorgas pan y sal,
culos sólo —prometo— desde entonces follar.

DENYS DE SAINT-PAVIN. El padre Garasse —un jesuita estricto— creyó que el proceso y condena contra Théophile de Viau acabaría con los *libertinos,* tenidos también por sodomitas, o al menos, como gente que no hacía ascos a la amplitud sexual. Sin embargo, Denys de Saint-Pavin (1595-1670), amigo de Viau, de Des Barreaux y también de la marquesa de Sévigné, fue un caso de libertino pertinaz, aunque intentó pasar desapercibido retirándose en 1618 a sus posesiones en el priorato de Saint-Savin des Champs, diócesis de Mans. Era hijo de madame des Essarts y del cardenal de Guisa, y acaso su estatus y su retiro lo protegieran, pese a que gustaba proclamarse *Rey de Sodoma.* El marqués de Jarsay escribió de él: «Tiene un alma aún más hermosa que su espíritu. Nunca un vicioso poseyó tantas virtudes.»

Doy un epigrama de Saint-Pavin tomado de la antología homoerótica *Beau petit ami* de C. Beurdeley. Friburgo/París, 1977. Va en mi traducción aparecida también en el tomo *Los trabajos del ocio* (1993). El tema de los celos que el señor de la casa experimenta ante el éxito de los pajes bellos entre sus convidados, aparece también en Marcial y en Estratón de Sardes. Posiblemente venga de un modelo helenístico anterior a ambos. Cada poeta hace, naturalmente, su propio juego. El poema de Marcial (IX, 25) comienza así: «Cada vez que miro a tu Hilo mientras sirve vino, me observas con mirada demasiado turbia. ¿Qué, te pregunto, qué delito es contemplar a un agradable copero?»

EPIGRAMA

Si al dar tu paje de beber
se le echa el ojo a su beldad,
de inmediato con humor malo
nos miras con torvedad.
Di ¿es tan delito el asunto
que debes tratarnos en tal?
¿La naturaleza prohíbe
a chico tan guapo mirar?
Más prudente sé desde ahora,
y al dar tus vinos a probar,
si llevas mal que a un paje miren,
entre los ciegos ponlos a cenar.

JOHN WILMOT. Segundo conde de Rochester, John Wilmot (1647-1680) vivió una vida escandalosa y feliz bajo el reinado inglés de Carlos II. Deísta o ateo, tuvo buenas relaciones con algunos franceses (Saint-Evremond, sobre todo) y se le puede considerar un discípulo británico, muy particular, de los libertinos continentales. Escribió sátiras y poemas líricos y una obra de teatro licenciosa que —aunque consta que se representó en la Corte— sólo se imprimió en 1957 y en París: *Sodom or the Quintessence of Debauchery*. Sodoma o la quintaesencia del libertinaje.

Graham Greene escribió una amena biografía del caballero: *Lord Rochester's Monkey. The life of John Wilmot, Second Earl of Rochester* (1974). Aunque, hasta donde sé, la poesía de Wilmot no está traducida al español, sí existe en nuestra lengua un buen estudio sobre la obra del excéntrico personaje: *El progreso del libertino. La poesía de John Wilmot (Earl of Rochester)* de Bernd Dietz. Universidad de La Laguna, 1989.

A mero título de muestra, doy una canción del conde dentro de la tradición *libertina,* en mi propia traducción, realizada especialmente para esta antología: *Love a woman? You'are an ass!*

CANCIÓN

¿Amar a una mujer? ¡Qué imbécil eres!
Es la más insípida pasión
que escoger puedas para ser feliz.
La parte más necia de la creación de Dios.

Deja al portero y al faquín,
proyectos de sucios esclavos,
afanarse en la matriz de la bella Aurelia
en pos de provisiones para tumba y tiempo.

¡Adiós, mujer! Pretendo yo
de hoy en adelante pasar cada noche
con mi obsceno y grato amigo
bebiendo hasta engendrar la chispa.

Dame luego salud, riqueza, regocijo y vino,
y, si pretendo un amor inalterable,
tengo un tierno y dulce paje mío
cuyo truco vale por cuarenta mozuelas.

SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ. Fue sin duda la escritora más fértil y notable del Barroco español fuera de la Península. Juana Ramírez de Asbaje nació —hija ilegítima de un capitán español— en noviembre de 1648 en San Miguel Nepantla, en el virreinato de Nueva España, hoy México. Mujer de honda e incesante curiosidad intelectual y fértil ingenio, Juana entró en religión en el convento de las carmelitas descalzas, en la Ciudad de México, donde murió —en el convento de San Jerónimo— en abril de 1695. Estuvo cerca de varios virreyes, especialmente de los marqueses de Manceva, y escribió poemas a la muerte de la virreina —Laura— exaltando su belleza.

Aunque los temas de su poesía *—de circunstancia,* como dice Octavio Paz, sin ribetes peyorativos— son varios y típicos del ingenio y la agudeza de un Barroco declinante (en América más vivo), sus poemas ensalzando el amor y la belleza de distintas mujeres han hecho pensar en el lesbianismo íntimo de esta monja culta que, naturalmente, y en términos de la época, habla en maneras apasionadas de la amistad y el apego intelectuales: «Cantar, Feliciana, intento / tu belleza celebrada; / y pues ha de ser cantada, / tú serás el instrumento.»

Como muestra de ese sentir femenino, tan abundante en sus versos, doy varios fragmentos de un romance de su libro *Inundación castálida* (1689) titulado *Puro amor, que ausente y sin deseo de indecencias, puede sentir lo que el más profano.* El título (que es del editor y no de la autora, probablemente) es más que significativo en todos los sentidos. Lo tomo de la edición de Georgina Sabat de Rivers. Castalia, Madrid, 1982.

ROMANCE

Lo atrevido de un pincel,
Filis, dio a mi pluma alientos:
que tan gloriosa desgracia
más causa corrió que miedo.

Logros de errar por tu causa
fue de mi ambición el cebo;
donde es el riesgo apreciable
¿qué tanto valdrá el acierto?

Permite, pues, a mi pluma
segundo arriesgado vuelo,
pues no es el primer delito
que le disculpa el ejemplo

...

Yo, pues, mi adorada Filis,
que tu deidad reverencio,
que tu desdén idolatro
y que tu rigor venero:

bien así, como la simple
amante que, en tornos ciegos,
es despojo de la llama
por tocar el lucimiento

como el niño que, inocente,
aplica incauto los dedos
a la cuchilla, engañado
del resplandor del acero,

y herida la tierna mano,
aún sin conocer el yerro,
más que el dolor de la herida
siente apartarse del reo;

cual la enamorada Clicie
que, al rubio amante siguiendo,

siendo padre de las luces,
quiere enseñarle adimientos;

como a lo cóncavo el aire,
como a la materia el fuego,
como a su centro las peñas,
como a su fin los intentos;

bien como todas las cosas
naturales, que el deseo
de conservarse, las une
amante en lazos estrechos...

Pero ¿para qué es cansarse?
Como a ti, Filis, te quiero;
que en lo que mereces, éste
es solo encarecimiento.

Ser mujer, ni estar ausente,
no es de amarte impedimento;
pues sabes tú que las almas
distancia ignoran y sexo.

...

¿Puedo yo dejar de amarte
si tan divina te advierto?
¿Hay causa sin producir?
¿Hay potencia sin objeto?

Pues siendo tú el más hermoso,
grande, soberano exceso
que ha visto en círculos tantos
el verde torno del tiempo,

¿para qué mi amor te vio?
¿Por qué mi fe te encarezco,
cuando es cada prenda tuya
firma de mi cautiverio?

Vuelve a ti misma los ojos
y hallarás, en ti y en ellos,
no sólo el amor posible,
mas preciso el rendimiento,

entre tanto que el cuidado,
en contemplarte suspenso,
que vivo asegura sólo
en fe de que por ti muero.

LORD BYRON. Fue, sin duda, el poeta europeo más famoso de su tiempo. Tal vez existan poetas románticos mejores que él, y sobre todo, de más larga descendencia; pero si alguien encarnó el Romanticismo, con todo lo que tenía de exceso, de reivindicación y de escándalo contra la sociedad convencional, ese fue George Gordon, nacido en Londres en 1788 y quien tras una infancia no muy feliz, heredó el título de lord Byron, poco después de haber cumplido diez años.

Aunque fueron famosos sus amores femeninos (incluido el de su hermanastra Augusta) Byron —sobre todo en su abundante correspondencia de exiliado— dejó ver que el amor por los jóvenes nunca le resultó ajeno. Mientras estudiaba en Harrow y luego en Cambridge tuvo amores con compañeros de menor edad, especialmente con uno llamado John Edlestone que, en sus primeros poemas, *Hours of Idleness* —sobre todo en la edición de 1807— aparece bajo el poético nombre de *Thyrza.*

Por supuesto en sus famosos poemas largos —casi novelas en verso— y singularmente en *La peregrinación de Childe Harold,* que empezó a publicarse en 1812, aparecen muchas descripciones de la belleza juvenil masculina. Pero será en su desengañada y triste etapa final en Grecia (allí murió de fiebres malignas en 1824) donde volvió a aquel amor —que quizá le recordara su propia juventud— con el paje griego que le acompañaba, Lukas Kalandrutsanos. Su largo amor con la condesa Teresa Guiccioli —mujer casada con un viejo, y acaso su último gran amor, al menos hasta 1822— había quedado atrás. Sintiéndose desanimado y en derrota, lord Byron murió poco después de cumplir los 36 años.

Doy un texto juvenil que quizá le describe a él mismo, pero también su romántico ideal masculino, *Damoetas,* de su primer libro, en la traducción de María Alfaro, aparecida en Lord Byron. *Poemas lí-*

ricos (bilingüe). Adonais, Madrid, 1950. El otro poema —considerado por muchos el último que escribiera Byron— está dirigido a Lukas. Harold Bloom en su libro *Los poetas visionarios del romanticismo inglés* (1968) dice: «En sus últimos versos [Byron] se libera de su última inhibición verbal y escribe un poema de amor homosexual verdaderamente poderoso.» Doy mi propia traducción realizada para esta antología *(I watched thee when the foe was at our side).* La cuestión homófila en Byron está extensamente tratada en el libro de Louis Crompton, *Byron and Greek Love* (1985).

DAMOETAS

Ante la ley, un niño; efebo por sus años,
en su cerebro anidan los malsanos deleites;
encadenado al vicio y del placer esclavo,
del mal y la mentira es la imagen viviente.
Maestro en el engaño desde que abrió los ojos,
voluble como el viento, espíritu alocado;
sus víctimas, mujeres; juguetes, los amigos,
para el mundo un anciano, en la escuela, un muchacho.
El largo laberinto de oscuras tentaciones
para Damoetas es carrera sin obstáculos.
Conflictos y pasiones le sacuden sin tregua,
y apurando hasta el fondo la copa del pecado,
saturado de vicio destroza las cadenas
que ayer fueron su gloria y hoy su castigo amargo.

«TE OBSERVÉ CUANDO EL ENEMIGO ESTABA A NUESTRO LADO...»

Te observé cuando el enemigo estaba a nuestro lado,
dispuesto a atacarle —o a que nos atacaran.
Prefiero no tener esperanza, antes que compartir algo
con mi adorado que no sea la libertad y el amor.

Te observé en los rompientes, cuando la roca
recibió nuestra proa y todo era tormenta y miedo.
Cada choque te obligaba a abrazarte a mí;
este brazo sería tu esquife o el pecho tu féretro.

Te observé cuando ardía la fiebre en tus ojos,
cediéndote mi camastro y tendiéndome en el suelo,
cuando extenuado por largas vigilias no podía
levantarme si tú no me ofrecías una temprana tumba.

Llegó el terremoto y sacudió muros y rocas
y naturaleza y hombres rodaron como ebrios de vino.
¿Qué feroz salvación me obsesionaba entonces?
La tuya sólo. Tu vida únicamente contó para mí.

Y cuando la convulsa agonía negaba mi aliento
la mínima manifestación de mi pensar exhausto
iba a ti —a ti solo— incluso boqueando muerte
mi espíritu te buscaba más a menudo de lo que debiera.

Así y más aún. Y tú sin embargo no me amabas
y no me amarás nunca. No habita en nuestra voluntad Amor.
Y tampoco he de culparte, aunque mi destino sea
fuerte, vana, equivocadamente, quererte todavía.

AUGUST VON PLATEN. El conde August von Platen-Hallermünde nació en Ansbach (Baviera) en 1796 y murió en Siracusa, en la isla de Sicilia, en 1835. Von Platen es uno de los grandes románticos alemanes (incluyendo su singular polémica con el homófobo Heine) pero también uno de los precursores del esteticismo parnasiano/simbolista de finales del XIX, precisamente, a veces, por la imposibilidad del amor que declaraba, heterodoxo e idealizado.

Hombre desdichado por la angustia de su condición homosexual (como quedó plasmado en sus nutridos diarios) el conde Platen descubrió en Italia, primero en Venecia y luego más al sur, paraísos populares donde la moralidad pagana —y la pobreza— hacían mucho más fácil que en el norte de Europa las relaciones entre varones. Platen, en tal sentido, fue un pionero del *turismo sexual* —como Byron y tantos otros— antes de que esa expresión cobrara el sesgado sentido peyorativo que tiene ahora. Que sepa yo, la primera traducción importante de Platen al español fue la antología realizada por el poeta y profesor David Pujante, en 1999: August von Platen. *Sonetos venecianos y otros poemas*. Pre-textos, Valencia. De esa traducción tomo tres poemas.

«¡OJALÁ FUERA AMARTE MI ÚNICO TRABAJO...»

¡Ojalá fuera amarte mi único trabajo;
que la Naturaleza me creó adorador y a ti te hizo mi ídolo.
El creador desplegó los mundos, como alfombra,
para el sagrado rito de inclinarnos a ti.
Atravesaste, al alba de la creación, los cielos aún desiertos
y surgieron del casco de tu caballo las estrellas.
El amor es sin límites, sin final su alabanza;
se doblega a lo bello quien creó la belleza.
Sólo por el amor de tu buen nombre permanezco alejado,
por que nadie lo asocie con mi pésima fama.

«CAE CÁLIDA Y LUMINOSA LA NOCHE INVERNAL EN ROMA...»

Cae cálida y luminosa la noche invernal en Roma:
Ven, muchacho, paseemos; cogidos del brazo,
apoya tu morena mejilla
en la rubia cabeza de tu confidente.

Eres de origen modesto sin duda, mas tus palabras
¡cómo me alcanzan entre esa caterva de aduladores!
Suaves, melodiosas fórmulas mágicas
musita tu romana boca.

No me agradezcas nada, no.
¿Es que podría yo mirar sin sentimiento
pender en las pestañas de tus ojos lágrimas de dolor?
¡Ay, y qué ojos los tuyos!

Te hubiera visto Baco y te habría escogido
para el puesto de Ampelos,
sobre ti tan sólo habría descargado dulcemente
el equilibrio perdido de su cuerpo ambrosíaco.

¡Bendito sea por siempre el lugar donde por primera vez,
amigo, te encontré; bendito el monte Janículo;
bendito el tranquilo, hermoso claustro
y la plaza siempre verde!

Sí, desde allí me mostraste la gran ciudad,
me señalaste iglesias y palacios, las ruinas de San Pablo,
las ligeras barcas de vela
a las que la corriente va arrastrando.

ADVERTENCIA

¿Encuentras tan segura la senda por la que andas,
que quieres nuevamente, tierno joven,
inconsciente a la causa del peligro,
ver el rostro que un día te dio muerte?

¿De tan firmes cimientos crees tu alma,
que imaginas poder ver con prudencia
la luz profunda, oscura, intencionada,
de las estrellas de sus ojos negros?

¡No; deja a las heridas que se cierren,
procura la abstinencia y la carencia,
y aun de ti mismo, corazón, oculta
la gran riqueza del amor que alientas!

WALT WHITMAN. La imagen de un Walt Whitman viejo y con larga barba blanca se volvió arquetípica. Walt ha sido —quizá aún continúe siéndolo— el poeta norteamericano por excelencia. El representante de aquella América, inevitablemente pretérita, de los pioneros. La América de la libertad ancha y del hombre que todavía podía hacerse a sí mismo...

Whitman nació en 1819 y murió en 1892. Desde que, en 1855, se publicó por vez primera su gran libro *Hojas de hierba* (que se iría agrandando en sucesivas ediciones) Walt fue, discutidamente, el cantor del *espíritu americano,* con una poesía hímnica, exultante, versicular, amante y celebratoria de la vida... Uno de los padres (con Emerson, con Melville, con Twain) de la literatura norteamericana.

Para Walt Whitman terminó siendo algo más problemática una parte de *Hojas de hierba,* titulada *Calamus,* donde celebra principalmente las amistades masculinas y el viril *amor de los camaradas.* Desde Europa —donde nacía el movimiento homosexual— le llegaron cartas interesándose por esa fratría, por ejemplo del británico John Addington Symonds, que Whitman habitualmente no contestó. En el poema inicial de *Calamus* —*En los senderos inhollados*— se lee: «Resuelto a no cantar hoy otros cantos que los de la amistad viril.» Whitman prefirió —sin muchas otras explicaciones— decir simplemente lo que decía. Sin teorizar.

Aunque existen bastantes traducciones al español de *Hojas de hierba* (de Jorge Luis Borges, entre otros) muchas son sólo antologías, donde no es *Calamus* la parte, por cierto, mejor representada. Doy dos poemas de esa sección en la versión de la poetisa Concha Zardoya de *Hojas de hierba* al completo (Aguilar, Madrid, 1947) en una época no exenta de pudores.

QUIENESQUIERA QUE SEÁIS LOS QUE ME TENÉIS EN ESTE MOMENTO DE LA MANO

Quienesquiera que seáis los que me tenéis en este
momento de la mano,
todo sería inútil sin una sola cosa;
os aviso lealmente antes de que llevéis más lejos
vuestra equivocación acerca de mí:
yo no soy quien suponéis, soy muy diferente.

¿Quién es el que quiere llegar a ser mi discípulo?
¿Quién, pues, aspira a mi afecto?

El camino es dudoso, incierto el resultado, acaso funesto;
será necesario que renunciéis a todo, yo espero ser
vuestro único y exclusivo modelo;
vuestro noviciado mismo será largo y agotador;
toda la anterior teoría de vuestra vida y toda conformidad con las
vidas que os rodean tendrán que verse abandonadas.
Abandonadme, pues, ahora, antes de que sintáis más dolor, dejad
caer vuestra mano de mis espaldas.
Dejadme y seguid vuestro camino.

O, entonces, furtivamente, en un bosque,
o detrás de una roca al aire libre
(porque en la techada alcoba de una casa nada se me revela, y menos en compañía,
y en las bibliotecas permanezco como un mudo, un bobo, o un
no nacido aún, o muerto),
si fuese posible, que estando con vosotros sobre una alta colina, el
ojo al acecho, desde luego con miedo de que alguien, varias millas a la redonda, por descuido, se aproxime,
o acaso navegando con vosotros por el mar, o a su orilla o en cualquier isla tranquila,
os permita posar vuestros labios sobre los míos,
con el largo beso del camarada o el beso del nuevo esposo,
porque yo soy el nuevo esposo y soy el camarada.

Y todavía, si queréis, introduciéndome bajo vuestro vestido,
donde siento los latidos de vuestro corazón o reposo a vuestro
costado,

llevadme cuando vayáis a partir por tierra o por mar, porque solo
tocaros así es bastante, lo es todo,
y tocándoos así yo quisiera dormirme dulcemente y ser llevado así
por toda una eternidad.

Pero observad estas hojas; las escrutáis con peligro,
porque no comprendéis ni a estas hojas ni a mí;
ellas huirán, desde luego, y, después de lo cual, más aún, yo huiré
de vosotros seguramente,
en el momento mismo en que creíais haberme indubitablemente
cogido. ¡Mirad!
Ya me he escapado de vosotros.

Porque no por engañaros he escrito este libro,
ni es leyéndolo cómo lo comprenderéis,
ni me conocen mejor los que me admiran y me alaban con jactancia,
ni los candidatos a mi amor (excepto un pequeñísimo número) se
muestran victoriosos,
ni mis poemas causarán solo el bien, causarán mucho mal tal vez,
porque todo es inútil sin aquello que podéis acaso adivinar muchas
veces y no comprender, aquello que he sugerido.
¡Dejadme, pues, y seguid vuestro camino!

NOSOTROS, DOS BUENOS MOZOS, ABRAZÁNDONOS MUTUAMENTE

Nosotros, dos buenos mozos, abrazándonos mutuamente,
sin jamás abandonarnos el uno al otro,
recorriendo los caminos de extremo a extremo, recorriendo el Norte
y el Sur,
gozando de vigor, ensanchando los codos, apretando los puños,
armados y sin miedo, comiendo, bebiendo, durmiendo, amando,
no admitiendo otra ley que la de nosotros mismos, navegando, fanfarroneando, robando, amenazando,
alarmando a los avaros, villanos y sacerdotes, respirando el aire, bebiendo el agua, danzando sobre la hierba o sobre la arena de las playas,
perturbando las ciudades, despreciando las buenas costumbres, burlándonos de las constituciones, persiguiendo la apatía,
llevando al éxito nuestra aventura.

CHRISTINA ROSSETTI. Nacida en Londres en diciembre de 1830 —hija de emigrantes italianos— Christina es la hermana menor del célebre poeta y pintor prerrafaelista Dante Gabriel Rossetti. Mujer profundamente religiosa —calvinista— y de salud muy delicada, dedicó su vida a cuidar a los desheredados. Podría ser la típica representante de cierta *virtud* victoriana, aunque su poesía fue bastante más lejos. El amor, la muerte y Dios son los grandes temas de esa poesía bella —a veces tenebrosa— y profunda. Su libro más notable es *Goblin Market and other Poems* de 1862. Christina Rossetti murió en 1894.

En español existe una buena antología bilingüe de sus versos, *Florilegio* (Hiperión, Madrid, 1997), traducida y prologada por Adolfo Sarabia. En esa antología no está, sin embargo, un curioso poemita de tintes lésbicos —*Laura and Lizzie Asleep*— que sí recoge y traduce Jesús Díaz García en su ya citada *Antología de la poesía erótica inglesa* (1991).

Quizá el correlato perfecto de este poema de Christina Rossetti, sea el coetáneo cuadro de Gustave Courbet, *La siesta* (1866), que muestra a dos espléndidas mujeres desnudas durmiendo juntas.

LAURA Y LIZZIE DORMIDAS

Sien dorada y rubia sien,
cual dos palomas se ven;
abrazándose en el nido
de su cama con dosel.
Son dos copos de aguanieve,
doble copo de azahar,
dos varas amarfiladas
con oro puntidoradas
para los reyes del mal.
Luna y noche, estrella y luna
no las dejan de mirar;
viene una nana en el viento;
y hasta el búho soñoliento
se contiene de su vuelo.
Ni un murciélago revuela
sobre el nido donde están:
seno y seno, sien con sien,
guareciéndose en su nido
las palomas de la miel.

PAUL VERLAINE. Tras el gran árbol de Baudelaire —que murió en 1867— Paul Verlaine (1844-1896) fue el gran poeta del simbolismo europeo, nacido en Francia. Desde su libro inaugural, *Poemas saturnianos* —1866—, poseyó Verlaine, prácticamente hasta su muerte, el cetro de la poesía francesa. Bohemio, turbulento, dipsómano y exquisito, a la par, en sus gustos literarios, los retratos de sus *Poetas malditos* (1888) fueron un breviario para la rareza y el simbolismo, como fue un emblema su *Arte poética,* del libro *Jadis et Naguère* (1884).

Verlaine conservó en buena medida la obra de su —un breve tiempo— radical y tormentoso amante Arthur Rimbaud. Por sendas paralelas y divergentes ambos están entre los poetas mejores del siglo XIX. Amplísima en temas, matices y situaciones, la poesía de Verlaine celebró a menudo la belleza masculina, con algo juvenil de magnífico y maldito. Pero también escribió poemas directos y casi pornográficos (sobre safismo y homosexualidad) que, tras su muerte, se publicaron con el título que él les diera, en español, *Hombres*. De ese conjunto existe una traducción del poeta argentino Juan José Hernández: *Poesía erótica. (Mujeres/Hombres).* Ediciones La Flor, Buenos Aires, 1994.

Doy tres poemas de Paul Verlaine: El inicio de uno de sus textos más conocidos de *Poèmes saturniens, Marco,* en la traducción de Luis Guarner (Verlaine. *Obras poéticas*. Aguilar, Madrid, 1958.) *El buen discípulo* es un poema de 1872, encontrado por la policía de Bruselas en la cartera de Rimbaud. Evidentemente alude a la zona más bronca de la relación entre ambos. *Mille e tre* —palabras del libreto del *Don Giovanni* de Mozart— es uno de los poemas de *Hombres,* escrito hacia 1890. Estos dos últimos van en mi propia traducción. La primera es inédita y la otra apareció en *Los trabajos del ocio*. (1993).

MARCO

Cuando Marco pasa, los jóvenes todos
contemplan sus ojos, Sodomas ardientes,
donde ascuas de amor sin compasión queman
tu cascarón pobre, oh amistad ferviente;
a su alrededor danzan los perfumes
místicos que al alma anegan en lágrimas;
y su veste deja misteriosas músicas
cuando Marco pasa.

Cuando Marco canta, evocan sus manos
en el marfil todo el encanto perdido
de los viejos aires de la antigüedad.
Y su voz se eleva hacia paraísos
de la sinfonía inmensa de sueños.
Y en vivo entusiasmo entonces levanta
a quienes le escuchan su voz armoniosa,
cuando Marco canta.

Cuando Marco llora, su terrible llanto
desafía el brillo de las bellas armas.
Sus labios de sangre suben en carmín.
Su desesperanza ya no es cosa humana;
igual que la hoguera que aviva el aceite,
se encrespa de súbito su terrible cólera,
y es una leona en la áspera selva
cuando Marco llora. [...]

EL BUEN DISCÍPULO

¡Soy un elegido, soy un condenado!
Un gran aliento desconocido me rodea.
¡Oh terror! *¡Pare, Domine!*
¿Qué Ángel duro me golpea
entre los hombres mientras
echo a volar al Paraíso?
¡Fiebre adorablemente maligna,
buen delirio, pavor bendito.

Soy mártir y a la par soy rey,
Como halcón me cierno y muero en cisne!

¡Tú el Celoso me hiciste la señal,
y heme aquí, aquí yo entero!
¡Hacia ti me arrastro todavía indigno!
—Móntate encima y pégame.

MILLE E TRE

Mis amantes no pertenecen a las clases ricas:
son obreros de barrio o campesinos.
Sus quince o veinte años sin apresto son poco cicateros,
en fuerza bruta y proceder grosero.

Me gustan en traje de trabajo, saya o chaqueta;
no huelen a ámbar y florecen de pura y simple
salud; su andar, algo pesado, es vivaz
pues, como de joven, resulta grave en su elasticidad;

sus ojos socarrones y francos crepitan de malicia
cordial y palabras ingenuamente arteras
salen, no sin un reniego que las condimenta,
de su boca fresca para sólidos besos;

su picha vigorosa y sus nalgas alegres
la noche divierten y mi cola y mi culo;
bajo la lámpara y el amanecer sus carnes jubilosas
resucitan mi cansado deseo, nunca vencido.

Muslos, almas, manos, todo mi ser mezclado,
memoria, pies, corazón, espalda, nariz y orejas
y la asadura, todo grita un retornelo
y patalea jaleo entre sus brazos furiosos.

Jaleo y retornelo, ambos locos,
y mejor divinos que infernales, más infernales
que divinos, para mi perdición, en ellos nado y vuelo,
en su sudor, en su aliento y en su baile.

Mis dos Carlos: uno, tigre joven con ojos de gata,
niño de coro creciendo a militarote;
el otro, orgulloso barbián, hermoso descarado al que no extraña
mi vertiginosa propensión hacia su dardo.

Odilón, un chaval, pero dotado en hombre,
sus pies aman los míos enamorados de sus dedos
aún más, aunque no más que del resto, adorablemente,
juguetón, pero sus pies sin rival.

Acariciadores, fresco satén, delicadas falanges,
bajo las plantas, alrededor de los tobillos
y sobre la comba venosa, y esos besos extraños
tan suaves, cuatro pies, seguro y un alma sola.

Antonio, proverbial en cuanto al rabo,
mi rey triunfal y mi dios supremo,
aterrajando mi corazón con su pupila azul
y mi culo con su temible venablo.

Pablo, atleta rubio de pectorales soberbios,
pecho blanco de duros pezones chupados
como buen ideal; Francisco, ligero como las gavillas:
Piernas de bailarín, y hermoso como su mismo nabo.

Augusto volviéndose más macho cada día
(es muy hermoso cuando ocurre eso);
Julio, algo puta con su belleza pálida;
Enrique, milagroso recluta que, ay, nos deja;

vosotros todos, en fila, confundidos, en bandada
o solos, nítida visión de los días idos,
pasiones del presente, futuro que se estira y crece,
¡queridos sin número, nunca suficientes!

ARTHUR RIMBAUD. En vida fue un total desconocido, salvo para los círculos literarios parisienses que —durante su tormentosa adolescencia— lo habían tenido como el incómodo y talentoso amante jovencito de Paul Verlaine. Hoy sabemos que Arthur Rimbaud (1854-1891) quiso huir de todo y atravesarlo todo, incluyéndose a sí mismo. Eso le ha hecho uno de los mitos más reales e incombustibles de la modernidad: el adelantado a toda contracultura, que tras una deslumbrante obra juvenil (especialmente *Una temporada en el infierno* e *Iluminaciones,* libros escritos al filo de sus 20 años, pero que esencialmente se conocieron sólo tras su muerte) erró de un lado a otro por Europa y Asia, antes de permanecer años en Adén y Abisinia, comerciando en Harar, con marfil, oro, café y telas... Incluso se ha llegado a sugerir (no está probado) que hasta con esclavos. Sólo regresó a Marsella —junto a su hermana— cuando un cáncer en la rodilla le hizo imposible aquella vida lejana y otra... El mito Rimbaud. Su turbulenta historia de amor y desarreglo con el gran Verlaine —sobre todo en 1872— desde entonces uno de los paradigmas del moderno malditismo buscado por cierta homosexualidad.

El primer poema aquí reproducido —*El corazón robado,* escrito en mayo de 1871— alude a la más que probable violación del adolescente Rimbaud (escapado de casa) por los soldados del cuartel de la rue Babylone, en París, tras los sucesos de la Comuna, a los que había acudido. De ahí el tono cuartelero y soldadesco del conjunto, desolado y paródico. Lo doy en la traducción de Juan Abeleira. Rimbaud. *Poesías y otros textos*. Hiperión, Madrid, 1995. (Nueva edición revisada.) Los otros dos poemas en prosa pertenecen a *Iluminaciones* y van en la reciente traducción de Julia Escobar. *Una temporada en el infierno. Iluminaciones.* Alianza Editorial, Madrid, 2001. Verlaine —en una carta— se reconoció en el *patético hermano* del texto, también llamado *satánico doctor.*

EL CORAZÓN ROBADO

Mi triste corazón babea a popa,
mi corazón lleno de tabaco:
sobre él arrojan escupitajos,
mi triste corazón babea a popa:
bajo las burlas de la tropa
que suelta una risotada general,
mi triste corazón babea a popa,
¡mi corazón lleno de tabaco!

¡Itifálicos y sorchescos
sus insultos lo han depravado!
En la velada narran relatos
itifálicos y sorchescos.
¡Oleajes abracadabrantescos,
tomad mi corazón, salvadlo!
¡Itifálicos y sorchescos
sus insultos lo han depravado!

Cuando sus chicotes hayan cesado,
¿cómo actuar, oh corazón robado?
Se oirán estribillos báquicos
cuando sus chicotes hayan cesado:
tendré sobresaltos estomáquicos
si degradan mi triste corazón.
Cuando sus chicotes hayan cesado,
¿cómo actuar, oh corazón robado?

ANTIGUO

¡Gracioso hijo de Pan! En torno a tu frente coronada de florecillas y de bayas, tus ojos, bolas preciosas, se mueven. Tus mejillas, manchadas de oscuras heces, se hunden. Tus colmillos relucen. Tu pecho parece una cítara, sus tintineos recorren tus rubicundos brazos. Tu corazón late en ese vientre donde dormita el doble sexo. Paséate, de noche, moviendo suavemente ese muslo, ese segundo muslo y esa pierna izquierda.

VAGABUNDOS

¡Patético hermano! ¡Cuántas veladas atroces le debí! «No me entregué fervorosamente a esa empresa. Me divertí con su invalidez. Por mi culpa volveríamos al exilio, a la esclavitud.» Él me atribuía una mala suerte y una inocencia muy raras, y audacia razones inquietantes.

Yo respondía con risas a ese satánico doctor, y acababa acercándome a la ventana. Más allá del campo atravesado por rachas de música extraña, yo creaba los fantasmas del futuro lujo nocturno.

Después de esta distracción vagamente higiénica, me tumbaba en un jergón. Y casi cada noche, nada más dormirse, el pobre hermano se levantaba, con la boca podrida, los ojos arrancados —¡tal como se soñaba!—, y me arrastraba a la sala aullando su sueño de necia congoja.

Yo me había comprometido, con total sinceridad, a devolverle a su primitivo estado de hijo del Sol, y vagábamos, alimentados con el vino de las cavernas y el bizcocho del camino, yo apremiado por encontrar el lugar y la fórmula.

VERLAINE Y RIMBAUD. Muy poco después de las hogueras libertarias de la *Comuna,* un grupo de jóvenes, precursores de *Dada,* y germen de lo que algo más tarde será el decadentismo anarquista, se reúnen en una habitación del *hôtel des Etrangers,* en la esquina de la rue Racine y de la rue de l'École-de-Médecine en París, son los *zutistes. (Zut!* es una interjección popular, que se correspondería a nuestro ¡bah!; indica que a uno le da igual un asunto, que *pasa de él,* con lo que si despojamos a la palabra de su actualidad *zutiste* podría traducirse por *pasota.)*

Durante sus reuniones escriben poemas en un álbum destinado a testimoniar su actividad. *L'Album zutique* (editado por Pascal Pia, en 1962) se salvó, un tanto milagrosamente, de la rápida dispersión del grupo. Entre los que en él escribieron frases, parodias o burlas poéticas, hallamos nombres que *sonarán* pronto en la literatura francesa: Charles Cros, Germain Nouveau, Léon Valade, Jean Richepin, Arthur Rimbaud y Paul Verlaine...

Nuestra *rara pareja* apareció *chez les zutistes,* por primera vez, en octubre de 1871 —poco después de llegado Rimbaud a París, y muy poco después de la fundación del grupo— y su última aparición tuvo que ser antes del 7 de julio de 1872, día en que los amantes corsarios se marcharon a Bélgica. En medio de ese lapso, Rimbaud estará un par de meses en la arisca casa materna de Charleville (entre mediados de marzo y mediados de mayo del 72), por lo que la fecha de su colaboración en *L'Album zutique* debe situarse entre los días que restan... Tal colaboración es el célebre y clandestino (los niños franceses se lo aprenden de memoria para recitarlo después del *Soneto a las vocales) Sonnet du trou du cul.* El manuscrito indica que Verlaine hizo los dos cuartetos, y el jovencito Rimbaud los tercetos. Inicialmente, el soneto se presenta como una burla a un libro *(L'idole)* de un poetilla parnasiano llamado Albert Mérat, que se

había editado en 1869. Consiste *el ídolo* (la mujer) en una *suite* de sonetos que celebran los encantos de la hembra: ojos, boca, dientes, nariz, frente, cuello, brazos... pero a Mérat se le olvida *el ojo del culo*. La doble intención del asunto me parece muy evidente. Y la pareja sigue su propio camino.

Mi traducción se publicó en la revista *Hiperión* (número 4, *El Excremento)*, Madrid, 1980. El soneto y el texto antecedente se recogieron después en mi libro *Máscaras y formas del Fin de Siglo* (Madrid, 1988).

SONETO AL OJO DEL CULO

Oscuro y arrugado como un clavel violeta
entre el musgo respira humildemente oculto,
húmedo aún del amor que la pendiente sigue
de las nalgas blancas al borde de su abismo.

Hilillos parecidos a lágrimas de leche
lloraron, bajo el áfrico cruel que les empuja,
a través de coagulitos de marga rojiza,
para llegar ahí donde llama el declive.

Mi boca se acopla frecuente a su ventosa,
y mi alma, del coito material celosa,
de él hace salvaje lagrimal, nido de llanto.

Es la oliva extendida y la flauta mimosa,
es el tubo al que cae la garrapiña célica,
Canaán femenino de humedades abiertas.

A. E. HOUSMAN. Alfred Edward Housman (1859-1936) fue, en su vida, un muy distinguido —aunque algo malhumorado, dicen— profesor de lenguas clásicas, especialmente en la Universidad de Cambridge. Se le deben, en esa senda, importantes ediciones de autores latinos. Como poeta se sintió algo lejos de su época —igual que su sentido de la moral quedaba muy lejos de la moralidad victoriana— aunque, ya en su alta madurez, fue muy apreciado por los nuevos poetas ingleses, entre ellos Auden o Spender. Su primer libro, *Un muchacho de Shropshire* (1896) dejaba ver ya —junto a la nostalgia de la juventud— un deseo heterodoxo, siempre mesurado y oblicuo. Fue algo más lejos —sin perder su tono clásico, muy deudor de la epigramatística griega— en *Last poems* (Últimos poemas), su segundo libro, de 1922. Al filo de su muerte —y aún después— se publicaron nuevos poemas inéditos. Aunque más de la mitad de la vida de Housman (típico caso del *scholar* que debe celar su vida privada) transcurrió en el siglo XIX, su poesía pertenece plenamente —por su tono e intelectualidad sensible— indudablemente al siglo XX.

Doy tres poemas de Housman. Los dos primeros pertenecen al primer libro, y el último, al segundo. Salvo el primero que traduje yo en *Los trabajos del ocio* (1993), los otros dos son traducción de Juan Bonilla en su antología A. E. Housman. *A un joven atleta muerto* (1995).

«LA CALLE SUENA CON EL PASO DE LOS SOLDADOS...»

La calle suena con el paso de los soldados,
y nos apretujamos a mirar:
Una roja casaca vuelve la cabeza,
se gira y me ve.
Amigo mío, tan lejos como un cielo de otro cielo,
nunca nos cruzamos antes;
tan separados como en el fin del mundo,
no nos volveremos a encontrar.
Y los pensamientos que en el corazón llevamos
callarse no podrán;
pero vivo o muerto, sobrio o borracho,
soldado, sé feliz hasta el final.

SI BASTARA CON ESO

Si la verdad del corazón que muere
algo influyera en el poder de arriba,
mi amor por ti no dejaría
que te murieses nunca.

Si la firmeza de unos sentimientos
o el solo pensamiento te salvara,
podría el mundo terminar mañana
que tú jamás conocerías tumba.

Es tan grande y tan firme mi cariño,
tan fuerte mi deseo de quererte
que vivirías siempre
si ellos bastaran para salvarte.

Pero las cosas son de otra manera.
Con este corazón perdido sé
amable antes de que hayas de partir
allí donde no te esperan amigos.

EPITAFIO PARA UN EJÉRCITO DE MERCENARIOS

Éstos, el día en que se derrumbaban
el cielo y los cimientos de la Tierra,
se comportaron como mercenarios,
recibieron sus pagas y están muertos.

Sostuvieron el cielo con sus hombros.
Los cimientos de la Tierra aguantaron.
Lo que Dios desdeñaba, defendían
y todo lo salvaron por dinero.

FREDERICK ROLFE, «BARÓN CORVO». Nacido cerca de Londres en 1860 y muerto en Venecia —prácticamente en la miseria— en 1913, pocas vidas tan literarias y decadentes como la de este Frederick William Rolfe, que estudió para sacerdote católico y que fue rechazado antes de llegar a ordenarse, gesto que nuestro autoproclamado Barón Corvo —de cuando vivió en Italia— jamás perdonó. Escribió sobre todo prosa, y a menudo novelas históricas o simbólicas donde destaca su voluntad de poder, de religión, de arte y de belleza juvenil masculina, cercana al ideal de la androginia. Quizá su novela más célebre sea *Hadrian the Seventh* (1904), historia de un falso Papa que es al fin él mismo... Su otra gran novela —más simbolista— es *El deseo y la búsqueda del Todo,* escrita hacia 1910, pero que se publicó de forma póstuma en 1934.

Hay una magnífica biografía de Corvo —superada ya en datos, pero no en factura— que es *En busca del Barón Corvo* de A. J. A. Symons, publicada también en 1934 y traducida al español en 1982. Aunque sólo publicó, en vida, poemas en revistas, su poesía reunida (Baron Corvo, *Collected Poems,* 1974) presenta a un clásico poeta efébico de un círculo uranista que fue muy notable en la Inglaterra de finales del siglo XIX, esencialmente antes del proceso contra Oscar Wilde.

El poema que he traducido, para esta antología, y sacado de la mencionada recopilación —*Ballade of Boys Bathing*— se publicó en 1890 en *The Art Review.* El manuscrito está fechado en agosto de 1889. Existe un cuadro de Corvo —que también era pintor— con el mismo título y escena. Ciertamente otra rareza notoria.

BALADA DE LOS MUCHACHOS BAÑÁNDOSE

I

¡Una primorosa visión por mí nunca vista!
En una barca a la deriva y con hora disponible
en la costa de la tierra de las escocesas
bajo las sombras de los acantilados, miro
un tropel de chicos, delgados y gallardos,
que ríe en un encantador desorden
sabiendo que no hay miedo ni cuidado alguno,
los chicos que se bañan en la bahía de San Andrés.

II

El hondo azul del agua tan azul cual pueda ser,
rocas surgiendo altas entre el rojo llamarada de las nubes
muchachos con el color del marfil
arrostrando leves olas y buceando en ellas
muchachos blancos, rubicundos, morenos y desnudos
con luces y sombras entre el rosa y el gris
y como perlas el agua en su brillante cabello,
los chicos que se bañan en la bahía de San Andrés.

III

Una noche de verano y un mar de zafiro
una puesta de sol y un reverberar dorado,
se arrojan desde lo alto de escabrosas rocas
miembros maravillosos en el luminoso aire
frescos como una llama blanca ruborizada y bella
redondos brazos ágiles en la espumante sal
y el mar que en todas partes parece vivo con ellos,
los chicos que se bañan en la bahía de San Andrés.

ENVÍO

Andrea, dispónme raras tinturas
dame una paleta y algo de tiempo para
que pueda yo fijar en mi lienzo si logro atreverme,
los chicos que se bañan en la bahía de San Andrés.

CONSTANTINOS CAVAFIS. Nacido dentro de la comunidad griega de Alejandría en 1863, de una familia que procedía de Constantinopla, Constantinos Petros Fotiadis Cavafis, vivió de joven en Londres con parte de esa familia antes de regresar a aquella plural Alejandría donde trabajó y vivió el resto de sus días. Allí murió —poco después de haber sido operado en Atenas de un cáncer de garganta— en 1933.

En vida, apenas publicó Cavafis poemas en revistas y en un par de pequeñas y raras *plaquettes;* pero cuando murió, el mundo de la literatura neogriega sabía que era uno de los grandes. Cavafis —que se educó y empezó a escribir en el Simbolismo, que le influye tanto como la poesía de la Antigüedad helénica— escribió sus poemas mejores ya entrado el siglo XX, del que merece ser uno de sus más destacados poetas en cualquier lengua. Homosexual que aceptó discretamente su condición y la vida marginal que implicaba, Cavafis escribió de su propio sentido de la historia griega y de las pasiones homoeróticas que fueron el sentido de su vida.

De las muchas traducciones que existen al español de Cavafis —aunque todavía nos falta la de un gran poeta; las de Valente o Juan Ferraté son pequeñas antologías— escojo por su fidelidad y bienhechura la del profesor Pedro Bádenas de la Peña: C. P. Cavafis. *Poesía completa.* Alianza Editorial, Madrid, 1982. Los cuatro poemas que doy pertenecen a los 153 que, a su muerte, Cavafis dejó como su *corpus* estricto, sus poemas canónicos. Después de 1935 se publicaron bastantes inéditos y hasta algunos poemas inconclusos, que recoge también la citada edición española. El más antiguo de los que ofrezco data de 1917 y el más nuevo de 1926. Para un personal acercamiento a la significación de Cavafis recuerdo mi libro *Carne y tiempo (Lecturas e inquisiciones sobre Constantino Cavafis).* Planeta, Barcelona, 1995.

CON PLACER

Delicia y perfume de mi vida, la memoria de las horas
en que hallé y retuve el placer tal como anhelaba.
Delicia y perfume de mi vida, para mí, que maldije
de cada placer de amores rutinarios.

DÍAS DE 1903

No volví a encontrarlos más —perdidos tan aprisa...
los poéticos ojos, el pálido
rostro... en el oscurecer de la calle...

No volví a encontrarlos más —poseídos por entero al azar,
que con tanta ligereza abandoné;
y que luego anhelé con angustia.
Los poéticos ojos, el pálido rostro,
los labios aquellos no los encontré más.

EN UN VIEJO LIBRO

En un viejo libro —de hace unos cien años—
olvidada entre sus páginas,
hallé una acuarela sin firma.
Debía ser obra de un artista muy diestro.
Tenía como título «Presentación del amor».

Aunque mejor le venía «—del amor de los sumamente
sensuales».
Pues era evidente, si mirabas la obra,
(tan fácilmente se captaba el mensaje del artista)
que para cuantos se aman, digamos limpiamente,
instalados en lo más o menos tolerado,
no iba dirigido el efebo
del dibujo —de oscuros ojos castaños;
con su rostro de hermosura exquisita,
hermosura de extraño atractivo;

de labios ideales que llevan
el placer a un cuerpo amado;
de miembros ideales, modelados para lechos
que llama depravados la ética corriente.

EN LAS TABERNAS

En las tabernas
y los burdeles
de Berito me revuelco.
No quise vivir
yo en Alejandría.
Tamides me abandonó;
se fue con el hijo
del prefecto para hacerse
con una villa en el Nilo,
con un palacio en la ciudad.
No convenía que viviera
yo en Alejandría.—
En las tabernas
y los burdeles
de Berito me revuelco.
En la sordidez abyecta
vivo envilecido.
Lo único que me salva,
como una hermosura perdurable,
como un perfume
que en mi carne hubiese prendido,
es que, por dos años,
fue mío Tamides,
el muchacho más extraordinario,
mío, no por una casa
o una villa en el Nilo.

JACINTO BENAVENTE. Durante su juventud el madrileño Jacinto Benavente (1866-1954) apareció asociado, esencialmente como dramaturgo, a la literatura modernista que modificó el panorama español, alrededor de 1900. A esa línea simbólica pertenecen algunos de sus más celebrados dramas, como *La Noche del Sábado* (1903) o *Los intereses creados* (1909). Con todo, el gran éxito de Benavente lo convierte —en la línea de Wilde o de Bernard Shaw— en el gran renovador en España de la alta comedia, o comedia de salón, en cuya esfera de crítica social y elegante, cada vez más burguesa, se mantuvo a lo largo de su larga vida y obra. El éxito y la importancia social de Benavente quedaron confirmados cuando se le otorgó el Premio Nobel de Literatura en 1922.

En su juventud había publicado poesía —*Versos* en 1893— y alguna obra en prosa como *Cartas de mujeres* (1894). La homosexualidad apenas aparece en su obra dramática —pese a ser *vox pópuli* en la calle, según me contó una vez Vicente Aleixandre— pero en unas memorias que dejó inacabadas, y que se editaron póstumas en 1962 —*Recuerdos y olvidos*—, Benavente se permite un guiño hacia los críticos que le relacionaban con Wilde no sólo por motivos literarios: «Los (críticos) que han querido dárselas de listos —pillines— han señalado principalmente la influencia de Oscar Wilde...» Ese *pillines* me parece un completo acierto.

No obstante, en sus poemas juveniles (que Aguilar reeditó en 1940, dentro de la magna edición de sus *Obras completas)* aparece el ideal de la androginia, como belleza perfecta, tan característico del *fin de siglo*. Termina así un soneto: «¿Vicio? No..., que radiante en puro anhelo, / aunque por la materia se interese, / sabe volar y remontarse al cielo. / De la amistad se cubre con el velo, / mas deja ya que el alma lo confiese, / deja que diga... amor. Su nombre es ése.»

Siempre del libro *Versos,* doy dos sonetos sin título (IV y XII) y el poema titulado *Un ídolo*.

IV

Sin forma te soñé y así te adoro,
¡espíritu inmortal del mío hermano!
Ha tanto tiempo que te espero en vano.
¡Sueño de una ilusión que ansioso imploro!
Por fuera río, mas por dentro lloro,
que huyo el consuelo del amor liviano
y es mi alma para todos un arcano
que guarda para ti rico tesoro.
De ti espero alegrías no gozadas,
y guardo para ti las que he soñado.
Para ti mis tristezas no contadas;
¡mas ven pronto, que tanto te he esperado,
que si el pecho no alivian confiadas,
encontrarás mi pecho destrozado!

XII

Urania, venus celestial, inspira
mi amor, rebelde a Venus genitora
la del vulgar amor inspiradora
que vida enciende en su inflamada pira.
Al goce sólo celestial aspira
mi amor, de la belleza arrobadora,
y la belleza celestial adora
cuando en humano ser la ama y admira.
En ti fue, ¡oh Grecia!, sin dolor ni pena
toda humana belleza idolatrada.
Hermes, cual Afrodita, culto ordena,
y en la inmortal, olímpica morada,
el áurea copa de los dioses llena
Hebe, con Ganímedes alternada.

UN ÍDOLO

¡Bella forma gentil, idolatrada;
no animes de tu cuerpo la escultura
con el fuego de un alma enamorada!
une la frialdad a la tersura.
¡Forma ideal, de lo ideal pagano!
pues que la forma es sólo tu hermosura,
y no es divino en ti sino lo humano.
Mi alma, que a los sentidos se avasalla,
a ti se rinde con delirio insano;
y este amor desbordado que en mí estalla,
vivirá de sí mismo y tu belleza.
No muestres, pues, de tu alma la bajeza;
yo amaré por los dos. Tú, besa y calla.

WU TSAO. He buscado en varias antologías de poesía clásica china (en inglés, francés y español) el nombre de esta poetisa del siglo XIX que cita y traduce el poeta norteamericano Kenneth Rexroth (vinculado a la escuela de San Francisco) en su libro *Women poets of Chine* de 1972. En ninguna lo he encontrado, debo decir. Si bien conviene también saber que los sinólogos suelen tener escasísima estima por los escritores chinos de la dinastía Qing —o manchú, 1644-1911— que gobernó el Imperio hasta el advenimiento de la República de Sun Yat-sen. Se considera un período de decadencia —antes de la renovación europeizante—, con temas tópicos y ritmos y estructuras sabidos y nada originales. Vaya un ejemplo. En la reciente antología *Poesía clásica china* de Goujian Chen (Cátedra, Madrid, 2001) todos los autores escogidos de la dinastía Qing —sólo diez— vivieron en los siglos XVII o XVIII salvo el último, Su Manshu (1884-1918), que es un precursor de la novedad. Sin embargo esta Wu Tsao, enamorada o doliente en amor femenino...

El descubrimiento y la traducción —desde el inglés— de esta poetisa china se los debo al poeta Martín Rodríguez-Gaona.

A LA CORTESANA CH'ING LIN

Sobre tu esbelto cuerpo
tu corazón con adornos de jaspe y coral repica
como el de una compañía divina
llegada de la verde y celestial Ciudad de Jade.
Una sonrisa tuya al vernos,
y quedo muda y pierdo todas las palabras.
Por mucho tiempo has reunido flores,
y te has inclinado contra los bambúes,
tus verdes mangas enfriándose,
en tu valle desierto;
alcanzo a verte totalmente sola,
una muchacha abrigando sus crípticas ideas.

Brillas como una lámpara perfumada
en medio de un clan de sombras.
Nos entretenemos con juegos de vino
y recitamos mutuamente nuestros poemas.
Entonces cantas: «Recordando el sur del río»
con sus versos que parten el corazón. Así
pinto tus hermosas cejas y tú las mías.
Quiero poseerte completamente—
tu cuerpo de jade
y tu corazón prometido.
Es primavera.
Una abundante niebla cubre los Cinco Lagos.
Querida mía, permíteme comprarte una barca roja,
y llevarte lejos.

EL SALTERIO

He cerrado las puertas dobles.
¿En qué rincón de los cielos está ella?
Una flauta horizontal
detrás de las murallas rojas
silbando suavemente como la brisa
sopla la seda del sauce.
En el pausado brillo de la puesta de sol

los cuervos que descansan ignoran mi pena.
Una vez más lánguidamente me levanto de la cama.
Después de quemar incienso,
holgazaneo en la escalera enjoyada.
Me arrepiento de los años desperdiciados,
enferma, con miedo al frío, con miedo al calor,
mientras bellos días pasan.
De pronto es la otoñal Fiesta de los Muertos.
Constantemente perturbada por los cambios de clima,
pierdo el paso de la efervescente luz
que nos conduce y limpia.
¿Quién movió los puentes giratorios
de mi incrustado salterio?—
Me doy cuenta,
de las veinticinco cuerdas
veinte están perdidas.

LA ESPERA

Amarga lluvia en mi jardín
en el declive del otoño.
Tengo sólo vagas sensaciones poéticas
que no puedo encarrilar.
Se difuminan en oscuras nubes
y hojas rojas.
Pasado el crepúsculo amarillo
la fría luna se levanta
más allá de la sombría niebla.
No dejaré caer las persianas
de bambú moteado desde su gancho de plata.
Esta noche mis sueños seguirán al viento,
padeciendo frío,
hasta la torre de jaspe de tu hermosa piel.

STEFAN GEORGE. Fue un poeta raro, clasicista, exquisito y simbolista. Nació Stefan George en Budesheim (Alemania) en julio de 1868 y murió en Minuso (Suiza) en diciembre de 1933, autoexiliado de la Alemania nazi que, sin embargo, encumbró alguno de sus libros... Representó en lengua alemana, junto con el austriaco Von Hofmannstahl, la forma más refinada y pura de la poesía simbolista de inicial inspiración francesa. Su primer libro importante fue *Algabal* (Heliogábalo) de 1892.

A partir de 1907, en Múnich, funda un círculo aristocratizante y un tanto esotérico cuyo objeto es celebrar a Maximin, un muchacho del que George había estado unos años enamorado, desde que lo conoció en 1902 y en torno al que —tras su prematura muerte— levantó el poeta la construcción simbólica de un tiempo nuevo, teñido de helenismo dorio. *El Séptimo Anillo* es el primero de los libros dedicados a Maximin, de 1907, seguido por *La Estrella de la Alianza* (1913) y *El Nuevo Imperio (Das Neve Reich)* de 1929, que es uno de los que pudo confundir a los nazis.

No es mucho lo que conozco de Stefan George traducido al español, y no reciente*. En 1954, en la colección Adonais de Madrid, salió *Peregrinajes* —un libro de 1891— en traducción de Alfonso Pintó y Jaime Balet. Y en 1959, en Córdoba —Argentina— una antología, Stefan George. *Poemas (1890-1928)* debida a José Vicente Álvarez. Los tres poemas que doy proceden de esa colección. El primero pertenece al libro *La Alfombra de la Vida,* de 1900. Los dos siguientes a *El Séptimo Anillo,* el libro escrito al filo de la muerte del dios/muchacho.

* Más nueva es la muy breve y bilingüe antología *Poesía* de Stefan George, debida a Juan Manuel González (1986), donde faltan poemas de la línea que nos ocupa.

EL DISCÍPULO

De placeres me habláis que no apetezco...
En mí late el cariño a mi Maestro.
Sabéis del amor muelle, no del noble:
Vivo *para* mi noble Maestro.

Más que a cualquier labor de vuestros círculos,
me acomodo al quehacer de mi Maestro.
Eso me hará valer, porque él es tierno:
Yo le sirvo a mi tierno Maestro.

Sé que a oscura región conduce el viaje
y es fácil sucumbir; con mi Maestro
los riesgos venceré, porque él es sabio:
Yo confío en mi sabio Maestro.

Puede él de todo premio despojarme;
mi premio es contemplar a mi Maestro.
Más ricos hay, pero él es el excelso:
Yo obedezco a mi excelso Maestro.

ADVENIMIENTO

Para otros niños o amigo...
Pero en ti yo veo un dios;
lo reconocí temblando
y en ti puse mi fervor.

Llegaste el último día
cuando exhausto de esperar,
cuando ya de orar cansado
me hundía en la oscuridad.

Tu rayo ha sido el anuncio
que en mi tiniebla fluyó
y a cuyo paso la siembra
de inmediato floreció.

DE LA VIDA Y LA MUERTE DE MAXIMIN

Turbio el mirar por inasibles sueños,
ya no cuidabas del legado santo.
Doquier sentías el postrer aliento...
¡Alzad las frentes, pues estáis a salvo!

A vuestro tiempo decadente y frío
nuevo milagro primavera trajo.
Manos floridas y aureolados rizos,
un dios llegó y a vuestra casa ha entrado.

¡Libres al fin, con alegría uníos!
No os sonrojéis por el pasado fausto.
El llamado de un dios habéis oído
y la boca de un dios os ha besado.

¡Sois esta vez los elegidos! Basta
de lamentar los incumplidos años.
Produjo un dios vuestra ciudad: ¡cantadla!
En vuestros días vivió un dios: ¡cantadlos!

PIERRE LOUŸS. Francés nacido en Gante en 1870 y muerto en París en 1925, después de un extraño retiro final, entre erudición y cocaína, Pierre Louÿs tuvo un gran éxito juvenil con su libro de poemas en prosa *Las canciones de Bilitis* de 1894 (edición definitiva y ampliada en 1898) y con la novela *Afrodita* (1896), que recreó o aumentó la moda de las novelas —algo decadentes y eróticas— de *costumbres antiguas*. Dejó inéditas varias novelas más de corte pornográfico —publicadas poco después de su muerte— y que le valieron el curioso beneplácito de los surrealistas.

En su primera edición, *Las canciones de Bilitis* se presentaron como originales —traducidos del griego— de una desconocida discípula de Safo. Pero en 1898 (y antes) todos sabían que su autor era un poeta de sesgo decadente y esteta, amigo juvenil de André Gide y de Oscar Wilde, de quienes concluyó distanciándose.

Casado con una de las bellas hijas del poeta parnasiano José María de Heredia —Marie de Heredia—, Pierre Louÿs fue un enamorado del safismo en la misma medida que demostró al fin escasa simpatía por la homosexualidad masculina. No obstante fue él quien convirtió en un soneto francés la carta de Wilde a Bosie Douglas que robaron, y a la que Wilde se refirió —en sus juicios— como a un poema en prosa *puesto en francés por un amigo*. Traduje —como mera curiosidad— ese soneto del francés para mi libro *Wilde total* (2001). Doy ahora tres *Canciones de Bilitis* en la traducción de Mariano Navarro (Visor, Madrid, 1983). Conviene recordar (lejos ya de la mera curiosidad) que *Las canciones de Bilitis* es uno de los más bellos libros de Pierre Louÿs.

DANZAS EN EL CLARO DE LUNA

De noche, sobre la hierba blanda, las muchachas coronadas de violetas, han danzando juntas, y de cada dos, una respondía como el amante.

Las doncellas decían: «No somos para vosotros.» Y, como avergonzadas, cubrían su virginidad. Un faunillo tañía la flauta bajo los árboles.

Sus parejas las respondían: «Ya vendréis a buscarnos.» Habían ceñido sus mantos como túnicas masculinas y mientras danzaban parecían luchar desfallecidamente enzarzando sus piernas con las de las otras.

Después, dándose por vencidas, ha tomado cada cual a su amiga por las orejas, como quien coge una copa por las asas, e inclinando la cabeza han apurado el beso.

PSAPPHA

Me froto los ojos... Ya amaneció, creo. ¡Ah! ¿Quién está junto a mí...? ¿una mujer...? Por la Paphia, lo había olvidado... ¡Oh, Caritas! qué avergonzada estoy.

¿A qué país he venido y qué isla es ésta donde así se entiende el amor? Si no estuviese tan fatigada creería que fue un sueño... ¡Es posible que ésta sea Psappha!

Duerme... Es bella ciertamente, aunque sus cabellos estén cortados como los de un atleta. Pero este extraño rostro, este pecho viril y esas caderas estrechas...

Quiero irme antes que despierte. ¡Ay! Estoy del lado del muro y tendré que saltar sobre ella. Tengo miedo de rozar su cadera y que al pasar vuelva a tomarme.

EL PASADO QUE PERVIVE

Dejaré el lecho como ella lo ha dejado, deshecho y quebrantado, revueltas las sábanas, a fin de que la forma de su cuerpo quede impresa junto a la del mío.

Hasta mañana no iré al baño, ni vestiré vestidos, ni peinaré mis cabellos, porque temo borrar sus caricias.

Ni en la mañana, ni en la tarde, comeré y no pondré en mis labios ni carmín ni afeites a fin de que su beso perdure.

Dejaré los postigos cerrados y no abriré la puerta porque temo que el viento arrastre los recuerdos que quedan.

LORD ALFRED DOUGLAS. Es muy posible que de no haber sido el principal amante y el gran ideal de Oscar Wilde (para algunos, además, el causante de su ruina) Alfred Bruce Douglas —tercer hijo del marqués de Queensberry— no fuese hoy sino una nota a pie de página en la literatura inglesa. Sin embargo es justo recordar que, en su juventud, cuando era guapo y distinguido, lord Alfred Douglas (1870-1945) fue un poeta refinado y nada desdeñable —en la órbita simbolista— aunque de vuelos cortos. Sus poemas, publicados inicialmente en revistas, se recogieron luego en los libros *The City of the Soul* —La ciudad del alma— de 1896 y *Sonetos,* de 1909.

Aunque algunos lo atribuyen aún a Wilde, el verso que durante años definió el carácter secreto del amor homosexual se debe a Douglas. Es el final de un poema largo —*Dos Amores*— fechado en septiembre de 1892. Preguntado quién es él, uno de esos Amores, contesta: «I am the Love that dare not speak its name» (Yo soy el Amor que no se atreve a decir su nombre). De 1892 o 1893 —su final en Oxford y sus inicios con Wilde— datan algunos de sus poemas de signo más idealmente homófilo, *Himno a la belleza física* o *El príncipe encantador.* El propio Wilde, siendo estudiante, escribió poemas en tal línea, publicados en revistas aunque algo retocados en su inicial libro *Poems* (1881). Así, *Días perdidos,* que comienza —en la primera versión—: «Un rubio y esbelto muchacho que no está hecho para el dolor de este mundo / con una adorada cabellera que cae en olas en torno a sus oídos / y ardientes ojos semivelados por deliciosas lágrimas...» En esa senda, Douglas pudo ser también discípulo de Wilde, entre otros.

Doy de lord Alfred Douglas —en mi propia traducción aparecida en *Wilde total*— el soneto, de 1893, *Elogio de la vergüenza,* que testimonia ese orgullo en lo prohibido que, cautamente, caracterizó a la época.

ELOGIO DE LA VERGÜENZA

Hasta mi cama la otra noche, en pensamiento vino
Nuestra Señora de los raros sueños y de una urna
derramó vivo fuego, por lo que mis ojos ardieron
al mirarla. Luego, la flotante llama
tomó varias formas, y una dijo llorando: «Soy
la Vergüenza que va con el Amor, soy la más sabia
en volver labios y miembros fríos en fuego; por tanto
percibe y contempla mi hermosura y alaba mi nombre.»
Después, vestida con radiantes prendas,
con sonar de flautas y alegría de risueños labios,
el fasto de todas las pasiones pasó ante mí,
durante toda la noche; hasta que navegaron los blancos
barcos fantasmas de la aurora. Así canté esta canción:
«De todas las dulces pasiones la Vergüenza es la mejor.»

AMADO NERVO. Nacido en Tepic (México) el 27 de agosto de 1870, Amado Nervo fue uno de los grandes poetas hispánicos de la plenitud del modernismo/simbolismo. De joven estuvo en París y después —con cargos diplomáticos— en Madrid, Argentina y Uruguay. Murió en Montevideo el 24 de mayo de 1919. Aunque sus primeros poemas publicados datan de 1886, su gran libro de la primera época es *Perlas negras,* de 1898. Autor también de una notable obra en prosa, a partir de 1909 la obra lírica de Nervo se vuelve hacia un amor místico/sensual centrado en una de sus obras más conocidas, *La amada inmóvil* (1915) o también *Elevación* (1917), que tuvieron tanto éxito inicial como rechazo posterior al considerarse a Nervo —tras su muerte en loor de gloria— un poeta del pasado antiguo... Acaso sus grandes momentos coincidan —como intuyó su amigo Rubén Darío— con la efervescencia modernista.

Siguiendo una tendencia heterodoxa muy de la época, Nervo publicó en 1896 dos sonetos, clásicamente simbolistas, bajo el título general de *Lubricidades tristes*. El primero, *Andrógino,* se orienta hacia la homosexualidad masculina y el segundo, *Después,* al hastío y exceso de la carne femenina. No falta en ellos —junto al mucho deseo— un sentimiento de culpa, nada infrecuente en Nervo. Los doy tal como aparecen en la edición: Amado Nervo, *Obras completas* (tomo II). Aguilar, Madrid, 1972. La parte de las poesías estuvo al cuidado —en la primera edición, 1953— de Alfonso Méndez Plancarte.

ANDRÓGINO

Por ti, por ti clamaba, cuando surgiste,
infernal arquetipo, del hondo Erebo,
con tus neutros encantos, tu faz de efebo,
sus senos *pectorales,* y a mí viniste.

Sombra y luz, yema y polen a un tiempo fuiste,
despertando en las almas el crimen nuevo,
ya con virilidades de dios mancebo,
ya con mustios halagos de mujer triste.

Yo te amé porque, a trueque de ingenuas gracias,
tenías las supremas aristocracias:
sangre azul, alma huraña, vientre infecundo;

porque sabías mucho y amabas poco,
y eras síntesis rara de un siglo loco
y floración malsana de un viejo mundo.

DESPUÉS

Te odio con el odio de la ilusión marchita.
¡Retírate! He bebido tu cáliz, y por eso
mis labios ya no saben dónde poner su beso;
mi carne, atormentada de goces, muere ahíta.

Safo, Crisis, Aspasia, Magdalena, Afrodita,
cuanto he querido fuiste para mi afán avieso.
¿En dónde hallar espasmos, en dónde hallar exceso
que al punto no me brinde tu perversión maldita?

¡Aléjate! Me invaden vergüenzas dolorosas,
sonrojos indecibles de mal, rencores francos,
al ver temblar la fiebre sobre tus senos rosas.

No quiero más que vibre la lira de tus flancos:
déjame solo y triste llorar por mis gloriosas
virginidades muertas entre tus muslos blancos.

THEODORE WRATISLAW. Entre la gama de poetas menores del círculo uranista que existió en la Inglaterra de fines del XIX (ya hemos visitado al Barón Corvo) destaca, quizá, Theodore Wratislaw, nacido en Inglaterra en 1871, procedente de una familia condal de Bohemia. Wratislaw —que como muchos de estos poetas admiró un tiempo a Oscar Wilde— fue abogado y murió en 1933, pero prácticamente toda su obra lírica es anterior a 1900. Recibe el influjo de Arthur Symons y naturalmente el de los simbolistas franceses, pero también los ideales helénicos que venían de John Addington Symonds y del alemán Karl Heinrich Ulrichs, pioneros de los derechos homosexuales y sobre todo del ansia de dignificación de esa sexualidad.

Caprices de 1893 y *Orchids* de 1896 son los dos libros poéticos que Wratislaw —admirador también y estudioso de Swinburne— publicó en vida. El primero es el más notable y en él figura el soneto que le hizo emblemáticamente famoso: *To a Sicilian Boy*. Lo traduje, a principios de 1992, para mi ensayo *El libro de las perversiones* (Barcelona, 1992). Reproduzco esa misma versión.

A UN MUCHACHO SICILIANO

Amor, adoro los perfiles de tu forma,
tu pecho exquisito y adorables brazos;
las maravillas de tu cuello celeste llaman
al fuego del amor que desvanece los sueños.
Te amo como la espuma del mar ama la roca,
o la orilla ama el ensalmo marino.
Las flores de tu boca en dulzura exceden
a las del tierno melocotón o la vid de púrpura.
¡Te amo, amor mío! ¡Bésame una vez y otra!
Tus besos me consuelan como lluvia a tierra cansada;
y entre tus brazos hallo mi felicidad sola.
¡Concédeme en tu seno regocijarme aún
olvidando el pasado, muchacho divinísimo,
y el opaco tedio del beso femenino!

AMY LOWELL. Mujer excéntrica y rica, de una conocida familia de Massachusetts, donde nació en 1874, Amy Lowell empezó escribiendo una poesía convencional y tardorromántica, hasta que —en Londres en 1915— entró en contacto con los *imagistas* y se adhirió a esa vanguardia que experimentaba con las imágenes y con tradiciones —como la japonesa— ajenas en principio a lo *occidental.*

Después de ese período imagista (al que sin embargo debe su mayor fama) Amy siguió escribiendo una poesía más directa, aunque influida por las novedades en que participó, nunca exenta ya de un general espíritu de renovación y cambio. En sus últimos años escribió una voluminosa biografía del romántico Keats, su poeta predilecto. Dejó al morir, en 1925, muchos poemas inéditos y un libro listo para la imprenta, *What's O'Clock,* que recibió el Premio Pulitzer de ese año.

Doy tres poemas de su última época, tomados de su poesía completa —*The Complete Poetical Works,* Boston, 1955— en traducción de Martín Rodríguez-Gaona.

DESCANSO

Cuando he horneado pasteles blancos
y rallado almendras verdes para ponerlas encima;
cuando he quitado la verde corona de las fresas
y las he puesto en fila, con sus puntas cónicas, en una fuente azul y amarilla;
cuando he suavizado la costura de lino que estuve trabajando;
¿qué queda?
Mañana será lo mismo:
pasteles y fresas,
y agujas entrando y saliendo de la tela.
Si el sol está hermoso sobre los ladrillos y el peltre,
aún más bella estará la luna,
inclinándose por las trenzadas ramas del ciruelo;
la luna,
meciéndose sobre un lecho de tulipanes;
la luna,
quieta,
en tu rostro.
Brillas, amada,
tú y la luna.
Mas ¿cuál es el reflejo?
El reloj marca las once.
Pienso, cuando hayamos cerrado y trancado la puerta,
la noche estará oscura
fuera.

MADONA DE LAS FLORES VESPERTINAS

Todo el día estuve trabajando,
ahora estoy cansada
y digo: «¿dónde estás?»
Sólo hay un roble crujiente en el viento.
La casa está muy tranquila,
el sol brilla sobre tus libros
en tus tijeras y el dedal que acabas de dejar,
pero no estás aquí

de pronto me encuentro sola:
¿dónde estás? salgo a buscarte.

Entonces te veo,
de pie bajo un capitel pálido azul como esa flor de espuela
con una canasta de rosas en el brazo.
Estás fresca, como la plata,
y sonríes
creo que las campanas de Canterbury tocan breves melodías.

Me dices que las rosas albarderas necesitan ser regadas
que las aguileñas han crecido demasiado
que a la pyrus japónica hay que cortarla y darle forma.
Me dices todas estas cosas.
Pero te miro, corazón de plata,
corazón de llama blanca de reluciente plata,
ardiendo bajo las azules agujas del campanario,
y súbitamente deseo arrodillarme a tus pies
mientras alrededor nuestro repican los altos y dulces Te Deums
de las campanas de Canterbury.

OTOÑO

Me entregaron una espinosa dalia amarilla,
opulenta, ostentosa.
Oro redondo
brotando de un tallo verde pálido.
Rotunda, oro a punto
de madurez,
meticulosamente adornado y encendido,
una iracunda proclama:
la fecundidad engalanada de un hipnotizante amarillo
para que todo el mundo la aprecie.
Me entregaron una espinosa dalia amarilla,
a mí, que soy estéril.
¿Te la he de enviar
a ti, quien se llevó consigo
todo lo que tenía?

GERTRUDE STEIN. Descendiente de una familia de judíos bávaros establecidos en Estados Unidos, Gertrude Stein nació en Alleghany (Pensilvania) en 1874. En 1903 —al principio acompañada por su hermano Leo— se instala en París, donde empieza a coleccionar obras de arte vanguardista y a interesarse en todos los movimientos de la vanguardia y en esa brillante constelación que en inglés se conoce como *modernism* (debería traducirse por *modernidad)* de la que la propia Stein sería uno de los puntales, renovando en ritmos sincopados la prosa angloamericana en novelas como *Three Lives* (1909), *The Making of Americans* (1925) o su más conocida *Autobiografía de Alice B. Toklas* (1933), gran evocación del París de los años de las vanguardias, con el pretexto —oblicuo, en ocasiones— de contar la vida de quien fue su gran amiga y compañera, desde poco después de su llegada a Francia y hasta su muerte, la también norteamericana trasterrada Alice B. Toklas, que escribirá más tarde su propia y real autobiografía *(What is remembered,* de 1963) ciertamente menos brillante que la novela/memoria de Gertrude. En una gira de conferencias por los Estados Unidos, en 1934, Stein afirmó: «París era el lugar más adecuado para aquellos que iban a crear el arte y la literatura del siglo xx.» Gertrude Stein murió en el pueblecito francés de Bilignin (donde se refugió con Alice, al inicio de la segunda guerra mundial) en julio de 1946.

Gertrude —esencialmente prosista— no publicó en vida ningún libro de poemas, pero sí bastantes en revistas diversas, que fueron recogidos y aumentados tras su muerte. El primero de los poemas que doy (traducidos para esta antología por Rodríguez-Gaona) es un fragmento de un poema más largo. El último se publicó póstumo. Creo que casi no existen traducciones españolas de la curiosa poesía de *miss* Stein. Sí, claro es, de su prosa.

ANTES DE QUE LAS FLORES DE LA AMISTAD SE MARCHITARAN LA AMISTAD SE MARCHITÓ

Amo a mi amor con v
porque así es
amo a mi amor con b
porque estoy cerca de aquello
un rey.
Amo a mi amor con a
porque es una reina
amo a mi amor y a es la mejor de ellos
piénsalo bien y sé un rey,
piénsalo más y piensa una vez más
amo a mi amor con vestido y con sombrero
amo a mi amor y no con esto o con aquello
amo a mi amor con y porque es mi prometida
ámola con una d porque está mi amor al lado
gracias por estar allí
a nadie le ha de importar
gracias por estar aquí
porque no estás allí
y con y sin mí lo que es y sin ella puede tardar
y entonces y cómo y todo alrededor pensamos y descubrimos que es hora de llorar ella y yo.

SUSIE ASADO

Dulce dulce dulce dulce dulce té.
Susie Asado.
Dulce dulce dulce dulce dulce té.
Susie Asado.
Susie Asado que es un verdadero tez oro.
Apoyarse en el zapato esto quiere decir resbalar resbalarse.
Cuando la antigua luz gris está limpia está amarilla, ésta es una vendedora de plata.
Esto es un gusto esto es un gusto esto es lo dicho a gelatina. Esto es lo mojado esto es lo pactado al dejar una corona a Incy.
Incy es la abreviación de íncubo.

Una maceta. Una maceta es el principio de unos raros fragmentos de árbol. Los árboles tiemblan, las viejas tinas están en burbujas, burbujas a sombra y empujón
y en proporción limpieza, en proporción limpieza deben.
Bebe cachorros.
Bebe cachorros bebe cachorros arrienden una faja presa, mírala brillar y un bueneslabón tiene filo. Nos muestra uñas.
Qué es una uña. Una uña es lo unísono.
Dulce dulce dulce dulce dulce té.

LA MADRE DE NOSOTROS TODOS

El coro. El voto nosotros votamos nosotros notamos el voto. (Ellos saludan y sonríen a la estatua. Repentinamente la voz de Susan B. se escucha)
La voz de Susan B. No podemos desandar lo andado, ir hacia adelante puede ser lo mismo que ir hacia atrás. No podemos desandar lo andado, desandar lo andado. Toda mi extensa vida, toda mi vida, nosotros no desandamos lo andado, toda mi extensa vida, excepto—
(Una pausa, una larga pausa)
Excepto —nosotros no desandamos lo andado, toda mi extensa vida, y aquí, aquí, nosotros estamos aquí, en mármol y oro, si yo dije oro, en mármol
y oro y dónde—
(Una pausa)
Dónde es dónde. En mi extensa vida de esfuerzo y sacrificio, querida vida, vida
eres sacrificio, en mi extensa vida, no vendrá y se irá, te lo digo yo,
se quedará y servirá pero—
(Una larga pausa)

Pero quiero acaso lo que tenemos, no se ha ido, qué lo hizo vivir, no se ha ido porque ahora lo he tenido, en mi extensa vida
en mi extensa vida
(Pausa)

La vida es sacrificio, yo fui una mártir toda mi vida, no por lo
que gané
sino por lo que se hizo
(Pausa)
Lo sabes porque te lo cuento así, o lo sabes, lo sabes,
(Pausa)
Mi extensa vida, mi extensa vida.

MARQUÉS DE CAMPO. José María Luis Bruna, probablemente hijo ilegítimo del primer marqués de Campo —un prohombre y banquero de la Restauración—, nació en Burdeos en 1877 y allí murió en 1916. Era un hijo natural pero, con el permiso regio, el primer marqués, don José Campo y Pérez, valenciano, cedió su título, en 1889, a este nuestro segundo marqués con quien, aparentemente, no le unía lazo alguno. Los documentos notariales de la época tendrán la respuesta.

Muy poco citado y antologado, este olvidado Marqués de Campo —así firmó sus libros— me llegó a través del poeta santanderino Leopoldo Rodríguez Alcalde, que había leído —y tenía— alguno de sus rarísimos títulos. Modernista claro y buen conocedor de la literatura francesa más moderna del período (cita en sus libros a autores como Robert de Montesquiou, entonces desconocido en España), este probablemente mal mirado Marqués de Campo publicó tres libros de poemas (anunciaba más, pero que yo sepa no llegaron a editarse), el segundo de los cuales, *Alma glauca* de 1904, es, sin duda, el más notable. Le precedió *Cantares* de 1903, con prólogo de Pedro de Répide y le siguió *Estampas* de 1907, que relata, en secuencias poemáticas, algunos de sus viajes. *Alma glauca* es el más íntimo y el más novedoso, por su simbolismo decadente, y su obsesión por lo secreto, terrible e indecible... «Me posee el Demonio del Deseo insaciado», escribe.

Doy tres poemas, de *Alma glauca,* de su única edición por hoy: Imprenta de Enrique Teodoro, Madrid, 1904.

A «MONSIEUR DE PHOCAS»

«Lueur de gemme ou regard je
suis amoureux, pis, envoûté, posedé,
d'une certaine transparence glauque...»
Jean Lorrain

Como a ti me atormenta esa glauca mirada,
destello de esmeralda, cambiante luz de gema...!
La mirada de Antinoo infinita y suprema...
Algo azul y verdoso... La pupila evocada
de Salomé o Dahgut, hija del Rey de Is...
Aquello que entre el fango buscabas de Paris.
En estatuas y en cuadros lo vio tu fantasía...
Yo anhelante cual tú, yo también lo he buscado!
Ojos que sólo al mar y al cielo han contemplado!
Transparencia fugaz que sorprendiste un día!
Ese extraño reflejo que tu Ser perseguía,
yo lo he visto también! Ese fulgor soñado,
límpido, verde, de Astarté me ha mirado...!
Yo lo he visto también!... Él será mi agonía...

ΓΛΑΥΚΟΣ

Para Juan Berge

A lo lejos diáfanas campiñas
de la Hellada y sus templos luminosos,
entre boscajes de laureles rosa...
   Crepúsculo de oro

el Cielo esmalta de matices suaves;
reposa el mar tranquilo... Eólicas arpas

harmoniosas suspiran... Y sonríe
   en Oriente Diana...

De rosas y jacintos coronados
van danzando lo pálidos efebos
hacia la costa que Hellesponto baña
   azulado y sereno.

Van ágiles danzando... Ya sus formas
esbeltas y gráciles se dibujan
en las aguas tranquilas, sobre el fondo
   de transparentes brumas.

Bajan de la ciudad a la ribera;
himnos cantan sagrados y a sus voces
hacen coro las ondas del mar griego...
   ¡Dulce cantar de amores!

Un nimbo luminoso les rodea,
un nimbo violáceo y refulgente,
de áureas luces... Con algas y narcisos
   guirnaldas entretejen...

Y Ellos van... van las manos unidas
saltando promontorios... a la playa
llegan —Flores de carne, juntos, forman
   palpitante guirnalda!—

Ya turba el mar su calma superficie:
ya se escuchan los ecos de mil voces
y de marinas trompas los sonidos,
   alientos de tritones.

Ya aparece en su barca de corales
la marina deidad de verdes ojos.
Una corte le sigue abigarrada;
   tropel tumultuoso

de monstruos, de nereidas y delfines...
Es el beocio pescador divino,

es el dios Glauco, pescador profeta
de misterioso hechizo.

Y llega... A los efebos, sonriente,
—que escuchan anhelantes sus palabras—
dice el Secreto de lejanos días
que los Destinos guardan...

....
....
....
....

Y de nuevo sonoras las trompetas
de nácar, a las costas de la Grecia
anunciando de Glauco la partida,
el Hellesponto alegran...

Sobre montes de espuma el dios marino
desaparece entre la gasa obscura
que la Noche tendió... Y triste el Euro
mansamente susurra...

En confusión alegre, seductora,
abandonan la costa los efebos.
¡Cómo brilla en sus ojos la Esperanza
con cándidos destellos!

Sobre sus cuerpos, como blancas rosas,
acariciados por la luz de plata,
que de su alcázar de zafiro obscuro
les envía Diana;

sobre sus rostros; sobre sus cabezas;
se irisa como nimbo incomparable
la emanación de adolescencias puras,
Juventud deslumbrante...!

A lo lejos diáfanas campiñas
de la Hellada y sus templos luminosos...!
Entre las brumas Glauco que se aleja
sobre el marino trono...!!

MI ENSUEÑO

Pálido espectro de Visión lejana;
pálido espectro como una hostia pálido,
que vibra del Placer al beso cálido;
fugaz ensueño de quimera vana,
que al mirar provocante yo adoré!
Fue el ansia vaga de un amor fatal!
Fue su mirada a mi mirada igual;
igual que el suyo mi deseo fue!
Juntos gozamos la dicha de vivir;
juntos bebimos el cáliz del amor;
juntos seguimos el Astro tentador
que vimos entre sombras relucir...
ser anhelante de otro ser lejano,
que uniera el beso de la Luna pálida
entre las sombras de la Noche cálida,
ante las brumas de Horizonte vano...

....
....
....

RENÉE VIVIEN. Seudónimo literario de Pauline Tarn, Renée Vivien nació francesa en Long Island (Nueva York) en 1877 y murió en París en 1909. Escribió poesía y relatos abundantemente e hizo una traducción de Safo. En el París del *fin de siglo* y de la *belle époque,* Renée representó el resurgimiento del safismo unido a la poesía simbolista y muchas veces a melancólicos y dulces poemas evanescentes con el emblema de las violetas. Junto con la norteamericana, residente en París, Natalie Clifford Barney (a la que Rémy de Gourmont llamó *La Amazona)* formó un famoso círculo lésbico, que terminaría incluyendo a algunas de las escritoras, luego célebres, que formaron parte de la *generación perdida,* ya en los años 20. Entre sus libros de versos más conocidos están *Études et Préludes* (1901) y *A l'Heure des mains jointes* de 1906.

Apenas traducida al español —en lo que sé— doy ahora tres poemas de Renée Vivien (una poeta singularmente intensa) en mi propia traducción. El primero de estos poemas —*Violetas de otoño*— pertenece a su libro *Evocations* de 1903 y mi traducción apareció en el tomo *Los trabajos del ocio* (1993). Los dos siguientes, ambos del libro *A l'Heure des Mains jointes,* los he traducido expresamente para esta antología. *Palabras a la amiga* es sólo el fragmento central de un poema confesional bastante más largo.

VIOLETAS DE OTOÑO

Llora el aire la ferviente primavera...
Los árboles sufren en el viento,
sin corona ni opulencia...
¡Ay, violetas de otoño!

Vienes, y ya no te amo,
trayendo superfluas penas,
más pálida que la Virgen...
¡Ay, violetas de otoño!

Sueño en los torpes adioses.
Nuestros recuerdos en tus ojos
deslumbrados por el día...
¡Ay, violetas de otoño!

Vi, bajo mediodías hermosos,
rosas brotar en las tumbas
irradiando un alba de esperanza...
¡Ay, violetas de otoño!

Nuestro desastroso amor
no tendrá inicio ni retorno,
ni en su voz átona sollozos...
¡Ay, violetas de otoño!

PALABRAS A LA AMIGA

Soy mujer, y no tengo ningún derecho a la belleza.
Me habían condenado a la fealdad masculina.

Y tuve la inexcusable audacia de buscar
el amor sororal hecho de suaves blancuras (...).

Me habían prohibido tus cabellos, tus pupilas
porque tus cabellos son largos y llenos de aroma
y porque tienen tus ojos extraños ardores
y se turban igual que las ondas rebeldes.

Con el dedo me han señalado en irritado gesto,
porque buscaba mi mirada tu mirada tierna,
y viéndonos pasar nadie quiso comprender
que sólo con sencillez yo te había elegido.

Considera la ley vil que transgredo
y juzga mi amor que no conoce daño alguno,
tan cándido, tan necesario y fatal
como el deseo que junta al amante y la amada. (...)

A LA BIEN AMADA

Tú eres mi palacio, mi noche y mi otoño,
y mi vela de seda y mi jardín de lirios,
mi pebetero de oro y mi blanca columna,
mi parque y mi estanque de cañas e iris.

Tú eres mi perfume de ámbar y miel, mi palma,
mis frondas, mi canto de cigarras en el aire,
mi nieve que se muere de tan altiva y calma,
y mis algas y mis paisajes marinos.

Y eres mi campana de monótono sollozo,
mi isla fresca y mi oasis compasivo...
Tú eres mi palacio, mi noche y mi otoño,
y mi vela de seda y mi jardín de lirios.

PORFIRIO BARBA-JACOB. Se llamó legalmente Miguel Ángel Osorio, y nació en Santa Rosa de Osos, un pueblo del departamento de Antioquia, en Colombia, en 1883. Fue esencialmente periodista (y a veces autor de un periodismo político y violento) y usó varios seudónimos, pero Porfirio Barba-Jacob resultó el más duradero y con el que firmó su poesía. Hombre turbulento, drogadicto, dipsómano y pendenciero, recorrió toda la América Central y los puertos del Caribe, entre facundias políticas, farras y marineros jóvenes. Parece que el nombre de Porfirio Barba-Jacob lo tomó de un remoto heterodoxo, mencionado por Menéndez Pelayo en su famosa *Historia de los heterodoxos españoles*.

La poesía de Porfirio Barba-Jacob es siempre heredera cuando no parte del modernismo hispánico, pero acaso sus poemas mejores (es una poesía desigual) sean los que él pensó más ocasionales o de menor envergadura retórica. Al final de su vida vivió en la Ciudad de México, donde murió en 1942. Acaso el principal de sus libros sea *Rosas negras,* publicado en Guatemala en 1933, aunque contiene algunos poemas de fecha muy anterior. Escribí una vez que nuestro maldito Barba-Jacob (uno de los primeros en hablar de su deseo homosexual, abiertamente, en español) sería un insólito puente entre Rubén Darío y Allen Ginsberg. Dice en su *Balada de la loca alegría:*

Mi vaso lleno —el vino de Anáhuac—
mi esfuerzo vano —estéril mi pasión—
soy un perdido —soy un marihuano—
a beber, a danzar al son de la canción...

Los tres poemas que doy de Porfirio Barba-Jacob proceden de la antología suya que realicé y prologué yo mismo bajo el título *Rosas negras* (Mestral, Valencia, 1988).

RETRATO DE UN JOVENCITO

Pintad un hombre joven, con palabras leales
y puras, con palabras de ensueño y de emoción;
que haya en la estrofa el ritmo de los golpes cordiales
y en la rima el encanto móvil de la ilusión.

Destacad su figura, neta, contra el azul
del cielo, en la mañana florida, sonreída:
que el sol la bañe al sesgo y la deje bruñida;
que destelle en sus ojos una luz encendida;
que haga temblar las carnes un ansia contenida;
y que el torso, y la frente, y los brazos nervudos,
y el cándido mirar, y la ciega esperanza,
¡compendien el radiante misterio de la vida!

ELEGÍA PLATÓNICA

Amo a un joven de insólita pureza,
todo de lumbre cándida investido:
la vida en él un nuevo dios empieza,
y ella en él cobra número y sentido.

Él, en su cotidiano movimiento
por ámbitos de bruma y gnomo y hada,
circunscribe las flámulas del viento
y el oro ufano en la espiga enarcada.

Ora fulgen los lagos por la estría...
Él es paz, en el alba nemorosa.
Es canción en lo cóncavo del día.
Es lucero en el agua tenebrosa...

LOS DESPOSADOS DE LA MUERTE

Michael Farrel ardía con un ardor puro como la luz.
Sus manos enseñaban a amar los lirios

y sus sienes a desear el oro de las estrellas.
En sus ojos bullían trémulas luces oceánicas.
Sus formas eran el himno de castidad de la arcilla,
suave y fragante y musical.
Bajo sus bucles rubios, undosos y profusos,
parecían temblar las alas de un ángel.

Emiliano Barba-Jacob era muy sencillo
y tenía una infantilidad inagotable.
Su adolescencia láctea, meliflua y floreal,
fluía por las escarpas de mi madurez
como fluye por el cielo la leche del alba.
Cuando le vi en el vano ejercicio de la vida
me pareció que me envolvía el rumor de una selva,
y me inundó el corazón la virtud musical de las aguas.
¡Hay almas tan melódicas como si fueran ríos
o bosques a las orillas de los ríos!

Guillermo Valderrama era indolente y apasionado;
pero la vida, como un licor de bajo precio,
le producía una embriaguez innoble.
Sus formas pregonaban el triunfo de una estirpe.
Había en su voz un gluglú redentor,
y su amante le llamó una vez «El Príncipe de las hablas de agua».

Leonel Robledo era muy tímido
bajo una apariencia llena de majestad.
En el recóndito espejo de su ternura
se le reflejaba la imagen de una mujer.
Toda su fuerza era para el ensueño y la evocación.
Le vi llorar una vez por males de ausencia,
y me dije: ¡hay una tempestad en una gota de rocío,
y, sin embargo, no se conmueven los luceros!

Stello Ialadaki era armonioso, rosado y azul
como las islas de Grecia y como los mares que las ciñen.
Efundía del mundo algo irreal, risueño y fantástico.
Se le miraba como marchando desde las playas de ensueño
que rozaron las quillas de Simbad el Marino,
hacia las vagas latitudes
por donde erró Sir John de Mendeville.

Cuando le conocí tuve antojo de releer la Odisea,
y por la noche soñé en el misterio de las espigas.

¡Evanaam! ¡Evanaam!

Juan Rafael Agudelo era fuerte. Su fuerza trascendía
como trascienden los roncos ecos del monte a los pinos.
Alma laboriosa, la soledad era su ambiente necesario.
Sus ilusiones fructificaban como una floresta
oculta por los tules del «todavía-no».
Sus palabras revelaban la fuerza de la Realidad,
y sus actos tenían la sencillez de un gajo de roble.

H. D. Parece que influida por Ezra Pound (el gran propulsor e inventor del *imaginismo)* la norteamericana Hilda Doolittle decidió firmar su obra sólo con las iniciales *H. D.,* como se la conoce. Nació en un pueblo de Pensilvania en 1886, y tras acabar sus estudios universitarios se marchó a Europa en 1911. Allí, especialmente en Londres, fue una de las figuras centrales del *imaginismo* junto al británico Richard Aldington, con el que se casó en 1913. Su primer libro de poesía, *Jardín junto al mar,* se publicó en 1916. Siempre estuvo tentada por una recreación novedosa del mundo griego y por formas renovadas de escritura, que supondrían también nuevos territorios para lo mental.

H. D. entra —a su modo— en ese gran movimiento lésbico de los años 20 de ese siglo, con figuras como Djuna Barnes, la pintora Romaine Brooks o la librera y editora norteamericana en París, Sylvia Beach.

Tras su inicial éxito como poeta —y novelista— vinculada a una vanguardia muy nutrida de elementos clasicistas, H. D. cayó en un relativo olvido hasta el fin de sus días, aunque no cesaron su actividad literaria ni tampoco sus problemas amorosos y mentales, que la llevaron a psicoanalizarse con el propio Freud, como narró en su libro *Tribute to Freud* de 1956. Entre su obra en prosa, la novela *Hedylus* (1928) o sus recuerdos sobre Pound, *End to Torment,* de 1958. H. D. murió en Zúrich en 1961.

El poema que doy —traducido para esta antología por Martín Rodríguez-Gaona— pertenece a su último libro de poemas (que se publicó póstumo) *Definición Hermética.*

ROSA ROJA Y UNA MENDIGA

(agosto 17-septiembre 24, 1960)

1

¿Por qué viniste
a perturbar mi declive?
Soy mayor (era mayor hasta que llegaste);

la rosa más roja se abre,
(lo que es ridículo
a esta hora, en este lugar,

irrespetuoso, imposible,
incluso un poco escandaloso);
la rosa más roja se abre;

(nadie lo puede evitar,
ninguna amenaza inmanente del aire,
ni siquiera el clima,

frustrando nuestra fruta veraniega),
la rosa más roja se abre,
(deben tenerlo presente).

2

Llévame donde quieras, donde sea;
camino hacia ti,
Doge —Venecia—

tú eres toda mi heredad;
me esconderé en tu mente
como un niño se esconde en el ático,

¿qué encontraré allí?
magia o religión— ¿ambas? ¿ninguna?
¿una o la otra? juntas, igualadas,

emparejadas, exactamente la misma,
iguales en poder, juntas y separadas,
tus ojos de ámbar.

3

Isis, Iris,
Fleur de lis,
Bar-Isis es el hijo de Isis,

(bar ou ver ou ben, signifiant fils)
¿Así que Bar-isis es Par-Isis?
París, de todos modos;

ya que tú no bebes nuestro vino,
ni salas nuestra sal,
he de entrar a tus sentidos

por la resina quemada y las escamas del pino
ardiendo sin fuego en un plato llano;
¿fuiste la ermitaña de una cueva?

¿por qué nos castigan?
sal, sal de la oscuridad;
¿me abrasaré hasta las cenizas en este calor?

4

Dicen que el sacerdotal y heráldico iris
es el loto, la azucena martigan,
magenta, púrpura— ¿estoy blasfemando?

encogiéndome en la lluvia,
pienso en las arenas calientes,
y llamo, llamo nuevamente

Bar-Isis, París;
llamo a París, París,
no al griego,

no al cortés pretendiente de Verona
«donde desplegamos nuestra escena»
aunque Verona no esté lejos,

ahora camino hacia ti,
Doge —Venecia—
eres toda mi heredad.

5

Venecia— ¿Venus?
esta tiene que ser mi posición,
mi estación: aunque tú renegaste

de mis versos,
no puedo desprenderme,
lo he intentado,

es cierto, eran «fascinantes...
si puedes tolerar su preciosismo»,
escribías de lo que yo escribía,

¿por qué debo escribir?
no te debe importar esto,
mas Ella retira el velo,

libera mis ojos,
ordena,
escribe, escribe o muere.

6

Esta es mi nueva plegaria;
¿a ti te imploro?
¿París, Bar-Isis? ¿a Osiris?

O al ser de Isis, la flor egipcia,
Notre Dame— ¿Vas alguna vez allí?
las piedras encierran secretos;

nos dicen que las vibraciones fueron transportadas
por antiguos alquimistas;
Nuestra Dama decide el encuentro,

ella dicta con su cetro *(Astrología,*
¿la primera puerta?)
y el niño aboga por nosotros;

no me brindes ningún mal,
niño de jerarquía antigua...
y en el presente, tú.

7

Santa Ana es la última puerta (Magie,
Cibeles, alguna vez la llamaron,
Gran Madre),

¿y dónde estamos hoy?
en verdad se da la prisa, el fervor,
el pisoteo del exuberante césped,

el enredo de los pies desnudos,
el bramido de la última y desesperada carga,
el no-hay-escape, la magia,

el temblor, el terremoto,
nada, nada, nada más,
nada más allá, la escama del pino

que dejamos ardiendo sin fuego en el plato llano,
está encendida, es un incendio,
no antes, no luego— ¿escapar?

¿quién puede escapar a la vida, la fiebre,
la oscuridad del abismo?
perdida, perdida, perdida,

el último desesperado no-hay-escape,
la rosa más roja,
la ley inalterable...

8

¿Eres tú?
¿es alguna atronadora manada
de novillos castrados, toros? ¿es uno?

¿son muchos?
voces del pasado, del futuro,
tan distantes, ni una más,

ahora la humillación total,
¿estuviste aquí alguna vez?
¿estuviste alguna vez en esta habitación?
¿cómo pude soportar tu presencia?,
y después, sólo una vez,
en un lugar extraño, allí, entre otros,

conversación frívola, mía,
y no beberías nuestro vino,
(«¿fruta tal vez?» «sí»),

y no tocarías nuestra sal—
almendras— pecanas— ¿qué sucedió?
viniste tan tarde,

¿por qué no llegaste antes?
¿por qué llegaste de todos modos?
¿por qué viniste

a perturbar mi declive?,
soy mayor,
(era mayor hasta que llegaste).

9

La puerta central es el Juicio *(Alquimia),*
juzga esto, júzgame implacable,
¿aún hay tiempo para arrastrarse y retroceder

a la seguridad? no— no queda tiempo:
almendras, pecanas sin sal,
espárcelas cerca de un arenoso litoral,

de una guarida contra el viento, más allá está la flor de cera,
el tomillo, el mirto de miel y el brezo de coral,
son nuevos para mí, distintos,

como tú eres nueva para mí, distinta,
pero de una antigua, mayor esfera,
hay algunos pequeños rosales silvestres, creo,

mas todo es nada
cuando el viento del desierto trae la blanca
fragancia de las flores de eucalipto,

no, no, esto es demasiado,
no podemos escapar a un nuevo continente;
la puerta central es el Juicio,

soy juzgada— ¿prisionera?
la rosa más roja se abre,
¿lo podré soportar?

T. E. LAWRENCE (LAWRENCE DE ARABIA). Hijo ilegítimo de un baronet angloirlandés, apellidado Chapman, Thomas Edward Lawrence nació en agosto de 1888 en Tremadoc (Gales) y estudió brillantemente en Oxford. Personaje complejo, riguroso y de profundos y a veces contradictorios intereses culturales, Lawrence empezó como historiador y arqueólogo trabajando con Leonard Wooley en Siria, en 1911. Allí conoció a Selim Ahmed, un joven árabe que trabajaba para los arqueólogos y al que llamaban *Dahoum* (el oscuro) precisamente porque era de piel muy clara. Parece que el chico —muerto al inicio de la guerra— fue la única relación sentimental importante en la extraña y atormentada vida de Lawrence, y uno de los motivos de su interés por el mundo árabe. A Selim Ahmed —con iniciales— le dedica el poema que abre su gran obra *Los siete pilares de la sabiduría* (1926) que relata —con más elevados propósitos y disquisiciones— su decisiva participación y encabezamiento de la rebelión árabe contra los turcos, durante la primera guerra mundial, de alguna manera traicionada después, por las potencias occidentales, tras la Conferencia de Paz de París, en 1919.

Abandonando su prestigio militar —llegó a coronel— y la fama y leyenda de *Lawrence de Arabia,* T. E. Lawrence (bajo el nombre de T. E. Shaw) entra a servir como soldado en un cuartel de la RAF. De esas experiencias saldrá su libro de apuntes *El troquel,* terminado en 1928. En 1935 (tras su licenciamiento en la RAF) abrumado por complejos sentimientos de culpa, acabamiento y autodisciplina, T. E. Lawrence muere en un accidente de moto —era muy aficionado a conducirlas— el 13 de mayo, en una carretera, cerca de Clouds Hill (Inglaterra) donde vivía.

Doy el poema-dedicatoria que abre *Los siete pilares de la sabiduría* (en el gusto por las iniciales no deja de haber un recuerdo al

Mr. W. H. shakespereano) en la traducción más completa y nueva de las que existen al español, la de María Cóndor Orduña (Huerga & Fierro Editores, Madrid, 1997).

A S.A.

Te amaba, y por eso tomé aquellas oleadas de hombres en mis manos
y escribí mi voluntad en el cielo con las estrellas
para ganarte la Libertad, la noble casa de siete pilares,
para que tus ojos pudieran brillar para mí
cuando llegará.

La muerte era mi sirviente en el camino, hasta que estuvimos cerca
y te vio esperando,
cuando sonreíste, y con lastimosa envidia se me adelantó
y te llevó aparte
a su quietud.

Así nuestra ganancia de amor fue tu cuerpo desechado, para sostenerlo
por un momento
antes de que la blanda mano de la tierra explorara tu rostro
y los ciegos gusanos transmutaran
tu desfalleciente substancia.

Los hombres me rogaron que erigiera mi obra, la casa inviolada,
en memoria de ti.
mas para que fuera monumento apropiado la destrocé, inacabada, y ahora
los pequeños seres se deslizan para componerse guaridas
en la arruinada sombra
de tu regalo.

FERNANDO PESSOA. No puede tratarse de una vida más diferente —aunque iguales en edad— a la de T. E. Lawrence. Fernando Pessoa nació en Lisboa en 1888 y estudió y pasó su adolescencia en Durban, Suráfrica, donde su madre (ya viuda en 1893) se había vuelto a casar con el cónsul de Portugal allí. En 1905 regresa definitivamente a Lisboa, de donde prácticamente no saldrá nunca más (hay quien afirma que Pessoa ni siquiera llegó a las afueras de la ciudad) hasta su muerte, el 30 de noviembre de 1935. Dipsómano, solitario, sin amores conocidos (salvo las cartas con una joven secretaria), Pessoa vivió sin opulencia ninguna como traductor para firmas comerciales y muy inserto en la vida literaria más renovadora de Portugal, escribiendo los poemas de sus varios heterónimos y los muchísimos textos en prosa —como *El libro del desasosiego*— que quedaron inéditos.

Gran poeta del Portugal contemporáneo y uno de los mayores de la Europa de su tiempo, a pesar de esa vida enteramente volcada a la literatura, Pessoa en vida sólo publicó en revistas, varias *plaquettes* en inglés, y un único libro, *Mensaje* (que no es lo más interesante de su labor) ya en 1934.

Defensor y amigo de conocidos poetas homosexuales —Raúl Leal y António Botto— Pessoa es más un poeta metafísico que de la fisicidad masculina. En su heterónimo Álvaro de Campos (y sobre todo en la pasión de éste por Walt Whitman, recuérdese el largo poema *Saludo a Walt Whitman)* hay claros elementos homófilos. Pero donde Pessoa expresa esa pulsión homosexual —parte acaso de su heteronimia— es en su poema inglés *Antinous,* empezado a escribir en 1915 (el año que se publicó en *Orpheu* la *Oda Triunfal* de Alvaro de Campos) y que, corregido, se publicará en una *plaquette* —pagada por el autor— en 1918, a la vez que sus *35 Sonnets.*

De las dos versiones españolas que conozco de la obra inglesa de

Pessoa, doy unos fragmentos de *Antinoo* en la traducción de David Pujante y Carmen Torres (Arenal, Jerez, 1985). En la introducción, aclara Pujante que este *Antinoo* está más cerca de Wilde que del Pessoa genio/Alvaro de Campos.

«LA LLUVIA CAÍA FRÍA EN EL ALMA DE ADRIANO...»

La lluvia caía fría en el alma de Adriano.

Yacía el joven muerto
Sobre el lecho profundo. Por su desnudez total
—a los ojos de Adriano, cuyo dolor era miedo—
la umbrosa luz del Eclipse de la Muerte se extendía.

Yacía el joven muerto, y era el día una noche
fuera. Caía la lluvia como un aflictivo espanto
de Natura, en su obrar destructor para con él.
Recuerdos de lo que fuera no ofrecían ya deleite:
Deleite de lo que fue, ahora muerto y borrado.

¡Oh manos que apretaran las cálidas manos de Adriano
cuyo frío las halla ahora frías!
¡Oh cabello que antes apresó el ceñidor!
¡Ojos de timidez osada!
¡Desnudo femenino cuerpo-macho
cual manifestación de un dios a los humanos!
¡Oh labios cuya roja abertura sabía como erizar
lo sitios del placer con tan variado estilo!

¡Oh dedos diestros en lo que no se debe decir!
¡Oh lengua, que en contacto hacía ebullir la sangre!
¡Oh regencia absoluta del goce entronizado
en la desparramada suspensión de la consciencia rabiosa!
Estas cosas son cosas que nunca más serán.

La lluvia cae en silencio, y el Emperador
se desploma ante el lecho. Su dolor es la rabia
de que los dioses tomen la vida que insuflaron

y aniquilen lo hermoso a lo que dieron vida.
Llora y sabe que toda edad futura
lo verá más allá de su existir;
su amor es de la escena universal del duelo;
mil ojos no nacidos lloran con su tristeza.

Ha muerto Antinoo, ha muerto para siempre,
ha muerto para siempre y hay un total lamento de todos los amores.
La propia diosa Venus, que fue amante de Adonis,
viéndolo redivivo, y de nuevo ahora muerto,
ofrece renovada su agonía de siglos
y la une a la pena de Adriano.

Está Apolo contrito, porque el robador
de su cuerpo de nácar para siempre está frío.
Los cuidadosos besos en las tetillas no restauran vida
al silente lugar que cubre el corazón,
para que abra los ojos y sienta su presencia
a través de esas venas que eran fuerte reducto del Amor.
Ningún calor reclama del calor de su amigo.
Ahora ya no ciñe las manos tras la testa,
en postura que todo menos manos ofrece,
implorando otras manos al cincelado cuerpo.

La lluvia cae, y él yace como alguien
que ha olvidado las formas del amar
y despierto reposa, aguardando que, cálidas, retornen.
Pero todas sus artes y sus juegos ahora son de la Muerte.
Y este humano hielo no hay calor que lo aliente;
estas cenizas de fuego no hay llama que las encienda.

[...]

Oh Adriano, ¿qué será ahora tu fría vida?
¿De qué te sirve ser rey de hombres y de dominios?
Sobre tu visible imperio, su ausencia
cae igual que una noche
en la que no hay alba prometedora de nuevo deleite;
viudas están ahora tus noches de amor y besos;
privados están tus días de la espera de la noche;
ahora tus labios no tienen por meta alcanzar el éxtasis,

empleados solamente en decir el nombre que
la Muerte asocia al temor, la aflicción, la soledad.

Perdido se regocijo, tantean vagas tus manos.
La lluvia se detiene. Te hace alzar la cabeza,
y tu mirada prende en el muchacho amado.
Yace desnudo sobre el conocido lecho;
por tu propia mano descubierto, yace
donde llevaba el hámago tu embotado sentir
y saciándolo más lo hacía insaciable,
irritándolo entonces retirándose, hasta hacerte estallar de frenesí.

Sus manos y su boca sabían juegos que eran incentivo
a los deseos que tus viejas vértebras herían al quererlos realizar.
Y, por momentos, todo parecía que se te vaciaba de sentido
con cada nuevo culmen de absorción de placer.
Entonces, en silencio, con nuevo jugueteo solicitaba
la excitación lasciva, y te hacía temblar
y volver a caer entre almohadones, con todos tus sentidos sosegados.

«Belleza era mi amor, también melancolía.
Él poseía el arte que hace al amor cautivo por entero:
Estar suavemente triste entre bromas lujuriosas.
Lo restituye ahora el Nilo, el eterno.
Bajo sus húmedos bucles, la palidez de la Muerte
hace guerra a nuestras ansias con una triste sonrisa.»

En el mismo momento en que lo evoca, el placer, que sólo era
recuerdo de placeres, resucita y le toma
por la mano el sentido; la carne entumecida se despierta
y todo vuelve a ser como antes fuera.
Se alza en la cama el cuerpo muerto y vive
y viene a echarse cerca, muy cerca de Adriano,
y una invisible, sabia mano que se desliza,
a cada arremetida del cuerpo en él placer,
le susurra caricias que se extinguen, mas no tan al momento
que no baste su gesto para hacerle sangrar hasta la última fibra.
¡Dulzuras y crueldades fugitivas de Partia!

Así, se yergue un poco, contemplando a su amante,
que ahora puede amar sólo entre los arcanos.

Vagamente, malviendo lo que aína contempla,
guía sus fríos labios por sobre todo el cuerpo.
Y tan de insensible hielo se muestran sus labios que, ¡ay!,
muy poco a muerte le sabe la frialdad del cuerpo muerto,
lo que hace que parezcan ambos muertos, o ambos vivos
y sólo el amor presencia todavía, y motor.
Se detienen entonces sus labios sobre la fría pereza de los otros.

¡Ah! ahí la ausencia de hálito le recuerda a sus labios
que de allende los dioses se ha interpuesto una niebla
entre él y este joven. Las puntas de sus dedos,
escrutando aún en vano el cuerpo muerto, aguardan
la respuesta carnal al caprichoso impulso.
Mas queda sin respuesta su pregunta de amor:
¡Ha muerto el dios cuyo culto consistía en ser besado!

Alza Adriano sus manos a donde imagina el cielo
y pide a los dioses mudos consciencia de su dolor.
Tornad los serenos rostros a su lacrimosa súplica,
¡oh generosos poderes! Dará en ofrenda su reino.
En los desiertos sin vida vivirá muerto de sed;

[...]

JEAN COCTEAU. Fue ante todo Cocteau (nacido cerca de París el 5 de julio de 1889) un artista plural y distinguido. Un genio ligero y alado de la Francia mejor. Apegado tanto a los giros vanguardistas como al clasicismo riguroso, escribió poesía, novela y además fue un magnífico dibujante y director de cine. Entre sus novelas: *Les enfants terribles* de 1929. Entre su teatro —después del espectáculo vanguardista *Parade,* con Picasso—, *La voz humana* (1930) o *El águila de dos cabezas* (1946). Si la obra en prosa de Jean Cocteau —académico y descubridor de Genet— está suficiente y pluralmente traducida al español, no puede decirse lo mismo de su poesía. A algunos les sorprenderá saber, incluso, que Cocteau se consideró toda su vida esencialmente poeta. Entre sus libros de poemas: *Le Cap de Bonne-Espérance* (1919), *Plain-Chant* (1923), *La crucifixión* (1946) o *Clair Obscur* (1954). Gallimard publicó por primera vez en 1956 una antología esencial del Cocteau poeta: *Poèmes (1916-1955).* Jean Cocteau —que vino mucho a España en sus últimos años— murió el 11 de octubre de 1963.

Póstumamente (aunque eran *vox pópuli,* pues Cocteau nunca ocultó su homosexualidad) se le atribuyen firmemente *El libro blanco* —relato de aventuras homoeróticas aparecido, anónimo, en 1928— y dibujos y poemas de explícito contenido sexual masculino, recogidos todos en *Le Livre Blanc* (Persona, París, 1981). ¿Pero no sabíamos ya del amor de Cocteau y el joven Raymond Radiguet? ¿No habíamos leído el reiterado mito del *alumno Dargelos,* el chico duro, de rodillas hermosas, «parecidas a las rodillas desnudas de un príncipe de colegio»?

Escojo uno de sus más clásicos y bellos poemas de amor y meditación, *Un ami dort,* escrito en 1948. Juan Antonio González Iglesias lo ha traducido expresamente para esta antología.

UN AMIGO DUERME

Tus manos por las sábanas eran mis hojas muertas.
Mi otoño era un amor por tu verano.
El viento del recuerdo resonaba en las puertas
de lugares que nunca visitáramos.

Permití la mentira de tu sueño egoísta
allá donde tus pasos borra el sueño.
Crees estar donde estás. Qué triste nos resulta
estar donde no estamos, así siempre.

Tú vivías hundido dentro de otro tú mismo,
abstraído a tal punto de tu cuerpo
que eras como de piedra. Duro para el que ama
es tener un retrato solamente.

Inmóvil, desvelado, yo visitaba estancias
a las que nunca ya retornaremos.
Corría como un loco sin remover mis miembros:
el mentón apoyado sobre el puño.

Y, cuando regresaba de esa carrera inerte,
te encontraba aburrido, con los ojos
cerrados, con tu aliento y con tu enorme mano
abiertos, y tu boca rebosante de noche.

¿No somos parecidos al águila bicéfala,
a Jano el que posee dos perfiles,
a siameses hermanos que exhiben en las ferias,
y a los libros cosidos por un hilo?

El amor nos convierte en un monstruo de gozo,
erizando de gritos y de crines,
y ese monstruo, embriagado de ser su propia presa,
con cuatro manos se devora entero.

¿Cuál es el aislamiento largo de la amistad?
¿A dónde se dirigen los amigos?
¿Qué es este laberinto donde el sombrío estudio
consiste en encontrarnos ya dormidos?

Pero ¿qué es lo que tengo? ¿Qué me está sucediendo?
Duermo, pero merezco no dormir.
A menos que, si duermo, no vaya a la deriva
por ese sueño en el que te he perdido.

Dios, qué bello es un rostro cuando nada lo injuria.
El sueño, porque copia de la muerte,
lo embalsama, lo pule, lo repinta y reesculpe,
igual que Egipto a sus durmientes de oro.

Yo a ti te contemplaba, cubierto por tu rostro,
invulnerable a nuestro dolor.
Se moría tu ola al borde de mi orilla
y de mi corazón se retiraba.

La divina amistad no es cosa de este mundo,
que siempre va a asombrarse de que exista.
Y siempre va a hacer falta que ese mundo confunda
nuestros amigos y nuestros amores.

El tiempo ya no cuenta en nuestro monasterio.
¿Qué hora es? ¿Y qué día?
Cuando el amor nos llega, en lugar de callárnoslo,
a toda prisa, sí, nos lo contamos.

Corro. Tú también corres, pero contra tu máquina.
¿A dónde vas? Y yo ¿de dónde vengo?
Nada tenemos, ay, de un monstruo de la China,
ni de un flautista del azul hindú.

Enredados en esa cima de vuestras crisis,
amantes venturosos, hechos uno...
sois el ogro con alas que anida en las iglesias
en torno a capiteles del Románico.

Vivimos con dos brazos y atados por las almas
(por lograrlo se esfuerzan nuestros cuerpos).
Tan sólo nuestro infierno es infierno sin llamas,
un vacío de muertos que se buscan.

Acodado muy cerca yo veía en tu sien
la prueba de tu sangre, golpeando.
Tu sangre es el mar rojo que detiene mi lámpara...
No hay mirada que baje hasta tu sangre.

Si de nosotros uno visitaba los hielos
de la memoria, el otro las fusiones
del sol y de la mar cuando mueven sus visos
a través de cristales, sobre un techo.

Eso es lo que contempla tu mirada interior.
Me bastaba tomarte por el brazo
para desvanecer —despertándote— el templo
edificado encima de tus sábanas.

Yo me quedaba inmóvil observándote.
El codo en la rodilla, el mentón en el aire.
No podía tenerte porque no estoy soldado
por nada al mecanismo de tu carne.

Soñaba y tú soñabas, mientras todo gravita,
sangre y constelaciones justamente,
el tiempo que no existe y parece ir tan rápido,
y el odio que se tienen las naciones.

Tu ropa allí tirada, los pliegues de su tela,
su paquete de sombra, sus detalles,
parecían los cuerpos después de la catástrofe
que los transmuta en espantapájaros.

Apartado, en el suelo, uno de tus zapatos
se moría, vivía aún un poco...
Desorden de ti mismo que no era más que heridas.
Mas ¿qué puede un durmiente contra eso?

Él te continuaba, imitaba tus gestos.
Por él se te podía adivinar.
Diría que la manga de tu chaqueta acaba
de disparar (¿o no?) con un revólver.

Así, en el extrarradio, un robo o un suicidio
convierten un chalet en una tumba.
Tendido sobre aquellos duelos, tu rostro plácido
era el alma de todas esas cosas.

Yo volvía al camino, hastiado de ese sueño,
como en aquellos tiempos de *Plain-Chant*.
Mi edad se va acortando, mientras el sol alarga
la sombra que proyecto paso a paso.

Sombra reconocible entre todas las sombras,
ésta es mi presencia, bien visible:
por delante de mí, sobre un seco desierto,
alargado mi cuerpo por la tarde.

Acusa el infortunio de mi cuerpo, esta sombra.
¿Qué es lo que puede esperar mi sombra
sino el final del día, y que el claro de luna
detrás de mí la vaya derramando?

Ya es bastante. Regreso. Tu desorden no cambia.
Sólo tú puedes alterar su aspecto.
Donde el amor no teme despertar al amado,
la amistad está en vela, con respeto.

Atraviesan el cielo astros falsos, autómatas,
águilas que presentan rostro humano.
Despertarte, hijo mío, es para que pelees.
El sueño debilita tus manos. Las desarma.

VITA SACKVILLE-WEST. Para la mayoría de los lectores no ingleses, Vita Sackville-West (1892-1962) fue tan sólo una aristócrata, amiga y ocasional amante de Virginia Woolf, en la que ésta se inspiró para su célebre y magnífica novela *Orlando* (1928), que es hombre y mujer alternativamente... Se casó Vita con un diplomático, homosexual también, Harold Nicholson, formando un peculiar matrimonio sobre el que escribiría su hijo —Nigel Nicholson— un libro admirable de lucidez y tolerancia, *Retrato de un matrimonio* (1973), en el que se incluyen diarios inéditos de Vita sobre su relación —en los años 20— con Violet Trefusis, un amor que la llevó a disfrazarse públicamente de hombre y a realizar frecuentes escapadas románticas con aquella otra mujer, asimismo casada. Vita Sackville-West fue, sobre todo, una interesante novelista y memorialista, aunque nunca abordara el tema lésbico tan abiertamente como su coetánea Radclyffe Hall, autora de la polémica e inaugural novela sobre el safismo, *El pozo de la soledad* de 1922. Entre las mejores novelas de Sackville-West, *Pepita* (1937) —sobre su abuela andaluza— y *Toda pasión apagada* (1931), ambas traducidas al castellano.

Prácticamente desconocida entre nosotros es su faceta poética. Va aquí (en traducción de Martín Rodríguez-Gaona) un fragmento de su largo poema narrativo *The Land,* de 1927.

PRIMAVERA

Fuime cierta vez entre callejuelas, sobre el afilado
declive de los pequeños puentes, pasada la herrería
y oí el estruendo del yunque y el hierro,
y vi las chispas emanando en la crepuscular fragua,
y fuera hombres a caballo, murmurando.
Así me introduje a través de Inglaterra en abril, húmeda
y verde con sus exuberantes extensiones entre los sauces,
borboteando cerezas en los bosques, y pálida
con nubes de prendas femeninas por los setos,
hasta que llegué a una salida y abandoné el camino
pues los amables campos me tentaban junto a las granjas,
vagando por los campos bordador, cada uno
tan semejante a su prójimo, yendo a través de los claros,
pasando el manso ganado hasta las rodillas inmerso en el arroyo.
Y vagué somnolienta mientras los prados se adormecían
bajo el pálido y ancho cielo y las lentas nubes.
Y entonces alcancé un campo donde el primaveral césped,
era apagado por las copas colgantes de lilas azafranadas,
hinchadas y de apariencia lejana. flores de serpiente
con bufandas y un monótono púrpura, como muchachas egipcias,
acampando entre los tojos, manchando la basura
con colores peregrinos, malhumoradas, oscuras y exóticas,
peligrosas también, como cuando una chica furtiva se aproxima,
una muchacha egipcia, con antiguo y embriagador hechizo,
lanzando una red, suave alrededor de los miembros y el corazón,
captividad tersa y aborrecible, una red de malla pequeña,
—mira la cuadriculada red sobre la morada piel de la flor—
atrapando a su presa con sus morenos brazos desnudos.
Cerca de sus diminutos pechos bajo la seda,
una Judith gitana, bruja de una tienda raída,
y me alejé de los campos ingleses de lilas azafranadas
antes de que fuese demasiado tarde, antes de que olvidase
las cerezas blancas en el bosque, y las cuajadas nubes
y las avefrías gritando libres sobre el arado.

FEDERICO GARCÍA LORCA. Es cierto que su cruel asesinato en las cercanías de Granada, en el comienzo de la guerra civil española (principios de agosto de 1936), fue el detonante último que convirtió en mito la figura de Federico García Lorca, nacido en Granada también, en junio de 1898. Pero antes de eso, Federico era ya famoso y significativo, e indudablemente uno de los puntales literarios de la llamada *generación del 27*. Su poesía supo unir populismo y modernidad —vanguardias o surrealismo— con un innato don para la sorpresa o el esguince metafórico que vuelven esa poesía —su timbre, su dicción— inconfundible.

Amigo de Vicente Aleixandre con quien compartía, desde muy distintos puntos de vista, apetencias sexuales (Aleixandre me contó, charlando, varias historias sentimentales de Federico), García Lorca alcanzó un éxito inmenso con la publicación, en 1928, de su *Romancero gitano,* un singularísimo libro lleno de cantos a la masculinidad y a la pasión sensual en el símbolo de una raza primitiva. Póstumamente se conoció *Poeta en Nueva York* (1940), escrito diez años antes, durante su estancia en la ciudad huyendo de un amor imposible, y el drama —inacabado— *El público,* escrito a partir de 1932 y con claros contenidos homoeróticos. Por supuesto la poesía de Lorca —como toda gran poesía— supera una temática estricta, tanto en sus poemas como en su teatro, pero su relación con lo homófilo va mucho más allá de la a menudo antologada *Canción del mariquita* (del libro *Canciones,* 1924): *¡Los mariquitas del sur / cantan en las azoteas!*

Del citado *Canciones* doy otro poema, *Narciso,* más simbólico. El romance *San Gabriel* de *Romancero gitano* —libro plagado de piropos masculinos— y la célebre y compleja *Oda a Walt Whitman* de *Poeta en Nueva York,* que se publicó en una *plaquette* todavía en vida de Lorca. Aún se dilucida si los inconclusos *Sonetos del amor*

oscuro aludirían con ese adjetivo a la homosexualidad o —además, quizá— a la misma fuerza destructiva de cualquier amor. Tomo los textos de la vieja edición de *Obras completas* (que ya no lo son), recopilación y notas de Arturo del Hoyo. Aguilar, Madrid, 1960 (4ª edición, aumentada).

NARCISO

Niño,
¡Qué te vas a caer al río!

En lo hondo hay una rosa
y en la rosa hay otro río.

¡Mira aquel pájaro! ¡Mira
aquel pajarillo amarillo!

Se me han caído los ojos
dentro del agua.

¡Dios mío!
¡Que se resbala! ¡Muchacho!

... y en la rosa estoy yo mismo.

Cuando se perdió en el agua
comprendí. Pero no explico.

SAN GABRIEL

(SEVILLA)

A. D. Agustín Viñuales

I

Un bello niño de junco,
anchos hombros, fino talle,
piel de nocturna manzana,
boca triste y ojos grandes,
nervio de plata caliente,
ronda la desierta calle.
Sus zapatos de charol
rompen las dalias del aire,
con los dos ritmos que cantan
breves lutos celestiales.
En la ribera del mar
no hay palma que se le iguale,
ni emperador coronado
ni lucero caminante.
Cuando la cabeza inclina
sobre su pecho de jaspe,
la noche busca llanuras
porque quiere arrodillarse.
Las guitarras suenan solas
para San Gabriel Arcángel,
domador de palomillas
y enemigo de los sauces.
San Gabriel: El niño llora
en el vientre de su madre.
No olvides que los gitanos
te regalaron el traje.

II

Anunciación de los Reyes,
bien lunada y mal vestida,
abre la puerta al lucero
que por la calle venía.
El Arcángel San Gabriel,

entre azucena y sonrisa,
bisnieto de la Giralda,
se acercaba de visita.
En su chaleco bordado
grillos ocultos palpitan.
Las estrellas de la noche
se volvieron campanillas.
San Gabriel: Aquí me tienes
con tres clavos de alegría.
Tu fulgor abre jazmines
sobre mi cara encendida.
Dios te salve, Anunciación.
Morena de maravilla.
Tendrás un niño más bello
que los tallos de la brisa.
¡Ay San Gabriel de mis ojos!
¡Gabrielillo de mi vida!,
para sentarte yo sueño
un sillón de clavellinas.
Dios te salve, Anunciación,
bien lunada y mal vestida.
Tu niño tendrá en el pecho
un lunar y tres heridas.
¡Ay San Gabriel que reluces!
¡Gabrielillo de mi vida!
En el fondo de mis pechos
ya nace la leche tibia.
Dios te salve, Anunciación.
Madre de cien dinastías.
Áridos lucen tus ojos,
paisajes de caballista.

El niño canta en el seno
de Anunciación sorprendida.
Tres balas de almendra verde
tiemblan en su vocecita.

Ya San Gabriel en el aire
por una escala subía.
Las estrellas de la noche
se volvieron siemprevivas.

ODA A WALT WHITMAN

Por el East River y el Bronx,
los muchachos cantaban enseñando sus cinturas,
con la rueda, el aceite, el cuero y el martillo.
Noventa mil mineros sacaban la plata de las rocas
y los niños dibujaban escaleras y perspectivas.

Pero ninguno se dormía,
ninguno quería ser el río,
ninguno amaba las hojas grandes,
ninguno la lengua azul de la playa.

Por el East River y el Queensborough
los muchachos luchaban con la industria,
y los judíos vendían al fauno del río
la rosa de la circuncisión
y el cielo desembocaba por los puentes y los tejados
manadas de bisontes empujadas por el viento.

Pero ninguno se detenía,
ninguno quería ser nube,
ninguno buscaba los helechos
ni la rueda amarilla del tamboril.

Cuando la luna salga
las poleas rodarán para turbar el cielo;
un límite de agujas cercará la memoria
y los ataúdes se llevarán a los que no trabajan.

Nueva York de cieno,
Nueva York de alambre y de muerte.
¿Qué ángel llevas oculto en la mejilla?
¿Qué voz perfecta dirá las verdades del trigo?
¿Quién el sueño terrible de tus anécdotas manchadas?

Ni un solo momento, viejo hermoso Walt Whitman,
he dejado de ver tu barba llena de mariposas,
ni tus hombros de pana gastados por la luna,
ni tus muslos de Apolo virginal,
ni tu voz como una columna de ceniza;

anciano hermoso como la niebla
que gemías igual que un pájaro
con el sexo atravesado por una aguja,
enemigo del sátiro,
enemigo de la vid
y amante de los cuerpos bajo la burda tela.
Ni un solo momento, hermosura viril
que en montes de carbón, anuncios y ferrocarriles,
soñabas ser un río y dormir como un río
con aquel camarada que pondría en tu pecho
un pequeño dolor de ignorante leopardo.

Ni un solo momento, Adán de sangre, macho,
hombre solo en el mar, viejo hermoso Walt Whitman,
porque por las azoteas,
agrupados en los bares,
saliendo en racimos de las alcantarillas,
temblando entre las piernas de los chauffeurs
o girando en las plataformas del ajenjo,
los maricas, Walt Whitman, te soñaban.

¡También ese! ¡También! Y se despeñan
sobre tu barba luminosa y casta,
rubios del norte, negros de la arena,
muchedumbres de gritos y ademanes,
como gatos y como las serpientes,
los maricas, Walt Whitman, los maricas
turbios de lágrimas, carne para fusta,
bota o mordisco de los domadores.

¡También ese! ¡También! Dedos teñidos
apuntan a la orilla de tu sueño
cuando el amigo come tu manzana
con un leve sabor de gasolina
y el sol canta por los ombligos
de los muchachos que juegan bajo los puentes.

Pero tú no buscabas los ojos arañados,
ni el pantano oscurísimo donde sumergen a los niños,
ni la saliva helada,
ni las curvas heridas como panza de sapo

que llevan los maricas en coches y terrazas
mientras la luna los azota por las esquinas del terror.

Tú buscabas un desnudo que fuera como un río,
toro y sueño que junte la rueda con el alga,
padre de tu agonía, camelia de tu muerte,
y gimiera en las llamas de tu ecuador oculto.

Porque es justo que el hombre no busque su deleite
en la selva de sangre de la mañana próxima.
El cielo tiene playas donde evitar la vida
y hay cuerpos que no deben repetirse en la aurora.

Agonía, agonía, sueño, fermento y sueño.
Este es el mundo, amigo, agonía, agonía.
Los muertos se descomponen bajo el reloj de las ciudades,
la guerra pasa llorando con un millón de ratas grises,
los ricos dan a sus queridas
pequeños moribundos iluminados,
y la vida no es noble, ni buena, ni sagrada.

Puede el hombre, si quiere, conducir su deseo
por vena de coral o celeste desnudo.
Mañana los amores serán rocas y el Tiempo
una brisa que viene dormida por las ramas.

Por eso no levanto mi voz, viejo Walt Whitman,
contra el niño que escribe
nombre de niña en su almohada,
ni contra el muchacho que se viste de novia
en la oscuridad del ropero,
ni contra los solitarios de los casinos
que beben con asco el agua de la prostitución,
ni contra los hombres de mirada verde
que aman al hombre y queman sus labios en silencio.
Pero sí contra vosotros, maricas de las ciudades,
de carne tumefacta y pensamiento inmundo,
madres de lodo, arpías, enemigos sin sueño
del Amor que reparte coronas de alegría.

Contra vosotros siempre, que dais a los muchachos

gotas de sucia muerte con amargo veneno.
Contra vosotros siempre,
Faeries de Norteamérica,
Pájaros de la Habana,
Jotos de Méjico,
Sarasas de Cádiz,
Apios de Sevilla,
Cancos de Madrid,
Floras de Alicante,
Adelaidas de Portugal.

¡Maricas de todo el mundo, asesinos de palomas!
Esclavos de la mujer, perras de sus tocadores,
abiertos en las plazas con fiebre de abanico
o emboscados en yertos paisajes de cicuta.

¡No haya cuartel! La muerte
mana de vuestros ojos
y agrupa flores grises en la orilla del cieno.
¡No haya cuartel! ¡Alerta!
Que los confundidos, los puros,
los clásicos, los señalados, los suplicantes
os cierren las puertas de la bacanal.

Y tú, bello Walt Whitman, duerme a orillas del Hudson
con la barca hacia el polo y las manos abiertas.
Arcilla blanda o nieve, tu lengua está llamando
camaradas que velen tu gacela sin cuerpo.
Duerme, no queda nada.
Una danza de muros agita las praderas
y América se anega de máquinas y llanto.
Quiero que el aire fuerte de la noche más honda
quite flores y letras del arco donde duermes
y un niño negro anuncie a los blancos del oro
la llegada del reino de la espiga.

ANTÓNIO BOTTO. Habla João Gaspar Simões —crítico y biógrafo de Pessoa— de que en 1922 se desató en Portugal (más exactamente en Lisboa) una *polémica en Sodoma,* a raíz de la publicación del libro *Cançoes* de António Botto, que suscitó gran escándalo por su temática homosexual y a causa del artículo que Fernando Pessoa escribió para defenderlo: *António Botto y el ideal estético en Portugal.* A esa polémica se sumó, en 1923, Raúl Leal, con un opúsculo titulado *Sodoma divinizada.*

António Botto (que fue guapo de joven, y que gusta mostrar una actitud de Narciso) nació en Lisboa en 1902. Era de origen popular y en buena medida autodidacta; en 1920 publicó la primera edición de *Cançoes,* pero fue la segunda —ampliada, como seguiría haciendo después— la que movió el escándalo puritano. Con todo, Botto (en los años 30) llegó a ser un autor de éxito. Escribió nuevos libros de poemas —*Os Sonetos*, por ejemplo, en 1938—, teatro y hasta literatura para niños. En los años 40 tuvo que exiliarse de Portugal (nuevamente por razones morales) y murió en Brasil, en un accidente, en 1959. Para la mayoría de los críticos lo mejor de su obra corresponde a los años 20 y 30, y en especial a la edición mejor —ampliada y corregida— de *Cançoes,* en 1932.

Poesía sencilla, directa, evidente y llena de encanto, a ratos tierno y otras altivo, *Cançoes* se convirtió en un libro básico al unir la naturalidad de su carácter homófilo con el aura sutil y liviana de las *canciones,* tan de moda en los diferentes sesgos neopopulistas del período.

Que yo sepa, ningún libro de Botto está traducido al español, y sólo algunos poemas sueltos han aparecido en antologías, revistas y artículos, de la mano de diferentes traductores. Doy tres poemas. Los dos primeros en mi traducción, publicados en *Los trabajos del ocio* (1993). El segundo pertenece al libro *Ciúme* (Celos, de 1934). El tercero es otra *cançao* en traducción de José Luis García Martín, dentro de su artículo *El semiheterónimo António Botto* (Archivum, Universidad de Oviedo, 1989).

«SÉ JOVEN...»

Sé joven,
sólo joven.
No hagas literatura,
ni pongas el melancólico aspecto
de quien sabe
y se asoma
a los abismos
de esta pobre humanidad
tan desgraciada y tan vil.
Sé natural como las rosas
que brotan en los bancales del jardín.
¡Y sé joven!
No quieras ser nada más
cuando estés conmigo.

«¡VENGAN A VER LA MARAVILLA...»

¡Vengan a ver la maravilla
de su cuerpo juvenil!

El sol lo anega de luz,
y el mar que habla se enciende
de provocante lujuria.

Ando, procuro mirarlo
más de cerca... Es tanta la luz
que todo alrededor rutila
en ancha claridad difusa...

Va desnudo —riendo y saltando,
y en la arena de la playa
semeja un astro brillante.
Procuro mirarlo —y sus ojos,
amedrentados, rehúsan
hallar los míos... Me entristece.

Mas en su mirar furtivo
la eternidad pude ver
de un beso no merecido.

«PUEDES LLEVAR LAS ROSAS QUE TRAJISTE...»

Puedes llevar las rosas que trajiste.

No las quiero,
ni me digas
que por siempre has de ser
el motivo más ardiente,
el motivo principal
de mis cantigas.

¡Nos engañamos, bien mío!

Ahora que ya conozco
todo el sabor de tus besos,
te quiero menos, y siento
la fiebre de otros deseos
que tú no puedes entender...

Pero te recordaré, lo juro.
Y tanto... cuanto pueda.

LUIS CERNUDA. Nació en Sevilla en septiembre de 1902, pero en 1928 —tras la disolución, al morir los padres, del círculo familiar— abandonó esa ciudad a la que nunca regresaría. Tras un lectorado en Toulouse, que le gestionó Pedro Salinas, Cernuda vivió en Madrid los años heroicos y pletóricos culturalmente —también en libertad moral— de la II República, hasta el estallido de la guerra civil. En 1937 marchó a Valencia —intentando ser útil a la causa republicana— y en 1938, suponiendo de entrada que iba a dar tan solo unas conferencias en Inglaterra, a un exilio del que tampoco regresó. Profesor de literatura española en distintas universidades británicas y luego norteamericanas, Cernuda concluyó instalándose en México —país al que había ido de vacaciones, desde EE UU, y en el que tuvo uno de los más apasionados episodios amorosos de su vida— dónde murió en noviembre de 1963.

Primero poeta *puro,* surrealista más tarde, Luis Cernuda se convirtió en un poeta cada vez más clásico y singular, en una poesía que une rigor, confesión e historia, dentro de uno de los *corpus* poéticos más importantes de la *generación del 27.* Llamó a su poesía completa (desde la primera edición de 1936, aumentada en cada nueva entrega) *La realidad y el deseo,* perfecta dicotomía y anhelo en la conjunción de un poeta simbolista y romántico, pero moderno siempre, que nunca ocultó su condición homosexual, claramente legible desde un libro que nunca se publicó exento, *Los placeres prohibidos* de 1932.

La influencia de la poesía de Luis Cernuda en la lírica española posterior —sin ninguna connotación sexual en este caso— ha sido enorme y está aún por escribir o detallar. Pese a que (en vida) no fue, en absoluto, ni el más famoso ni el más celebrado poeta de su promoción. ¿Tuvo que ver su radicalidad con ese estar preterido?

Los marineros son las alas del amor pertenece a *Los placeres prohibidos. A un muchacho andaluz* a *Invocaciones* (1935) y *Despedida* a *Desolación de la Quimera* (1962), último libro del autor.

LOS MARINEROS SON LAS ALAS DEL AMOR

Los marineros son las alas del amor,
son los espejos del amor,
el mar les acompaña,
y sus ojos son rubios lo mismo que el amor
rubio es también, igual que son sus ojos.

La alegría vivaz que vierten en las venas
rubia es también
idéntica a la piel que asoman;
no les dejéis marchar porque sonríen
como la libertad sonríe,
luz cegadora erguida sobre el mar.

Si un marinero es mar,
rubio mar amoroso cuya presencia es cántico,
no quiero la ciudad hecha de sueños grises;
quiero sólo ir al mar donde me anegue,
barca sin norte,
cuerpo sin norte hundirme en su luz rubia.

A UN MUCHACHO ANDALUZ

Te hubiera dado el mundo,
muchacho que surgiste
al caer de la luz por tu Conquero,
tras la colina ocre,
entre pinos antiguos de perenne alegría.

¿Eras emanación del mar cercano?
Eras el mar aún más
que las aguas henchidas con su aliento,
encauzadas en río sobre tu tierra abierta,
bajo el inmenso cielo con nubes que se orlaban de rotos resplandores.

Eras el mar aún más
tras de las pobres telas que ocultaban tu cuerpo;
eras forma primera,
eras fuerza inconsciente de su propia hermosura.

Y tus labios, de bisel tan terso,
eran la vida misma,
como una ardiente flor
nutrida con la savia
de aquella piel oscura
que infiltraba nocturno escalofrío.

Si el amor fuera un ala.

La incierta hora con nubes desgarradas,
el río oscuro y ciego bajo la extraña brisa,
la rojiza colina con sus pinos cargados de secretos,
te enviaban a mí, a mi afán ya caído,
como verdad tangible.

Expresión armoniosa de aquel mismo paraje,
entre los ateridos fantasmas que habitan nuestro mundo,
eras tú una verdad,
sola verdad que busco,
más que verdad de amor, verdad de vida;
y olvidando que sombra y pena acechan de continuo
esa cúspide virgen de la luz y la dicha,
quise por un momento fijar tu curso ineluctable.

Creí en ti, muchachillo.

Cuando el mar evidente,
con el irrefutable sol de mediodía,
suspendía mi cuerpo
en esa abdicación del hombre ante su dios,
un resto de memoria
levantaba tu imagen como recuerdo único.

Y entonces,
con sus luces el violento Atlántico,
tantas dunas profusas, tu Conquero nativo,
estaban en mí mismo dichos en tu figura,
divina ya para mi afán con ellos,
porque nunca he querido dioses crucificados,
tristes dioses que insultan
esa tierra ardorosa que te hizo y deshace.

DESPEDIDA

Muchachos
que nunca fuisteis compañeros de mi vida,
adiós.
Muchachos
que no seréis nunca compañeros de mi vida,
adiós.

El tiempo de una vida nos separa
infranqueable:
A un lado la juventud libre y risueña;
a otro la vejez humillante e inhóspita.

De joven no sabía
ver la hermosura, codiciarla, poseerla;
de viejo la he aprendido
y veo a la hermosura, mas la codicio inútilmente.

Mano de viejo mancha
el cuerpo juvenil si intenta acariciarlo.
Con solitaria dignidad el viejo debe
pasar de largo junto a la tentación tardía.

Frescos y codiciables son los labios besados,
labios nunca besados más codiciables y frescos aparecen.

¿Qué remedio, amigos? ¿Qué remedio?
Bien lo sé: no lo hay.

Qué dulce hubiera sido
en vuestra compañía vivir un tiempo:
bañarse juntos en aguas de una playa caliente,
compartir bebida y alimento en una mesa,
sonreír, conversar, pasearse
mirando cerca, en vuestros ojos, esa luz y esa música.

Seguid, seguid así, tan descuidadamente,
atrayendo al amor, atrayendo al deseo.
No cuidéis de la herida que la hermosura vuestra y vuestra gracia abren.
en este transeúnte inmune en apariencia a ellas.

Adiós, adiós, manojos de gracias y donaires.
Que yo pronto he de irme, confiado,
adonde, anudado el roto hilo, diga y haga
lo que aquí falta, lo que a tiempo decir y hacer aquí no supe.

Adiós, adiós, compañeros imposibles.
Que ya tan sólo aprendo
a morir, deseando
veros de nuevo, hermosos igualmente
en alguna otra vida.

MARGUERITE YOURCENAR. Nacida en Bruselas en 1903, Marguerite Yourcenar tuvo una juventud viajera y alejada de los círculos de la literatura al uso (aunque no publicó poco) para irse a vivir a los Estados Unidos, en 1939, junto a la que fue muchos años su amante, Grace Frick. Su éxito, tras un largo silencio, vino con la publicación de su más conocida novela, *Memorias de Adriano* (1951). Aunque acaso su mejor trabajo sea *Opus nigrum* (L'Oeuvre au Noir) de 1968... Yourcenar fue la primera mujer en entrar como miembro de pleno derecho en la Academia Francesa, en 1980. Murió en diciembre de 1987, tras haber tenido una extraña y última relación sentimental con un *gay* que murió de sida un año antes.

Curiosamente, Yourcenar se interesó mucho más, en su obra, en la homosexualidad masculina (que es, de fondo, el tema de su primer libro reconocido, *Alexis o el tratado del inútil combate,* 1929) que en la femenina. O tuvo un raro pudor o pensó que ambas podían tener similar registro.

Fue sobre todo prosista —y de muy clásica raigambre— pero ocasionalmente (como tantos novelistas) escribió poesía. En 1956 recogió parte de esos poemas dispersos en su único libro de versos, *Las caridades de Alcipo,* que republicó, en edición aumentada y de mayor difusión, en 1984. De esa edición existe versión española de Silvia Barón Supervielle (Visor, 1982, curiosamente —se explica en el prólogo, por amistad con la traductora— anterior a la nueva edición francesa). Pero Yourcenar publicó otro libro en prosa, *Fuegos* (1936), que algunos consideran, aunque no falte el relato, cercano al poema en prosa. Es su libro más pasional y directo, fruto de alguno de sus amores o desamores de los años 30, en Grecia.

Doy dos sonetos de *Las caridades...* (de la serie titulada *Siete poemas para una muerta)* y el inicio de *Fuegos* en traducción de Emma Calatayud.

I

Cansados de esperar, los que nos esperaron,
murieron sin saber que estábamos llegando,
sus brazos abiertos despacio se cerraron
y en vez del recuerdo, vino el pesar temblando.

La flor y la oración, la más tierna mirada,
son ofrendas que Dios no podrá bendecir.
La muerte no escucha la vida desterrada;
nos junta solamente y no nos puede unir.

Nunca conoceré esa apacible tumba;
es demasiado tarde, mi grito retumba
sin eco en la tierra de sorda eternidad;

La muerte desdeñosa o por la fuerza muda,
nos deja en este umbral oscuro de la duda
donde no fue el amor y está su soledad.

II

Aquí están la miel profunda de las rosas,
la fragancia, el color, el respirar amado.
No sonreirás más a la luz de las cosas;
tu gesto de abrazar en suspenso ha quedado.

Ya no sentirán más tus párpados dormidos
el largo deshojar de la melancolía.
Tu corazón se aleja en los cielos desvaídos
y yo llego puntual para ver la agonía.

El ser no es más que un nombre; el tiempo es un día;
por la ruta del sol tu sombra yo amaría
pero contra la tumba mi amor se golpeó.

La muerte no vacila y supo alcanzarte;
si me recuerdas hoy sabrás compadecerte
de esta oscuridad que tu antorcha encendió.

FUEGOS

Espero que este libro no sea leído jamás.

Existe entre nosotros algo mejor que un amor: una complicidad.

Cuando estás ausente, tu figura se dilata hasta el punto de llenar el universo. Pasas al estado fluido, que es el de los fantasmas. Cuando estás presente, tu figura se condensa; alcanzas las concentraciones de los metales más pesados, del iridio, del mercurio. Muero de ese peso, cuando me cae en el corazón.

El admirable Pablo se equivocó. (Me refiero al gran sofista y no al gran predicador.) Para todo pensamiento, para todo amor que entregado a sí mismo empieza a desfallecer, existe un reconstituyente singularmente enérgico que es TODO EL RESTO DEL MUNDO que a él se opone y que no vale como él.

Soledad... Yo no creo como ellos creen, no vivo como ellos viven, no amo como ellos aman... Moriré como ellos mueren.

El alcohol desembriaga. Después de beber unos sorbitos de coñac, ya no pienso en ti.

CÉSAR MORO. Nacido en Lima en 1904 (en algún lugar dice 1903) Alfredo Quíspez Asín —que literariamente firmó César Moro— marchó en 1925 a París, donde participó activamente en el inaugural movimiento surrealista. En México —a partir de 1938— ayudó a transportar el surrealismo a América (donde realmente hallaría una nueva patria) sin dejar de participar en exposiciones y polémicas literarias. Ahí publicó —en cortas ediciones— parte de su poesía, siempre abundosa y bellamente surreal, en francés, por ejemplo *Le château de grisou* (1943) o *Lettre d'amour* (1944). En 1948 volvió a Lima, donde llevó una vida aparentemente gris de profesor de francés hasta su muerte en 1956. (Vargas Llosa fue uno de sus alumnos en aquel colegio tan ferozmente retratado en *La ciudad y los perros.*)

Moro tradujo poesía surrealista francesa al castellano y escribió —en México— en nuestra lengua, quizá el mejor de sus libros, *La tortuga ecuestre,* que su amigo y estudioso André Coyné publicaría ya póstumo.

En el aluvión de la poesía surrealista amorosa (como en cierto Aleixandre) el género del ser amado a menudo no aparece, pero en Moro —como en Gil de Biedma— la ausencia de femeninos deja claro que ese amor era masculino. Las *Cartas a Antonio* (escritas en 1939) demostraron después quien había sido ese joven militar mexicano, el objeto de la ardiente pasión de *La tortuga ecuestre,* un espléndido libro de poesía amatoria.

Doy un poema de ese libro, tomado de la antología bilingüe (prologada y preparada por Ricardo Silva-Santisteban) *Prestigio del amor,* Lima, 1998.

LA LEVE PISADA DEL DEMONIO NOCTURNO

En el gran contacto del olvido
A ciencia cierta muerto
Tratando de robarte a la realidad
Al ensordecedor rumor de lo real
Levanto una estatua de fango purísimo
De barro de mi sangre
De sombra lúcida de hambre intacto
De jadear interminable
Y te levantas como un astro desconocido
Con tu cabellera de centellas negras
Con tu cuerpo rabioso e indomable
Con tu aliento de piedra húmeda
Con tu cabeza de cristal
Con tus orejas de adormidera
Con tus labios de fanal
Con tu lengua de helecho
Con tu saliva de fluido magnético
Con tus narices de ritmo
Con tus pies de lengua de fuego
Con tus piernas de millares de lágrimas petrificadas
Con tus ojos de asalto nocturno
Con tus dientes de tigre
Con tus venas de arco de violín
Con tus dedos de orquesta
Con tus uñas para abrir las entrañas del mundo
Y vaticinar la pérdida del mundo
En las entrañas del alba
Con tus axilas de bosque tibio
Bajo la lluvia de tu sangre
Con tus labios elásticos de planta carnívora
Con tu sombra que intercepta el ruido
Demonio nocturno
Así te levantas para siempre
Pisoteando el mundo que te ignora
Y que ama sin saber tu nombre
Y que gime tras el olor de tu paso
De fuego de azufre de aire de tempestad
De catástrofe intangible y que merma cada día

Esa porción en que se esconden los designios nefastos y la
sospecha que tuerce la boca del tigre que en las mañanas
escupe para hacer el día.

SALVADOR NOVO. Los poetas mexicanos del grupo de *Contemporáneos* representaron allá un papel muy similar al que tuvo aquí la *generación del 27:* modernidad, renovación del clasicismo e ideal cosmopolita. Varios de esos poetas —entre ellos Xavier Villaurrutia y Carlos Pellicer— eran homosexuales y, en los años 30, se dejaron tentar, discretamente, por un tema muy caro a la época: los marineros, en el aura de la noche portuaria, con su libertad y su belleza. Así Villaurrutia en *Nocturno de los ángeles.*

Pero el poeta que llegó más lejos en esa expresión —sobre todo en su última época— fue Salvador Novo (1904-1974) que jugó, en la Ciudad de México, como escritor muy plural, un papel extravagante y provocador. En su libro *Nuevo amor* (1933), de su etapa más clásica, puede verse ya su voluntad de renovación moral (sin alharacas) y su voluntad de *reinventar el amor* (Rimbaud), también en su libro *Dueño mío* de 1948. El desgarro, la parodia de un cancionero amoroso homosexual y la vocación atrevida y mercenaria aparecerán en su libro *Sátira* de 1970, que recoge, sin embargo, composiciones más antiguas.

Póstumamente se han publicado sus memorias inacabadas, de claro contenido homófilo, *La estatua de sal* (1998) con un prólogo muy ilustrativo de Carlos Monsiváis, en que traza las peripecias de la condición homosexual en México, desde principios del siglo XX hasta el momento en que Novo —mediando los años 40— redacta esas finas y como dije inacabadas memorias. Dice en uno de sus sonetos últimos Salvador Novo: «La ley de la demanda y de la oferta/ que me ha enseñado su sabiduría/lleva el fácil amor hasta mi puerta. (...)»

Doy dos poemas de *Nuevo amor.* Y dos sonetos del aludido cancionero de *Sátira,* reproducido como apéndice además en *La estatua de sal.*

ESTE PERFUME

Este perfume intenso de tu carne
no es nada más que el mundo que desplazan y mueven
los globos azules de tus ojos
y la tierra y los ríos azules de las venas que aprisionan
tus brazos.
Hay todas las redondas naranjas en tu beso de angustia
sacrifica al borde de un huerto en que la vida se
suspendió por todos los siglos de la mía.
Qué remoto era el aire infinito que llenó nuestros pechos.
Te arranqué de la tierra por las raíces ebrias de tus manos
y te he bebido todo, ¡oh fruto perfecto y delicioso!
Ya siempre cuando el sol palpe mi carne
he de sentir el rudo contacto de la tuya
nacida en la frescura de una alba inesperada,
nutrida en la caricia de tus ríos claros y puros como
tu abrazo,
vuelta dulce en el viento que en las tardes
viene de las montañas a tu aliento,
madura en el sol de tus dieciocho años,
cálida para mí que la esperaba.

JUNTO A TU CUERPO

Junto a tu cuerpo totalmente entregado al mío
junto a tus hombros tersos de que nacen las rutas de
tu abrazo,
de que nacen tu voz y tus miradas, claras y remotas,
sentí de pronto el infinito vacío de su ausencia.
Si todos estos años que me falta
como una planta trepadora que se coge del viento
he sentido que llega o que regresa en cada contacto
y ávidamente rasgo todos los días un mensaje que nada
contiene sino una fecha
y su nombre se agranda y vibra cada vez más
profundamente
porque su voz no era más que para mi oído,
porque cegó mis ojos cuando apartó los suyos

y mi alma es como un gran templo deshabitado.
Pero este cuerpo tuyo es un dios extraño
forjado en mis recuerdos, reflejo de mí mismo,
suave de mi tersura, grande por mis deseos,
máscara
estatua que he erigido a su memoria.

VI

Yo te aguardé esta noche con el ansia
de mirarte llegar, y de que luego
escucharas impávido mi fuego
y me dieras tu fuerza y tu fragancia.

Pero quisiste darte la elegancia
de no venir, de desdeñar mi fuego,
sin saber que recibo por entrego
leche de muchos toros en mi estancia.

Yo pensaba quererte en exclusiva;
gemir y sollozar bajo tu fuete,
brindarte mis pasiones rediviva.

Y a casa regresé —con tu billete—,
luego que una salubre lavativa
a los hijos ahogó de otro cadete.

XII

Leoncio ayer, Carlos hoy —¿a quién mañana
dedicará mi amor su pensamiento?
¿Quién con su ausencia me dará el tormento
de esta esperanza dulce, pero vana?

Salvaje en uno, me embriagó la sana
y cálida caricia de su aliento.
Amo en el otro, príncipe de cuento,
la mirada magnífica y lejana.

Aceite de mi lámpara, que ensartas
en rosarios de tiempo duradero
ilusión y fragancia de sus cartas.

No te daré mi amor, casual viajero,
pero mi lecho es amplio; y cuando partas,
te llevarás un poco de dinero.

JUAN GIL-ALBERT. Nacido en Alcoy (Alicante) en 1904 (aunque en muchos lugares dice 1906), Juan Gil-Albert murió en Valencia en 1993. Su carrera literaria, como prosista, empieza en 1927, con un primer libro de cuentos, *La fascinación de lo irreal,* teñido todavía de decadentismo. Su obra poética se abre —en 1936, poco antes de la guerra civil— con el libro de sonetos *Misteriosa presencia.* Republicano, marcha al exilio al acabar la contienda, y vive en Argentina y sobre todo en México donde tiene uno de los amores que juzga más importantes en su vida, relatado en un libro inacabado y que fue el último que publicó *Tobeyo o del amor* (1990). Regresó a España, por motivos personales, en 1947, y sufrió un largo exilio interior que le permitió (único consuelo) elaborar una obra cuidada y de lenta gestación, pues apenas se podía editar. Ese «exilio» se rompe en 1972 —y más especialmente en 1974— cuando, a sus setenta años, empieza a editarse buena parte de una obra, en su mayoría, ya escrita.

Más conocido acaso como prosista, entre sus libros destacan *Crónica general* (1974) —unas espléndidas memorias—, *Heraclés* (1975), tratado sobre la homosexualidad escrito 20 años antes, o la novela corta *Valentín* (1974) que relata el amor de dos jóvenes actores shakesperianos. Entre sus poemas, acaso los libros más brillantes —a mi saber— sean *Las ilusiones* (1944), con cierto eco cernudiano, y *Los homenajes,* publicado en 1976 *(Homenajes e impromptus)* pero concluido diez años antes. Poeta clásico, equilibrado, sabio, Juan Gil-Albert retorna a la poesía que mezcla meditativamente saber y gozar. Aunque sus temas son plurales, el homófilo aparece con una absoluta naturalidad, cuya fuente Juan veía en el paganismo grecolatino.

Doy dos poemas de *Los homenajes*: *Los muchachos* y *Los arquetipos,* entre los más explícitos en nuestro tema.

LOS MUCHACHOS

Homenaje a Porfirio Barba-Jacob

Me veo precisado a repetirlo
una vez más: mis solos compañeros
de ruta y lecho: jóvenes que fuisteis
mi tentación más firme y el encanto
de mi flaqueza. Debo repetirlo
por última verdad: os amé a todos
cual si fuerais el mismo y el distinto
que cada vez mostrábase a la vista
como un primaveral brotar de nuevo:
fuisteis David, Tobeyo, albano, Cinthio,
y aquél que no durmió nunca en mis brazos
pero supo decirme como nadie
que me quería. Espectros redentores
de mi corporeidad, númenes vivos
de mi pasión, tormentas fugitivas
de mi buen tiempo. Chicos azarosos
que con vuestras muchachas e inquietudes
cumplíais vuestro sino dando el pecho
a toda adversidad y pregonando
la frágil dicha, el sueño interrumpido,
lo duro que es vivir aun siendo joven
y la mucha energía que se gasta
en tratos baladíes. Pero entonces,
como quien oye a Dios o algún maestro
que suele aparentar su misma calma,
veníais a buscar en mi clemencia
el resplandor difuso de mi sombra
rodeada de sol como un gran árbol
que nos acoge en sí y que nos preserva
de no sabemos qué, muchachos míos,
de no sabemos qué. ¡Qué más quisiera
que haberos preservado eternamente
de vuestra soledad originaria,
de vuestro desconcierto! Nunca pude
sino disimular mi limitada
zona de luz, lo poco que tenía,

para que sustentáramos unidos
esta gravitación de la existencia.
Pero os he sido fiel y eso me salva.
Estaban bien dispuestos los altares
en los que colocaba cada noche
vuestra imagen triunfal con su avecilla
de temblorosa luz, Y aun cuando a veces
la soledad rociaba con ausencias
mi corazón, presagios eran siempre
de una nueva deidad que se avecina,
y pronto dibujábase en la mente
un inédito rostro que aportaba
con el sueño pasado la extrañeza
de un nuevo amanecer: constancias mías
de la cambiante forma que me disteis.
Así quiero que conste en mis palabras
lo que es verdad y nadie desvaríe
cuando quiere emplear la suficiencia
y hablar de lo que ignora. Sólo sabe
quién es quien se hace dueño de sí mismo.
yo soy quien os amó. Vosotros fuisteis
los órganos florales de mi suerte.
Y ahora que yo no estoy sobre la tierra
y que en hombres vosotros convertidos
añoráis algún día la fragancia
de lo que se extinguió, sabedme siempre,
dispuesto a recrear no importa dónde,
no importa con qué nuevo compañero,
la evanescente forma prohibida,
este inútil contacto perdurable
que fue mi meta.

ARQUETIPOS

Homenaje a Brunetto Latino

Los jóvenes no son lo que parecen
niños que se harán hombres, luego padres,
luego viejos. Los jóvenes dorados

son otra cosa, seres invencibles
que atraviesan la vida con la espada
desenvainada. Un halo los circunda
como si el sol sus hijos señalando
una marca dejara principesca
sobre la frente. A veces como *standard,*
vestidos de mecánico, de obrero,
o al borde de un camino con su ropa
de vendimiante, nada les impide
resplandecer cual seres que de paso
fulguran una etapa irrepetible
de la existencia. Leves como sombras
apenas si dan tiempo a que los mire
quien los descubre y llena siente el alma
de una vieja pasión que no se puede
traducir sin que aquél que nos escucha
iracundo fulmine o compadezca.

SANDRO PENNA. Nacido en Perugia en 1906 y muerto en Roma a principios de 1977, Sandro Penna fue un poeta excelente y raro. Un hombre solitario, de escasos amigos, que llevó siempre una vida oculta y medio bohemia (hasta los premios prestigiosos del fin de su vida) atraído por la belleza de la juventud y la adolescencia masculinas, entre gentes que todavía vivían en aquella Italia —como recordó Pasolini, que siempre defendió a Penna— el aroma y el ámbito de *lo popular*.

Su primer libro se editó en 1939 (gracias al interés que demostró por él Umberto Saba) y luego Penna fue publicando, poco a poco, hasta reunir en un volumen, *Tutte le poesie,* en 1970. Meses antes de su muerte apareció su último libro, *Stranezze,* en 1976. De entonces a acá se ha ampliado el volumen de la poesía reunida y Elio Pecora (uno de los mejores estudiosos de nuestro autor) publicó en 1984 *Sandro Penna. Una biografía*. En Italia se considera hoy a Penna, absolutamente, un clásico contemporáneo. Sus poemas —casi siempre breves o muy breves— son de una delicadísima intensidad.

Doy cinco de los traducidos por mí —en 1978— en la *plaquette: Quince poemas de Sandro Penna* (Septimomiau, Valencia, 1979). Se volvieron a publicar esos poemas —y unos pocos más— en la recopilación de Antonio Colinas, *Antología esencial de la poesía italiana* (Espasa, Madrid, 1999).

1

La vida... es acordarse de un despertar
triste en un tren, al alba: haber visto
fuera la incierta luz: haber sentido
en el cuerpo cansado la melancolía
áspera y virgen del aire punzante.

Mas recordar la liberación
repentina, es más dulce: junto a mí
un marinero joven: el blanco
y el azul de su uniforme, y fuera
un mar reciente en sus colores.

2

El sol que ha bruñido este cuerpo
de muchacho cede en su fuerza.
Mas permanece aún al beso tenue
inmóvil el muchacho: Ya ensueño...

3

He aquí al chico acuático y feliz.
He aquí al chico grávido de luz
más limpio que el verso que lo dice.
Dulce estación de silencio y sol
y esta fiesta en mí, con las palabras.

4

Veloz va el atleta adolescente
dentro del mediodía plácido y lento.
Pero el crepúsculo lo abraza, y resalta
ahora su quieta sombra en Atenas.

Si se vuelve a vestir asistimos a la época
de los calzoncillos.

5

Es hermosa la juventud y basta un poco
de vino, y veréis después lo que hacen.
Estos muchachos tan bravos al principio.

W. H. AUDEN. Wystan Hugh Auden, nació en York (Inglaterra) en 1907 y es considerado uno de los mayores poetas del siglo XX en lengua inglesa. Autor de una poesía frecuentemente intelectual, compleja y densa (no confundir con *difícil),* Auden fue acaso la figura más brillante —también por sus libros de crítica— de una generación brillante, de la que forman parte amigos suyos como Christopher Isherwood (que muestra a Auden en sus libros de temática homosexual, por ejemplo *Christopher y su gente)* o Stephen Spender. Auden marchó a Estados Unidos en 1939 y se hizo ciudadano norteamericano, aunque volvió muchas veces a Inglaterra, entre ellas en 1956, como profesor en la Universidad de Oxford. Murió Auden en Austria en 1973.

Su primer libro —*Poems*— es de 1930 y el último, *Gracias, niebla* (póstumo) de 1974. La edición de sus *Collected Poems,* preparada por él mismo en 1966, se la dedicó a Isherwood, su amigo de tantos años, y a Chester Kallman que fue su amante oficial, con el que convivió hasta el fin. Siempre intelectual y compleja —como dije—, la poesía de Auden alude más al amor que al erotismo, aunque nunca ocultara el signo masculino de tal amor. Ocasionalmente —en cortas ediciones privadas— hizo poesía erótica que luego no recogió en volumen, así *The gobble poem* (diríamos quizá *El poema gluglú,* sobre una felación) que se editó en Londres, Fnck Books Unlimited, en 1967. Quizá su libro más redondo —entre bastantes altos poemas— sea *Otro tiempo* de 1940, ya dedicado a Kallman, joven.

Los dos primeros poemas que recojo —en traducción de Javier Calvo— son las canciones IX y XII de las *Twelve Songs,* escritas entre 1935 y 1938 (de la pequeña antología *Parad los relojes y otros poemas*. Grijalbo. Mondadori, 1999); *Canción de cuna,* en traducción de Álvaro García, pertenece a *Otro tiempo* (publicado en español por Pre-Textos, en 1993).

PARAD LOS RELOJES

Parad los relojes y desconectad el teléfono,
dadle un hueso jugoso al perro para que no ladre,
haced callar a los pianos, tocad tambores con sordina,
sacad el ataúd y llamad a las plañideras.

Que los aviones den vueltas en señal de luto
y escriban en el cielo el mensaje «Él ha muerto»,
ponedles crespones en el cuello a las palomas callejeras,
que los agentes de tráfico lleven guantes negros de algodón.

Él era mi norte y mi sur, mi este y mi oeste,
mi semana de trabajo y mi descanso dominical,
mi día y mi noche, mi charla y mi música.
Pensé que el amor era eterno: estaba equivocado.

Ya no hacen falta estrellas: quitadlas todas,
guardad la luna y desmontad el sol,
tirad el mar por el desagüe y podad los bosques,
porque ahora ya nada puede tener utilidad.

DECIDME CÓMO ES EL AMOR

Unos dicen que el amor es un niño
y otros dicen que es un pájaro,
unos dicen que es lo que mueve el mundo,
y otros dicen que eso es absurdo,
y cuando le pregunté al vecino de al lado,
que parecía como si lo supiese,
se mujer se enfadó mucho
y me dijo que no iba a sacar nada.

¿Se parece acaso a un pijama,
o al jamón de las clínicas de reposo?
¿Su olor recuerda a las llamas
o es un olor reconfortante?
¿Tiene espinas como un seto
o es blando como pelusa de edredón?

¿Es afilado o tiene el borde suave?
Venga, decidme cómo es el amor.

Nuestros libros de historia se refieren a él
con notas minúsculas y crípticas,
es un tema bastante habitual en
los barcos transatlánticos;
he encontrado menciones al asunto
en relatos de suicidios,
e incluso lo he visto escrito
en contracubiertas de guías ferroviarias.

¿Aúlla como un pastor alemán hambriento
o retruena como una banda del ejército?
¿Alguien puede hacerme una buena imitación
con una sierra o con un Steinway Grand?
¿Cuándo canta en las fiestas la arma?
¿Sólo se dedica a los clásicos?
¿Se calla cuando uno quiere silencio?
Venga, decidme cómo es el amor.

Miré en el cenador,
allí tampoco estaba.
Probé en el Támesis cerca de Maidenhead,
y en el aire tonificante de Brighton.
No sé lo que cantaba el mirlo
ni lo que decía el tulipán,
pero no estaba en el gallinero
ni debajo de la cama.

¿Puede hacer muecas extrañas?
¿Se marea con los balanceos?
¿Se pasa el día en las carreras
o haciendo chanchullos con alambres?
¿Tiene sus propias ideas sobre el dinero?
¿Es lo bastante patriótico?
¿Sus chistes son vulgares pero divertidos?
Venga, decidme cómo es el amor.

Cuando venga, ¿será sin avisar
mientras me esté hurgando la nariz?

¿Llamará a mi puerta por la mañana
o me pisará un dedo en el autobús?
¿Será como cuando cambia el tiempo?
¿Saludará con cortesía o sin educación?
¿Cambiará mi vida a fin de cuentas?
Venga, decidme cómo es el amor.

CANCIÓN DE CUNA

Duerme, amor, pon tu cabeza,
tan humana, en mi infiel brazo.
Quema el tiempo con sus fiebres
la belleza irrepetible de
la niñez pensativa —la tumba
nos demuestra que es efímera—:
pero descanse hasta el alba
en mis brazos la criatura,
mortal, culpable. A mis ojos,
absolutamente bella.

No hay frontera entre alma y cuerpo:
a los amantes, echados
en su falda tolerante
hasta el desmayo vulgar,
Venus les enseña en serio
una unión que no es del mundo,
amor y espera absoluta,
mientras visiones abstractas
entre rocas y glaciares
llevan al eremita el éxtasis carnal.

Fidelidad y constancia
pasan al sonar las doce
como tañe una campana,
y los locos con tribuna
gritan su sermón de siempre.
Cada céntimo del precio,
los temibles vaticinios
pagaré, pero esta noche

ni un susurro va a faltar,
ni un pensamiento, ni un beso.

La ilusión nocturna muere:
que te roce el viento al alba
la cabeza soñadora
y bendigas, dulce, el día
con los ojos y el corazón,
y el mundo mortal te baste;
y el seco mediodía no te sorprenda
sin la fuerza de un alimento involuntario,
y que, en las noches amargas,
todo humano amor te guarde.

EMILIO BALLAGAS. Nacido en Camagüey (Cuba) en 1908, fue Emilio Ballagas un poeta cercano en muchos aspectos a lo que se llama en España *generación del 27*. Su hacer parte de las vanguardias —en su caso de la *poesía pura*— para llegar a un lenguaje aquilatado, renovador y propio, pese a que varios poemas de su libro *Sabor eterno* (1939), quizá el mejor de los suyos, tienen claro débito con el Luis Cernuda de *Invocaciones* (1935).

Tras una etapa como profesor en Estados Unidos (1947) Emilio Ballagas atraviesa una fuerte crisis existencial que le llevó al matrimonio y a una poesía de carácter más místico, más religioso—existencial, de la que da cuenta su último libro, *Cielo en rehenes,* escrito y premiado en 1951 (Premio Nacional de Poesía) pero que se editaría póstumamente ya, en 1955, dentro de la *Obra poética de Emilio Ballagas*. El poeta había muerto en 1954. Su poesía de signo homoerótico ha de buscarse, pues, en lo escrito antes de 1947, probablemente en lucha ya con sus propios sentimientos. Dice en el poema *Nocturno y elegía*: «No soy el ogro que escupió en su agua / ni el que un cansado amor paga en monedas.»

Doy dos poemas de *Sabor eterno,* tomados de la antología de Ballagas preparada por Ángel Luis Vigaray con el título *Cielo en rehenes (Antología poética),* Madrid, 1999.

DE OTRO MODO

Si en vez de ser así,
si las cosas de espaldas (fijas desde los siglos)
se volviesen de frente
y las cosas de frente (inmutables)
volviesen las espaldas,
y lo diestro viniese a ser siniestro
y lo izquierdo derecho...
¡No sé cómo decirlo!

Suéñalo
con un sueño que está detrás del sueño,
un sueño no soñado todavía,
al que habría que ir,
al que hay que ir,
(¡no sé cómo decirlo!)
como arrancando mil velos de niebla
y al fin el mismo sueño fuese niebla.

De todos modos, suéñalo
en ese mundo, o en éste que nos cerca y nos apaga
donde las cosas son como son, o como dicen que son
o como dices que debieran ser...
Vendríamos cantando por una misma senda
y yo abriría los brazos
y tú abrirías los brazos
y nos alcanzaríamos.
Nuestra voces unidas rodarían
hechas un mismo eco.

Para vernos felices
se asomarían todas las estrellas.
Querría conocernos el arco iris
palpándonos con todos sus colores
y se levantarían las rosas
para bañarse un poco en nuestra dicha...
(¡Si pudiera ser como es,
o como no es... En absoluto diferente!)

Pero jamás,
jamás.
¿Sabes el tamaño de esta palabra:
Jamás?
¿Conoces el sordo gris de esta piedra:
Jamás?
¿Y el ruido que hace
al caer para siempre en el vacío:
Jamás?

No la pronuncies, déjamela.
(Cuando esté solo yo la diré en voz baja
suavizada de llanto, así:
Jamás...)

ELEGÍA SIN NOMBRE

But now I think there is no unreturn'd love, the pay is certain one way or another,
(I love a certain person ardently and my love was not return'd,
Yet out of that I have griten these songs.)

Walt Whitman

Mas ¿qué importan a mi vida las playas del mundo?
Es ésta solamente quien clava mi memoria.

Luis Cernuda

Descalza arena y mar desnudo.
Mar desnudo, impaciente, mirándose en el cielo.
El cielo continuándose a sí mismo,
persiguiendo su azul sin encontrarlo
nuca definitivo, destilado.

Yo andaba por la arena demasiado ligero,
demasiado dios trémulo para mis soledades,
hijo del esperanto de todas las gargantas,
pródigo de miradas blancas, sin vuelo fijo.

Se hacían las gaviotas, se deshacían las nubes
y tornaban las olas a embestir a la orilla.
(Tanta batalla blanca de espumas desatadas
era para cuajar en una sola concha, sin imagen de nieve
ni sal pulida y dura.)

El viento henchía sus velas de un vigor invisible,
danzaba olvidadizo, despedido, encontrado
y tú eras tú.

Yo aún no te había visto.
Hijo de mi presente —fresco niño de olvido—
la sangre me traía noticias de las manos.
Sabía dividir la vida de mi cuerpo como el canto
en estrofas:
cabeza libre, hombros,
pecho,
muslos y piernas estrenadas.
Por dentro me iba una tristeza de lejanas,
de extraviadas palomas,
de perdidas palabras más allá del silencio,
hechas de alas en polvo de mariposas
y de rosas cenizas ausentes de la noche...
Girasol en los sueños: aún no te había visto.
Imán. Clavel vivido en detenido gesto.
Tú no eras tú.

Yo andaba, andaba, andaba
en un andar en andas más frágil que yo mismo,
con una ingravidez transparente y dormida
suelto de mis recuerdos, con el ombligo al viento...
Mi sombra iba a mi lado sin pies para seguirme,
mi sombra se caía rota, inútil y magra;
como un pez sin espinas mi sombra iba a mi lado,
como un perro de sombras
tan pobre que ni un perro de sombras le ladraba.

¡Ya es mucho siempre siempre, ya es demasiado
siempre,
mi lámpara de arcilla!
¡Ya es mucho parecerme a mis pálidas manos

y a mi frente clavada por un amor inmenso,
frutecido de nombres, sin identificarse
con la luz que recorta las cosas agriamente!
¡Ya es mucho unir los labios para que no se escape
y huya y se desvanezca
mi secreto de carne, mi secreto de lágrimas,
mi beso entrecortado!

Iba yo. Tú venías,
aunque tu cuerpo bello reposara tendido.
Tú avanzabas, amor, te empujaba el destino,
como empuja a las velas el titánico viento de hombros
estremecidos.
Te empujaban la vida, y la tierra, y la muerte
y unas manos que pueden más que nosotros mismos:
unas manos que pueden unirnos y arrancarnos
y frotar nuestros ojos con el zumo de anémonas...

La sal y el yodo eran; eran la sal y el alga;
eran, y nada más, yo te digo que eran
en el preciso instante de ser.
Porque antes de que el sol terminara su escena
y la noche moviera su tramoya de sombras,
te vi al fin frente a frente,
seda y acero cables nos tendió la mirada.
(Mis dedos sin moverse repasaban en sueños
tus cabellos endrinos.)

Así anduvimos luego uno al lado del otro,
y pude descubrir que era tu cuerpo alegre
una cosa que crece como una llamarada que desafía
al viento,
mástil, columna, torre, en ritmo de estatura
y era la primavera inquieta de tu sangre
una música presa en tus quemadas carnes.

Luz de soles remotos,
perdidos en la noche morada de los siglos,
venía a acrisolarse en tus ojos oblicuos,
rasgados levemente,
con esa indiferencia que levanta las cejas.

Nadabas,
yo quería amarte con un pecho
parecido al del agua; que atravesaras ágil,
fugaz, sin fatigarte. Tenías y aún las tienes
las uñas ovaladas,
metal casi cristal en la garganta
que da su timbre fresco sin quebrarse.
Sé que ya la paz no es mía:
te trajeron las olas
que venían ¿de dónde? que son inquietas siempre;
que te vas ya por ellas o sobre las arenas,
que el viento te conduce
como a un árbol que crece con musicales hojas.

Sé que vives y alientas
con un alma distinta cada vez que respiras.
Y yo con mi alma única, invariable y segura,
con mi barbilla triste en la flor de las manos,
con un libro entreabierto sobre las piernas quietas,
te estoy queriendo más,
te estoy amando en sombras,
en una gran tristeza caída de las nubes,
en una gran tristeza de remos mutilados,
de carbón y cenizas sobre alas derrotadas...

Te he alimentado tanto de mi luz sin estrías
que ya no puedo más con tu belleza dentro,
que hiere mis entrañas y me rasga la carne
como anzuelo que hiere la mejilla por dentro.
Yo te doy a la vida entera del poema:
No me avergüenzo de mi gran fracaso,
que de este limo oscuro de lágrimas sin preces,
naces—dalia de aire— más desnuda que el mar
más abierta que el cielo;
más eterna que ese destino qué empujaba tu presencia
a la mía
mi dolor a tu gozo.

¿Sabes?
me iré mañana, me perderé bogando
en un barco de sombras,

entre moradas olas y cantos marineros,
bajo un silencio cósmico, grave y fosforescente...

Y entre mis labios tristes se mecerá tu nombre
que no me servirá para llamarte
y lo pronuncio siempre para endulzar mi sangre,
canción inútil siempre, inútil, siempre inútil,
inútilmente siempre.

Los pechos de la muerte me alimentan la vida.

STEPHEN SPENDER. Amigo de Auden y de Isherwood (el trío más famoso de la joven literatura británica, alrededor de 1939) Stephen Spender nació en Londres en 1909 y murió en 1996. Nunca fue tan valorado como Auden como poeta, ni tan famoso y nítido como Isherwood en la prosa, pero en cualquier caso, Spender fue un poeta notable, autor además de novelas y de unas famosas memorias, *Un mundo dentro del mundo* (1951), uno de cuyos capítulos —de contenido homoerótico— sirvió de inspiración, y en cierto modo de homenaje a esa generación de izquierdistas *gays*, para la novela de David Leavitt, *Mientras Inglaterra duerme* (1994). Spender publicó en 1987 (aunque escrita en 1939) otra novela, *El templo,* donde recoge, en clave fácilmente adivinable, las andanzas eróticas y literarias suyas y de sus amigos en el Berlín de los últimos años 20.

Su faceta más apreciada fue siempre la poesía, que es el género en que se inició. El primer libro, *Preludes* —dedicado a Christopher Isherwood— se publicó en 1934. Y la más difundida versión de sus *Collected Poems* es, quizá, la que preparó él mismo para Random House (New York) en 1975. En español hubo una temprana e importante antología de su poesía, publicada en Argentina *(Poemas 1928-1953)* editada por Losada en 1967, en traducción de William Shand y Alberto Girri. Sus poemas de tema homófilo no son los más conocidos ya que Spender (hasta sus últimos años) prefirió mantenerse en una posición de bisexualidad literaria. Fue uno de los primeros en traducir a Lorca al inglés, con ayuda de Rafael Martínez Nadal.

Los poemas que van a continuación han sido seleccionados y traducidos expresamente para esta antología por el poeta Luis Muñoz, de los *Collected Poems* (Faber and Faber, 1985).

DE QUÉ MANERA EXTRAÑA

¡De qué manera extraña este sol radiante me recuerda a mi amor!
El paseo solo por la tarde cuando, como el humo de la casa de campo,
la esperanza se esfuma en el rojo desteñido del cielo.
Me recuerdo volviéndome hacia él cuando hablaba,
la mirada fija en su rostro y tomando la fotografía
con el río detrás, y el bosque tocado por la primavera:
hasta fundirse en la mañana
—hojas azules creciendo desde los campos,
movimientos de luz bajo la sombra—
su figura, que se apaga sobre un mapa, está completa ahora.

¿Qué queda de ese humo que el viento deshizo?
Corrompí su confianza y su alegría luminosa,
así que ahora cuando gire un tornillo o conduzca un coche
su mano le mostrará el error. Esto es por él.
Por mí es el recuerdo que ahora se me hace visible,
cuando, desde los pastos, el azur se enrosca alrededor de mí,
y la alondra se eleva, y su voz se escucha todavía, se escucha todavía.

A T. A. R. H.

Todavía cuando lo veo, me acuerdo
de la risa rápida de sus ojos de avispa dorada.
La estatua girándose desde la ventana.
Todavía, mientras lo miro, me acuerdo: el amor
se sumerge en lo que ve, dentro de una corriente de memoria
mayor que él mismo, y hace que lo que ve
sea anegado en todas las visiones
de lo que fue visto. Entonces lo que llevé lo llevo
y lo llevaré siempre: el destello de los rápidos párpados
y el giro del eje del cuerpo: estos serán
lo que son ahora, dentro de la fuerza de lo que es eterno.

Durante la noche se acuesta sin pasado ni futuro,
con un espacio infinito. Se despierta y ve
esperanza y desesperación, y los pequeños y vívidos anhelos
muerden la carne, como pececillos. Donde bebió el amor

respira igualmente. Aquí están
los signos indelebles. El pelo de alambre de cobre,
y sus labios con muescas como de polillas, y las demás
miradas, que hacen que el resto se perdone.

TOSCO Y ENCANTADOR...

Tosco y encantador mozo de mudanzas,
tus ojos punteados y las hojas encendidas,
el pelo claro, la sonrisa,
los veo quemarse en tierra extranjera,
brillando a través de mi noche oscura
y protegidos por mi mano.

Mis noches son como la ballena de Jonás
y dentro de ellas sueño contigo: es así desde el día
en que me acordé de cuando jugabas
incordiando mientras volaban los pájaros,
con el contagio de la primavera
y la negación de las satisfacciones.

Tu baile lo olvida todo: con alegría
mantiene ese instante del ojo
que gira libre como una rueda.
Tus juegos de cartas, el hockey con los duros,
el guiño a las chicas, los zapatos acunados por los elegantes,
como el envolvente rocío del verano
me barnizan de la cabeza a los pies.

De noche te cojo, y de día
te miro tejer el ovillo de seda
de ser un hijo o un patinador.
No tenemos lugar donde encontrarnos
bajo las superficies brillantes.
La figura externa del placer
crea tu imagen que no es una imagen
oscura en mi lenguaje oscuro.

JEAN GENET. Nacido en París en 1910, Jean Genet fue hijo no reconocido, abandonado por su madre a la asistencia pública y muchacho de vida difícil. Quizá esa injusticia no pudo olvidarla nunca, poniéndose siempre del lado de los oprimidos, de los *malos*. En su juventud fue prostituto y ladrón y en sus vagabundeos casi continuos por Europa, anduvo por España también, singularmente en Barcelona, en 1933. Como ladrón de poca monta y homosexual escandaloso conoció a menudo la cárcel, y allí leyó y comenzó a escribir en un estilo muy lírico y al tiempo muy clásico, donde la influencia de Rimbaud o de los surrealistas se alía con la solemnidad de Racine, o del siglo áureo francés. Jean Cocteau fue uno de los descubridores de este escritor maldito (voluntariamente *maldito* y canalla) y uno de los que lo lanzó al éxito —entre la misma sociedad que lo había reprobado— después de la segunda guerra mundial.

En 1943 ha escrito ya *Nôtre-Dame-des-Fleurs,* que se publicará —clandestinamente— a fines de ese mismo año. El éxito llegará a partir de 1946 con *Miracle de la rose,* y en seguida sus restantes novelas y su teatro después. Quizá entre las primeras, *Pompas fúnebres* (1947) y *Diario del ladrón* (1949) sean las más notables. En teatro, *Las criadas* (1954), *Severa vigilancia* (1949) o *Los biombos,* la última, que terminó en 1961. En 1964 les dijo a Juan Goytisolo y a Monique Lange que había destruido sus manuscritos y renunciaba a la literatura. El resto de su vida volverá a los vagabundeos —pero era ya un personaje valorado y famoso—, al apoyo a todas las causas de la izquierda radical, a la homosexualidad y a la ocasional (sólo ocasional) escritura. Murió en un hotel de París en 1986 y pidió ser enterrado en Larache (Marruecos) en un viejo y abandonado cementerio de legionarios españoles. De Larache era su último amor conocido, Mohammed El Katrani. La homosexualidad (la que no quiere rendirse a ninguna norma, la que pide y reivindica la

marginalidad) está en toda su obra, incluida su película *Un chant d'amour* de 1950.

Sus *Poemas* —publicados por vez primera en 1948— participan del espíritu y modo de toda su producción. Cantos de amor a marginales muchachos condenados, en un lirismo que algo tiene de lorquiano, en impecables cuartetos de alejandrinos. Son siempre poemas largos. Doy unos fragmentos del más conocido, *El condenado a muerte* (dedicado a Maurice Pilorge, un chico de 20 años, asesino) en la traducción de Antonio Martínez Sarrión, publicada en 1981 (*Poemas*. Visor, Madrid).

EL CONDENADO A MUERTE

A Maurice Pilorge

El viento que en los patios arrastra un corazón;
un ángel que solloza suspendido de un árbol,
la columna de azul a la que envuelve el mármol
alumbran en mi noche salidas de emergencia.

Un pájaro que muere y el sabor a ceniza,
el recuerdo de un ojo dormido sobre el muro
y el dolorido puño que amenaza el azul
al cuenco de mis manos hacen bajar tu rostro.

Ese rostro más duro y grácil que una máscara,
más grávido en mi palma que en los dedos del caco
la joya que se embolsa, anegado está en llanto.
Es feroz y es sombrío y el laurel lo corona.

Es severo tu rostro como el de un monje griego.
Trémulo permanece en mis manos cerradas.
De una muerta es tu boca y allí rosas tus ojos,
y tu nariz, quizás, el pico de un arcángel.

La refulgente helada de un perverso pudor
que empolvó tus cabellos de astros de limpio acero,
que coronó tu frente de espinas de rosal.
¿Qué revés la fundió cuando tu rostro canta?

¿Qué fatalidad, di, centellea en tu mirada
con despecho tan alto, que el más cruel dolor,
visible y descompuesto orna tu bella boca
pese a tu llanto helado, de una sonrisa fúnebre?

No cantes esta noche «Les costauds de la lune».
Sé más bien, chaval de oro, princesa de una torre
que sueña melancólica en nuestro pobre amor;
o pálido grumete que vigila en la cofa

Y a la tarde desciende y canta sobre el puente
entre los marineros, destocados y humildes,
el «Ave María Stella». Cada marino blande
su verga palpitante en la pícara mano.

Y para atravesarte, grumete del azar,
bajo el calzón se empalman los fuertes marineros.
Amor mío, amor mío, ¿podrás robar las llaves
que me abrirán el cielo donde tiemblan los mástiles?

Desde allí siembras, regio, blancos encantamientos,
copos sobre mis páginas, en mi muda prisión:
Lo espantoso, los muertos en sus flores violetas,
la parca con sus gallos, sus espectros de amantes.

Con sofocados pasos cruza en ronda la guardia.
En mis ojos vacíos tu recuerdo reposa.
Puede ser que se evada atravesando el techo.
Se habla de la Guayana como una tierra cálida.

¡Oh el dulzor de la cárcel lejana e imposible!
¡Oh el indolente cielo, el mar y las palmeras,
las límpidas mañanas, los crepúsculos calmos,
las cabezas rapadas, las pieles de satén!

Evoquemos, Amor, a cierto duro amante,
enorme como el mundo y de cuerpo sombrío.
Nos fundirá desnudos en sus oscuros antros,
entre sus muslos de oro, en su cálido vientre.

Un macho deslumbrante tallado en un arcángel
se excita al ver los ramos de clavel y jazmín
que llevarán temblando tus manos luminosas,
sobre su augusto flanco que tu abrazo estremece.

¡Oh tristeza en mi boca! ¡Amargura inflamando
mi pobre corazón! ¡Mis fragantes amores,
ya os alejáis de mí! ¡Adiós, huevos amados!
Sobre mi voz quebrada, ¡adiós minga insolente!

¡No cantes más, chaval, depón ese aire apache!
Intenta ser la joven de luminoso cuello,
o, si el miedo te deja, el melodioso niño,
muerto en mí mucho antes que el hacha me cercene.

¡Mi bellísimo paje coronado de lilas!
Inclínate en mi lecho, deja a mi pija dura
golpear tu mejilla. Tu amante el asesino
te relata su gesta entre mil explosiones.

Canta que un día tuvo tu cuerpo y tu semblante,
tu corazón que nunca herirán las espuelas
de un tosco caballero. ¡Poseer tus rodillas,
tus manos, tu garganta, tener tu edad, pequeño!

Robar, robar tu cielo salpicado de sangre,
lograr una obra maestra con muertos cosechados
por doquier en los prados, los asombrados muertos
de preparar su muerte, su cielo adolescente...

La solemnes mañanas, el ron, el cigarrillo...
Las sombras de tabaco, de prisión, de marinos
acuden a mi celda, y me tumba y me abraza
con grávida bragueta un espectro asesino.

La canción que atraviesa un mundo tenebroso
es el grito de un chulo traído por tu música,
el canto de un ahorcado tieso como una estaca,
la mágica llamada de un randa enamorado.

Un muchacho dormido solicita las boyas
que no lanza el marino al dormido lunático.
Un niño contra el muro erguido permanece,
otro duerme encogido con las piernas cruzadas.

Yo maté por los ojos de un bello indiferente
que nunca comprendió mi contenido amor,
en su góndola negra una ignorada amante,
bella como un navío y adorándome muerta.

Cuando ya estés dispuesto, alistado en el crimen,
de crueldad embozado, con tus rubios cabellos,
en la cadencia loca y breve de las violas,
degüella a una heredera tan sólo por placer.

Súbito aparecer de un férreo caballero
impasible y cruel; pese a la hora, visible
en el gesto impreciso de una vieja que gime.
No tiembles, sobre todo ante sus claros ojos.

Del tan temido cielo de los crímenes
de amor viene este espectro. Niño de las honduras
nacerán de su cuerpo extraños esplendores
y perfumado semen de su verga adorable.

[...]

¡Te arropan con tal gracia tus mohínes de encaje!
Con un hombro apoyado en la palmera cárdena
fumas y la humareda desciende a tu garganta
mientras los galeotes, en danza ritual,

silenciosos y graves, por riguroso turno
aspiran de tu boca una pizca fragante,
una pizca y no dos, del anillo de humo
que empujas con la lengua. ¡Oh compadre triunfal!

Divinidad terrible, invisible y malvada,
tú quedas impasible, tenso, de metal claro,
sólo a ti mismo atento, dispensador fatal
recogido en las cuerdas de tu crujiente hamaca.

Tu alma delicada los montes atraviesa
acompañando siempre la milagrosa huida
de aquel que se ha fugado, muerto al fondo del valle
de una bala en el pecho, sin reparar en ti.

Elévate en el aire de la luna, mi vida.
En mi boca derrama el consistente semen
que pasa de tus labios a mis dientes, mi Amor,
a fin de fecundar nuestras nupcias dichosas.

Junta tu hermoso cuerpo contra el mío que muere
por darle por el culo a la golfa más tierna.
Sopesando extasiado tus rotundas pelotas
mi pija de obsidiana te enfila el corazón.

¡Mírala perfilada en su poniente que arde
y me va a consumir! Me queda poco tiempo,
Llégate si te atreves, surge de tus estanques,
tus marismas, tu fango donde lanzas burbujas.

¡Oh, quedadme, matadme, almas que yo maté!
Miguel Ángel exhausto, en la vida esculpí,
mas la belleza siempre, Señor, yo la he servido:
Mi vientre, mis rodillas, mis anhelantes manos.

Los gallos del cercado, la alondra mañanera,
las botellas de leche, una campana al viento,
pasos sobre la grava, mi celda clara y blanca.
Es alegre el cocuyo en la negra prisión.

No tiemblo ya, Señores! Si rueda mi cabeza
en el fondo del cesto con los cabellos blancos,
mi pija para gozo en tu grácil cadera
o, para más belleza, mi pichón, en tu cuello.

¡Atento! Rey aciago de labios entreabiertos
accedo a tus jardines de desolada arena
en que inmóvil y erecto, con dos alzados dedos,
un velo de azul lino recubre tu cabeza.

¡Por un delirio idiota veo tu doble puro!
¡Amor! ¡Canción! ¡Mi reina! ¿Es un espectro macho
visto durante el juego de tu pupila pálida
quien me examina así sobre la cal del muro?

No seas inclemente, deja cantar maitines
a tu alma bohemia; concédeme otro abrazo...
¡Dios mío, voy a palmar sin poder estrujarte
en mi pecho y mi polla otra vez en la vida!

¡Perdóname, Señor, porque fui pecador!
Los lloros de mi voz, mi fiebre, mi aflicción,
el mal de abandonar mi muy amada Francia
¿no bastan, Señor mío, para ir a reposar
    temblando de esperanza

en vuestros dulces brazos, vuestros castillos níveos?
Señor de antros oscuros, sé rezar todavía.
Soy yo, padre, el que un día a gritar prorrumpió:
¡Gloria al más ensalzado, al dios que me protege,
    Hermes del blando pie!

Solicito a la muerte la paz, los largos sueños,
un canto de querubes, sus perfumes y cintas,
angelotes de lana en tibias hopalandas,
y aguardo oscuras noches sin soles y sin lunas
    sobre landas inmóviles.

Esta mañana no es la de mi ejecución.
Puedo dormir tranquilo. En el piso de arriba
mi lindo perezoso, mi perla, mi Jesús
despierta. Y pegará con su duro chapín
    en mi cráneo rapado.

Parece que a mi lado habita un epiléptico.
La prisión duerme en pie entre fúnebres cantos.
Si ven los marineros acercarse los puertos
mis durmientes huirán a una América otra.

JUAN BERNIER. Nacido en La Carlota, un pueblo de la campiña cordobesa, en 1911, Juan Bernier vivió prácticamente toda su vida en la ciudad de Córdoba, dedicado a la investigación arqueológica en tareas municipales. Bernier fue uno de los fundadores (y padre por edad y aliento) de la revista *Cántico* en 1947 —en cierto modo, y sobre todo en su primera época, una rareza en la posguerra civil española— junto a los más jóvenes Ricardo Molina y Pablo García Baena.

En 1948 publicó Bernier el primero de sus libros, con cierta influencia del espíritu pagano de Gide, pero una dicción muy propia: *Aquí en la tierra*. Aunque Bernier no fue ajeno al toque social *(Una voz cualquiera,* 1959) y su poesía no siempre mantiene el mismo diapasón de altura, en sus mejores momentos es un alto creador como demuestra su casi poesía completa en aquel momento, *Poesía en seis tiempos* (1977), poco afortunado título, si se tiene en cuenta que junto a lo publicado hay allí una gran cantidad de poemas inéditos, algunos entre los mejores y más personales del poeta. Sin duda el Bernier más apreciable está en sus cantos paganos, en su terrenal apetito de lujuria, y en su continua alabanza de la anhelada belleza juvenil, cuyos tintes masculinos se hacen, con los años más evidentes.

Bernier dejó un *Diario* inédito (de 1937 a 1947), muy explícito en temas de homosexualidad, y cuya edición prepara ahora Juan Antonio Bernier, sobrino-nieto del autor cordobés. También pensó una *Antología efébica* (el tema de la belleza masculina adolescente) cuyo material me cedió —nunca me he decidido a utilizarlo o completarlo, como me pidió— en 1986. Juan Bernier murió en Córdoba en 1989.

Doy dos poemas de Bernier, de los que recogió en el apartado *Tiempo de deseo. Miro, ansiosamente miro...* pertenece a *Aquí en la tierra;* y *Presencia* aparece por primera vez en *Poesía en seis tiempos* y se dice escrito entre 1974 y 1975.

MIRO, ANSIOSAMENTE MIRO...

A Gerardo Diego

Miro, ansiosamente miro
como si fuera a escapar de mi pupila devoradora
el oro lánguido y el brillante ébano plasmado de los cabellos,
su onda esculpida en luz, su miel estriada,
su blonda exhalación curvilínea.
Miro, ansiosamente miro
los que son un muerto mar de azabaches oscuros
y los que vuelan como jirones desgarrados de ámbar y seda,
los que parecen pasados por el amarillento cedazo del otoño,
¡ay! los miro como aquellos otros de roja escarcha coralígena en el níveo lago de las frentes
o los que son como una ruina de plata oxidada o una veta de plomo recién abierta,
los miro como aquellos blancos, enteramente blancos. cuyo color antiguo es una interrogación sin respuesta...

Miro, ansiosamente miro
cómo se abrazan las telas al calor de los cuerpos,
cómo se escurren entre la carne;
cómo se desgajan y flotan para volver a acariciar los senos de las vírgenes
en una orgía de indefinible tacto los vestidos que tienen el color de ojos,
las sedas verde alga o de una efloración burbujeante de perlas amarillas,
los jerseys que ciñen los talles con una atracción de deseo coloreada
que se hunde un instante sobre la lana roja de los pechos
o se recrea perverso entre el escándalo decadente de las fibras amarillas.
Miro, ansiosamente miro
el oscuro azul que estrecha la piel tibia y rosada de los adolescentes
o el negro, ese negro que mata la sangre de los rostros pálidos
y recoge una secreta voluptuosidad en la violada sombra atrayente de los ojos.

Miro, ansiosamente miro
en el pétalo almendrado y tierno de los cuellos,
el oro que descansa sobre el estuche de carne,
en los cuellos donde un lirio blanco parece desmayarse

tal vez un solo rubí hiere como un ascua de destellos cambiantes
desde un pálido carmín hasta el más oscuro vidrio de sangre
o tal vez, como pequeños trozos roquizos de una tierra de dioses
los diamantes hacen restallar su coágulo de luz trémula y helada.
¡Oh! miro, ansiosamente miro
las joyas que sienten el latir de las venas
las esmeraldas como escamas de un reptil durmiente entre los senos,
los topacios, los ónices, los brillantes engastados en el platino agónico de los dedos...

Miro, ansiosamente miro
hasta que los ojos se duermen en el aéreo nimbo de perfume, que rodea las cabezas de estatua;
como ante una aspiración violenta de flores invisibles,
el espejo de las pupilas se empaña en éxtasis de sueño
ante este olor de una nuca donde mi beso no se atreve a pararse
o este adivinado de lirio o de nelumbo en cualquier ángel que pasa
y mi alma se enciende en una borrachera deslumbrante
porque la belleza es un hálito que cada ser derrama
de los cabellos, los vestidos, las joyas ardientes o el olor de los cuerpos
y yo siempre
miro, ansiosamente miro.

PRESENCIA

El muchacho era tan bello, que no era de este mundo
era otro mundo él solo, de flor y un manojo de venas.
Lo mirabas y era aparte, lejos de ti, como un bello animal suelto,
en un universo verde de agua y de praderas
Ponías la mirada en él y lo encontrabas vivo, igual que tú,
pero pensabas que era una flor, una gacela un junco, un lirio.
Querías amarlo, y resbalaba la mirada en la flor de carne,
y como miras a lo que tiene alma y venas y sentidos,
el muchacho pasaba ante tus ojos de entrega,
sin verte, sin mirarte, dando muerte a tu mundo,
con su presencia plena,
para la que no existías...

VIRGILIO PIÑERA. Nacido en Cárdenas (Cuba) en 1912 y muerto en La Habana, en 1979, Virgilio Piñera (tras los años en que fue perseguido y silenciado por el castrismo) se ha convertido ahora en un icono de la literatura cubana más libre y honda. Piñera empezó como poeta pero en seguida se volvió narrador y autor de teatro, donde cosechó éxito y prestigio. Tras separarse de *Orígenes* —la famosa revista de Lezama Lima— fundó una fugaz alternativa, *Ciclón*. Vivió algunos años después en Buenos Aires, donde conoció y trató a Gombrowicz y fue uno de los principales coautores de la reescritura (más que traducción) al castellano de *Ferdydurke*.

Su primer libro de poemas, *Las Furias,* es de 1941. Pero sus obras más notables serán los relatos (entre el existencialismo y el absurdo) de *Cuentos fríos* y la excepcional novela simbólica que es *La carne de René* de 1952. Su más famosa obra de teatro fue *Electra Garrigó,* en 1949.

La Revolución castrista lo respetó en un principio, pero a partir de 1968 (y hasta su muerte) lo silenció por entero, entrando en ello causas políticas y morales, como la evidente homosexualidad de Piñera. Antón Arrufat, que fue su discípulo y amigo, ha reunido y prologado toda su poesía —con bastantes inéditos, poesía cercana a sus mismos postulados narrativos— en el tomo *La isla en peso* (título de un antiguo y gran poema de Virgilio Piñera) publicado por Tusquets, Barcelona, en 2000.

Doy dos poemas de Piñera sacados del mencionado tomo: *El resultado*, escrito en 1962, y *Palabras de joven* de 1978.

EL RESULTADO

Cuando me arrepienta
de mis crímenes
te enviaré un telegrama.
Vendrás vestido de blanco,
darás lechada a mi alma.

Lloraré sobre tu hombro
para constelar tu traje;
negros diamantes en tu pecho
y negro de humo en tus entrañas.

Enfundaremos el puñal
en un sueño desorbitado:
tomará la forma del cordero
que surge del tigre desatado.

Con las heridas haremos rimas
y con los gritos charadas;
la expiación será un pasatiempo
en la eternidad que me aguarda.

Después me sentaré a la mesa
para comer del pan sagrado:
yo lo partiré negro,
tú me lo darás blanco.

PALABRAS DE JOVEN

Para Roberto Pérez
en sus veintitrés años

Eternamente joven en su instante,
el joven pasea entre los lirios del camposanto,
y deja oír su tonada.
¡Oh, muertos! Estoy tan lleno de vida,
late en mi corazón, en mi frente.

Esplendo como un sol,
y tengo en la garganta un ruiseñor.

Se dispone a vivir, ¡oh, delicia!
El agua,
que no lava llagas en su piel,
la deja bruñida
como el escudo de Perseo.

Soy el mágico espejo
en que depositan sus sueños los amantes.
Cantadme himnos, alabanzas.
Soy un ensimismamiento para los sentidos,
y una fragancia para el alma.

El joven pasa desafiante.
Sol, luna, estrellas.
Yo soy la seducción. Vengan a adorarme.

TENNESSEE WILLIAMS. Nacido en 1914 en Columbus (Misisipí) Tennessee Williams tuvo una infancia y una juventud difíciles hasta que le llegó el éxito como autor dramático, en 1944, con *El zoo de cristal*. A partir de ese momento se sucedieron sus éxitos teatrales, en obras que también el cine (aunque a veces reduciéndolas un tanto) volvió míticas: *Un tranvía llamado deseo* (1948), *Dulce pájaro de juventud* (1961), *De repente, el último verano* (1959)... Sin embargo, pese a su estelar papel de dramaturgo (sin duda uno de los grandes del siglo XX), Williams fue también un destacado prosista (cuentos, novelas cortas, entre ellas *La primavera romana de la Sra. Stone,* 1950) y también un poeta que publicó poco, porque la poesía está visiblemente diseminada por toda su restante obra.

Su primer libro de versos —*En el invierno de las ciudades*— se publicó en 1964, y ya en 1968 fue traducido al español (en Argentina) por Juan José Hernández y Eduardo Paz Leston. Su segundo —y último— libro de poemas lo publicó Tennessee en 1977, *Androgyne, mon amour*. Travestido o no, lo homosexual (la pasión por lo masculino) es visible en toda la obra de Tennessee Williams, y no se hurta en sus regulares *Memorias,* editadas en 1975. Tennessee murió en Nueva York en 1982.

El primero de los tres poemas de T. W., *San Sebastián de Sodoma*, pertenece a su primer libro y va en la versión de los antedichos poetas argentinos. Los dos siguientes —de *Androgyne, mon amour*— han sido traducidos especialmente por Luis Muñoz para esta antología.

SAN SEBASTIÁN DE SODOMA

¿Cómo murió San Sebastián?
Las flechas atravesaron su garganta y su muslo
que antes sólo conocieron
los padecimientos reservados a una concubina.

Por encima de él, apenas encima,
revoloteaba su dorada corona de mártir.
Hasta la Virgen, desde su torre celestial,
se inclinó hacia abajo, levemente,

y al inclinarse, levantó
el borde de una nube para espiarlo.
Dulcemente inquieta, María balbuceaba
al observar el vuelo de las flechas.

Y mientras la copa que fue profanada
daba su dulce, desmedido vino,
todas las doradas campanas del cielo
ensalzaron a la concubina del emperador.

TÚ Y YO

¿Quién eres?
Una superficie cálida para mis dedos,
una forma sólida, un ocupante del espacio,
una clase improvisada de diversión,
un ser sin pena que se escurre como el agua,
algo dejado sin terminar, alejado de las materias inferiores,

algo en lo que pensó Dios.
Nada, algunas veces todo,
algo en lo que no puedo creer,
una discusión tonta, tú, tú mismo, no yo,
un enemigo mío. Mi amante.

¿Quién soy?
Un hombre herido, mal vendado,

un monstruo entre ángeles o un ángel entre monstruos,
una caja con papelitos de preguntas sacudidos y esparcidos por el suelo,

un pie sobre las estrellas, una voz sobre un hilo,
una colección completa de pulgares que imitan a los otros dedos,
un enemigo tuyo. Tu amante.

UNOS HOMBRES JÓVENES QUE SE LEVANTAN AL AMANECER

Unos hombres jóvenes que se levantan al amanecer pueden tener miedo y ser
desalojados demasiado rápidamente
de los irrecordables, protegidos sueños de sus madres.
De repente, entonces, pueden sentir
la enormidad verdadera de la exposición a la suerte. La mañana, recién llegada,
está llena de murmullos que sospechan
no pueden conocer
¿y en quién han de tener confianza
(asumiendo, imprudentemente, que ellos todavía puedan tener confianza)
sino en uno (tú)
cuyo nombre ha sido barajado dentro de la confusión de muchos de la última noche?
Te miran por debajo con cautela mientras das vueltas y suspiras en tu sueño.
Tienen envidia de ti, de tu sueño,
que te protege de los murmullos que parecen cada instante crecer más claros.
Se incorporan; amargamente en el borde de tu cama, encorvados, y tiemblan como
viejos en un banco tosiendo con toses tabacosas.

Pregunta: si no estuvieses durmiendo,
¿los llamarías para que volvieran a un olvido cálido contigo,
o, si te levantaras en este momento,

podría ser que no fueran para ti tan sin nombre como tú para ellos
y menos aún gente de fiar? Probablemente sí,
existe una sospecha,
entre los emblemas heráldicos del escudo de tu corazón,
la que parece más imborrable,
como si estuviera esculpida o grabada al fuego.

¿Qué pueden hacer entonces
sino incorporarse amargamente en el borde de tu cama, deslumbrados
frente
a la luz presa que la mañana da?

¿Será mejor a las diez que a las siete?

Otra pregunta a la que responder,
equívoca, espera
en el autoritario tic-tac de un reloj, de muchos, tantos relojes,
y entonces, sin decir sus nombres o sin que sean tocados sus
presentidos cuerpos,
descienden de nuevo hasta el misterio de la cama,
y dejan cerradas las persianas para retener el día
un rato más.

RICARDO MOLINA. Fundador y principal gestor de la revista *Cántico,* Ricardo Molina nació en Puente Genil (Córdoba) en diciembre de 1916 —quizá por ello en muchos lugares diga 1917 o aun 1918— y murió, de una enfermedad cardíaca, en enero de 1968. El poeta que, quizá, más atareada y profesionalmente se dedicó a la poesía de todo el grupo *Cántico,* no pudo ver por esa prematura muerte la gran revalorización que todo el ámbito y los poetas de *Cántico* experimentaron a partir de mediados de la década de 1970.

Aunque en casi toda la poesía amorosa o de contemplación estética de Ricardo Molina (desde luego, no son esos sus únicos temas) se percibe un aura de sensualidad homoerótica, dadas las fechas de sus libros éditos, ello ocurre más por el tono y la ausencia casi total de femeninos que por la explicitud, que se acerca en la evocación del *saki*, el copero de los banquetes arabigoandaluces.

Los principales libros de Ricardo Molina (que vivió siempre en Córdoba, más bien humildemente, como profesor) son *Elegías de Sándua* (1948), *Corimbo* (1949) y *Elegía de Medina Azahara* (1957). La calidad ha descendido en el último libro que publicó en vida, *A la luz de cada día,* en 1967. Dejó bastantes inéditos, muchos de los cuales aparecieron en los dos tomos de su *Obra poética completa* (Granada, 1982).

Doy dos poemas: *Junio* pertenece a un *Cancionero,* inédito en vida del autor, escrito a finales de los años 40. El otro, *Copero persa. Homenaje a J. W. Goethe*, pertenece al libro *Homenaje,* inédito también como tal en vida del autor, y escrito probablemente a partir del fin de los años cincuenta

JUNIO

¡Ah! Esta tarde
en que me ciega la hermosura con sus mil espejos,
esta tarde de junio
en que hasta las piedras despiden fulgores de suave gloria
yo también quisiera ser bello.

¡Oh!, ser bello y feliz
y marchar hacia ti desnudo a través de las altas hierbas,
coronado de vides silvestres
y decirte:
«¡Contémplame, amor mío.
Bello soy lo mismo que los antiguos pastores.
Bello soy, pero tuyo.
Ama en mí la tierra y el cielo,
porque soy tuyo.
Mi cuerpo atezado y enrojecido por el sol y los aires,
mi rostro que sueña y sonríe,
mi cuello rojizo y moreno,
mis hombres robustos y suaves,
mis brazos dorados,
mi pecho henchido de fuerza amorosa,
mi ardiente cintura, mis muslos salvajes,
mis piernas, mis pies, ah, todo mi cuerpo
es tuyo!

Tuyo como mi alma
que es mucho más bella
pues ella me pone en la boca
estas dulces palabras de amor como luna de vino.»

(Cuarteto de las arpas.)

COPERO PERSA

HOMENAJE A J. W. GOETHE

I

Hemos amado muchas cosas
en nuestra larga vida,
como caminante que deja
preso su corazón
en cada venta o cada villa
que le salen al paso.
Pero de todo nada amamos
cual nuestra sed.

II

Tenemos sed y la amamos.
Es una luz honda
que nos acaricia por dentro
y sufre en la boca.

Vano es cantarla. Sentirla
solamente importa,
y amarla si sufre o si
canta triste y sola.

¿Por qué nos ofreces, di,
luna, jazmín, copa
y en torno a nuestro deseo
gentilmente rondas?

Ah ¿por qué, saki, tus labios
rojos en la sombra
al deseo que nos desvela
abrasan la rosa?

¿Quién podrá apagar la sed
que nos devora
si es luna fiel de sí misma
vino, beso y boca?

III

Criatura cuyo destino
bello como el de la luna
nos encadena a la gracia
y al ensueño nos subyuga.

Todo cuanto hemos amado
antes, ya es como si nunca
hubiera existido. Ahora,
en la honda noche, la única
realidad que proclama
la vida eres tú, criatura
ajena a su propio encanto,
y a sus propios dones.
Juntan
cielo y tierra en tu persona,
hombre y dios en tu figura,
un ministerio dulcísimo.
Qué consolación nocturna
difunde en la clara sombra
tu presencia. ¿No renuncia
ante ella la desvelada
razón a sus desventuras?
Vino, inspiración, poesía,
trama trémula y confusa
de la noche. Fantasía.

GLORIA FUERTES. Nacida en Madrid, en 1918, en una familia humilde, Gloria Fuertes no ocultó demasiado —en su vida— su visibilidad homoerótica, pese a la dura época en que vivió juventud y madurez primera. Pero su poesía (abundosa, alta en algunos momentos, muy popular e inmediata en otros) prefirió mantenerse en ese tema —hay otros, conviene no olvidarlo— en zonas menos explícitas. Cuando se hizo célebre (en los años 70) como autora de literatura infantil, no era buen momento —aunque históricamente lo fuera— para exhibir ese otro amor. Una tarde, en su casa, Gloria (en 1992) me contó que ella empezaba algunos de sus recitales, *para dar morbo* dijo o algo así, con este poemita: «Tengo una amiga / que se llama Tenta. / Por eso quiero estar / siempre con-Tenta.» Sin embargo en sus poemas más hondos (Gloria tiene una espléndida antología, como ya viera en su día Gil de Biedma) el amor y el desamor y las secuelas de su ser más callado y trágico, son evidentes. Gloria —siempre quiso ser *Gloria,* a secas— murió en Madrid, en 1998, cuando con su último libro —*Mujer de verso en pecho,* 1995— intentaba recuperar el prestigio que (presumiblemente) le quitara su arrollador éxito en la televisión y la literatura infantiles. Entre sus libros mejores, *Aconsejo beber hilo* (1954) o *Ni tiro, ni veneno, ni navaja* (1965).

Doy dos poemas, el muy celebrado *Cabra sola* (de *Poeta de guardia,* 1968) y *La huéspeda* de *Cómo atar los bigotes del tigre* (1969), poema que —acaso significativamente— a Gloria no le gustaba leer en público. Los tomo de la edición *Obras incompletas* (Cátedra, Madrid, 1990) hecha y prologada por la autora misma.

CABRA SOLA

Hay quien dice que estoy como una cabra;
lo dicen, lo repiten, ya lo creo;
pero soy una cabra muy extraña
que lleva una medalla y siete cuernos.
¡Cabra! En vez de mala leche yo doy llanto.
¡Cabra! Por lo más peligroso me paseo.
¡Cabra! Me llevo bien con alimañas todas.
¡Cabra! Y escribo en los tebeos.
Vivo sola, cabra sola
—que no quise cabrito en compañía—,
cuando subo a lo alto de este valle,
siempre encuentro un lirio de alegría.
Y vivo por mi cuenta, cabra sola;
que yo a ningún rebaño pertenezco.
Si sufrir es estar como una cabra,
entonces sí lo estoy, no dudar de ello.

LA HUÉSPEDA

Sin comerlo ni beberlo
nos han encerrado en el Cuarto Oscuro
—¡la vida!—
(¡Qué cuarto de hora tan pequeño!)
¡Qué cuarto tan pequeño sin ventanas!

El mío tiene dos puertas eso sí,
una cerrada,
—¡Y sólo Dios sabe dónde está la llave!—
y la otra de par en par…

Por ella entra y sale la fulana de la angustia…
… La dejé entrar en casa,
y me pidió quedarse,
me pilló en mal momento,
y la di manta y todo.
Vino para una noche,
y ya va a hacer dos años;

… empezó a meter muebles,
y a adularme los versos…
Otras veces intenta matarme con su vino,
o con su droga barata de tristeza…
¡Voy a hacerlo!
¡Quiero deshacerme de ella…

… El Abogado dice que no tengo derecho,
que ha pasado el período…
y que ha metido muebles…
y sigo con la Huéspeda.
La zorra de la angustia
anoche llegó mala…
¿Y cómo voy a echarla
si me vino preñada de esperanza?

JORGE EDUARDO EIELSON. Nacido en Lima (Perú) en 1921, Jorge Eduardo Eielson pertenece a esa generación o grupo peruano que —en los años 40 y 50— creó una poesía, de origen surrealista y simbolista, esencialmente *lujosa,* en la que estuvieron también Martín Adán o Emilio Adolfo Westphalen. Venían de José María Eguren, de Moro, también de Rilke... Eielson (muy conocido como pintor y que ahora, y desde los años 50, vive en Roma) es escritor de obra corta —algunos de sus libros no pasan de *plaquettes*— pero enormemente significativa de una poesía como magia verbal, incluso cuando tal poesía —a partir de *Habitación en Roma,* 1952— se fue volviendo más directa o comunicativa, sin perder la magia de *Reinos* (1945) o *Canción y Muerte de Rolando* de 1944...

Sus últimos libros poéticos son *Ceremonia solitaria* (1982) y un libro *Sin título* (con hermoso cuadro abstracto del poeta en la portada) publicado por Pre-Textos, Valencia, en 2000. Siempre inquieto, la obra de Eielson —adelgazándose en quintaesencia— comprende además de la pintura y algunas obras teatrales cortas la novela *El Cuerpo de Guliano,* editada en México en 1971.

Los tres poemas que doy de Eielson (pertenecientes a su última etapa, a la que se abre con su vida en Roma) han sido elegidos para esta antología por el también poeta peruano, Martín Rodríguez-Gaona. Una pequeña antología de Eielson —sin duda incompleta— es la realizada por Rafael Vargas para Fondo de Cultura Económica, Lima, 1996 (Jorge Eduardo Eielson, *Antología).*

PIAZZA DI SPAGNA

¿Quién ha dicho que el cielo
no es sino un viejo tambor
completamente inútil
y sin sonido?
subimos por la escalinata
más suave del mundo
¿qué cosa vemos?
un segundo sol
más pequeño y luminoso
que el de siempre
y que se inclina lentamente
de nombre keats
un tercer sol diminuto como un niño
con el cabello rubio al viento
de nombre shelley
ambos ingleses y puros
niños poetas que la eternidad ha encerrado
en un mismo crepúsculo latino
juntos los dos y nunca divididos
ni por las mujeres
ni por la gloria
ni por la misma tierra elegida
dulces poetas de albión
¿duermen desnudos todavía
los estetas
en una alcoba de roma
perfecto dúo sin vida que aún murmura
una divina melodía
que ya nadie recuerda?

FORO ROMANO

todas las mañanas cuando me despierto
el sol arde fijo en el cielo
el café con leche humea en la cocina

yo le pregunto a quien me acompaña
¿cuántas horas he dormido?
pero nadie me responde

abro los ojos y los brazos buscando un apoyo
toco mi mesa de madera y la noche cae con
violencia
un relámpago apaga la luz del sol
como la luz de una vela
vuelvo a preguntar
¿el café con leche de hace siglos humea aún en
el polvo?
pero nadie me responde

en la oscuridad me levanto y lo bebo
pero compruebo que la leche está helada
y el café encendido yace como el petróleo
a varios kilómetros bajo tierra:
una silenciosa columna se desploma entre mis
brazos
convertida en cenizas
bruscamente el sol vuelve a elevarse
y declinar rápidamente
en una tempestad de hojas y pájaros rojizos
dentro de mi habitación el crepúsculo brilla un
instante
con sus cuatro sillas de oro en las esquinas
trato de recordar mi infancia con las manos
dibujo árboles y pájaros en el aire como un
idiota
silbo canciones de hace mil años
pero otra columna de cenizas se desploma entre
mis brazos
y mis manos caen cubiertas de repentinas
arrugas
claramente ahora el agua del lavabo
me recuerda mis primeros baños en el río
vagos rumores desnudos perfumes viento
cerdos empapados bajo la sombra de los
naranjos

¿mi memoria es quizá tan inmortal como tu
cuerpo
cuando te desnudas ante mí
tú que no eres sino pedazo de mármol
montaña de polvo
columna
reloj de ceniza
hueso sobre hueso que el tiempo avienta en mis
ojos?
¿no recuerdo acaso las últimas horas de la noche
cuando te besaba enfurecido sobre mi catre de
hierro
como si besara un cadáver?
yo le pregunto a quien me acompaña
amor mío velocísimo
¿cuánto tiempo ha pasado desde entonces
cuántas horas
cuántos siglos he dormido sin contemplarte?
pero nadie me responde.

SERENATA

El dulce Caco clama entre sus joyas, sus amores
y sus heces.
Quieto animal de hastío: cubridlo de rocío.
Mansa mujer que atravesáis su cuerpo dormido:
tended vuestro armiño, vuestro cabello, apaciguad
su sangre.
Dormido así, su vida es sólo baba y olvido,
y viento que abriga y perdona, económico y
dulce.
De su bolsillo emergen conos de fruta y pescado,
y un saxofón perdido, como una ola de oro,
salpica su corazón sin despertarlo. Deber tuyo es,
mujer vestida de iguana, arrodillarte y decirle:
bendito seas, amor mío, por luminoso e imbécil,
por desordenado y triste, porque te comes las
uñas
y los piojos y los lirios de tu santa axila,

y amaneces como un loco sentado en una copa.
Bendito seas, amor mío, que nunca has llorado,
bello rostro agusanado y borrado antes del beso,
después del poema, el canto y la pura blasfemia.
Bendito seas, amor mío, por tener huesos y
    sangre,
y una cabeza pálida y soberbia, partida por el
    rayo.
Y por no estar jamás ni en triunfo ni en derrota,
sino amarrado como un tigre a mis cabellos y
    mis uñas.
Bendito seas por gruñón, por delicado y estúpido,
por no tener infierno ni cielo conocido, ni muerte
ni vida, ni hambre ni comida, ni salud ni lepra;
medusa de tristes orgías, de penas jubilosas,
de torpes esmeraldas en la frente, y bosques
de cabellos devorados por el viento.
Vacío de sesos, de corazón, de intestinos y de
    sexo,
bendito seas, amor mío, por todo esto y por
    nada,
por miserable y divino, por vivir entre las rosas
y atisbar por el ojo de la cerradura cuando
    alguien se desnuda.
Viva sombra destructora de mejillas y de espejos,
ladrón de uvas, rapazuelo, dios de los naipes y la
    ropa sucia.
Dulce Caco de celestes dedos y cuernos de hierro,
señor del vino que me matas con dagas de
    heliotropo.
Bendito seas, labios de gusano, cascada de avena,
por poderoso e idiota, por no tener hijos ni
    padres,
ni barbas ni senos, ni pies ni cabeza, ni hocico
    ni corola,
sino un ramo triste de botones sobre el pecho.
Bendito seas, amor mío, por todo esto y por
    nada,
bendito seas, amor, yo me arrodillo, bendito seas.

PIER PAOLO PASOLINI. Para muchos —fuera de Italia— Pasolini (1922-1975) fue sobre todo un director de cine, renovador y atrevido —que visibilizó la homosexualidad, al menos, desde *Teorema* (1968)— antes que un escritor plural, y sobre todo un poeta. Sin embargo, Pier Paolo Pasolini empezó como poeta y nunca dejó de serlo. Su primer libro, *Poesie a Casarsa* de 1942, lo escribió en friulano, la lengua de su familia materna, en ese Friuli donde pasó la segunda guerra mundial.

Sus grandes éxitos, en novela, serían *Ragazzi de vita* (1955) —sobre los muchachos en las barriadas romanas— o *Teorema,* en seguida llevada por él mismo al cine. En poesía (en la que predominan poemas largos, el compromiso y la pasión política, mezclados al análisis de su afectividad, también familiar) *Le ceneri di Gramsci* (Las cenizas de Gramsci) de 1957, *Trasumanar e organizzar* (1971) o *La nuova gioventù* (La nueva juventud) publicado el mismo año de su muerte, y que parcialmente era reescritura de uno de sus libros juveniles, *La meglio gioventù* (1954), que es donde aparecen más poemas de tipo sentimental o amoroso. Periodista e intelectual comprometido con la izquierda, cineasta provocador —ahí quedó el hito póstumo de *Salò*—, poeta del compromiso y la introspección, Pasolini fue asesinado por un chapero adolescente una madrugada de principios de noviembre, en la playa de Ostia, según muchos en una salvaje muerte muy acorde con su vida, y según otros en una trampa (en la muerte habría participado más de una persona) organizada por sus enemigos políticos de la derecha cristiana. El propio Pasolini había escrito en un poema: «Sexo, muerte, pasión política, / son los objetos simples a quienes doy / mi corazón elegíaco. (...)» Van tres poemas —en traducción de Delfina Muschietti, *Poemas,* Pier Paolo Pasolini, Plaza Janés, Barcelona, 1999— tomados de sus libros más líricos o sentimentales (y de poemas más breves), *La mejor juventud* (1941-1953) —los dos primeros— y *La nueva juventud* (1974), el último.

DAVID

Apoyado en el pozo, pobre joven,
vuelves hacia mí tu cabeza gentil,
con una risa grave en los ojos.

Tú eres, David, como un toro en un día de abril,
que de la mano de un muchacho que ríe
va dulce a la muerte

COMO UNA BRISA LIGERA

Tú que te abotonas
la ropa tras las violetas
¡vuelto ángel! devuelve
mi corazón a su destino.

Pero es un destino con el claro
de tus ojos... Y tú, de pie,
perdido en la tarde
que muere sin mí.

Sí, tendrás una noche
de aldeanito inocente,
con mi amor que te besa
como una brisa ligera.

¡OH, YO JOVENCITO!

Yo quería ser mi madre
que me amaba, pero
no quería amarme a mí mismo.
Y entonces fingía ser
un joven pobre.

No podía convencerme
de que también en un burgués

hubiera algo para amar:
aquello que amaba mi madre
en mí, puro y despreciado.

Nada ha cambiado:
me veo todavía pobre
y joven; y amo sólo a aquéllos
como yo. Los burgueses
tienen un cuerpo maldito.

PABLO GARCÍA BAENA. Otro de los fundadores de la ya mencionada revista *Cántico* —1947—, Pablo García Baena nació en Córdoba en 1923. Tras su etapa como poeta y gestor de la revista, en los años 40 y 50, Pablo (como otros miembros del grupo) entró en un largo silencio poético dedicándose al comercio de antigüedades en la costa de Málaga, donde vive actualmente.

A partir de mediados de la década de 1970, los poetas entonces nuevos en España, los *novísimos* o *venecianos,* inician un proceso de rescate y recuperación del grupo *Cántico,* logrando que a finales de esa misma década muchos de estos poetas se consideren entre los principales de la posguerra española. La mayoría —además— rompió su silencio poético y volvió a escribir o a publicar. Como sabemos, Ricardo Molina ya había muerto. El tema homoerótico (subyacente en parte de su producción anterior) ahora podía mostrarse con mejores luces. Pablo García Baena publicó su primer libro, *Rumor oculto,* en 1946. *Antiguo muchacho* de 1950, fue su libro emblemático de la primera época, acaso con *Junio* (1957). Elegía, paganismo, esteticismo... *Antes que el tiempo acabe* es de 1978 (fue su libro de retorno a la poesía) y su último libro publicado, por hoy, es *Fieles guirnaldas fugitivas* de 1990.

Doy tres poemas de Pablo sacados de la edición de su *Poesía completa* (*1940-1997*) prologada por mí (Visor, Madrid, 1998): *Rondel para un joven violinista,* pertenece a *Junio. Cándido* a *Antes que el tiempo acabe,* y *Bobby* (tercer poema del conjunto *Tres voces del verano)* a *Fieles guirnaldas fugitivas.*

RONDEL PARA UN JOVEN VIOLINISTA

Mi canto, para aquél que no sabe
mi nombre. Para aquél que no sabe,
mi sonrisa. Y mi amor para mí,
creciendo ante la luna, alzándose a la luna
inmóvil bajo el ropaje rígido,
bajo el plegado áureo de su luz
y la fugaz diadema de la fiebre
ardiendo con su gema misteriosa...
Para aquél que no sabe, mi canto y mi sonrisa.
Para ti, con tus labios de tierra,
que en góndola embriagada pasas
suave y silencioso
acariciando oscuros cabellos de violines,
el mar tiránico y la inhumana dádiva de la música
por quien desfalleces y para quien eres sólo
un torpe vaso donde ella vierte avara
unas gotas falaces de su vino,
mientras, alta, en la alta gradería,
ella ríe sagrada y desleal.
Tu beso vivo
para la carne de la humilde madera
que la armonía esparce sólo con ser tu espejo,
y los puros sonidos,
cuando pulsas sombrío el corazón nocturno
en las cámaras frías donde arde el tenebrario de la madrugada,
acuden a tu mano como trémulas aves
sumisas, en espera de la simiente pródiga.
Sueñas con escenarios, pesados terciopelos de telones
que un éxtasis de aplausos detuviera.
Gala de las arañas encendidas
y los hombros desnudos por los palcos:
perlas enfermas en gargantas níveas
y un zumbel de doradas abejas coronándote.
Haydn de nuevo... Y la hortensia morada
de tus párpados agrandándose lívida,
ignorando que hay un pájaro libre en tu ventana
picoteando en el cristal sonoro,
y la inicial de una muchacha escrita en la manzana que te comes,
y un canto para ti, que no sabes mi nombre,
para ti que no sabes mi sonrisa.

CÁNDIDO

Tanto tiempo en silencio, tantos días
juntos sobre el jergón encarnizado,
sobre el ara o caverna de la cama
que altas cortinas, como altivos muros,
defendían de gritos y de música.
Amablemente preso te tenía
amor de garra y seda leonada,
inerme animal capturado
en incendiados bosques venatorios.
Mas en tus ojos un oscuro brillo
forestal, un latido bronco y libre
me decían que no es lo suficientemente
espesa la red entretejida
como nupcial velambre o madriguera,
ni la llave de oro y la carlanca
seguras contra el odio del vencido.
Así un día te fuiste y los perros
ladraron a tu muerte entre la niebla,
entre el olvido, pájaro de lágrimas.
Por las torres de Córdoba llovía...
Vuelves ahora en altas madrugadas
de recién lluvia, a encender los cirios,
ceremonial augusto del recuerdo,
por mi noche que alúmbrase en lo hondo
de nueva luz, oh lívidos puñales
levantados, fantasmas fulgurantes,
cartas, fotografías, siemprevivas,
volved a vuestras vainas, a los féretros
silenciosos que arrastra la corriente.
Junto a las olas yo también soy libre.

BOBBY

No era el amor y se llamaba Antonio.
Hablaba como un indio del Far-West:
«hombre alto», «boca larga». Era de Fuengirola.

Y siempre había un teléfono donde llamarlo cuando
—y reía—
la noche era más larga, más amarga, más lenta.
Por las villas de canos jubilados de Holanda,
por la *suite* de la vieja dama inglesa,
la viuda o divorciada más allá de los ácidos,
por el apartamento oscuro del borracho,
surgía su desnudo auroral como Jonia.
Era animal de dicha y entraba fiel, ruidoso,
un grueso calabrote de plata por el cuello...
Sobre muebles de Herraiz o lacas chinas,
biombo bermellón de zancudas doradas,
o en raída moqueta o taquillones
de castellano en serie,
iba dejando las botas deportivas,
los calcetines rojos,
el pequeño taparrabos celeste,
la camiseta como broquel de un pecho
sin defensa. Portador de alegría,
tal un dios de tobillos alados que bajara
a los orcos humanos
ahuyentando la lágrima, la carta, los somníferos,
la desesperación y su lívida mecha.
Y una noche me dijo, su lengua por mi oído,
«Quisiera haberme muerto».

EUGÉNIO DE ANDRADE. Nacido en Póvoa de Atalaia en 1923, Eugénio de Andrade (que desde hace bastantes años vive en Oporto) está considerado hoy como uno de los mayores poetas vivos de Portugal. Publicó su primer libro, *Adolescencia,* en 1942 pero él considera sólo principios *—primeros poemas—* lo anterior a *Las manos y los frutos* de 1948, título muy característico de su producción y estilo, algo influido, al inicio, por algunos poetas españoles de la *generación del 27* (Andrade tradujo a Lorca al portugués). La obra lírica de Eugénio de Andrade es amplia y rica, y va desde el poema breve —apenas un chispazo— hasta el poema en prosa. Pero siempre, dentro de la evolución y la variación, Andrade es un poeta pagano, lleno de amor al cuerpo y a la tierra —amante de lo terrenal— en una poesía donde transparencia o misterio jamás niegan la delicadeza, que se vuelve a menudo exquisita. Entre sus varios libros: *Memoria de otro río* (1978), *Blanco en lo blanco* (1984), *La sal de la lengua* (1995) o *Los surcos de la sed* (2001), su último trabajo hasta ahora, que ha aparecido simultáneamente en portugués y en español.

Eugénio de Andrade está bastante traducido a nuestra lengua desde que Ángel Crespo publicara una *Antología poética* —bilingüe— en 1981. Ahora Ángel Campos Pámpano acaba de publicar (2001) una amplia antología de Eugénio de Andrade con el título de un verso del portugués, *Todo el oro del día (1940-2001).*

De los tres poemas que doy de Eugénio de Andrade, los dos primeros pertenecen a *Vertientes de la mirada* y la traducción es de Ángel Crespo. El último, de *La sal de la lengua,* es traducción de Ángel Campos Pámpano.

MÁS SOBRE LA PUREZA

No me gustaría insistir, pero la belleza de los jóvenes que se aman es melancólica. No saben todavía que el deseo de muerte es el más perverso, que sólo una cosa los tornaría puros: robar el fuego e incendiar la ciudad.

EL MUCHACHITO DE YORK

Escucha, voy a hablarte del muchachito al que Álvaro de Campos tanto creyó amar. Era inglés, naturalmente, y tenía dieciséis o diecisiete años cuando lo encontró en Londres, durante unas vacaciones del último año de Glasgow. Frederik era el quinto hijo de un pastor de almas de York, estudiaba arte dramático y llevaba una vida a la que no podría llamarse fácil, pues la mensualidad de su padre, cuando había necesidad de medias suelas en los zapatos, obligaba a apretarse el cinturón. Álvaro, sintiendo que el chico estaba en apuros, le invitaba a menudo a cenar. Pero no era ésa la única razón.

Como disponían de tiempo, pasaban algunas tardes tendidos en la hierba de Hampstead, pero no iban más allá de algunas caricias, con recelo de ser sorprendidos. Freddie hablaba de los prados y bosques de Yorkshire como si en ellos comenzase el paraíso, y el otro le iba revelando algunos secretos de los versos de Shakespeare y de Walt Whitman; un día le habló incluso de unos indicios de sensualidad que, en los sombríos corredores del liceo, había sentido por una especie de muchacha, antes de irse a Glasgow; pero amar a alguien así era la primera vez que le sucedía, acabó por decir con una voz oscura, casi espesa, que no era la suya. Al despedirse, Freddie le pidió que pasase por su cuarto a la mañana siguiente. A pesar de estar desierta la casa a aquellas horas, el miedo casi impedía que el amor le bajase al cuerpo. Fue una de aquellas mañanas cuando al empezar el muchachito a recitar *Shall I compare thee to a summer's day? / Thou art more lovely and more temperate...*, Álvaro le enseñó cómo debían leerse los versos de Shakespeare o de quien quiera que fuesen: con la naturalidad que tienen el correr del agua y el ritmo del habla. Eso, Frederik no lo olvidaría nunca.

No me preguntes cómo he sabido todo esto, sería muy indiscreto de tu parte.

EL MUCHACHO DE PASOLINI

Tiene el brazo levantado hacia el sol
que rompe muy distante todavía
de su sueño; es un muchacho
de esos de Pasolini espléndidamente
desnudo, plantado en la tierra;
el brazo derecho,
como ya he dicho, levantado; el otro
le cae sin dejadez a lo largo
del cuerpo; la sonrisa
comienza en los ojos de su madre
y en él la pena
de ser traicionado no se anuncia
todavía; el futuro
quizá llegue a tener gente así
hecha de la sustancia
de la luz; el pausado futuro;
el presente no, no tiene.

JULIO AUMENTE. Nacido en Córdoba en 1923, Julio Aumente vive en Madrid (como genealogista y anticuario) desde los primeros años 60, casi cuando creyó que su aventura poética —unida a sus cercanísimos amigos de *Cántico*— se daba por terminada. Sus primeros libros, esteticistas y neobarrocos, están claramente en la órbita de la revista, con su personal sello de autor: *El aire que no vuelve* (1955) y *Los silencios* (1958).

Su primer libro nuevo (tras largo tiempo sin escribir) fue *La antesala* (1983), prologado por mí. Allí Julio —que luego recopiló también poemas antiguos en libros nuevos— voluntariamente decadente y final, parecía despedirse de un orbe suntuario y nostálgico que le había pertenecido. Poco después su poesía giraría formalmente abriéndose, muy a su modo, a lo cotidiano y marginal, con un libro (y algunas *plaquettes)* que están entre lo más novedoso de un poeta que se arriesga nuevamente a vivir, como joven y entre jóvenes, apostando por la belleza y la novedad, incluso por las hablas jergales. Me refiero a *El canto de las arpías* que —también prologado por mí— se publicó en 1993. Poeta refinado y personaje singular, Julio Aumente es uno de los poetas de *Cántico* que mejor conoce la metamorfosis.

El poema *Stone's 64* pertenece a *La Antesala. Dar, otorgar capricho al condenado* y *La chavalita* a *El canto de las arpías.*

STONE'S 64

Tu destino era claro, morir joven,
ser inocente y terco, adorable y difícil.
Hoy o mañana el final llegaría,
gentil espiga por la pesada máquina aplastada.

Rosa abierta otorgando sus plenos colores,
alegría ante la vida, furia ante la injusticia,
rebelde Juan Manuel, héroe en el *stone's* 64.
Tras de esa puerta estás, tras de la puerta...

Teddy querido, encantador, incómodo e inútil,
tu vivir, un milagro en este ahogado mundo.
Ausente ya en cenizoso recuerdo;
con tus ojos almendrados, dulces ojos de miope,

con tu sonrisa limpia, con tus fulgentes dientes,
vivo cuerpo por mi casa, hoy espectro en mis salones,
con tu fría tez lechosa, *con tu blanca palidez,*

añorado, divo, Teddy,

con tu blanca palidez...

DAR, OTORGAR CAPRICHO AL CONDENADO

Cuando los que bien me quieren me reprochan
los caprichos cuantiosos que te doy y te otorgo,
ese dejar que siempre te salgas con la tuya,
con sólo sonreírme tierno y echarme el brazo por
encima del hombro,

yo les respondo; tiene tan sólo veinte años,
nunca tuvo una infancia ni adolescencia válida.
Ahora, apenas, conmigo, una empezada juventud.
Antes, hambre y necesidad, perro callejero

amenazado siempre, amagado por un futuro incierto,
horizonte cerrado, nube negra de un porvenir sin
salida.

Dejadme entonces que le conceda, meses cuanto más
largos,
mejor, años algunos, unos pocos de goce de la vida;
más aún, la oportunidad, lo que no tuvo en su tiempo
de niño,
la tutela de alguien, la ilusión, el cariño

que lo ampare y lo adore viéndolo gozar,
de cualquier cosa simple que ahora tiene, de la que
careció.

Pobre ser alocado, bueno y noble como el pan,
a quien ver no quisiera abocado a un final de desdicha.

LA CHAVALITA

De cuello corto y craso la chavalita es gorda,
ordinaria y grosera —puede que sea de Córdoba—.
La chavalita es bizca, de ojos exoftalmos,
estúpida y creída y no mide dos palmos.

Yo no sé que le ve Gianni a la chavalita
que con ella me alterna, y ello bien que me irrita.
Me gustaría vaciarle las cuencas con mis manos
y en sus huecos oscuros implantarle gusanos.

Pero ella tiene suerte, la de subirse encima,
la de sentir el vástago penetrar su vagina;
con la caliente lanza perforarlá hasta el fondo,
y el fluir de su esperma entre suspiro hondo.

Menuda hija de puta que es la chavalita,
que a mi Gianni lo absorbe, y a mí ración me quita.

JACK SPICER. Nacido en Los Ángeles en 1925 y muerto en San Francisco en 1965, Spicer (para algunos emparentado, en segundo grado, con la *generación beat)* formó parte junto a Robert Duncan y Robin Blaser del grupo llamado *San Francisco Renaissance*. Aunque empezó escribiendo una poesía directa y experiencial, renegó de ella luego en busca de otra poesía intelectual y escéptica, que intentaba crear —dice Rodríguez-Gaona, que ha traducido uno de estos libros al español— «un sistema místico basado en una comunidad imaginaria de autores.»

After Lorca (1957) es el libro —inédito aún— que ha traducido Martín Rodríguez-Gaona. Spicer publicó también *Language* (1964) y *The Book of Magazine Verse* (1965). Póstumamente —en 1980, Grey Fox Press— se publicó *One Night Stand and other poems,* que recoge los poemas de su primera época. De ahí ha seleccionado y traducido para esta antología Martín Rodríguez-Gaona los tres poemas siguientes.

ENTRE TAZAS DE CAFÉ Y SOPERAS LA BELLEZA CAMINABA

Entre tazas de café y soperas la Belleza caminaba
casual, mas no inconsciente de su poderío
reuniendo platos impregnados con colgantes macarrones
intolerable en su espásmica hermosura
soberano del Restaurante Simón y coronado de potencia
monarca de un reino aún sin gobernar.

Ahora tan regio en la mesa del Club Starlite la Belleza reposa
casual, mas no inconsciente de su poderío
guardado por un tal Mr. Blatz que fabrica fajas
intolerable en su espásmica hermosura
con ojos de monarca escrutando a súbditos de su potencia
quienes duermen con la Belleza y están insatisfechos.

DARDANELA

Decían que tenía diecinueve. Lo habían besado
tantas veces que estaba su rostro sellado al hielo.
Sus ojos podían observar el cinético ayer de sus amantes.
Su garganta cantaría, y cesaría el movimiento.

Nosotros los adultos en el bar lo mirábamos cantar.
Dios, era cómica la gracia cansada
con la que nos cantaba el blues. Sus labios helados
se retorcerían e interpretarían el blues canción a canción.

Locas canciones. Me pregunto en qué sueña
cuando acaban los besos y duerme solo.
Si algo interpreta una canción, de cuna
de los años pasados cuando fue joven.

EL MUCHACHO NUNCA HABÍA VISTO A UN HOMBRE HONESTO

El muchacho nunca había visto a un hombre honesto.
Dijo buscarlo todas las noches entre nosotros.
Miraba a cada extraño como si fuese Diógenes
y con su linterna se lo llevaba al lecho.
Indagaría el cuerpo del extraño bajo esa luz
rastrearía los rincones de la piel y el hueso
mas la verdad nunca estuvo ahí. Pasaría la noche
y lo abandonaría luego y reasumiría su búsqueda solo.
Intenté decirle que algo estaba mal
que la verdad es una virtud carente sólo a extraños.
Pero cuando dio vuelta para enfrentarme con un beso
mi mentiroso corazón aferré contra sus labios.

ALLEN GINSBERG. Nacido en Paterson (Nueva Jersey) en 1926, hijo de emigrantes judíos a EE UU, cuando Allen Ginsberg conoce, en Nueva York, y hacia 1945, a Jack Kerouac, William S. Burroughs y Neal Cassady, abren —sin saberlo aún— la *beat generation,* uno de los movimientos literarios más emblemáticos de la segunda mitad del siglo XX.

En su afán desmitificador, bohemio y heredero del versículo de Whitman, Ginsberg —con frecuentes problemas psiquiátricos, los del culpabilizado e inadaptado, en gran medida— hizo de su homosexualidad una importante voz de rebeldía, que en buena parte (y siempre unida a otras causas antinormativas) se volvería un continuo en su trayectoria vital. *Aullido* —su primer libro de poemas, publicado en 1956— será siempre un emblema en la obra de Ginsberg (y de la *generación beat)* aunque su obra total sea rica, larga, varia, desigual y con espléndidos momentos. Algunos libros suyos, entre otros, son *Kaddish* (1958), *Sandwiches de realidad* (1963), *La caída de América* (1972) y —el último— *Muerte y fama*. Ginsberg murió el mismo año de la publicación de ese libro, en Nueva York, y en abril de 1997. Ha sido ampliamente traducido al español.

Los poemas que doy proceden de una pequeña antología: Allen Ginsberg, *Muchos amores* (Debolsillo, 2000), selección y traducción de Josep Costa, que elijo precisamente por el carácter erótico de la muestra. *Un supermercado de California* se escribió en 1955, y *Dulce chico, dame tu culo* en 1974.

UN SUPERMERCADO EN CALIFORNIA

Cómo he pensado en ti esta noche, Walt Whitman, mientras caminaba por las calles bajo los árboles con dolor de cabeza tímido mirando la luna llena.

En mi fatiga hambrienta, y en busca de imágenes, entré en el supermercado de frutas de neón, ¡soñando en tus enumeraciones!

¡Qué melocotones y qué penumbras! ¡Familias enteras comprando de noche! ¡Pasillos llenos de maridos! ¡Esposas en los aguacates, niños en los tomates! —y tú, García Lorca, ¿qué hacías entre las sandías?

Te he visto, Walt Whitman, sin hijos, viejo mendigo solitario, hurgando entre las carnes del frigorífico y mirando de reojo a los chicos de la tienda.

Te oí hacerles preguntas a cada uno de ellos: ¿Quién mató las chuletas de cerdo? ¿A cómo van los plátanos? ¿Eres tú mi Ángel?

He vagado arriba y abajo de las brillantes estanterías de latas siguiéndote, y perseguido en mi imaginación por el vigilante del almacén.

Hemos andado juntos por los abiertos corredores en nuestra fantasía solitaria probando alcachofas, poseyendo cada exquisitez congelada, y sin pasar nunca por caja.

¿A dónde vamos, Walt Whitman? Cerrarán las puertas dentro de una hora. ¿Qué camino señala tu barba esta noche?

(Acaricio tu libro y sueño en nuestra odisea en el supermercado y me siento absurdo.)

¿Andaremos toda la noche por las calles solitarias? Los árboles añaden sombra a la sombra, las luces de las casas están apagadas, estaremos solos.

¿Pasearemos soñando en la perdida América de amor al pasar junto a los tristes coches aparcados, camino de nuestra silenciosa cabaña?

Ah, querido padre, barbagrís, solitario viejo maestro de coraje, ¿qué América tuviste cuando Caronte dejó de impeler con la pértiga su barca y pusiste el pie en la humeante ribera y te quedaste mirando cómo el bote desaparecía en las negras aguas del Leteo?

DULCE CHICO, DAME TU CULO

Déjame besarte la cara, lamerte el cuello
tocarte los labios, que la lengua cosquillee la punta de la lengua
nariz con nariz, calladas preguntas
¿nunca te has acostado con un hombre?
la mano acariciándote la espalda lentamente bajando hacia las
  nalgas vello húmedo suave ano
los ojos a los ojos borrosos, una lágrima se desliza al verlo—

Va chico, pásame los dedos por el pelo
Cógeme la barba, bésame los párpados, lámeme la oreja, pasa los
  labios suavemente por mi frente
—te encontré en la calle cargaste mi equipaje—
Pásame la mano por las piernas,
toca si está allí, la delicada polla saeta
caliente en el hueco de tu palma, suave pulgar en el capullo—

Va va bésame los labios, la lengua húmeda, los ojos abiertos—
un animal en el zoo mirando desde su jaula cráneo— tu
sonrisa, estoy aquí contigo, la mano resigue tu abdomen
desde el pezón baja por las costillas suave piel hacia las venas del
  vientre, a lo largo del músculo de tu entrepierna de seda
  brillante
a través de tu larga polla hacia el muslo derecho
vuelve a subir por el suave canal de tu músculo hacia la polla—
Va acógeme en tu cuello
trágate la saeta hasta la raíz de la lengua
chupa la polla sólida—
Yo haré lo mismo a la mojada piel suave de tu polla, te lameré el culo—

Va va, ábrete, separa las piernas ponte este cojín
bajo las nalgas
Va tómala aquí hay vaselina en la erección está
tu viejo culo al aire —hay
una polla caliente en tu suave ano goloso— relájate y déjala
  entrar—
Sí relájate hey Carlos déjame entrar, te quiero, sí vamos
¿te correrás aquí de todas formas sin contar con ese beso ese
  abrazo esa boca esos dos ojos mirando, esa dureza lenta a
  través de esa blandura esa relajada dulce visión?

BLAI BONET. Del pueblo mallorquín de Santanyí, Blai Bonet nació en 1926 y murió en diciembre de 1997. Vivió algún tiempo en Barcelona y en Palma —donde entró de joven en un seminario, que abandonó pronto— para volver, a partir de 1968, a su Santanyí natal. Escritor en catalán, su primer libro de poemas *Quatre poemes de Setmana Santa* (Cuatro poemas de Semana Santa) se publicó en 1950. Delicado de salud y hombre un tanto misántropo (autor también de memorias, teatro, novela y crítica de arte) es en la poesía donde Blai Bonet alcanza su expresión más alta. Espiritualista y metafísica primero (*El evangelio según uno de tantos,* 1967) y mucho más vario y radical de mirada en sus últimos libros, que los críticos han juzgado mejores: *El jove* (El joven) de 1987 y *Nova York* (Nueva York) de 1991.

Los dos poemas que doy de Blai Bonet (de sus últimos libros) están tomados de la antología bilingüe *Veintiún poetas catalanes para el siglo XXI*, seleccionada y traducida por José Agustín Goytisolo (Lumen, Barcelona, 1996).

DE PIE ANTE LA PUERTA

Pulso el botón del timbre amarillento.
En el rellano un gran silencio había,
temeroso, cual de invisible cosa grave
es una especie de piedad, no.
No era esto. En el silencio del rellano,
se notaban, en torno a mí y a los que eran
mi grupo y compañía, unas delgadas
sombras de eso que llamamos «ternura».
Tardaban en abrir la puerta alta,
de madera rojiza, oscura y pegajosa
por la suciedad vieja, gomosa, de las nieblas
del puerto, justo allí. Posó una mano
sobre mi espalda, sin decirme nada.
Me apretó un hombro, aquello
como darme a entender que conocía
la casa, la patrona, muchos clientes.
Bajo la piel pensé y sentí
que la ternura era un fenómeno hondo,
real, originario: conseguía
que un hombre se pudiera sentir pequeño
ante la otra persona, conduciéndole
a agradecer sin los labios que el Otro
le diera un trato como a un ser pequeño,
pues lujuria y ternura son dos caras opuestas.

ALL BROW

—¿Qué sería del hombre sin las bestias?
—Si, en un momento, se fuesen de la tierra
todas las bestias de la tierra,
caería el hombre en grave depresión...
—Recuerdo el día en que él lo dijo
pero recordándolo. Parecía
que estuviera citando a un gran autor...
Nada existía que lo sacara
tanto del hoyo y tanto lo encendiera
como el hecho de oír que se nombraba

a las bestias tal seres inferiores. Lo enojaba
oír hablar de bestialidad
en hechos, en acciones propios de una persona,
sobre todo personas que tenían pegada
contundente, tal los golpes del campeón de boxeo
All Brow. Y cuando hablaba
su comentario a menudo era
que en la literatura y el boxeo
se usa el mismo lenguaje: el estilo
En All Brown se veía con claridad de abril
que el carácter del arte era mentira,
una especie de amor mezclado con horror,
pues ser boxeador, negro y homoerótico,
es una situación en la cual
lo peor que puede hacerse es compungirse...
Esto más o menos debía zumbar
en la cabeza, en la emotividad de All Brow,
cuando Jean Cocteau se enamoró apasionadamente
de él, y sin más dilación dio pasos
hasta que logró que Cocó Chanel
les montara una cita en el Hotel de Castilla,
en donde Cocteau nada obtuvo porque All
era un dandi, enviaba sus camisas
a planchar a Londres, y le gustaba
coleccionar caballos pura sangre,
pero quería que el amor fuese con la bestia
de un bello jovencito de barriada.
Si se hubiese quedado sin las bestias, All Brow
habría también caído en grave depresión,
muy, muy, muy parecida a la cultura...

FRANK O'HARA. Nacido en 1926 y fallecido en 1966, Frank O'Hara fue considerado (junto a Ashbery y Kenneth Koch) como uno de los poetas principales del llamado *grupo de Nueva York,* poetas que —sobre todo en los años 50 y 60— intentaron una poesía más intelectualizada, más honda y de modos muy distintos, a la más popular y famosa de los *poetas beat* o *Escuela de San Francisco,* que triunfaba sobre todo entre los nacientes movimientos contraculturales de la costa Oeste. Frank O'Hara (que trabajó como conservador en el Museo de Arte Moderno de Nueva York) intentó ser cotidiano en muchos de sus poemas, en medio de las rupturas formales, estéticas y versolibristas que se habían solidificado con la modernidad, a partir de Pound o Eliot, pero también de Steven o de Robert Lowell...

O'Hara publicó su primer libro, *A City Winter and other Poems* en 1952. Y el último, *Love Poems,* en 1965. Al español (antologías aparte) está traducido, que yo conozca, el que muchos consideran su obra más emblemática, *Lunch Poems,* de 1964 *(Poemas a la hora de comer.* DVD, Barcelona, 1997). El tema homoerótico no es preponderante en su obra, pero se deja ver con claridad —en medio de la multiplicidad que aspira a reflejar— sobre todo en su etapa última. Los tres poemas que doy a continuación han sido seleccionados —de entre esos finales— y traducidos especialmente para esta antología por Martín Rodríguez-Gaona.

POEMA

«A la recherche de Gertrude Stein»

Cuando me encuentro deprimido y ansiosamente hosco
lo único que debes hacer es desnudarte
y todo desaparece revelando la ternura de la vida
que somos carne y respiramos y estamos próximos
y al tornarte como en verdad eres yo me convierto
en lo que en verdad soy vivo y entendiendo vagamente
qué acontece
y lo que es de importancia para mí fuera de las intromisiones
de incidentes y relaciones accidentales
que nada tienen que ver con mi vida

Cuando estoy en tu presencia siento que la vida es poderosa
y ha de vencer a todos sus enemigos y a todos los míos
y a todos los tuyos y a los tuyos en ti y a los míos en mí
la lógica enferma y el razonamiento débil son remediados
por la perfecta simetría de tus brazos y tus piernas
explayándose formando unidos un círculo eterno
creando una columna dorada al lado del Atlántico
la ligera línea de vello dividiendo tu torso
da descanso a mi mente y libera la emoción
hasta ese aire infinito donde ya que estamos juntos
siempre lo estaremos venga lo que venga.

POEMA

Esferas gemelas llenas de pelusa y ruido
rodando suavemente sobre mi estómago posándose en mi pecho
y así mi boca está plena de soles
esa ternura parece tan previa a la dureza
esa boca acostumbrada a hablar tanto
habla por fin del afecto en la Antigua China
y del amor a la forma las Odiseas
cada fosa está cubierta con semillas de perla
tu pelo es un árbol bajo una tormenta de nieve

emanando entrego la chispa inmortal emanando
brindas a mi vida esa sustancia que los Antiguos amaron
aquellos soles sonríen mientras se deslizan por el firmamento
y al igual que tu carruaje súbitamente me torno un mito
qué cielo es éste que habitamos por un tiempo tan prolongado
deberá ser descubierto pronto y desaparecer.

HOMOSEXUALIDAD

¿Nos estamos quitando las máscaras, no es verdad, y mantenemos
cerrada la boca? ¡Cómo al ser traspasados por una mirada!

La canción de una envejecida vaca no está más llena de sentido
que los vapores que escapan a nuestra alma cuando uno enferma;

así que estiro las sombras a mi alrededor al igual que un cojín
y cierro los párpados como en el momento más excelso

de una larguísima ópera, ¡y luego estallamos!
Sin reproches ni esperanza de que nuestros delicados pies

toquen nuevamente la tierra, ni qué decir «próximamente».
Es la ley de mi propia voz lo que he de investigar.

Empiezo como el hielo, mi dedo al oído, el oído
a mi corazón, ese chucho orgulloso en el cubo de basura

bajo la lluvia. Es maravilloso admirarse a sí mismo
con absoluta inocencia, contrastando los méritos de cada uno

de los retretes. El de la Calle 14 es alcohólico y crédulo,
el de la 53 intenta temblar pero es muy calmo. Los buenos

aman un parque y los ineptos una estación de tren,
y están también los divinos que se arrastran por lo alto

y por lo bajo de una sombra creciente con cabeza abisinia
en el polvo, marcando sus altos tacones de aires tórridos,

lamentándose para confundir a los valientes «En un día de verano,
y deseo ser deseado más que ninguna otra cosa en el mundo».

JOHN ASHBERY. Nacido en Rochester (Nueva York) en 1927, John Ashbery está considerado ahora mismo como uno de los poetas vivos más importantes de Estados Unidos, pese a que su poesía —de alto contenido lingüístico e intelectual— se ha ido haciendo cada vez más compleja y difícil, siguiendo (de algún modo) el camino que Joyce buscó para la narrativa. Ashbery concluirá quebrando sus densos poemas en multitud de voces que quieren atrapar —fragmentándola— la multiplicidad de lo real. Su primer libro *Turandot and other poems* apareció en 1953. De obra no escasa y bastante traducida (últimamente) al español, quien desee comparar lo más llamativo de su evolución puede cotejar el largo poema *Autorretrato en espejo convexo* (de un libro del mismo título aparecido en 1975) traducido por Javier Marías (Visor, 1990) con el libro, múltiple en voces y aspectos, *Galeones de abril* de 1984, traducido al español por Esteban Pujals Gesalí (Visor, 1994).

Siendo la de Ashbery una poesía esencialmente *intelectual* (de pensamiento o fragmentos de pensamiento) es difícil rastrear un tema, como el homoerótico, más visible en cualquier caso en su primera etapa. Aunque ¿no es un poema de clara significación *gay*, *Sexo olvidado*, de *Galeones de abril?* John Ashbery vive actualmente en Nueva York.

El poema que doy pertenece a la primera época de Ashbery y ha sido traducido, especialmente para esta antología, por el poeta peruano Martín Rodríguez-Gaona, traductor de una antología —próxima a publicarse— del *primer Ashbery*.

UNA OCULTA BENDICIÓN

Sí, ellos están vivos y pueden tener esos colores,
pero yo, en mi espíritu, estoy vivo también.
Siento que debo cantar y bailar, para decir
esto de alguna forma, que el conocerte sea entregado a mí.

Y yo canto entre la desesperación y el aislamiento
de la oportunidad de conocerte, de cantarme a mí
que eres tú. Como ves,
tú me acercas a la luz de una manera

que nunca pude haber esperado, o sospechado, tal vez
porque siempre me dices que soy tú,
y con razón. Los grandes frutos amenazan.
Yo soy tuyo para que mueras conmigo, para desear.

Nunca puedo pensar en mí, te deseo
para una habitación en la que las sillas siempre
tienen los respaldos de cara a la luz
impuestas en las piedras y los caminos, los verdaderos árboles

que parecen brillar para mí cruzando rejas ante lo tuyo.
Si la salvaje luz de este día de enero es real
yo prometo serte fiel
a ti, a quien no ceso de recordar.

Recordándote para olvidar. Recordándote para ir más allá de ti
hacia otro día
sobre las alas de un secreto que nunca sabrás.
Sacándome de mí mismo, en el camino
que la circunferencia pastel del día me ha asignado.

Te prefiero a ti en el plural, te quiero a ti.
Debes venir hacia mí, todo pálido y de oro
como el rocío y el aire.
Y así me inunda esta repentina exaltación.

JAIME GIL DE BIEDMA. Barcelonés de 1929, Jaime Gil de Biedma, después de licenciarse en Derecho, trabajó toda su vida como ejecutivo en una empresa ligada a su familia, lo que le impuso muchos viajes a Filipinas. Su primera *plaquette, Según sentencia del tiempo,* es de 1953. Pero su primer libro, donde ya comienza a aparecer su *voz, Compañeros de viaje,* de 1959. Su lírica —elaborada y directa, culta pero de un cuidado lenguaje coloquial—, preocupada por el paso del tiempo, la pérdida de la juventud y la atmósfera cotidiana de cierta vida bohemia, que terminaría siendo la *gauche divine,* se escribió prácticamente toda en los años 60. *Moralidades* (probablemente su mejor libro) se editó en México en 1966, y *Poemas póstumos* —su último libro de poemas— en 1968. En su poesía completa (titulada, a partir de 1975, *Las personas del verbo)* recogía de tanto en tanto algún poema menor antiguo, o alguno nuevo, escasos y en la línea de los anteriores. Es fácil que Jaime Gil de Biedma (que fue haciendo de su silencio y de su personaje izquierdista, bohemio, inteligente y algo frívolo, un mito) no escribiera poesía ninguna después de 1977 o 1978, y con regularidad, luego de 1969.

El clima homoerótico —patente en sus libros principales— surge más de la ausencia de femeninos que de la explicitud directa, relativamente difícil en la España de la época en que escribió. Los poetas jóvenes de la llamada *generación de 1980* o *posnovísimos* lo convirtieron, en buena medida, en un maestro. Murió de sida en enero de 1990. Póstumamente se publicó su *Diario del artista en 1956* (1991) donde, entre otras cosas, cuenta lúcidamente sus amores venales con muchachos en Manila.

De los tres poemas que doy, *Loca* pertenece a *Moralidades,* y los dos restantes a *Poemas póstumos,* pero tomados de la edición algo aumentada de *Las personas del verbo* (Seix Barral, Barcelona, 1982).

LOCA

La noche, que es siempre ambigua,
te enfurece —color
de ginebra mala, son
tus ojos unas bichas.

Yo sé que vas a romper
en insultos y en lágrimas
histéricas. En la cama,
luego, te calmaré

con besos que me da pena
dártelos. Y al dormir
te apretarás contra mí
como una perra enferma.

CONTRA JAIME GIL DE BIEDMA

De qué sirve, quisiera yo saber, cambiar de piso,
dejar atrás un sótano más negro
que mi reputación —y ya es decir—,
poner visillos blancos
y tomar criada,
renunciar a la vida de bohemio,
si vienes luego tú, pelmazo,
embarazoso huésped, memo vestido con mis trajes,
zángano de colmena, inútil, cacaseno,
con tus manos lavadas,
a comer en mi plato y a ensuciar la casa?

Te acompañan las barras de los bares
últimos de la noche, los chulos, las floristas,
las calles muertas de la madrugada
y los ascensores de luz amarilla
cuando llegas, borracho,
y te paras a verte en el espejo
la cara destruida,
con ojos todavía violentos

que no quieres cerrar. Y si te increpo,
te ríes, me recuerdas el pasado
y dices que envejezco.

Podría recordarte que ya no tienes gracia.
Que tu estilo casual y que tu desenfado
resultan truculentos
cuando se tienen más de treinta años,
y que tu encantadora
sonrisa de muchacho soñoliento
—seguro de gustar— es un reto penoso,
un intento patético.
Mientras que tú me miras con tus ojos
de verdadero huérfano, y me lloras
y me prometes ya no hacerlo.

Si no fueses tan puta!
Y si yo no supiese, hace ya tiempo,
que tú eres fuerte cuando yo soy débil
y que eres débil cuando me enfurezco...
De tus regresos guardo una impresión confusa
de pánico, de pena y descontento,
y la desesperanza
y la impaciencia y el resentimiento
de volver a sufrir, otra vez más,
la humillación imperdonable
de la excesiva intimidad.

A duras penas te llevaré a la cama,
como quien va al infierno
para dormir contigo.
Murieron a cada paso de impotencia,
tropezando con muebles
a tientas, cruzaremos el piso
torpemente abrazados, vacilando
de alcohol y de sollozos reprimidos,
oh innoble servidumbre de amar seres humanos,
y la más innoble
que es amarse a sí mismo!

ARTES DE SER MADURO

A José Antonio

Todavía la vieja tentación
de los cuerpos felices y de la juventud
tiene atractivo para mí,
no me deja dormir
y esta noche me excita.

Porque alguien contó historias
de pescadores en la playa,
cuando vuelven: la raya del amanecer
marcando, lívida, el límite del mar,
y asan sardinas frescas
en espetones, sobre la arena.
Lo imagino en seguida.
Y me coge un deseo de vivir
y ver amanecer, acostándome tarde,
que no está en proporción con la edad que ya tengo.

Aunque quizás alivie despertarse
a otro ritmo, mañana.
Liberado
de las exaltaciones de esta noche,
de sus fantasmas en *blue jeans*.

Como libros leídos han pasado los años
que van quedando lejos, ya sin razón de ser
—obras de otro momento.
Y el ansia de llorar
y el roce de la sábana, que me tenía inquieto
en las odiosas noches de verano.
el lujo de impaciencia y el don de la elegía
y el don de disciplina aplicada al ensueño,
mi fe en la gran historia...
Soldado de la guerra perdida de la vida,
mataron mi caballo, casi no lo recuerdo.
Hasta que me estremece
un ramalazo de sensualidad.

Envejecer tiene su gracia.
Es igual que de joven
aprender a bailar, plegarse a un ritmo
más insistente que nuestra inexperiencia.
Y procura también cierto instintivo
placer curioso,
una segunda naturaleza.

ADRIENNE RICH. Nacida en Baltimore (Maryland) en 1929, en un medio intelectual, se dio a conocer como feminista y poeta (en poemas y textos teóricos) sobre todo tras la muerte de su marido en 1970, que es cuando su obra —iniciada en los años 50, bajo la égida de poetisas como Emily Dickinson, Marianne Moore o Anne Sexton— se vuelve más radical. Vivió habitualmente en Nueva York hasta que en 1979 marchó a un pequeño pueblo de Massachusetts donde editó la revista *Sinister Wisdom,* de clara ideología lésbico/feminista. Desde 1984 vive en California. Entre sus libros: *La voluntad de cambiar* (1973), *Buceando hacia el naufragio* (1975), *Nacida mujer: la crisis de la maternidad como institución y como experiencia* (1976) o *Fuentes* (1983).

Existen traducciones españolas (generalmente hispanoamericanas) tanto de su poesía como de sus ensayos, aunque por aquí Adrienne Rich no haya llegado nunca al enorme predicamento que tiene en los países de habla inglesa como poeta y adelantada de los movimientos lésbicos.

Doy tres poemas de su clásico libro *Twenty-One Love Poems,* 1977 (Veintiún poemas de amor, un tanto contra la concepción amorosa nerudiana), tomados de la recomendable antología Adrienne Rich, *Antología poética (1951-1981),* selección y traducción de Myriam Díaz-Diocaretz. Visor, Madrid, 1986.

I

Reverberan por toda esta ciudad los anuncios de neón
con sus luces de pornografía, con sus vampiros de ciencia-ficción,
con sus estafados asesinos a sueldo que se doblegan ante el látigo.
También nosotras hemos de ir por estas calles...
hemos de caminar tan simplemente como vamos
abriéndonos paso a través de la basura empapada y las crueldades
cotidianas de nuestros propios caminos
contra esos sueños rancios, contra ese gris cortante
del metal, contra esas ignominias,
fundirnos con la begonia roja que desde el umbral
del sexto piso centellea peligrosamente
o fundirnos con las espigadas adolescentes que juegan a la pelota
en el patio de la escuela.
Nadie nos ha soñado. Deseamos vivir como árboles
en el aire sulfúrico, llameantes sicómoros
que aún florecen cubiertos de cicatrices,
con nuestra pasión animal enraizada en esta ciudad.

II

Despierto en tu lecho. Sé que he soñado.
Más temprano, el despertador nos separó.
Has permanecido en tu escritorio durante horas.
Sé bien lo que soñé:
Nuestra amiga poeta entra en mi cuarto
donde he pasado días escribiendo
borradores, haciendo copias, con los poemas
esparcidos por doquier,
y deseo mostrarle un poema
que es el poema de mi vida. Pero dudo
y despierto. Me has despertado con tu beso
en los cabellos. *Soñé que eras un poema,*
es decir, *un poema que deseé mostrarle a alguien...*
y río y vuelvo a soñar que deseo
mostrarte a cuántos amo,
que queremos, tú y yo, avanzar juntas, libres,

con el nada sencillo impulso de la gravedad,
en la hierba emplumada elevándose un largo trecho
por el ascendente aliento del aire.

III

Porque ya no somos jóvenes, las semanas han de bastar
por los años sin conocernos. Sólo esa extraña curva
del tiempo me dice que ya no somos jóvenes.
¿Caminé yo acaso por las calles en la madrugada, a los veinte,
con las piernas temblándome y los brazos en éxtasis más pleno?
¿Acaso me asomé por alguna ventana buscando la ciudad
atenta al futuro, como ahora aquí, esperando tu llamada?
Con el mismo ritmo tú te aproximaste a mí.
Son eternos tus ojos, verde destello
de hierba salvaje refrescada por la vertiente.
Sí. A los veinte creíamos ser eternas.
A los cuarenta y cinco deseo conocer incluso nuestros límites.
Te acaricio ahora, y sé que no nacimos mañana,
y que de algún modo tú y yo nos ayudaremos a vivir,
y en algún lugar nos ayudaremos tú y yo a morir.

VICENTE NÚÑEZ. Nacido en Aguilar de la Frontera (Córdoba) en 1929, Vicente Núñez se unió —tardíamente, en su segunda época— al grupo *Cántico,* con el que tenía afinidades literarias y amistosas. Vicente (tras algunos viajes no muy lejanos) sigue viviendo en su pueblo como un sabio retirado y un poeta que cree en la derrota, pues su poesía ha ido de la sensualidad a la metafísica sin desertar de ninguna. En 1954 publicó la *plaquette, Elegía a un amigo muerto.* Y su primer libro —muy ligado a la estética de *Cántico,* quizá sobre todo al *Antiguo muchacho* de García Baena— *Los días terrestres,* en 1957. Luego vino un largo silencio —en esto también se asemeja a los poetas de *Cántico*— roto en 1980 con una colección de poemas antiguos, *Poemas ancestrales,* y sobre todo y realmente en 1982 con *Ocaso en Poley,* su libro nuevo y sin duda el más acabado y redondo de los suyos, entre la desesperación y la elegancia. Han venido después libros breves, donde —salvo en *Teselas para un mosaico* de 1985— prepondera lo metafísico, aunque siempre en belleza lírica, como en *Himnos a los árboles* de 1990. El clasicismo sereno y turbador de *Ocaso en Poley* (en sus poemas amatorios) y el feliz juego clasicizante de *Teselas...,* dejan ver del modo mejor el homoerotismo singular de la poesía honda de Vicente Núñez, el sabio excéntrico retirado en su pueblo, llamado también Ipagro y Poley...

El primero de los poemas pertenece a *Ocaso en Poley,* los dos siguientes a *Teselas para un mosaico;* los tomo de Vicente Núñez. *Poesía (1954-1986).* Diputación Provincial, Córdoba, 1988.

RESURRECCIÓN

Rotas las sepulcrales ligaduras; andrajos
por siempre ya las áureas, las inmundas mortajas;
revestido de plena desnudez; resurrecto,
conquistaré ese cuerpo que ni te di ni tuve.

V

En Taormina —¿en junio?—,
en el año catorce de la era de Augusto,
sitúo mi extravío,
jovencísimo dios de los perfumes.
Era tarde en la estancia,
y advertí, en lo disperso
de las pasas y el *garum,*
que, al menos esa noche,
fue muy frugal tu mesa.
Me arrodillé desnudo —estaba así pactado—
para besar tu cuerpo,
y me invadió una ráfaga
de fétidos aromas.
Huí despavorido
hacia el camastro de tus servidores,
no del todo embriagados a esa avanzada hora.
Y fue con ellos donde
aspiré, gocé y supe
el perfume que arrancas
de quienes te rodean.
Más dioses que tú mismo,
carísimo Diorísimo.

XXVIII

Peca mucho, y oféndeme
cuanto te sea posible, porque en esa
sedición más te amo.
¿Cómo ibas a ser, si no, tú el niño,

Livio de mis entrañas, Livio mío;
desobediencia y juego?
Luego te acojo, y te perdono, y lloro,
y pronuncio tu nombre —Livio, alivio—,
y me convierto en el dios que detesto.

THOM GUNN. Nacido en Gravesend (Gran Bretaña) en 1929, Thom Gunn estudió en el Trinity College de Cambridge y publicó su primer libro de poemas —*Fighting Terms*— en 1950. En 1954 marchó, como profesor, a California, y desde entonces vive en San Francisco, habiendo sido docente de literatura en Berkeley.

Ha escrito poesía y ensayo, en lo que sé, no traducidos hasta hoy al español. Entre sus libros *Jack Straw's Castle* (1976), *The Passages of Joy* (1982), *Underisables* (1988) y *The Man With Night Sweats* (El hombre con sudores nocturnos, 1992), libro que tuvo especial relevancia al tratar el universo y el daño del sida desde la experiencia poética. Su último libro, por hoy, *Boss Cupid* (2000) se ha juzgado, por su tono memorialístico, como una continuación del anterior, en cuanto relato de experiencias personales o del entorno. Thom Gunn es, en este momento, uno de los poetas mejor considerados, en lengua inglesa. Los poemas que siguen, sacados de sus *Collected Poems* (Faber and Faber, 1993), han sido traducidos por Martín Rodríguez-Gaona.

SAN FRANCISCO STREETS

Te tengo en la mira
desde hace ya mucho.
Sobrevives
no está claro cómo.
Mas mientras lo haces
vas descubriendo
qué se cuece
en las distintas calles.

La tierra de las peras era tu hogar.
Cuando las recogías
terminabas la jornada
con pelusas de pera pegadas
sobre tu rostro y brazos,
íntimas, burdas,
produciendo picazón como una familia,
y ciertamente demasiado cercanas.

Al llegar a la ciudad
la primera vez
que te asomaste a Market Street
fue la peor:
una pequeña y ruda pandilla de muchachos
a la puerta de la zapatería Flagg.
Aprendiste a cuidar tu dinero.
Te pusiste tatuajes.

Luego en etapas subiste
como la nata del campo—
de puto a chico de las toallas,
duchas y vapor;
intentaste estar quieto un rato—
te sabías atrapado,
una cama de latón
sacándote de quicio.

Más tarde en Castro Street
conseguiste un nuevo empleo
vendiendo joyería fina.

Y como vendedor
has alcanzado al menos
la clase media.
(Nadie en Castro Street
ofrece el culo)

Miras fuera desde la tienda.
Observándote contemplar
a todos los hombres que pasean
creo que percibo
una cuasi velada incertidumbre
en tus gestos.
Buenas perchas y grandes físicos
desfilan en procesión.

Te has elevado a esta altura—
Cómo, no lo sé bien.
Mejor recuerda
lo que te da seguridad.
La pelusa todavía está en la pera,
la pera en el tallo.
Siempre te protegió tu apariencia.
Protégela.

EL ABRAZO

Era el día de tu cumpleaños, habíamos bebido y cenado
la mitad de la noche con nuestro antiguo amigo
quien nos condujo hacia el final
a la cama que alcancé en una zancada alcohólica.
Me acosté cómodamente
y somnoliento por el vino, quedé medio dormido y de lado.

Dormité, dormí. Mi sueño se quebró en un abrazo,
de improviso, desde atrás,
en el que las completas extensiones de nuestros cuerpos
se presionaban:
tu empeine en mi talón,
mis omóplatos contra tu pecho.

No fue sexo, pero pude sentir
toda la fuerza de tu cuerpo dispuesta,
fija, en el mío,
y aferrándome a ti
como si aún tuviésemos veintidós,
cuando nuestra gran pasión todavía
no se había tornado ordinaria.
Mi sueño presuroso había borrado todo
lo concerniente al tiempo y el lugar.
Sólo supe
la presencia de tu seguro, firme
        y seco abrazo.

EL HOMBRE CON SUDORES NOCTURNOS

Me levanto helado, yo
que prosperé con sueños de calor
me despierto en sus despojos,
sudor, y el aferrarse a la sábana.

Mi carne era su propio escudo:
donde había sido herida, sanaba.

Crecí al ir descubriendo
el cuerpo en el que podía confiar
incluso cuando adorase
ese riesgo que hacía robusto

un mundo de maravillas
en cada reto de la piel.

No puedo sino lamentar
que el escudo otorgado estuviese roto,
mi mente reducida al miedo,
mi carne empobrecida y estropeada.

Tengo que cambiar la cama,
y, aún mejor, me rehago a mí mismo

quedando firme donde estoy
aferrándome a mi propio cuerpo
quizá para escudarlo
de los dolores que me han de atravesar,

como si las manos fueran algo
para detener una avalancha.

CLAUDE MICHEL CLUNY. Nacido en 1930, el francés Claude Michel Cluny, poeta, ensayista y novelista, es autor de una obra muy amplia que se inició en 1965 con el libro de poemas *Désordres*. A partir, esencialmente de *Hérodote éros* de 1984, el deseo homoerótico, entre mitificado y ensoñado, empieza a mostrarse en su poesía. (Por cierto en ese libro siguiendo la huella de un librito anónimo, muy *fin de siècle,* publicado en París en 1909, *Le livre des beaux,* que traduje al español en 1998, *El libro de los hermosos.*) Otros libros de Claude Michel Cluny —de escritura depurada y refinada, con cierta tendencia al poema en prosa— son *Les dieux parlent* (1993), *Inscriptions* (1997), estos últimos recogidos recientemente como un conjunto tripartito en *A l'ombre du feu* (2001), o *Poèmes d'Italie* de 1998. Entre sus novelas, *Un jeune homme de Venise* (1966) o *On dit que les gens sont tristes* de 1992.

Desde 1989 Cluny ha dirigido la colección de poesía *Orphée,* en Éditions de la Différence. Ese mismo año recibió el Gran Premio de la Academia Francesa por el conjunto de su poesía. Vive habitualmente en París. La única traducción que conozco de Claude Michel Cluny al español es un pequeño conjunto de poemas en prosa, *Los osoletas,* publicada en México en 1995.

Los tres poemas que traduzco yo a continuación están tomados, sucesivamente, de los tres libros que integran el citado tomo (Éditions de la Différence), *À l'ombre du feu* (A la sombra del fuego).

1

Los adolescentes de Elisseos se reputan por el trazo de su cuerpo. Trabajan en los huertos, cazan en la montaña y se instruyen en Artes y Ciencias. De noche se pasean por el puerto, agarrados del hombro. Son tan hermosos que os dejan como una desesperanza en el corazón.

2

¿Te gusta la lluvia? Aquí es suave y tibia, y cae casi a diario. Endurece a los hermosos chicos del río. Se los ve en las riberas, tensos a la pesca del amor que pasa, se detiene, mezcla saliva con el agua del cielo, semen, maneras tiernas... Se emborrachan de lluvia contigo, lamiendo esas bolas de perlas sin collar, de modo que tras tres o cuatro veces, de ti y de ellos, fuera o dentro la lluvia se renueva sola. No agotes a los hermosos pescadores: para poseer mucho del ángel con la felicidad que dan, su rabo no ha de ser sin embargo el canalón del cielo.

3

(El hermoso efebo de Kos)

Alceo, adorno de Kos,
Cuando descansabas en la palestra
dorado aún por el aceite y la arena
mi sombra se consumía en tu sombra.

Sin día ni noche Alceo no es sino cenizas
y mi vida querría descender a su noche,
¡ay! ¡Dioses del Tiempo imperfecto, ayudadme!

(Epoca helenística)

FRANCISCO BRINES. Nacido en Oliva (Valencia) en 1932, Francisco Brines está considerado hoy como uno de los poetas más singulares y firmes de la llamada *generación del 50*. Su poesía, de carácter esencialmente elegíaco y metafísico, no está exenta —sobre todo en sus libros de más amplio registro— de una mediterránea sensualidad, centrada en el gozoso fulgor de la juventud. Publicó su primer libro, *Las brasas,* en 1960, siendo Premio Adonais. El último, por ahora, es *La última costa,* de 1995. En medio, los dos libros suyos que prefiero: *Palabras a la oscuridad* (1966) y *El otoño de las rosas* de 1986. Su poesía reunida —recogiendo cada vez los nuevos libros— se editó por vez primera en 1974 con el título de *Ensayo de una despedida,* que muestra ese lado elegíaco del que nunca se desprende una voluntad de depurado y fino clasicismo. El poeta —que residió muchos años en Madrid— ha vuelto ahora a su natal Oliva.

Los poemas que escojo pertenecen a *Aún no* (1971), el primero, y los dos siguientes a *El otoño de las rosas*. Los tomo de la edición de *Poesía completa (Ensayo de una despedida. 1960-1997)*. Tusquets, Barcelona, 1997.

MADRIGAL NOCTURNO

Tus nocturnos cabellos de oro, racimillos de uva,
vericuetos de la paciencia y asombrosos del espejo,
¿cómo usar de ellos, pues que sin pensamiento, aun vano,
existen?

Tentación de la mano, si no desenredara presas plumas
de siniestras aves: encanalladas risas
callejeras, gestos mohínes, escándalos domésticos;
tentación de los ojos, para enjugar sus blandos hilos
el apócrifo llanto de un alba más cercana,
con más copas bebidas; ardiente tentación de hacer caer en ellos
el tedio de las horas, la dormida ceniza del cigarro.

¿De qué podrá servir, en esta noche, tu artificiosa
adolescencia?

HUERTO EN MARRAKECH

¿Te acuerdas de aquel sur en el rojo verano?
Entré en la breve noche para gozar tu huerto:
rincón de madreselva, dos pequeños naranjos,
y aquel jazmín tan negro, de tanto olor, rodando
la falda del ciprés que sube al cielo.
Bañó el árbol la luna, y se mojó mi boca.
Y qué cansados luego las aguas y las rosas,
el ciprés, los naranjos, el ladrón de aquel huerto.
Y todo fue furtivo: el alba, luego el sueño.

EL MÁS HERMOSO TERRITORIO

El ciego deseoso recorre con los dedos
las líneas venturosas que hacen feliz su tacto,
y nada le apresura. El roce se hace lento
en el vigor curvado de unos muslos
que encuentran su unidad en un breve sotillo perfumado.

Allí en la luz oscura de los mirtos
se enreda, palpitante, el ala de un gorrión,
el feliz cuerpo vivo.
O intimidad de un tallo, y una rosa, en el seto,
en el posar cansado de un ocaso apagado.

Del estrecho lugar de la cintura,
reino de siesta y sueño,
o reducido prado
de labios delicados y de dedos ardientes,
por igual, separadas, se desperezan líneas
que ahondan, muy gentiles, el vigor más dichoso de la edad,
y un pecho dejan alto, simétrico y oscuro.
Son dos sombras rosadas esas tetillas breves
en vasto campo liso,
aguas para beber, o estremecerlas.
Y un canalillo cruza, para la sed amiga de la lengua,
este dormido campo, y llega a un breve pozo,
que es infantil sonrisa,
breve dedal del aire.

En esa rectitud de unos hombros potentes y sensibles
se yergue el cuello altivo que serena,
o el recogido cuello que ablanda las caricias,
el tronco del que brota un vivo fuego negro,
la cabeza: y en aire, y perfumada,
una enredada zarza de jazmines sonríe,
y el mundo se hace noche porque habitan aquélla
astros crecidos y anchos, felices y benéficos.
Y brillan, y nos miran, y queremos morir
ebrios de adolescencia.
Hay una brisa negra que aroma los cabellos.

He bajado esta espalda,
que es el más descansado de todos los descensos,
y siendo larga y dura, es de ligera marcha,
pues nos lleva al lugar de las delicias.
En la más suave y fresca de las sedas
se recrea la mano,
este espacio indecible, que se alza tan diáfano,
la hermosa calumniada, el sitio envilecido

por el soez lenguaje.
Inacabable lecho en donde reparamos
la sed de la belleza de la forma,
que es sólo sed de un dios que nos sosiegue.
Rozo con mis mejillas la misma piel del aire,
la dureza del agua, que es frescura,
la solidez del mundo que me tienta.

Y, muy secretas, las laderas llevan
al lugar encendido de la dicha.
Allí el profundo goce que repara el vivir,
la maga realidad que vence al sueño,
experiencia tan ebria
que un sabio dios la condena al olvido.
Conocemos entonces que sólo tiene muerte
la quemada hermosura de la vida.

Y porque estás ausente, eres hoy el deseo
de la tierra que falta al desterrado,
de la vida que el olvidado pierde,
y sólo por engaño la vida está en mi cuerpo,
pues yo sé que mi vida la sepulté en el tuyo.

RAFAEL PÉREZ ESTRADA. Abogado, muchos años en ejercicio en su ciudad, Rafael Pérez Estrada, hombre de ingenio brillante y dibujos excelentes, nació en Málaga en 1934, donde murió en 2000. Publicó mucho y muy variado, aunque durante años sus publicaciones se hacían en cuadernitos de corta tirada —muy bien editados a menudo—, frecuentes en la tradición literaria malagueña. Su primer libro —de relatos— fue *Valle de los Galanes* de 1968. Su primer libro, estrictamente poético, *Informe* de 1972. Pérez Estrada buscó la poesía, pues su escritura es esencialmente poética, aunque se ciñe mal a un género, lo que acaso contribuyó a que fuera (aclamado por los menos en varias generaciones) un autor esencialmente minoritario.

A partir de su libro *Breviario (Homenaje a Ramón Gómez de la Serna),* 1988, Rafael Pérez Estrada decide —como en las greguerías— olvidar el problema de los géneros literarios, haciendo que todos sus numerosos libros sean, en adelante, una mezcla de aforismos ingeniosos o tiernos o poemas en prosa que tampoco desdeñan el relato claro, siempre con imaginación fantástica y un estilo que —en ese cauce— fue volviéndose más brillante y límpido. De sus libros, *Jardín del unicornio* (1989), *Inventario de gemas crueles* (1989), *Los oficios del sueño* (1991), *El domador* (1995) o *El ladrón de atardeceres* (1998) entre muchos...

De uno de sus libros más estrictamente de poemas, *Memorial para las otras estaciones* (Arenal, Jerez, 1984), doy *Lucha de dos adolescentes en esta playa*. De *El ladrón de atardeceres* (Plaza Janés, Barcelona, 1998) la serie *Ángeles de la desesperación y el abandono.*

LUCHA DE DOS ADOLESCENTES EN ESTA PLAYA

a Enrique López Buil

En los juegos de manos está la magia y la vileza
y más está la concreta caricia; y es que estos jóvenes
toman un solo pulso y en un solo volumen se abrazan,
se concretan. El esfuerzo comprende el difícil momento
de un cambio. Así la lucha concierne a lo mutable:
se conjugan y cada envite es parte del discurso, su fin.
Y como si un único dios en ambos se iniciara
sólo en la carne traban, y, ya confusos, ellos,
se funden en un plano por su plural perdido.

ÁNGELES DE LA DESESPERACIÓN Y EL ABANDONO

Los ángeles son plurales y equívocos.

Como nacidos de la imaginación y el deseo, los ángeles no tienen ombligo.

Con el ángel caído empieza la gravedad.

El ángel del ciego es tacto.

El ángel del suicida tiene alas de grito.

El ángel del verdugo llora sangre.

El ángel del ladrón roba sombras.

Los ángeles del miedo cabalgan pegasos de plata.

El ángel del sediento tiene palabras de polvo.

Vive el ángel de la melancolía bajo un sauce llorón.

Cree el ángel en su inocencia que hay hombres de
la guarda.

Llora el ángel del muerto su desolación, y como
una joven viuda busca un nuevo hombre.

JOHN GIORNO. Nacido en Nueva York en 1936, John Giorno, poeta-bohemio, apareció en seguida como un destacado continuista del talento provocador de los *beat,* especialmente de Ginsberg. Mediando los 60 se unió a la *factory* de Andy Warhol, y es él el hombre que duerme durante horas de metraje en la película experimental *Sleep,* del propio Warhol, en 1963. Después se ha caracterizado por ser un poeta-orquesta, autor de *performances,* recitales y actos de tradición vanguardista. Junto a William Burroughs, durante un tiempo, reivindicó ese lado oral y lúdico de la poesía. Aunque en Burroughs —hombre de otro talante— habría que ver más la simpatía al personaje que la adhesión a la causa. Últimamente Giorno se ha hecho budista y dirige una fundación antisida.

Entre sus libros, *The American Book of the Dead* (1964), *Cancer in my Left Ball* (1973) y *Grasping Emptiness* (1985), entre otros.

El poema que sigue —seleccionado y traducido especialmente para esta antología por Martín Rodríguez-Gaona— pertenece al último de sus libros citados.

POEMA PORNOGRÁFICO

Siete marineros
cubanos
exiliados
estuvieron en mí
toda la noche.
Altos,
pulcros,
esbeltos
de rasgos hispanos
con suaves y oscuros
cuerpos musculosos
y pelos
como carbón húmedo
sobre sus cabezas
y entre las piernas.
Dejé de contar
las veces
que ellos
me follaron
en todas las poses
posibles.
En un momento
se pusieron de pie
a mi alrededor
formando un círculo
y tuve que arrastrarme
desde una entrepierna
hasta la otra
succionando
cada pene
hasta la erección.
Cuando lo logré
con los siete
me puse a temblar
observando
esas pollas rígidas
todas de distintos tamaños
y grosores
sabiendo
que cada una de ellas

me iría a entrar
por el culo.
Cada uno
de ellos
se corrió
al menos dos
y algunos hasta tres veces.
Me colocaron
en la cama
de rodillas,
alguno me dio
por detrás,
otro por la boca,
mientras hacía pajas
con cada mano
libre
y dos del resto
rozaban
sus pingas
en mis pies desnudos
esperando
el turno
de entrar
en mi agujero.
Justo al creer
que estaban todos
satisfechos
dos de ellos
se juntaron
follándome
al mismo tiempo.
Las posiciones
asumidas
eran grotescas
pero con dos
inmensas y gruesas
pollas cubanas
dentro del culo
al mismo tiempo
estaba
en el paraíso.

MUTSUO TAKAHASHI. Nacido en Yahata (Japón) en diciembre de 1937, Mutsuo Takahashi publicó su primer libro de poemas, *Mino, mi toro,* en 1959. En 1962 se graduó en la Universidad de Fukuoka y marchó a vivir a Tokio, donde —poco después— entabló estrecha amistad con Yukio Mishima. Incansable viajero (México, Corea, España, Inglaterra...), Takahashi —interesado en el *haiku* tanto como en la tragedia griega clásica— representa un momento de esplendor, algo escandaloso, en la actual poesía japonesa, por su celebración del homoerotismo, incluso en su vertiente más sórdida. Entre sus antecedentes gusta él mencionar a Whitman, a Ginsberg y a Lorca, y no se refiere sólo al tema, sino al estilo.

Entre sus libros, *50 Autorretratos* (1975) o *Un manojo de llaves* de 1982. Con ese mismo título —*A Bunch of Keys*— apareció en 1984 una antología de su poesía traducida al inglés —con supervisión del autor— por Hiroaki Sato (The Crossing Press, Nueva York). De esa antología proceden los tres poemas que —a mi solicitud— ha traducido ahora Martín Rodríguez-Gaona. Que yo sepa no existe ningún libro de Mutsuo Takahashi traducido al español.

LA CASA DE TÉ (Fragmento)

El hueco conduce también al baño público de hombres en el sótano
la escalera de espiral gira dos, tres veces
excrementos, semen, alquitrán de tabaco, empapadas, corruptas
emociones
de todo esto, furiosamente, ascienden aromas— desde su centro
en las cambiantes nubes de cinco colores, en la neblina de las cinco
skandha, aquel se levanta y se refriega los ojos
los cuatro lados de la nube de niebla dolorosa a la vista son muros
de concreto de un dolor que nocturnamente sorbe
el rocío—
en las paredes, ideogramas de lamentación apiñándose, subiendo
hasta el techo, salmos de sufrimiento
—uno de ellos:

Romance de la rosa

Rosa en embrión, rosa con turbados pétalos,
rosa cargada de rocío
mi amor con forma de rosa, dios mío
dónde te has ido, dejándome, abandonándome,
solo, olvidado, me he convertido en una
tumba vacía,
amor mío, ruego por ti, mi dios, en tu busca
he pasado muchas encrucijadas, pero no te
encuentro,
estoy cansado, de alma y carne
imploro, tú a quien amo te apiadarás de mí
desciende de los cielos como un chorro de luz
y lléname—
mi tumba, mi garganta, hasta mi estómago.

Envío

Se busca: Una persona joven. haré cualquier cosa. Mi edad es imprecisa.
Por favor, llámame.

AUTORRETRATO DISFRAZADO DE PROSTITUTA SAGRADA

Pasado el mediodía, sobre el rostro dibujado en el espejo
en mi mano izquierda,
depilé con cuidado las patillas una a una.
Afeité las cejas, las delineé, moví la boca y coloreé los labios.
Cogí una peluca salpicada de polvo azul y me la puse, y
una cinta dorada en mi frente.
Para esconder mi laringe, otra cinta parecida pero más ancha.
Me puse brazaletes, tobilleras, sandalias de piel de cordero.
Sobre mi cabeza, una túnica amarillenta por el uso, apestando
a sudor.
Me limpié los dientes, escupí, mastiqué una hierba fragante.
Froté con un dudoso aceite perfumado las axilas y el ombligo
y salí del espejo, hacia una galería del colapsado cementerio.
Sólo dioses jóvenes y viajeros pasaban.
Un pájaro esmeralda y parlante se posó en un árbol esmeralda
y cantó:
«Eres un hombre. Eres un hombre. Y además, estás viejo».
«En el camino desolado donde los sagrados dioses y viajeros
van y vienen,
¿no son todos los seres míseras prostitutas?»
A voz en cuello gemí en la tarde esmeralda.

AUTORRETRATO CON UN GLORIOSO HUECO

Señor, ¿cuándo ha de ser?
¿Pasará mucho antes de Tu visita?
Me arrastro por el oprobioso suelo, esperando, mientras a mi vera
imágenes de alados ángeles y santos;
en el centro de una pared adornada con divinas palabras de oro
y plata,
un glorioso hueco— Tu radiante visitación a través de éste,
¿todavía no es la hora justa?
Oh, cuando así sea, me arrodillaré ante ti,
locamente abriré mis labios resecos y rotos por la sed,
y como el aterrador profeta dijo,
llenaré mi boca de ti.

Dentro de mi boca muy pronto crecerás,
tu santo receptáculo violentamente se llenará y chorreará
hasta mis sorprendidos ojos, mi corta nariz,
sobre mi corte de militar con abundante y joven pelo gris,
y en mi estrecha frente, desparramándose por doquier, goteará despacio,
y al igual que marcas de babosa, glotonamente brillarás—
en Tu incomparable compasión, como alguien a quien violaron,
cerraré mis ojos en sufrimiento, y gemiré...
¿Cuándo ha de ser? ¿cuánto pasará hasta Tu visita?

Dichas estas palabras, el rostro, como una bota de piel de cerdo de la cual
ha goteado licor,
se desinfló en arrugas, se replegó sobre el cuello,
y junto con el cuerpo encaramado al retrete, se dejé caer.
Acabado el confuso incidente, frente al retrete,
se erguía la pared llena de graffittis,
y desde el otro lado del hueco en la mitad de la pared, un
deslumbrante
ojo seco estaba observando.

JUAN JOSÉ HERNÁNDEZ. Nacido en Tucumán (Argentina) hacia 1939, Juan José Hernández se trasladó joven a Buenos Aires, donde en la actualidad vive. Empezó como poeta, aunque ha sido más conocido como narrador *(El inocente, La favorita* o *La ciudad de los sueños)*. Después de muchos años, en 1999, volvió a publicar poesía: *Cantar y contar*. A su primera etapa poética (que acaba en 1966, con *Otro verano)* pertenecen entre otros *Negada permanencia* y *La siesta y la naranja,* su primer libro.

En 2001 se ha publicado en Buenos Aires lo que él considera su *obra poética* bajo el título de *Desiderátum*. Tomo de ahí dos poemas que pertenecen a *Cantar y contar*.

LA NERONA

La Nerona, cara de gata impávida,
una perfecta *lady* mientras sirve el té
en tazas de porcelana con pagodas y puentecitos:
sus manos —criaturas equívocas—
consteladas de anillos baratos, en la boletería
de la estación de tren donde trabaja
provocan la admiración de los modestos pasajeros
que ven en ellas la magnificencia de la corte de Bizancio.

La Nerona, frente al espejo de su tualé, dando grititos
por cada pelo que se arranca de sus cejas Marlene:
(Il faut soufrir pour être belle, ¡carajo!)
O sentada en un banco de la plaza del pueblo
aguardando en vano a Sandokán,
el moreno y fornido lavacopas del Richmond
que por tercera vez no acudirá a la cita.
(¡Más se quisiera, ese chino de lo último!)
O llevada en palanquín por changadores
que la violan en un baldío, al son del sistro y del tambor.

Por calles solitarias bordeadas de naranjos
la Nerona pasea con su capa de armiño
sembrada de luceros y gargajos.
Fascistas en motocicleta la insultan y apedrean
en las esquinas del terror.
(Las reinas siempre fuimos impopulares,
¿Dónde habré estacionado mi Roll-royce?)

RACISMO

—*Aunque no lo creas,*
tiene sangre negra,
murmuras a mi oído
cuando el rubio Licinio,
joven actor de moda,
aparece en escena del brazo de Afrodita.

—*¿Cómo lo sabes?* —te pregunto
asombrado pues nada en su aspecto
exterior permitiría suponerlo.
Suspiras, y respondes extasiado:
—*Por la mancha azulada*
en el sitio adorable donde acaba su espalda.

CRISTINA PERI ROSSI. Nacida en Montevideo (Uruguay) en 1941, Cristina Peri Rossi debió exiliarse, por causas políticas de su país, en 1972. Desde entonces ha vivido en Francia y en España. Reside actualmente en Barcelona. Su obra —muy fértil— abarca la poesía, la narrativa y el ensayo. Entre sus libros de poemas: *Diáspora* (1976), *Otra vez Eros* (1994), *Aquella noche* (1996), *Inmovilidad de los barcos* (1997) y *Las Musas inquietantes* (2000).

Doy dos poemas de *Diáspora* —reeditado por Lumen en 2001— y el último de *Otra vez Eros*.

* El lector notará que de aquí en adelante (Peri Rossi incluida) las introducciones a los autores son tan sólo fichas bibliográficas escuetas, salvo corta excepción; ello es debido a que se trata de autores/as ya muy cercanos, con obras naturalmente en marcha, sobre los que me parece más adecuado no emitir juicio. Si bien el que figuren en la antología es, indudablemente para mí, un intento positivo de valoración. *(N. del A.)*

LA BACANTE

Allí, escondida en las habitaciones.
Ah, conozco sus gestos antiguos
la belleza de los muebles
el perfume que flota en su sofá
y su ira
que despedaza algunas porcelanas.
Husmea las flores encarnadas
las estruja nerviosamente
—esa belleza la provoca—
las rasga las lanza lejos
caen los doseles sobre el lecho
se pasea febril por las habitaciones
está desnuda y nada la sacia
abre cajones sin sentido
enciende el fuego en la chimenea
regaña a las criadas
y al fin, temible, con el hocico temblando,
se echa desnuda en el sofá,
abre las piernas
se palpa los senos de lengua húmeda
mece las caderas
golpea con las nalgas en el asiento
ruge, en el espasmo.

«NO PODÍA DEJAR DE AMARLA PORQUE EL OLVIDO NO EXISTE...»

No podía dejar de amarla porque el olvido no existe
y la memoria es modificación, de manera que sin querer
amaba las distintas formas bajo las cuales ella aparecía
en sucesivas transformaciones y tenía nostalgia de todos los lugares
en los cuales jamás habíamos estado, y la deseaba en los parques
donde nunca la deseé y moría de reminiscencias por las cosas
que ya no conoceríamos y eran tan violentas e inolvidables
como las pocas cosas que habíamos conocido.

ENCOMIENDA

No sé qué apetencias oscuras
hay en su cuerpo, señora,
encerradas en carnes blancas,
señora.
Para que de pronto, su ansiedad estalle
como granada abierta
(de grandes labios rojos)

Me hago cargo, señora,
me hago cargo:
la monto la manto la palpo la sobo
la beso la calco la solapo
y usted bala como bovina
usted ruge como marabunta
usted piafa como yegua de raza
usted resopla como marsopa
usted finalmente acaba
a caballo
y yo acabo.

JAVIER LOSTALÉ. Nacido en Madrid en 1942, Lostalé estudió Derecho y ha trabajado siempre como periodista radiofónico. Actualmente dirige —con Ignacio Elguero— *La estación azul* en Radio 3, quizá el único programa dedicado a la poesía. Se dio a conocer, como poeta, en la antología de Antonio Prieto, *Espejo del amor y de la muerte* (1971). Su primer libro fue, *Jimmy, Jimmy* en 1976, con prólogo de Luis Antonio de Villena. Siguieron *Figura en el paseo marítimo* (1981), *La rosa inclinada* (1995) y *Hondo es el resplandor* (1998). En 2002 se publicará, con el título de *La rosa inclinada,* su poesía reunida (Editorial Calambur).

De entre los poemas que el propio Lostalé ha seleccionado van tres. El primero pertenece a *Jimmy, Jimmy,* el segundo a *Figura en el paseo marítimo* y el último a *Hondo es el resplandor.*

HACE FALTA

No sois vosotros, los que vivís en el mundo,
los que pasáis o dormís entre blancas cadenas,
los que voláis ocaso con nombre de poniente,
o de aurora o de cénit,
no sois los que sabréis el destino de un hombre.

Vicente Aleixandre

Hace falta una habitación de hotel
su despertar ambiguo en el que
los objetos se revelan a la conciencia
con la carga de una mano que resbaló por un rostro,
de una palabra que sonaba torpe
porque muchos años esperó;
del ascensor en el que
las miradas se cruzaban
con la debilidad de un perfume.
En las cortinas ahondado
el cansancio sin secreto
del que se entregó y duerme
mientras el amanecer es una pálida claridad
desde dentro alentada
que se refleja en la tela.
Y la memoria de un cuerpo prolongado allí
entre el frasco de jabón espumoso y la ducha,
en el vapor tocable.
Al salir a la calle los ojos se empañaban
de una tenue lluvia
que, como un mar reverberante,
conocido sólo por sus límites,
hacía borrosos los edificios.
Íbamos mudos, sabiendo que esta luz
no era sino el dolor de un tiempo
que destruyó nombres y fechas
para así evitar el recuerdo
que a una playa a veces lleva
donde escuchar un rostro familiar.
Pulpa de una música
por el pecho repetida

que hiciese los años furtivos:
de palabras con contornos de alga
que dejaban en los labios una tristeza
derramada hasta un cielo gris
apenas ya tocado por un relámpago.
Te miraba...
Parecías un desterrado
al que el aroma de una dalia
pudiese causar la muerte en una puerta giratoria.
Con tu alegre camisa abierta
como una vela que en visos cortase el aire
pretendías vencer al destino,
pero pronto unas manos encendían un bajío
y en su extraño flujo quedaba enredada...
... Cuando fuiste a abrir la puerta
un viento iluminó tu espalda
y un instante te vi desconocido y libre:
mas volviendo la cabeza dibujaste
un pesado humo que ni siquiera fue olvido
y dijiste: «Ven. Entra. Nadie nos espera.»

MADRUGADA PAOLO

Buenas noches, madrugada Paolo;
ya casi hace frío
mientras el pecho toca ese desvelo blanco
que sigue a los besos que se saben pasajeros.
«Buenas noches», me respondes, y cruzas tus ojos
en la empapante claridad que del puerto llega.
El corazón comprende entonces
que nunca te encontrará más allá de este silencio.
Afuera, la ciudad es un movimiento de luces heladas
donde tiene rostro el abandono
y una palabra a nadie llega
pues la desolación no tiene voz.
Caído reflejo, sombra de ternura,
el suicida entra en las aguas del puerto.
Buenas noches, madrugada Paolo:
una indefensa respiración

me entrega habitada rosa sin memoria.
Es entonces la vida una destemplada luz
en la que gira el soplo triste de un ser.
Afuera, la sombra se hace platino de tanta soledad
y una mujer araña sus labios con el beso que nadie le dio.
Hay un rumor de cuerpos
que en habitaciones clandestinas
como pájaros abatidos
un momento sofocan su largo dolor,
y en algún lugar una peluca
resbala por el fuego de un cristal
mientras secreta palpitación se inicia
en el pulso de unos ojos.
Buenas noches, madrugada Paolo:
la mano tiendes moviendo una historia de silencio
que mi sentimiento encumbra a la más honda existencia
donde tú ya no eres sino el aliento de un nombre
el tiempo puro del deseo que me espera en olvido de ti.
Contraluz de lágrima es la mañana
por el que todos caminan hacia ninguna parte.

CUERPO

Como una pecera que se fuese quedando sin agua
la habitación es lenta asfixia de tu cuerpo.
Ninguna forma en ella se consolida.
Obediente todo al nuevo orden del deseo
el espacio se fragmenta, es vaivén,
vuela sostenido en el aire que tu presencia conturba.
Y el hormigueo de la luz en las cortinas
clandestinamente me confirma la verdad de tu entrega.
Doy un salto entonces hacia mi entrada en ti,
y como el que salta tiemblo sólo tu frontera
al quedarme siempre antes o después.
Temblor de tacto que no es ancla, sino velocidad,
girándula de mi sangre que tu pecho alcanza
y provoca el desembarco de tus manos
en mi resbaladiza sombra cruzada por tus mareas.
Aventura que conduce a un pulso estelar

en el que se anudan mirada y sexo,
pues mientras los labios de la piel succionan desvarío
por tu mirada mi vida respiro.
Tan desvanecido estoy en ti que no puedo oírte.
¿Pero dices algo?: Un beso se desnuca
en la pared de espuma
que, en relámpagos, nos confunde.
La habitación entera rueda como un sombrajo ardiente
y todo se hunde hasta alcanzar el silencio
en el que amanecen los ahogados.
El mundo navega lejos
mientras dos estrellas de mar entrelazadas
rezuman una música blanca entre las sábanas.

REINALDO ARENAS. Nacido en Holguín (Cuba) en 1943, de familia humilde, Reinaldo Arenas se suicidó en Nueva York —en fase terminal de sida— a finales de 1990. Es sobre todo conocido como novelista y narrador *(Celestino antes del alba, El mundo alucinante, El color del verano)* y por su póstuma autobiografía *Antes que anochezca* (1991) llevada al cine. Mítico autor anticastrista, visceral rebelde y homosexual libertario, mucho en la obra de Arenas es exceso y exuberancia. Escapó de Cuba en 1980 en la célebre fuga desde el puerto de El Mariel. Aunque su poesía (como en el caso del también exiliado cubano y *gay,* Severo Sarduy) es un capítulo menor al lado de su prosa —con la que no deja de estar emparentada—, la poesía completa de Arenas, con el título (de algún modo homenaje a Lezama Lima) de *Inferno,* se ha publicado en 2001 (Barcelona, Lumen) con prólogo de su amigo y compañero de fuga Juan Abreu.

Tomados de ese tomo, doy un fragmento de su largo poema *Las buenas conciencias,* del libro *Leprosorio;* y el último poema, *Autoepitafio,* incluido en el libro final —que recoge poemas de muy distinta fecha— *Voluntad de vivir manifestándose.*

LAS BUENAS CONCIENCIAS (Fragmento)

Los adolescentes *son*.
Los hombres y las mujeres «deben ser».
He aquí la gran diferencia.
Un adolescente está libre de toda afectación, y de todo compromiso, pues su condición es efímera, exclusiva. Un adolescente sabe que todo lo merece (aunque todo se le niegue) y por lo tanto, aún tiene la oportunidad de aborrecer. Los adolescentes no habitan en ningún sitio. No aman, sólo saben enfurecerse o cantar. Un adolescente puede darse el lujo de despreciar la muerte o el crepúsculo (términos equivalentes, quizás). Nada los compromete, pues son hermosos y únicos. Un hombre es un conjunto de antiguos y nuevos resabios que ni él mismo puede clasificar. Un hombre es el trapo con que otro se restriega el culo luego de haber expulsado los residuos de sus familiares más allegados —los más alimenticios. Un hombre es la pesadilla de un sueño confuso, o, si se le quiere dar mayor categoría, el culo que utiliza el trapo, o la imagen grotesca que provoca esas pesadillas. Los adolescentes son libres porque jamás se han interesado por la libertad; son dichosos, pues consideran ridícula esta palabra; son deliciosos, pues al levantarse no se miran en los espejos. Enarbolan con el día sus estruendos típicos, sabiendo que más allá no hay nada, sabiendo (sin importarles) que más acá no hay más. Cuando están hechos para el placer no lo buscan, se les busca. Los adolescentes son violentos y gentiles; son tiernos y criminales; son naturales y breves. No se enredan en grandes discursos altisonantes; no creen en sabios consejos; no esperan. Una espalda, un mar centelleante, un golpear de puños contra el fondo de un taburete en el barracón, bañarse solos y juntos en la charca más cercana al campamento, un modo exclusivo de mirar o de andar, una forma insuperable de inaugurar la mañana al ajustarse los calzoncillos verdes. Y el ademán señorial con que se palpan los testículos, he aquí sus únicos tesoros; los necesarios. Los adolescentes dondequiera saben estar, pues siempre están más allá. No tienen criterios exclusivos, no tienen alma ni principios: no están corrompidos. Una mujer es un hueco desesperado que supura, se encoge, agita, pide a gritos y si no alcanza (algunas son jorobadas o profesoras de latín) chilla hasta volverse santa o revolucionaria. Un hombre es un producto bíblico, mansa bestia sin interés que resopla cuando posee, o de lo contrario duerme la siesta. La mujer, es siempre histérica, egoísta y sentimental. El hombre es una especie de mulo oloroso que gusta sentarse cuando se halla en chancletas. Una mujer, si es normal, acata siempre las ideas del que la ensarta. Un hombre, normal, adora siempre la imagen del que lo humilla. Una cualidad los define mutuamente: son excesivamente exhibicionistas, anuncian con varios meses (a veces con años) de anticipación la fecha exacta en que darán comienzo a sus fornicaciones. Siempre son conservadores, es decir, no ofrecen resistencia (ni modifican) a la evolución natural del espanto. No son como pudieron haber sido.

Siendo así, resuelvo:
Que se llame, se recoja, se busque, se persiga, y finalmente, se reclute a todo adolescente, y sean enviados a granjas, fincas, centrales y centros productivos donde sean necesarios. Pues ellos serán los únicos que como habitan en otro mundo pueden soportar cualquiera; y como su orgullo y su indiferencia y su capacidad para la dicha están por encima de nuestros más flamantes aparatos de la persecución y de la ofensa, no pueden ser humillados. Además, como no están envilecidos, es decir, como no son hombres, no abrazarán nuestras doctrinas para adquirir privilegios y dejar de producir. Y como se consideran distintos podemos someterlos sin que en ello nos vayan remordimientos, y sin que tengamos que ofrecer recompensas ni estimulaciones. Ah, y son jóvenes, son fuertes, ignoran el tiempo, y como todo lo desprecian, todo lo pueden hacer bien. En esa gran masa enemiga está la fuerza que nos conducirá a la victoria.

AUTOEPITAFIO

Mal poeta enamorado de la luna,
no tuvo más fortuna que el espanto;
y fue suficiente pues como no era un santo
sabía que la vida es riesgo o abstinencia,
que toda gran ambición es gran demencia
y que el más sórdido horror tiene su encanto.
Vivió para vivir que es ver la muerte
como algo cotidiano a la que apostamos
un cuerpo espléndido o toda nuestra suerte.
Supo que lo mejor es aquello que dejamos
—precisamente porque nos marchamos—.
Todo lo cotidiano resulta aborrecible,
sólo hay un lugar para vivir, el imposible.
Conoció la prisión, el ostracismo,
el exilio, las múltiples ofensas
típicas de la vileza humana;
pero siempre lo escoltó cierto estoicismo

que le ayudó a caminar por cuerdas tensas
o a disfrutar del esplendor de la mañana.
Y cuando ya se bamboleaba surgía una ventana
por la cual se lanzaba al infinito.
No quiso ceremonia, discurso, duelo o grito,
ni un túmulo de arena donde reposase el esqueleto
(ni después de muerto quiso vivir quieto).
Ordenó que sus cenizas fueran lanzadas al mar
donde habrán de fluir constantemente.
No ha perdido la costumbre de soñar:
espera que en sus aguas se zambulla algún adolescente.

DARIO BELLEZZA. Nació en Roma en 1944. Habitualmente vivió como periodista y fue buen amigo de Pier Paolo Pasolini. Entre sus libros más interesantes —ninguno, hasta donde sé, traducido por entero al español— destacan *Invettive e licenze* (1971), *Morte segreta* (1976), *Libro d'amore* (1982) y *Serpenta* (1987). La poesía de Bellezza parte del realismo, de la cultura y de la experiencia de la gran ciudad, pero se muestra libre, abierta a las tradicionales rupturas vanguardistas del verso, a la ocasional ausencia de puntuación, al discurso libre de la conciencia... Homosexual confeso, Dario Bellezza adquirió notoriedad por sus polémicas con el novelista —también homosexual— Aldo Busi. Bellezza murió de sida, en Roma, en marzo de 1996. Póstumo —aunque aún corregido por él— salió *Proclama sul fascino* (Mondadori, 1996), poemas desesperados o desasosegados por el sentimiento de la muerte, que puede traducirse como *Proclama sobre la seducción*. Dedicó también un singular libro a la muerte de Pasolini, *Memoria del poeta asesinado* (1995).

Doy tres poemas de *Proclama sul fascino* que traduje en el verano de 1996 y que se publicaron en la revista *Hélice* (Granada, 1997).

MARILYN

Marilyn, Marilina, como en una canción
marinera Marilina se fue al alba,
salió de la estúpida fábula que fue su vida.
Alguno recuerda una foto suya,
pobre criatura ignorante, antes que tú,
mi rubia hermanita sin paz ya siempre
con Carson McCullers, Karen Blixen
¡volvieron las brujas! Huyamos
de la inteligencia, además está Miller
Arthur tu feroz pigmalión
Arturo como Rimbaud de suelas
volantes, no, ni tan siquiera hablarle,
un burgués incapaz de guiar
la confrontación con tu locura
de estúpida e inocente hermanita
que quiere estar con las escritoras,
los intelectuales. ¡Qué muermo!
Esperando que quede siempre Marilina,
Marilyn, rubia hermanita, oca
desdichadamente contenta con la neurosis
justa. Alguien, un cantautor
de apocalípticas historias
debiera cantar el modo
en que te fuiste del mundo de los vivos.
Suicidio o delito, pero siempre Venus
al acecho para castigarte, mas a cuyo capricho
la sangre toda todavía se aviva
tras la muerte alada y no buscada,
y apasionarse de ti es un misterio
testamento y leyenda de extrañados
de bellacos pringadores del eros
tu cálida voz de hermanita,
tu sustancia es impalpable
ya, devuelve concretas alegrías serenas
de nuestra generación perdida
que te amó, mítica, e incluso
como primera bailarina, de veras, una muñeca
de carne, no ha leído a Freud,
por fortuna puede hacer más mal que bien,

pero tú querías defenderte, o quizá
existir más allá de las apariencias
de tu cuerpo mujeril e inmortal
dejado en su mortalidad a los cuervos,
a los enanos, a los masturbadores solitarios,
en el recuerdo del que te ve;
viejos babosos y frustrados.
Se necesitaban nervios más sólidos,
y tú no los tuviste para resistir
al desafío del tiempo. Por eso
gustas: porque fuiste
una víctima, una derrotada
del tiempo y de la infausta historia
de nuestros días pecadores.

JUGABAN EN LA HIERBA...

Jugaban en la hierba unos muchachos:
cuando ahora escribo jugaron
debo saber al lector
capaz de saltos de cualidad
perdonando los vicios ajenos:
los vi sin amor jugar
en el verde suave hablándose
el largo lenguaje de los cuerpos
asesinos creciendo, multiplicando.
Embelesadas horas pasaron
en alivio tanto mirando
como un viejo león
hasta que decidí marcharme.
Los muchachos aún palpitaban.
Yo estaba tembloroso y distante.
Me fui a casa, como suelo,
y esperé en la cama el fingimiento
iluminado por la blanca luna.
Llegó el amor y me pisoteó.
Así pues todavía estoy en ello:
evocando dentro de una descosida
colcha japonesa, en prosa

besada y rítmica, larga de semen
la cazada presencia del mirar
de un chico escapado de Alemania.
Pide ayuda, y fuimos solidarios y sordos,
ebrios en el viento jónico—
pero era menor y el padre
lo agarró victorioso como la muerte.

EL TRASERO

El trasero —pardon el recto
ya no funciona, una fístula
o grieta lo ha infectado.
Alergias sucesivas han
vuelto odioso el Karma de los pobres.
Las posesiones diabólicas
dejan espacio para la música
de Mozart, lo demás es prosa.

RAÚL GÓMEZ JATTIN. El colombiano Gómez Jattin nació en Cereté en 1945 y murió —arrollado por un coche, borracho o semisuicida según otros— cerca de Cartagena de Indias en 1997. Poeta *maldito* en todos los sentidos, pero de expresión poderosa y nítida, Raúl Gómez Jattin publicó su primer libro, *Poemas,* en 1980. Vienen después *Tríptico cereteano* (1988) —quizá su libro más sólido e importante— y un curioso libro muy culturalista después, *Hijos del tiempo,* de 1989. En 1991 se publica en Bogotá una corta *Antología poética* (selección y prólogo de Rafael del Castillo Matamoros) que es, en mi conocimiento —sin duda incompleto—, lo último del autor. En España es prácticamente desconocido.

Doy cinco poemas suyos tomados de su segundo libro, *Tríptico cereteano.*

PROSTITUTO ANTE EL ESPEJO

Sabía agradar con su belleza y sus sonrisas
y su juventud sensual de hembra en flor
Perezoso
No le gustaba pensar ni trabajar
Vivía de los hombres

Y pasaron hombres por su vida
como un tren por encima de un tierno animal
y sólo dejaron un gato viejo y reseco
Una sombra decrépita y lastimosa

Ah endeble señor de piel manchada y ojos tristes
cómo debes sufrir frente al espejo
añorando lo perdido

Avaro esplendor que se comió la vida
y que vuelve en sueños cada noche
exigiendo memoria

CASI DE LA ADOLESCENCIA

Hernán Gómez Hernández mi primo…
Qué será de esa esperanza vestida de muchacho

A los dieciséis me quería
y doña Lina nos hacía la tarde como una primavera

Bellos días con mi primo menor
en una casa donde entraban el sol el aire y el cielo

Donde unas hermanas lindas y vaporosas
sonambulaban

Yo te quiero bien primo literato y tú lo sabes
pero los dos somos tímidos y no nos atrevemos
a buscarnos de viejos
Como a ti —me gustan los indígenas—

si hay una esperanza
ellos tienen una gran parte

Vuelve un día a casa
Golpea en la ventana de la izquierda
que te estaré esperando.

UN PROBABLE CONSTANTINO CAVAFIS A LOS 19

Esta noche asistirá a tres ceremonias peligrosas
El amor entre hombres
Fumar marihuana
Y escribir poemas

Mañana se levantará pasado el mediodía
Tendrá rotos los labios
Rojos los ojos
y otro papel enemigo

Le dolerán los labios de haber besado tanto
Y le arderán los ojos como colillas encendidas
Y ese poema tampoco expresará su llanto.

EL AMBIGUO Y TORMENTOSO SEXO DE MI ÁNGEL

El ángel tiene en la diestra un airado cuchillo
con que destroza nubes de mal entendimiento
No quiere que me acerque a sus nerviosas alas
Ni quiere que me escape de su fiero poder

El ángel me somete como a un dios derrocado
por su rostro más bello que un sol en el otoño
por si terrible sexo ambiguo y tormentoso
que el mismo ángel de fuego no quisiera tener

Era oscuro y pálido y polvoriento el día
cuando la maldad de su amor me sepultó en su pecho

cuando su mirada negra resquebrajó mis huesos
y enterró en mis sentidos el filo de su voz

Ay bestia negligente estúpida y cegada
de vuelo de paloma y vozarrón de trueno
vanidad hecha carne y plumas de placer
y con alma de hembra débil de dulzura mentida
te escribo este poema de temor y fastidio
con el resentimiento de no poder tenerte

SANOS CONSEJOS A UN ADOLESCENTE

Oye muchacho de mi pueblo
Muchacho hijo de una amiga de otros tiempos
Cuando a uno le gusta un hombre mayor
(Y más si es poeta como yo) No hace tonterías
tales como mostrarle el nuevo carro de la familia
sin llevarlo a un lugar oscuro y bello
Ni le habla del precio de la nueva porcelana comprada
en cualquier supermercado de la gran ciudad
sin proponer romperla

Muestra más bien con disimulo el vellón de tu ombligo
y entrega esas miradas borrachas y suspiros de ahogado
que te matan cuando te masturbas bajo la lluvia
en el patio de tu casa

Habla de lo que fuiste o serás
De las rabietas del viejo carramplón
de tu tío rico cuando le robas los dólares falsos
De las patadas que le diste a tu enemigo

Tienes ojos de burro chiquito Diáfanos y entornados
Tienes unos brazos como para forcejear bajo las sábanas
en busca de quien va primero Tienes ahí bajo la piel
una loca angustia de ser violado con dulzura

RAINER W. FASSBINDER. Nacido en 1946 en Bad Wörishofen (Baviera), Rainer Werner Fassbinder murió en Múnich en el verano de 1982, tras una vida intensa llena de excesos y de lúcida rebeldía. Aunque escribió prosa y teatro, Fassbinder fue internacionalmente conocido como director de cine, pluralísimo, desigual y magnífico a veces. Recuerdo filmes como *Las amargas lágrimas de Petra von Kant* (1972) de tinte lésbico, *Todos nos llamamos Alí* (1974), o el último, *Querelle* (1982) basado en la novela de Genet... Su autobiografía significativamente se titula: *Ya dormiré cuando esté muerto.*

Ocasionalmente Fassbinder escribió poesía. El poema que va a continuación lo descubrí (con sorpresa de mi parte) en una antología de poesía *gay* en alemán: *Ach Kerl / ich krieg dich nicht / aus meinem Kopf* (dtv, 1997). David Pujante lo ha traducido especialmente para esta antología.

«LLENO DE CUEROS...»

Lleno de cueros,
con los demás,
tú, como todos,
nadie especial.

¿Cuidan del alma
los uniformes?
Cuando te vejo
estás conforme.

Hombres, ¿qué es eso?
Ningún peligro.
Mojan la cama,
cuidan sus rizos.

Chilla, llamando
a tu mamá.
Traga tu parte;
sé que te va.

Gritas de gozo
como una perra,
el pelo en el pecho
es pura apariencia.

Bebe tu leche,
llora, nenaza,
cuando te canses,
vuélvete a casa.

Lleno de cueros,
con los demás,
tú, como todos,
nadie especial

JOSÉ INFANTE. Nacido en Málaga en 1946, José Infante vive habitualmente en Madrid dedicado a la profesión periodística. Ganó el Premio Adonais con su segundo libro, *Elegía y no* (1971). Entre su obra lírica, ya numerosa y antologada, podemos citar: *La nieve de su mano* (1978), *El artificio de la eternidad* (1985), *El don de lo invisible* (1992), *La arena rota* (1998), *Lo que queda del aire* (2000) o *Días sin música,* lo último publicado por ahora.

Los poemas que siguen los he elegido yo entre los que ha seleccionado —de los dos últimos libros citados— el propio poeta.

CROSS

«El muchacho era tan bello, que no era de este mundo, era otro mundo él solo...»

Juan Bernier

Hace apenas dos horas
pero ya no recuerdo tu nombre.
Sólo el azul inacabable de tus ojos
buscando infinitos paraísos
de artificial desastre.
Tus labios como una fresa abierta que se ofrece,
tu cimbreante cuerpo de muchacho
que busca lo absoluto,
al ritmo de la noche.
Y el humo, como un muro de aceite
entre mi lucidez y tu locura,
entre tu juventud de espiga que se quiebra
y mi total cansancio.

No recuerdo tu nombre,
pero sí la intensa fugacidad
de tu belleza y mi desasosiego
entregándome ahora
a la única aventura que aún puede embriagarme:
la palabra, donde sí quedará
tu imagen y el gusto de tu boca.
El claro sueño que invento
y que nos salva.

TU JUVENTUD ME HUMILLA
(I. C. H.)

Sí, lo sé, que eres hermoso y joven
y que desprecias esta fascinación
que siento por tus ojos, sé que
eres capaz de entregarte una noche

cualquiera, con pretexto del alcohol
o las drogas, a cualquier otro cuerpo
que se acerque y te acaricie, pero que nunca
serás mío, que nunca te tendré,
que tu juventud existe para mi humillación
y que será, por siempre, inalcanzable,
el sueño de tus labios, tu cintura
al tacto de mis manos, que tu alma
tampoco se entregará a mis pensamientos.
Lo sé, pero no puedo arrancar tu imagen
imposible de mis ojos y nunca serán mis sueños
ajenos a la sombra de los tuyos.
Esta es mi única esperanza, encontrarme contigo,
verte pasar indiferente y pensar
que habrá tal vez un día que nada nos separe.
Ni siquiera mis años y la crueldad de tu hermosura.

CUERPO AUSENTE

Si no tengo tu espalda para abrazarme a ella
la noche se hace larga y el sueño se resiste.
Si no pueden mis labios recorrer tu cintura
y mis manos no encuentran la pasión de tu pecho,
se hace la soledad un océano de miedo
y mi lecho un oscuro lugar inhabitable.

Si no puedo horadar tu cuerpo hasta encontrar
el centro de tu alma, la paz de tu sonrisa
y el eterno secreto de la vida que arde
más allá de la duda y de la incertidumbre,
no quiero el despertar ni el descanso del sueño.

Si no puedo besar tu boca hasta cansarme,
ni navegar tu cuerpo hasta el agotamiento,
la nada se aparece envuelta entre mis sábanas
y se mete en mis dedos como un clavo de niebla.

Si no siento en mi pecho el ritmo pausado
de tu respiración y el pulso de tu sangre que se exalta,

se apoderan de mí la oscuridad y el llanto,
porque el mundo es un hueco en el que estoy perdido
y tú ángel salvador que me alarga su mano
para poder volar más allá de la muerte.

GINO HAHNEMANN. En el caso de este poeta —como en el del otro alemán que seguirá, Detlev Meyer— me he encontrado con grandes dificultades al ser, hasta donde sé, absolutamente desconocidos en España. Se me hizo notar su obra en una aludida antología de la *poesía gay* alemana *(Ach Kerl...)* y de ahí provienen los escasos datos y casi todos los textos traducidos.

Gino Hahnemann nació en Jena en 1946 y actualmente vive en Berlín, muy relacionado con el arte y con los movimientos *gays* de liberación. Los dos poemas siguientes —traducidos especialmente por David Pujante para esta antología— proceden de su libro *Alegoría contra la inconsiderada mayoría* de 1991.

LIDO

grand hotel des bains, habitación 308.
ante la puerta de la habitación aguardo a Tadzio.
es puntual, totalmente fumado, con camisa de seda mojada por la ducha
al quererse echar agua en el pelo.
—scusa, una apología del tiempo de los cabellos lacios, dijo él.
esta no sería la habitación en la que habría dormido con Dirk Bogarde.
habría sido en el «Excelsior».
—por lo demás, no fue Dirk Bogarde, sino el taxista de su maquillador, era más interesante, como la gente
que hace de todo—
él se habría entendido con el bello vespuccio, que se ha enfadado conmigo, porque lo he llamado
vespuccio, cuando su nombre es vespucho.
tampoco giacomo, el botones, tendría por qué consentirme llamarlo «reina de inglaterra».
—he preguntado por el hotel en el que estuvo goethe, digo, y tras una pausa, intimidado:
—pero. ¿tú te llamas tadzio o no?
—por supuesto que no, responde enronquecido.

«TÓMATE TU TIEMPO...»

tómate tu tiempo
y lo que precisas
recoge uno abajo
sin ningún rubor

acepta mi precio
que te doy placer
también paga el taxi
llámame otra vez

hoy
un comandante

y
un funcionario

luego
me busco
lo que es
de mi gusto

BIEL MESQUIDA. Aunque nacido en Castellón de la Plana en 1947, Biel Mesquida vive en Mallorca y gusta ser considerado escritor balear. Ensayista, narrador y periodista (en catalán y castellano) su obra poética es menos conocida que la narrativa o teórica, como *L'adolescent de sal* (1975). Con Alberto Cardín llevó la primera colección española —*El Rey de Bastos*— que editaba sólo literatura gay/lésbica. En 1974 escribió *El bell país on els homes desitgen els homes* (El hermoso país en que los hombres desean a los hombres) que en 1976 circulaba ya en Mallorca en una pequeña edición no venal y muy artesana, firmada *Biel M. Amengual*. El libro —quizá el primero escrito en catalán de asunto plenamente gay, en poesía— se editó, al fin, en 1985, ampliado.

Doy un poema de ese libro escogido y traducido para esta antología por Juan Vicente Aliaga.

MANIFESTACIÓN SUBVERSIVA

Su avance levantaba la piel de las miradas, abría
bandadas de deseo a lo largo de las Ramblas.

La cita puntual con la oscuridad y el amor oscuro deviene
suntuosidad de movimientos y desfile agresivo
que destruye, aplastando las rejas de la
norma.

Es una cabalgada feroz que alza el tumulto, peor que
un terremoto que despoja a los espectadores las
inconfesas e inconfesables decisiones hacia el
desenfreno, anegadas para cada uno en los subterráneos
particulares, cada día y a escondidas.

Y de esta manera, con el pantalón lila ceñido hasta la
elasticidad de los músculos de los muslos, el lila
dibujando el volumen de verga y genitales, con cruda
belleza, despedaza hasta desmigajarlos los miedos a
los placeres prohibidos por las familias, los muros de cartón-
piedra, que ocultan la multitud, playas y mares
innombrables.

AL BERTO. Para algunos el portugués Al Berto (Lisboa 1948-1997) fue uno de los poetas principales del Portugal surgido tras la Revolución de los claveles. Su muy abundante obra lírica se abrió en 1977 con *Á Procura do Vento num Jardim d'Agosto*. Entre sus libros: *O Livro dos Regressos* de 1989, *Canto do Amigo Morto* (1991) y el último —que coincidió con su muerte por sida— *Horto de Incêndio* (1997). Su obra reunida se ha publicado varias veces con el título general de *O Medo* (El Miedo).

Fue muy famoso en Portugal, en sus últimos años, como representante y defensor —algo influido por el más serio empeño *beat*— de todas las causas marginales. La muerte por la pandemia lo convirtió (como a otros, en otros países) en un símbolo. Algunos poetas españoles —entre ellos Ángel Campos Pámpano— han traducido, en revistas de poesía, poemas de Al Berto. Pero hasta donde llega mi información no hay trasladado ningún libro al completo.

Para esta ocasión he traducido un poema de su último libro, *Huerto de incendio.*

SIDA

los que tienen nombre y nos llaman por teléfono
un día enflaquecen — se van
nos dejan doblados al abandono
en el interior de un dolor mudo
y voraz

archivamos el amor en el abismo del tiempo
y más allá de la negra piel del fastidio
presentimos vivo
al pasajero ardiente de las arenas — al viajero
que irradia un olor a violetas nocturnas
encendemos entonces una llama en los dedos
nos reconciliamos trémulos confusos — la mano quemada
junto al corazón

y nada se mueve ya en el centrifugado
de los segundos — todo nos falta
ni la vida ni lo que de ella queda nos consuela
la ausencia fulgura en la aurora de las mañanas
y con el rostro sucio aún de sueño oímos
el rumor del cuerpo al llenarse de pena

así cuidamos las nubes breves los gestos
los inviernos el reposo la somnolencia
el viento
arrastrando a lo lejos las imágenes difusas
de los que amamos y no volverán
a llamar por teléfono

LEOPOLDO MARÍA PANERO. Nacido en Madrid en 1948, Leopoldo María Panero se ha convertido —en España— en el paradigma del *poeta maldito*. Bisexualidad, drogas, alcohol, manicomios (sobre todo éstos, en estos últimos años) han construido la leyenda de un poeta atrevido y roto. Su primer libro, *Así se fundó Carnaby Street* es de fines de 1970. Entre su amplia obra —recogida en el volumen de Visor, *Poesía completa (1970-2000),* en edición de Túa Blesa— destaco: *Teoría* (1973), *Narciso en el acorde último de las flautas* (1980), *Poemas del manicomio de Mondragón* (1987) o *Guarida de un animal que no existe* (1998). Su último libro, hasta ahora, es *Águila contra el hombre. Poemas para un suicidamiento* (2001). Vive actualmente Leopoldo María Panero, en régimen abierto, en una institución psiquiátrica de Las Palmas de Gran Canaria.

Doy tres poemas de L. M. P. El primero pertenece a *Teoría*. El segundo a *Last river together* (1981), y el último a *Poemas del manicomio de Mondragón*. Los tomo de la antedicha edición de *Poesía completa*.

MACO

Tú que con rosas en el bul no lloras
que habitas en el tigre, mar que es tu consuelo
que en el tigre celebras tu monótono duelo
mirado por los monos con recelo
tú que con rosas en el bul no lloras
tú que estás blanco en la penumbra, y muerto
pipa: pistola, falo, imbécil tú que adoras
tú que estás blanco en la penumbra, y muerto
del oscuro cafisio levantas el velo
y con la blanca mano siembras las esporas
enterrado el marrón en un horrible cielo
sólo tú, nieve verde, sólo tú molas
el patio en que pasean las monjas que no lloran
alerta está, en espera, y en su horrible cielo
yo jiñaré un cándido asfodelo
ils matent las puertas cerradas el velo
para morir prefiero este horrible cielo
adonde nunca llegarán tus quejas
para morir prefiero este horrible cielo
(y mientras pasma vigila el enorme sombrero
el chota quiebra el muro, y escapa
del agujero.

A FRANCISCO

Suave como el peligro atravesaste un día
con tu mano imposible la frágil medianoche
y tu mano valía mi vida, y muchas vidas
y tus labios casi mudos decían lo que era el pensamiento.
Pasé una noche a ti pegado como a un árbol de vida
porque eras suave como el peligro,
como el peligro de vivir de nuevo.

HIMNO A SATÁN

Tú que eres tan sólo
una herida en la pared
y un rasguño en la frente
que induce suavemente
a la muerte.
Tú ayudas a los débiles
mejor que los cristianos
tú vienes de las estrellas
y odias esta tierra
donde moribundos descalzos
se dan la mano día tras día
buscando entre la mierda
la razón de su vida;
ya que nací del excremento
te amo
y amo posar sobre tus
manos delicadas mis heces.
Tu símbolo era el ciervo
y el mío la luna
que la lluvia caiga sobre
nuestras faces
uniéndonos en un abrazo
silencioso y cruel en que
como el suicidio, sueño
sin ángeles ni mujeres
desnudo de todo
salvo de tu nombre
de tus besos en mi ano
y tus caricias en mi cabeza calva
rociaremos con vino, orina y
sangre las iglesias
regalo de los magos
y debajo del crucifijo
aullaremos.

DIONISIO CAÑAS. Nacido en Tomelloso (Ciudad Real) en 1949, residió Dionisio Cañas con su familia en Francia entre los años 1961 y 1969. Desde 1972 vive en Nueva York donde actualmente es profesor en la Universidad de la Ciudad de Nueva York. Su primer libro de poemas fue *El olor cálido y acre de la orina* (1977). Destaco, después: *La caverna de Lot* (1981), *El fin de las razas felices* (1987), *El gran criminal* (1997) y *En un lugar de septiembre,* que se publicará en 2002.

Los poemas que siguen —escogidos a petición mía por el propio Cañas— pertenecen, el primero a *La caverna de Lot*. El segundo a *El gran criminal*. Y el tercero, inédito por ahora, al inminente *En un lugar de septiembre*.

VIEJO ATLETA CASTELLANO

«Han pasado los años y perezoso miro ahora la tarde.
Es aquí donde di forma a la carne para imitar a aquellos
hombres de las islas que con fervor de dioses
formaron cuerpos tan hermosos como el mármol.
También los del Egeo debieron ver la noche
y reposando el músculo en la piedra
con temor miraban el mar oscurecerse.
Han pasado los días y el tiempo
ha mermado mi forma, mi salud y mi fe.
He de rendirme cierto a la fatalidad del cuerpo
y olvidar lo que fue tener muy pocos años
y este lugar que amé...
Sin apenas ser visto rozo ahora los torsos
sudorosos de algunos que la vida estrenan,
yo que fui dios y centro y hado de estos lares.
En el gimnasio acerco el agua y las toallas,
y algún mancebo con ternura, o quizás con algo de desprecio,
sonríe sin saber que mi torpeza pronto será la suya.
Mas en el atardecer, cuando los jóvenes
abrazados los cuerpos van hacia sus lechos,
vuelve remoto un rostro que ya no reconozco:
mi juventud ahogada en el mar de la memoria.
Sentado en la orilla de este páramo inmenso,
alto de piedra y polvo,
con antigua tristeza miro pasar las nubes,
cuerpos
que el viento deshará
antes de que amanezca.»

CAMARERO AMANECIDO

Hoy odio esta ciudad más que nunca, mañana la amaré casi como siempre. Me llega su rumor, su sudor, su semen y su sangre. Esta ciudad me invita a comer contigo, aunque sólo sé que eres una historia en el mar de las historias. He venido a este bar donde un ladrón de perfumes me habla de su astucia, pero yo te prefiero a ti, vendedor de sándwiches, a ti

que te alejas en la noche de la novena avenida, y te encierras entre los recuerdos de tu isla, tu tierra, tu cabaña...

Mariano de los kioskos del Bronx y de la metafísica, salsero del ron y de la coca, marinero encantador en las tangolerías, profesional del pase, pollito del perico en los baños, político que te amaneces en los tugurios, frecuentador de barras con mujeres, buen amigo, cruel lector, habitante de una ciudad que supura luz y cieno, ¿cuándo volveré a verte? Pero ya hemos visto adelgazar tantas veces la vida bajo la luz sin sombra del abandono... Quedan los días y las resacas, tu boca, tu dentadura amarilla, el perfume de la nicotina y tu pelo blanco, tu forma de hablar como en las islas, tu tatuaje mucho más duradero que el deseo... Amo la debilidad de la piedra, el punto en que lo imposible cede, por eso espero, y pego mis labios a tu oreja para oír el rumor de tu corazón, los ruidos de la ciudad, el recuerdo de tu isla...

PESCADOR DE BAHÍA

Demasiados turistas y los pájaros de la pobreza: niños, vagabundos, gitanos girando a su alrededor, flores de una corona funeral. Y vienen y se van (¡bõa viagem!) como la lluvia tropical.

Los pescadores languidecen en la miseria, ni son buenos ni son malos, son las estrellas de una galaxia que se confunde con la tierra, cantando, bailando, venerando espíritus ancestrales, estos viudos de los bienes de consumo. Sus estrellas se apagaron hace tiempo, y ahora nos llegan sus cuerpos como la caligrafía de un deseo.

Y él apareció, relámpago de agua, y así se fue (yo no contaba con la lluvia) una ficción suprema, junto al océano, con un cangrejo en una mano y mi corazón en la otra.

Hicimos el amor en cualquier parte, el cangrejo nos rodeaba espeluznante, vivo, como un terrible recuerdo, y el corazón, ya se sabe, en estas circunstancias...

DETLEV MEYER. Nacido en Berlín en 1950, Detlev Meyer murió en 1999. Aunque al principio se le consideró exclusivamente como poeta y escritor vinculado a las reivindicaciones *gays,* su nombre ha ido ganando mayor amplitud y varia estima desde ángulos diversos. Los poemas (traducidos especialmente para esta antología por David Pujante) proceden del libro *Esta noche en Dschungel* de 1992. Algún dato más sobre el Meyer no poeta puede encontrarse en el diccionario de Alberto Mira, *Para entendernos (Diccionario de cultura homosexual, gay y lésbica).* Ediciones de la Tempestad, Barcelona, 1999.

TROCADERO

Junto al bar, un joven
parece que lo hubiera
ideado Botticelli
para uno de sus bocetos en SO 36.

Tiene manos de trabajador
como en una película de la DEFA
y el perfil
de los Prerrafaelitas.

Por fuera casi Florencia,
mas por dentro sólo Kreuzberg,
piensa un vecino envidioso,
que por fuera es muy Hannover,
pero por dentro totalmente Hélade.

ANHELO

Estudiantes de románticas
traducen en Westhafen
a Genet y suponen
crímenes excitantes
en descalzos marineros de río.

Profesores de matemáticas trazan
en torno al instrumental de los turcos
círculos concéntricos y
hacen sus cuentas con el peor.

Profesores de filosofía
abandonan las superestructuras y
se echan de lleno
sobre el camino franco
de los artesanos.

Sólo los gasolineros
se bastan con sus iguales
y buscan a sus colegas.

TIEMPO DE VACACIONES

Viajan nuevamente
—hambrientos, y con Phillip
Eulenburg en la mente—
relamidos estetas
rumbo a Capri.

Tres semanas después
y con un solo orgasmo
—una erección a medias
en la rápida mano
de un camarero—

ya están de nuevo en casa
frente a los restaurantes
italianos y contemplan absortos
los brazos
de los que amasan pizzas
—hambrientos, y con Phillip
Eulenburg en la mente—

LUIS ANTONIO DE VILLENA. Nacido en Madrid en 1951, Luis Antonio de Villena se ha dedicado siempre —tras concluir la Universidad— a la literatura. Publicó su primer libro de poemas, *Sublime Solarium,* en 1971, teniendo aún 19 años. Ha publicado cuentos, novelas, ensayo y escribe habitualmente en los periódicos. Entre sus libros de poemas: *Hymnica* (1979), *Huir del invierno* (1981, fue Premio de la Crítica ese año) y más recientemente, *Marginados* (1993), *Asuntos de delirio* (1996), *Celebración del libertino* (1998) y *Las herejías privadas,* que salió a finales de 2001.

El primer poema de los que escojo pertenece a *Huir del invierno*. El segundo a *Como a lugar extraño* (1990), y el último a *Las herejías privadas*. Menos del último libro, editado en Tusquets, tomo los demás poemas de *La belleza impura (1970-1989)*, Visor, 1996.

PARUSIA IMPURA

En medio de un calor boca de infierno
con sol en maremoto y fruta sin aliento,
comer el cuerpo vivo entre la música
del aire abrasador y juntar lenguas
para mayor agua. Viñas de *slip* azul
y liquen de tobillos, y cántico de pelo
negro sobre los ojos más bellos del verano.
Morder la dura esencia de la carne,
donde el agua se escurre y los metales hierven
y comprobar en un rincón (quizá) sobre
la hierba, que el fuego de su piel es leche tibia
y el eros núbil de oro una lengua de uvas,
ahí, en el palacio vello donde quema el agua.

HERMOSOS ROSTROS DEL PASADO

Como por una magia
—que no por vez primera ocurre—
con más fuerza hoy venís en un tropel, primero informe.
Aquel destello rubio de delicia,
ese cuerpo tan grácil que parecía asombro,
tus ojos como el mundo, cuando todo era dicha;
su carne tan de gema, y mordible y jugosa.
Bellísimos seres a quienes tanto debo,
(tanto afán, tanto riesgo, tanta ventura deleitosa o acre)
que resumís el tiempo en una imagen sola,
y que sois perdurables en efímero nombre.

Rafael tocaba el piano
y al mirar insinuaba mundos que apenas intuía.
Con Emilio la vida fue madrastra,
y bebía leche (aquella noche dulce)
como si fuera su primer —su único— día de cariño.
Pablo era el oro del mundo en su alegría;
y por Santi —que jugaba al fútbol—
habría yo olvidado las playas más sombrías.
Juan tenía la elegancia de un cuadro inglés antiguo

(o el *Duque de Pastrana,* pintado por Carreño);
Leopoldo poseía una hermosura turbia
—lo que los padres definían como insano y ambiguo—
y Paco amaba transgredir, como Gonzalo (el rubio)
cuanto otorga el dinero, mientras era su cuerpo
un alba de primicia...
Vuelven todos de golpe, exigiendo su espacio
y evocando sus días: Por mí gozaste más,
por mí pasaste tardes de febril nerviosismo;
en aquel restaurante yo te pedí el reloj,
porque sé que era en ti otra sortija efímera.
Tú y yo pudimos haber sido amantes muchos años;
nuestra noche fue breve, pero larga la dicha...
¿Qué queda de vosotros,
espectros de aquel río donde un gran sol brillaba;
qué decís al volver, qué significa ese ademán
como de ir a hablarme?
Lo que fue o no fuese está perdido todo.
Evocar primaveras es ejercicio inútil.
Y sin embargo sois mi vida, más que lo aún futuro.
Tenéis el valor de recordarme el tiempo
—el tejido que compone nuestra propia materia—
de elevar la alegría, y saber que su himno
(y la hermosura) se acompañan con rachas de tristeza.
Tal vez —como en el tópico—
evocáis días que resuenan felices
porque son del pasado, y decís que con el cuerpo
ocurre otro tanto: Que parece mejor el que ya no es
palpable.
Me recordáis amigos que andaban con vosotros
y que también son sombras;
contáis casas y bares que sólo la memoria
en este hoy describe.
Sois la efímera rosa, la manzana mordida,
la azucena que canta su juvenil relámpago,
el jazmín que se va mas se remembra siempre:
Imágenes doradas de la literatura.
Pero sois también —y afirmáis— lo que mucho más vale:
Imagen de la vida.
Susurráis que el corazón (ese vuestro y el mío)
llevó sangre muy fuerte,

que no tuvimos miedo apurando el licor,
y cada cual por su senda
(por distintos caminos o acaso extraviados)
serenos hasta el fin como fue aquella vida.
Buscadores de apuestas y emociones,
tesorero o piratas de la impar hermosura,
violentos derrochones de la noche y su música,
apuradores de esta sola realidad, que nos exalta y hunde.
Por vosotros sé que he vivido,
que amo la vida —y tal vez me ame ella—
y que siempre (otros que son los mismos)
a todos nos darán noches aún de farra,
y codicia de amor,
o ese instante pequeño (y moriremos)
en que un bello cuerpo grita que se ha parado el mundo,
y que todo —todo absolutamente— vivirá así de quieto,
como si el orbe fuese sólo presente eterno.

HIMNO DE ADORACIÓN EN SILENCIO

Eras de oro. En calzoncillos, de oro.
Y así, una tarde, creí que luchabas por mí.
Para verte. Como la pelusa en tus tobillos
crecía tu sexo y mi sexo para nunca. No sé.
Eras de sol y dulzura. De fuego solar.
Ingrávido, lujoso, cotidiano, imperceptiblemente
compañero, hermoso y vulgar.
¡Cuánto amé tus piernas, cómo soñé tu ternura!
Ligero y alto, brillabas de gimnasia y monte.
Inmaculado, erecto, sucio en mi amor inmaculado.
Compañerito, ¿te dabas cuenta? Estoy seguro
que, como yo en esos días, nadie te quiso.

MARIA MERÇÉ MARÇAL. Nacida en Ivars d'Urgell (Lérida) en 1952, Maria Merçé Marçal vivió habitualmente en Barcelona, donde tuvo una hija y ejerció la docencia, hasta su muerte en 2000. Como poeta su obra es poco conocida en castellano (pese a figurar en varias antologías bilingües) pero sí se tradujo su novela sobre la vida de Renée Vivien, *La pasión según Renée Vivien* (publicada en catalán en 1994, y en castellano en 1995). Su primer libro de poemas fue *Cau de llunes* (Escondite de lunas) en 1977. Después, entre otros, *Sal Oberta* (Sal abierta) en 1982 o *La germana, l'estrangera* (La hermana, la extranjera) de 1985. Su poesía completa está recogida en *Llengua abolida* (Lengua abolida) de 1989. Algunos de sus poemas fueron traducidos por José Agustín Goytisolo en *Veintiún poetas catalanes para el siglo XXI* (1996).

Los dos poemas que figuran a continuación —seleccionados y traducidos especialmente para esta antología por Juan Vicente Aliaga— pertenecen a *Sal abierta* el primero y a *La hermana, la extranjera,* el último.

SAL ABIERTA

¿Sabes? Me gusta tu cabeza y me gusta tu culo
—dos mitades gemelas desparejadas—.
Mi lengua como un caracol silente
recorre lento todo el árbol, de la raíz a la copa.

Con el amor a cuestas, como una casa cerrada,
y una pizca de miedo en lo alto de las antenas,
me emparro por la corteza y amo cada nudo,
cada hoja y la carcoma que llora de vez en cuando.

¿Sabes? Me gusta tu culo y me gusta tu cabeza.
Un camino-laberinto de saliva brillante
une los rincones que el sol con corte seguro divisa.

El paisaje diverso de la bola del mundo
es tu cuerpo, hoy, ofrecido como un delirio
de tierra a mi anhelo de boca viajera.

SOLSTICIO

Tu sexo y el mío son dos bocas.
¡No sientes qué beso de rocío sobre el musgo!
¡Qué mordisco con relente de remolino abierto!
¡Qué baile, pequeñas lenguas sin brida!
¡Qué secreto de desfiladero! Nuestros sexos.

Amor, son dos bocas. Y dos sexos
ahora nos laten en el lugar de las bocas.
Con miedo tapado, fundido el eco de la brida
que domaba la danza del musgo.
De par el par tenemos la playa abierta:
lancemos el deseo de espuma viva.

Tu sexo y mi boca viva,
a chorro, trenzados como si fuesen dos sexos,
entremezclan licores de fruta abierta
y devienen, en pleno desvarío, bocas.

Bocas, corales en laguna de musgo
donde la hora pace el azar y pierde la brida.

Estamos donde la hora y el azar pierden la brida,
donde, a caballo de la marea viva,
resbalan sin velamen, por los surcos del musgo,
mi sexo y tu boca: sexos
en medio del rostro y la entrepierna, bocas.
Todo es un alboroto de sal abierta.

Castillos de mar en fiesta, en noche abierta
borran signos y se desbocan
con la locura de las bocas.
Cualquier hoja muerta cobra vida
con la claridad del sol que nos da luz negra en los sexos
y pinta de carmín llamas de musgo.

¡Que se queme todo en un torrente de musgo
y que nos amase nuestra savia abierta!
Que hagan el solsticio nuestros sexos,
que el corazón transforme en lluvia toda brida!
¡Que revienten los bancales en sazón viva!
que los bosques florezcan en miles de bocas!

¡Y que las bocas hagan que el musgo
arraigue, vivo, como la piel abierta
sin brida en el espejo de nuestros sexos!

MARIO MONTALBETTI. Nacido en Lima en 1953, Mario Montalbetti es lingüista y trabaja actualmente en proyectos de su especialidad en la Universidad de Arizona (Estados Unidos). Su primer libro, *Perro Negro, 31 poemas,* se editó en 1978. Otro libro suyo que conozco es *Fin de desierto* de 1995. El poema que doy apareció en la revista peruana *Hueso Húmero* (número 1) en 1979.

QUASAR / El misterio del sueño cóncavo

Tu mano de garra pudo acariciarme la frente; pero no lo hizo.
Tus tetas de barro pudieron descolgarse sobre mi rostro; pero no lo hicieron.
Tu sexo andrógino no se permitió debilidad alguna.
Recorres en silencio el silencio del cuarto
con una cabeza humana entre tus dientes.
¿Dónde está ahora tu cuerpo, pequeño tigre?
Las sábanas de la noche están mojadas de esperma, de sangre y de sudor.
Mi miedo es mi brújula y mi miedo, pequeño tigre,
es el centro de tus círculos concéntricos.

Abismo es la distancia entre el arco más alejado de tu asedio
y el mueble punto sobre el que te ciernes.
Sentado sobre el catre blanco trato de replantear el Este.
Tus ojos espejo continuaron la senda helicoidal
y se bebieron toda la luz;
tu tráquea ha sorbido todos los ruidos.
Tu cola sincéntrica ha enlazado todas las distancias.
Abismo es la distancia que nos encuentra, pequeño tigre.
Busco en mis planos la estructura del asedio;
sólo encuentro a Tokyo en la palma de mi mano.
Abismo es la distancia que nos devuelve, pequeño tigre,
a un orden nuevo.

La palabra «real» tomada en sí misma es difícil de comprender.
En viejos ascensores atascados recorrí segmentos del asedio
¿persiguiendo? las huellas invisibles de tu paso.
Nada se ve, nada se escucha, oh imbécil amo del silencio,
en ese limbo espeso como la brea: todo se siente.

Yo siento el pesado aliento del viaje de tus pómulos, pequeño tigre.
Huyo al baño para tratar de resolver el asedio.
La toalla inmaculada pende de un gancho de aluminio
desplomándose como una catarata detenida.
Me miro en el espejo, hace demasiado calor, y me pregunto:
«¿Es esto real?»

Saco mi lengua reseca y mi lengua, pequeño tigre,
lame el pelambre regular de tus lomos; sin tocarte.

Eres bajo una forma de ser
que toda mi experiencia anterior me dice que no es.
Eres igual a mí pero vacío.
Y sin embargo eres costumbre cuerda nudo asombro alisio.
Qué mejor guarida que el espejismo de un tigre
si en realidad habitas mi páncreas, mi hígado y mi recto.
De cara al espejo entiendo la geografía de tu asedio,
pequeño tigre, la nomenclatura de tus esferas.
Yo soy la duda y el que duda.

Existe un lenguaje sin género ni número,
sin caso ni tiempo ni modo, sin activa ni pasiva.
El nombre del lenguaje está inscrito en signos binarios,
con largos fémures bajo la forma de pequeños rabitos.
Ninguna realidad está debajo de ese lenguaje;
sus palabras no mencionan objeto alguno.
Con ese lenguaje construyo el abismo que nos encuentra, pequeño tigre.
Mis sonidos se sustentan en el error,
tus movimientos circulares son la naturaleza del cortejo.
Sigues siendo, pequeño tigre, sigues rondando.
Sigues burlándote de mi grosera semiología, sigues girando.

Mi cuerpo volvió a sentir la torpe necesidad de la colcha.
Dejé el baño; cerré la puerta; regresé al catre (blanco).
Un lago oscuro se elevaba sobre sí mismo
levantándose en espiral desde el centro de un ruido.
Capas sucesivas y tibias comenzaron a desprenderse de las superficies
del lago
desplazando el oxígeno, invadiendo cada zona del cuarto.
Un violento olor me sumergió adentro
por los canales discontinuos de la metástasis...

[...]

Has meado, pequeño tigre:
¿es ésta la señal de tu permanencia?

Tendido de cara al techo imagino la curvatura del asedio.
Intento reconstruir la historia con un juego de espejos
colocados en un solo tiempo.
Un sueño es un acto de inteligencia.

Vagas y oscuras formas comienzan a delinearse
con la misma irregularidad limítrofe que la de la costa y el mar.

Ya no me muevo;
el cansancio y el sudor han tomado por asalto mi cuerpo.
El abismo se colma; los espejos ya no refractan;
ubres umbilicales interpretan las geometrías.
Mi tacto y mi olfato fundarán el universo.

Tu cuerpo, pequeño tigre, se tiende sobre el catre junto a mi
cuerpo.
Mis uñas raspan desde el temor los cursos laterales de tus lomos;
viejas cicatrices se abren paso entre mis dedos
dejando una estela segura:
Zonas gélidas, zonas tórridas, se suceden en transición.
Ya no hay delante, debajo, encima ni detrás;
sólo permanece el entre, llenándose y vaciándose,
siguiendo el ritmo de las branquias de la noche.
La esperma, la sangre y el sudor suplantan al catre.
Aparecen los falos.

Monte sobre trueno; viento sobre viento; trueno sobre fuego.

Yo siento tu falo, pequeño tigre, horadando mis cavidades; devastando.
Continuando un movimiento natural que nos contrae
adentro, adentro, hasta las arcaicas simas.
Mi temor encuentra un nuevo espacio:
temo que mi falo te aniquile, pequeño tigre.
Ese nuevo espacio es falso; no hay espacio.
No tengo aire; tu aliento lo transforma todo en azogue; no tengo aire.

Mi falo se eleva sobre sí mismo
iniciando un viaje esférico que lo resume todo
(el espejo, el abismo, el lenguaje, el baño)
en un solo movimiento.
Y al final de su recorrido la redonda morada apareció en su exacta
ubicación:
mi falo perforó hasta tu último quark.

Todos los sentidos convergieron: todos los movimientos.
Un viento huracanado revolvió el cuarto

girando en torno al eje de la doble cópula.
Por primera vez te veo, pequeño tigre:
tendido, extenuado, hermoso y limpio.
La noche comienza a perder densidad.
Tu cuerpo comienza a perder consistencia.
Un irreparable orden ha quedado suspendido en la trastienda.

Hemos engendrado, pequeño tigre, la miseria de una metáfora útil.

DAVID TRINIDAD. Californiano de 1953, David Trinidad vive actualmente en Nueva York. Durante la década de 1980 colaboró a menudo con su coetáneo Dennis Cooper en actos culturales de tipo marginal o alternativo.

Entre sus libros, *Monday, monday* (1985); *Hand Over Heart* (1991) y *Answer Song* de 1996. De este último libro (Canción respondida) Martín Rodríguez-Gaona ha seleccionado y traducido, para esta antología, los dos poemas que siguen.

JUGANDO CON MUÑECAS

Muy temprano, cada fin de semana, bajaba a escondidas para jugar
con las muñecas Barbie de mis hermanas. Las tenían todas:
Barbie, Ken, Allan, Midge, Skipper y
Scooter. Incluso tenían al pequeño y pecoso niño,
Ricky (el «amigo de Skipper») y a Francie: «Para ti Barbie:
Una prima modernilla». En silencio alineaba las muñecas

frente a sus armarios, probaba a las muñecas
vestidos colgados en plásticas perchas de miniatura, y me ponía a jugar
hasta que mi padre despertaba. Había muchas Barbies-
La rubia con cola de caballo, la negra en la burbuja, la morena
frívola —todas
con las mismas tetas puntiagudas que (extraño para un niño)
no me interesaban tanto como los vestidos y

accesorios. Acariciaba cada guante y sombrero y
collar y tacón, y después se lo ponía a las muñecas.
Así creaba historias complicadas. «Creativo» el niño,
podía entretenerme durante horas. Me gustaba jugar
así, en secreto, aunque con frecuencia me atrapaban. Todas
las diatribas de mi padre («¡Los niños no juegan con Barbies!

¡No es *normal!*») se desvanecían cuando deslizaba a mi Barbie,
de espléndida figura, en su vestido de noche azul hielo y
verde mar, imponente, raso y tul. Todas
sus prendas tenían nombres como «Moda Fantástica», «Muñecas
de Ensueño» y «Noche Dorada»; las de Ken se llamaban «Jugar
al Balón», «Profesional del Tenis», «Héroe del Campus» y «La Fuente
y el Niño»,

que venía con dos pequeños refrescos y cucharas. Modélico niño
como era, Ken cazaba, pescaba, hacía carreras. Las Barbies
y su mundo giraban alrededor de fiestas en el jardín, el jugar
y las citas en el cine. Una señorita con brazaletes y pañuelos y
gafas de sol y estolas de piel... «Los niños no juegan con muñecas»,
mis padres en la sala discutían. «Todas
las criaturas lo hacen.» En mi defensa, como siempre, Mamá. «Todos
los *mariquitas,* mi padre gruñía. «Es creativo el niño»,
mi madre intentaba argumentar. Volvía a colocar todos los vestidos
y las muñecas

y los zapatos en las cajitas negras que decían «La Barbie
y Su Maravilloso Mundo» en letras ondulantes y rosadas y
firmemente las cerraba. Mis hermanas, ya despiertas, querían jugar

conmigo. «No puedo jugar» respondía, «Papá está enfadado». Todas
las semanas se enfadaba. Finalmente, mi madre subía las escaleras
y decía: «Eres un niño,
David. Olvídate de las Barbies. Deja de jugar con las muñecas.»

MI AMANTE

Mi amante que es negro
Mi amante que es rubio
Mi amante que es italiano
Mi amante que es fuerte
Mi amante que me chupa los dedos del pie
Mi amante que tiene labios gruesos
Mi amante que traga mi semen
Mi amante que lame mis axilas
Mi amante que eyacula en mi boca
Mi amante que me eyacula todo el cuerpo
Mi amante que se corre dentro
Mi amante que tiene un culo perfecto
Mi amante que usa suspensores
Mi amante que usa botas de cowboy
Mi amante que me pincha en las tetillas
Mi amante al que le gusta Rachmaninoff
Mi amante que me contagia gonorrea
Mi amante que se queda con los calcetines puestos
Mi amante que no besa a la francesa
Mi amante que no sabe mi nombre
Mi amante que me folla de pie
Mi amante que duerme en sábanas de Holanda
Mi amante que está empapado en sudor
Mi amante que sangra cuando lo penetro
Mi amante que me desnuda por completo
Mi amante que rehúsa practicar sexo-seguro
Mi amante que es el anterior amante de un anterior amante
Mi amante que chupa mi lengua cuando llego

Mi amante que me posee por primera vez
Mi amante que hunde su lengua en mi oído
Mi amante que cuelga sus piernas sobre mis hombros
Mi amante que me busca entre la multitud
Mi amante que mete tres de sus dedos por mi culo
Mi amante que me besa a medianoche el Día de Año Nuevo
Mi amante que soba con la entrepierna de sus desgastados vaqueros
Mi amante que me viola amenazándome con un cuchillo y sin lubricante
Mi amante que se desliza dentro de mis pantalones mientras juego al
pinball
Mi amante que me hace una felación entre los arbustos de Lafayette Park
Mi amante que presiona su pene contra en mío mientras bailamos
despacio
Mi amante que lame una gota de líquido preseminal de la punta de mi
polla
Mi amante que me vomita en mitad del sexo y se desmaya
Mi amante que me lleva del pene hacia una esquina en el cuarto de
orgías
Mi amante que se dispone a hacérmelo en un automóvil detenido bajo
la lluvia insistente
Mi amante que junta mis brazos sobre mi cabeza y me besa dura y
largamente
Mi amante que lleva una botella de amilitrato a su nariz justo antes de
lanzar su descarga
Mi amante que pone «Matándome lentamente Con Su Canción» una y
otra vez mientras hacemos el amor toda la tarde

DENNIS COOPER. Nacido en Pasadena (California) en 1953, Dennis Cooper ha sido, desde muy joven, uno de los autores más radicales y transgresores de la literatura norteamericana dominada por lo que se ha llamado con la etiqueta (corta, a menudo) de *realismo sucio*. Burroughs fue su padrino literario: «Dennis Cooper —y que Dios le asista— es un escritor nato», dijo.

En España es más conocido como narrador *(Cacheo, Contacto)* pero Cooper empezó como poeta, en *Idols* de 1978. Entre sus libros de poemas más conocidos, *The Tenderness of the Wolves* (1981), *He Cried* (1985) y la recopilación —con inéditos— de su obra poética con el título de *The Dream Police,* 1995 (La Policía del sueño). En español acaba de traducirse con ese título —sin traducir— *Dream Police,* una antología de sus poemas todos (Acuarela Editorial, Madrid, 2002).

Doy tres poemas de tal conjunto, traducidos por Jesús Llorente Sanjuán.

GREG TOMEONI

Yo iba a octavo grado
cuando él estaba en séptimo.
Se compró un disco de Dylan
el mismo día que yo, y quiso dormir conmigo
(lo llamaba *chingar),* así que probamos.
Su aliento olía a hamburguesas
y le lamí los dientes cuando me besó.
Me cogía de la muñeca
serio como un doctor.
Era moreno e italiano, de pelo largo,
impulsivo. Le gustaban
los chicos altos y delgados, como él.
Yo iba a ser el primero
de un millón de amantes, me dijo.
Recuerdo cómo nos situábamos
el uno junto al otro, y la veloz cadencia
de nuestra respiración,
unas veces constante
y otras fuera de sí
como la de dos hombres que hacen una carrera.
Recuerdo cuando dijo que me amaba
y que se lo agradecí;
que no pudimos corrernos
(éramos, creo, demasiado jóvenes)
y nos aburrimos de hacerlo
al despuntar el sol, dándonos la espalda;
que fumamos, llenando la habitación
de una tenue humareda y olor a comida.
Que dormimos en aquella noche tan triste,
tan cálida.

DOS CHAVALES

Uno

estos son dos chavales jóvenes chaperos que hacen la misma ruta
el que está tumbado boca arriba tiene diecinueve años
y sabe venderse bien

el otro no lo hace nada mal pero no es tan guapo como su amigo
aquí es donde duerme el que está tumbado boca arriba
el otro tío se acerca a verle cuando no está muy ocupado
lo que les ha conducido a esto es en parte soledad y en parte lujuria
marty es el nombre del que lame
el del otro cambia cada tres semanas:
scotty, tim, robin, mark y —actualmente— steve
a los dos ya se los han follado innumerables veces y les encanta
steve fuma marlboros sin parar
de hecho ahora sostiene uno en su mano izquierda
su unión tiene algo de religioso
marty ve el culo de steve como un altar
hace un momento le ha levantado una pierna para verlo bien
y olfatea el suculento olor que allí se esconde
steve está asolado porque ahora ya es un libro abierto
y hasta su hedor ha sido al fin revelado
la idea de alguien hurgando por allí le produce escalofríos
dentro de un momento su otra pierna se doblará hacia atrás
y una lengua se deslizará por dentro
y en ese instante le dirá a marty que le ama
en cierto modo están enamorados el uno del otro
los dos son del medio oeste y a los dos les pegaron sus padres
ninguno de ellos es capaz de leer más que rótulos callejeros
marty se halla en ese punto en el que sería capaz de matar por steve
steve se da cuenta de eso, y se mantienen unidos
ofreciéndose a veces como dúo
ambos sólo piensan en el culo de steve
marty está diciendo «oh dios, estás tan bueno, tan bueno...»
se pueden oír los coches que cruzan la calle selma
fuera de este cuchitril
podrían sacarse una pasta esta noche pero ahora están ocupados
después de esto irán a cenar
y luego se probarán el uno al otro en la comida
marty dirá «nada sabe tan bien como tu culo»
steve se reirá nerviosamente y se frotará la parte de atrás
de sus ceñidos vaqueros
el sol estará en lo más alto para cuando caigan rendidos
hay hombres que les pagarían cien dólares por cabeza
únicamente por sostener una cámara frente a este sexo
pero ellos no tienen ni idea, y en cualquier caso
incluso sin flashes
se trata de un sexo magnífico

SIN DIOS

A veces voy a un cine porno
y examino las películas intentando dar con un rostro
que recuerde de mi juventud.
Luego pierdo el hilo, y conduzco por ahí
hasta que lo encuentro envuelto en sombras,
en otra cara. Entonces abro la puerta de mi coche
y tomo amor por la fuerza.
Mi Mercedes aún huele a vacío
siete años después. El polvo
de mil enormes botas de excursionista,
de zapatillas de tenis y sandalias,
se va difuminando poco a poco en la tapicería
a los pies del asiento de al lado, donde los tíos
se han plantado como si de un trono se tratase
durante largos trayectos, repantigados en el vinilo,
después de haber ojeado el interior desde la acera,
como el que mira dentro del pozo de los deseos.
Esta noche me abrí paso por entre el tráfico,
merodeé en busca de un hombre joven
que fuese parecido a una sombra,
y entonces vi a ese tío mirando a través de mí
como si no estuviera, meneando las caderas
dentro de sus vaqueros holgados, de camino al centro,
con una imprecisa idea en su cabeza.
Vendrá conmigo y hará lo que yo hago.
Nada más le interesa a este lado de la muerte.
Él también se está marchando lejos, como yo.
Y le puedo llevar hasta allí
porque mi ruta conduce hasta esa zona,
como si fuese aquel hombre que, hace muchos años,
tras reunir a su ganado perdido en la nieve,
se quedó sin gasolina
y acabó helándose de camino a casa.
Ahora nos acariciamos en este coche negro,
en una carretera secundaria, hasta el entumecimiento.

FRANCISCO X. ALARCÓN. Chicano, nacido en Los Ángeles en 1954, Francisco X. Alarcón, vivió de niño en Guadalajara (México) para volver después a San Francisco, donde es profesor actualmente de español para nativos en la Universidad de California. Ha escrito nueve libros de poemas —en inglés— casi todos traducidos (incluso publicados bilingües) por otros poetas chicanos que escriben en español, singularmente Francisco Aragón. Así el libro *Body in flames / Cuerpo en llamas,* publicado en 1990. O *De Amor Oscuro / Of Dark Love* (evidente homenaje a los sonetos lorquianos) en 1992. Su último libro, a mi saber, es *Bellybutton of the Moon and Other Summer Poems,* 1997.

Doy tres sonetos del libro *De Amor Oscuro* en la aludida traducción de Francisco Aragón (Moving Parts Press, California).

IV

tus manos son dos martillos que clavan
y desclavan alegres la mañana,
tiernos puños desdoblados de tierra,
dulces pencas de plátanos pequeños

tus manos huelen a las zarzamoras
que cosechas en los campos que roban
tu sudor a dos dólares el bote,
son duras, tibias, jóvenes y sabias

azadones que traen pan a las mesas,
oscuras piedras que al chocar dan luz,
gozo, sostén, ancla del mundo entero

yo las venero como relicarios
porque como gaviotas anidadas,
me consuelan, me alegran, me defienden

VI

al dormir te vuelves un continente,
largo, misterioso, sin descubrir,
tus piernas: cordilleras apartadas,
van circundando valles y cañadas

la noche se resbala por tu párpados,
tu respirar: vaivén de olas de mar,
en la cama te extiendes mansamente
como un delfín alojado en la playa

tu boca: boca de volcán saciado,
leño perfumado, ¿en qué fuego ardes?
estás tan cerca y a la vez, tan lejos

mientras duermes como lirio a mi lado,
yo me deshago, invoco a la luna:
ahora soy el perro guardián de tu sueño

VII

me gusta caminar junto a tu lado,
ir pisando en el malecón tu sombra,
dejar que tus pasos marquen mis pasos,
seguirte como barco remolcado

ajustando mis pies en las huellas
que como puma dejas en la playa,
quiero ser la toalla con que te secas,
donde te extiendes a tomar el sol

qué suerte la del cinturón que abraza
tu cintura, la del cristo que cuelga
de una cadena entre tus pectorales

qué alegría llegar como peine diario
a oler la mañana en tus cabellos
y en vez de peinarte, despeinarte

LUIS MARTÍNEZ DE MERLO. Nacido en Madrid en 1955, Luis Martínez de Merlo se ha dedicado a la docencia de la literatura en varios lugares de España, para terminar residiendo nuevamente en Madrid. Su primer libro de poemas, *De algunas otras veces* se publicó en 1975. Entre sus libros posteriores destaco: *Fábula de Faetonte* (1982), *El trueno, la mente perfecta* (1996), *El elegido* (2001) y *Silva de Sirenas* (2001).

Los poemas que siguen son elección del propio autor; el primero es inédito y los dos siguientes provienen de una *plaquette* titulada *Birds in the night* (Ediciones Secretas, Madrid, 1999).

HOMENAJE Y PLAGIO I

(J. I.)

Te hubiera dado el mundo

Era una tarde de un febril verano;
junto al mar fue y sobre la arena ardiente.
Leía yo a un poeta deprimente
y aún pensaba en hacerme franciscano,

cuando de pronto —guíame la mano
musa, y a tanto ardor da voz potente—
vi venir hacia mí a un adolescente,
con todo el resplandor de un sol pagano.

Se tocó sin recato la entrepierna,
y en mi entrepierna se tensó un venablo.
¿Era un fauno? ¿Era un ángel? ¿Era un diablo?

Eran sus labios una rosa eterna.
En el agua follamos como dioses...
Y al irse tiñó el mar con sus adioses.

HOMENAJE Y PLAGIO II

(J. A. G. I.)

Rueda una gota de sudor lascivo
por la pendiente de mis pectorales
hasta tu vientre —¡en celo qué animales
tú y yo que se acometen: chivo y chivo!

Con qué ímpetu en la cama te derribo
y empuñamos recíprocos puñales,
ejemplo de delirios verticales;
líbasme tú goloso yo te libo.

Que impotentes, cloróticos, raquíticos,
silabeen versos hueros que los críticos
antologicen, y que avente el viento.

De Píndaro y de Whitman es mi aliento.
¡Qué bueno estoy, señor de las palestras
olímpico es el cuerpo que me muestras!

HOMENAJE Y PLAGIO III

(L. M. M.)

Dormir en cama ajena, despertar
en un cuarto al que nunca has de volver,
y en la luz vaga del amanecer
buscar la ropa (¿dónde puede estar

la chupa?), el aro, un calcetín (¿y el par?)
mientras aún duerme el chico aquel que ayer
te sonrió en el bar: ese alfiler
que rara vez se encuentra en un pajar.

Aturdido y cansado ahora al salir
buscando un taxi, vuelves a reír
regustando en los labios su sabor.

Miras gozoso un astro en el azur
y silbas. Bueno está —no, no fue amor…—
perdido el norte, que aún exista el sur.

CAROL ANN DUFFY. Nació Carol Ann Duffy en Glasgow (Escocia) en 1955. Se graduó en Filosofía para dedicarse después a la literatura. Vive actualmente en Manchester. Entre sus libros de poesía: *Standing Female Nude* (1985), *Selling Manhattan* (1987), *Mean Time* (1993) y *The World's Wife* (1999). Hasta donde sé ninguno de sus libros se ha traducido aún al español.

Los dos poemas que siguen —seleccionados y traducidos por Luis Muñoz— pertenecen a su libro *Standing Female Nude* el primero, y el segundo a *The Other Country* (1987).

CALENTANDO SUS PERLAS

Cerca de mi propia piel, sus perlas. Mi señora
me manda llevarlas, y así las caliento, hasta la noche
cuando cepillo su pelo. A las seis, las coloco
alrededor de su fría, blanca garganta. Todo el día pienso en ella,

descansando en la Habitación amarilla, contemplando seda
o tafetán, ¿qué traje para esta noche? Ella se abanica
mientras yo trabajo complacientemente, mi lento calor entrando
en cada perla. Aflojada en mi cuello, su soga.

Es hermosa. Sueño con ella
en mi cama de arriba; imagino que baila
con hombres altos, asombrada por mi vago, persistente olor
respiro su perfume francés, sus piedras lechosas.

Desempolvo sus hombros con una pata de conejo,
miro el suave rubor filtrarse a través de su piel
como una señal indolente. En su espejo
mis labios rojos se separan como si quisiera hablar.

Luna llena. Su coche la trae a casa. Puedo ver
cada movimiento suyo en mi cabeza... Desvistiéndose,
quitándose las joyas, la delgada mano alcanzando
el estuche, durmiendo desnuda en la cama, como

siempre hace... Y yo me tumbo aquí despierta,
sabiendo que las perlas ya se están enfriando
en la habitación donde mi señora duerme. Toda la noche
siento su ausencia y me quemo.

NOVIAS

Sacado de Verlaine
para John Griffith

Esa noche calurosa de septiembre, dormimos en una cama pequeña,
desnudas, y en nuestros cuerpos frágiles el sudor
se enfriaba y se renovaba. Extendí los brazos
y tú, con las manos en mis pechos, me besaste. Noche de ámbar.

Nuestros camisones estaban tirados en el suelo donde te pusiste de
rodillas
y te volviste feroz, apretaste tu cabeza contra mi vientre,
tu boca contra el oro rojo, las sombras rosas; aunque
no lo vi así entonces, arqueé

la espalda y exprimí agua del aire húmedo
con los puños. También me acuerdo que escuché, claramente
pero lejos, una sirena algunas calles más allá —*di*
da di da di da— que se mezcló con mis
gritos absurdos, así que miré hacia arriba, aún entonces,
para ver mis dedos que se contaban a sí mismos, bailando.

ANDREA LUCA. Nacida en Madrid en 1957, Andrea Luca —licenciada en Filosofía— se ha dedicado a actividades muy diversas, entre ellas la encuadernación y restauración de libros antiguos. Tras haber pasado algún tiempo en Italia vive ahora en Madrid. Publicó su primer libro, *A golpes del sino,* en 1979; pero su obra más propia se abre con *En el banquete* (1987). Le siguieron *El don de Lilith* (1990) y *La canción del samurai* (1992).

Tomo los dos primeros poemas que siguen de *En el banquete*. Y el tercero de *El don de Lilith*.

YO SOY ALTA Y TRISTE Y MIS MANOS...

Yo soy alta y triste y mis manos
a veces perturban la noche con la caricia
como ayer cuando estabas torpemente enfadada
por hacer de tu vientre un sortilegio.
Pero mírame alta y triste como soy, Mírame:
ya sé que no habita entre mis muslos
la dura pluma de Quezalcoátl.

CON ESA BOQUILLA QUE FUMAS...

Con esa boquilla que fumas
provista de cierta suntuosidad,
los cabellos grises, cortos y muy rizados;
un hedónico donaire en las maneras
y ese halo de sutil belleza decadente.
Con todo eso, como digo,
podría enamorarme de ti, si
de verdad, no te conociera.

ABRÁZAME DESDE TU VAPOROSO ESTADO...

... y como hombre y mujer
cohabitan un mismo cuerpo.

Abrázame desde tu vaporoso estado
y gózame según convenga a tu humano instinto:
si hombre, seré una brisa marina
y todo el mar habitará mi rictus bivalvo;
si mujer, para ti el polen de la floresta
y el peso frutal de mi árbol. Pero cuando activo
sea mi deseo, ¿quién de ti encontraré?
Si como mujer pido, sé álamo;
si como hombre, dos montañas y un volcán.
Y si en vaivén mi dualidad se pierde
sé espejo de abrazador azogue
donde el vaho de mi suspiro quede atrapado
y sea también foto de nuestro álbum familiar.

MAURIZIO GREGORINI. Nacido en Roma en 1961. Conozco solo un libro de Gregorini, *Attesa di luce,* publicado en 2001. Desconocido en España, los tres poemas que siguen —provinientes del citado libro— han sido escogidos y traducidos para esta antología por Leopoldo Alas.

6

Ángel, mensajero y voz de palabras,
si por oscuras razones
te encontrara respirando locura
en la luz de un sabio amanecer
(ah, dividir el universo
entre mundo sumergido
y espíritu en llamas),
te suplico:
desata el pensamiento
del espléndido viaje.
Y si en una tierra de frontera
aguardara yo tu paso...

7

... para entregarme a ti de nuevo
superando todos los límites.
Seguro de naufragar
en las aguas cristalinas
de tu nombre.
Y de nuevo atreverme
con lo que no se puede posponer:
explorar, gozar, y luego extraviar
nuestra última noche.
Pero si tú te escaparas,
si esto no sucediera
y tuviera que entonar
otra pérdida,
oh —si así fuera
debes saber que la mía
será una amarga venganza.

13

Latido del corazón
o doble llanto del ojo,

autor de engañosos versos
sobre los cazadores de invierno:
el amor, en esta furia de poeta,
más loco que un pájaro extranjero,
más viscoso que el dolor,
más ciego que una bestia,
quiere ser luz.
Antes de que la lengua se entrometa
en el nítido canto
o en un transparente
lenguaje de agua.

LEOPOLDO ALAS. Nacido en Arnedo (La Rioja) en 1962, Leopoldo Alas ha vivido casi siempre en Madrid. Autor de una obra literaria y periodística muy plural, entre sus libros de poemas destaco: *Los palcos* (1988), *La condición y el tiempo* (1992) y *La posesión del miedo* (1996). Tiene en preparación un nuevo libro que se titulará *El triunfo del vacío*.

Escojo tres poemas, de entre los que me ha sugerido el autor. El primero pertenece a *La posesión del miedo*. El segundo apareció en 1995 en la revista gay *Mensual*. Y el tercero —inédito— irá en el referido próximo libro.

MI OLOR A TI

Has dejado tu olor en todas mis camisas.
Toda mi ropa huele a cuando estabas.
Sería al abrazarte —no lo entiendo—
o que estuviste cerca y se quedó prendido.
Si arrimo mi nariz al hombro o a la manga, te respiro.
En las manos que extiendo sobre mis pantalones, te respiro.
Al ponerme la chaqueta, en la solapa.
Y en el cuello de un jersey que no me abriga.
Aroma de placer, de feromonas,
de recostarme en ti mientras dormías.
Por mucho que la lave, mi ropa lo conserva:
es un perfume dulce que alivia
como vestir mi cuerpo con tu piel.
Y está durando más que mi recuerdo.
Tu rostro en mi memoria se disipa,
casi puedo decir que he olvidado tu cuerpo
y sigo respirándote en las prendas
que, al tiempo que me visten, te desnudan.

Pero la ropa es mía. De tanto olerte en mí, tu olor es mío.
Tu olor era mi olor desde el principio,
fue siempre de mi cuerpo, no del tuyo,
de un cuerpo que lo tengo a todas horas
para quererlo entero como jamás te quise
y olerlo de los pies a la cabeza.
Es el olor de todas mis edades,
del niño absorto y puro,
del claro adolescente eléctrico y espeso,
de un joven con insomnio que soñaba
fantasmas del amor, y es también el olor
que al transpirar mis sueños dejaron en tus sábanas.

Quién sabe tú a qué aspiras sin este efluvio mío,
sin mi esencial fragancia.
Estanco en compañía, serás siempre el ausente
igual que si te fueras o no hubieras llegado.
Pues no olerás a nada, no dejarás recuerdo
ni podrás despertar auténtico deseo
ni embalsamar las yemas de los dedos

que un día te acaricien
con un perfume físico y concreto.
Serás para el olfato de los otros
como un espejo para los vampiros.
Y yo atesoraré con más fe que codicia
este perfume dulce de mi cuerpo
que descubrí contigo.
Si quieres existir, respíralo de nuevo.

ACÉRCATE

Acércate, ven, sella mis labios con un beso largo
y caliente. Estás sentado frente a mí, recostado,
con las piernas abiertas, hablando. Y no dejo de mirarte.
¡Telepatía, si de verdad existieras!

En mi rostro, una expresión serena, atenta a tus palabras,
pero por dentro, explosiones obscenas que ni imaginas.
No puedes escuchar mis pensamientos.
Si supieras lo que te estoy diciendo
sin abrir la boca: que la abriría
para tragarme tu polla, para beber tu saliva,
para lamer tu ombligo como un animal sediento
y respirar tu olor suavemente agrio y masculino.

Me encanta escuchar lo que dices con este aire tranquilo
y estar, sin que lo sepas, empalmado.
Tú en estas cosas no te fijas. Yo, sin embargo, imagino
cómo la tienes tú.
Por desgracia nunca te la vi
pero estoy clavando ahora mi pupila
en el bulto despiadado de tu entrepierna y adivino
unos dones sobrenaturales,
porque estás en la edad biológica del sexo.

Un paquete así, al alcance de mi mano
y no tener valor para tocarlo, devorarlo, venerarlo.
Ven y fóllame. Cállate un rato y métemela aquí,
sobre la alfombra. Dame tu culo después,

déjame entrar y salir, golpear dulcemente
tus nalgas duras como manzanas verdes.

Cállate y cómeme los labios, lubrícame,
muerde mis pezones, rózate conmigo.
No me interesa nada lo que me estás contando
y si te escucho con tanta atención,
es sólo por deseo.
Y tú no te imaginas, mientras hablas,
lo que yo, sin hablar, te estoy diciendo.

HERMANOS EXTRAÑOS

Como en *Ricas y famosas,*
que en la eclosión final de la conciencia
después de los incendios y los hielos,
destilada la experiencia de las decepciones
y asumido el dolor de haber sido felices,
la plenitud nos encuentre compartiendo
vinos densos con queso
y a un puñado de pastores griegos.
Y no saber los nombres
de los últimos hombres,
amanecer en brazos de recios pescadores;
y a la tarde brindar con néctar y ambrosía
—como el champán de Jacqueline y Candice—
por la gracia de haber sido diferentes.
Y acabar nuestros días como hermanos extraños
en tu casa de la calle Toledo
o en la mía de la calle Leganitos
celebrando retrospectivamente
los mejores polvos de nuestra vida.
Mi dirás: «No fuimos homosexuales,
buscando almas iguales en cuerpos tan distintos.»
Y entonces, abrazados, lloraremos.

JEAN-YVES MASSON. Nacido en Lorena en 1962, Jean-Yves Masson es especialista en alemán, habiendo traducido al francés a distintos poetas de esa lengua. Poeta, traductor y novelista vive actualmente en París. Entre sus libros de poemas destaco: *Offrandes* (1996), *Onzains de la nuit et du désir* (1998) y *Poèmes du festin céleste* que saldrá en 2002.

Traduzco para esta antología un poema de *Onzains... (Undécimas de la noche y del deseo)* y un segundo, inédito aún, que me ha hecho llegar el autor.

ESTRECHÉ...

Estreché a mi amigo contra mi corazón. Fue
tras la gran travesía de los sueños,
y la mañana pesaba en nosotros con su gran secreto de llama
que arde de nuevo el mundo antiguo.
Le dije: Ha de ser hermoso este día,
caminemos por las calles, sepamos saludar
a la luz, aunque sea gris,
ven conmigo.
Pero él dirigió su rostro hacia mi corazón.
Y entonces dije: sepamos inventar la luz
que se esconde en una mirada.

TÓMAME...

Tómame de la mano, amigo, no hay más clara felicidad
que la de hacer el camino con el que amas
cuando comienza el día, hallando el alba abierta.

Ven, haremos sonreír a los viandantes, buscaremos
la sabiduría de las fuentes, el bienhechor
conocimiento del agua que guarda memoria de la tormenta

y se acuerda de la noche que atravesamos. Ven conmigo
a preguntar a la mañana el sentido de la palabra juventud,
mientras sea tiempo aún, no tardes, bienamado, ven conmigo.

JUAN ANTONIO GONZÁLEZ IGLESIAS. Nacido en Salamanca —donde vive— en 1964, Juan Antonio González Iglesias es profesor de latín en la Universidad de su ciudad. Ha publicado dos libros de poemas *La hermosura del héroe* (1994), *Esto es mi cuerpo* (1997) y tiene un tercero a punto de editar, *Un ángulo me basta* (2002).

El propio autor ha escogido, a petición mía, los siguientes poemas: *Cortito maltés* y *¿Quién toma tu mandíbula para rendirla al beso?* que corresponden a *Esto es mi cuerpo*. El tercer poema —inédito al hacer la antología— pertenece al último libro.

CORTITO MALTÉS

Es imposible ser más masculino.
Es imposible, pues,
escribirle un soneto petrarquista.
Todo
tiene sus límites. También los géneros
literarios. No soy alejandrino
ni decadente. Quiero
sólo la claridad de un hombre que habla.
Gracias a Dios que no es mujer ni efebo.
No es ambiguo, ni rubio.
Tendrá veintiséis años. Hay otro inconveniente:
yo
—que tengo treinta y dos—
soy
no menos fuerte o menos atractivo.
Lo admiro, sí. Pero él me admira a mí.
Creo que esto nos sustrae
a cualquier épica
de las que están escritas.
Hace tiempo de aquello.
Somos iguales. Somos diferentes.
Se parece (no tengo
tiempo para las écfrasis preciosas)
Corto Maltés: más joven y más bajo.
La patillas morenas, sobre todo.
(Dentro de unos segundos, en voz baja
haré que suene dentro de su noble
cabeza este rotundo
endecasílabo, simple como él:
las patillas morenas, sobre todo.)
Ladea la boca, guiña,
está tan dibujado y es tan limpio.
Arrugas verticales en su cara
anticipan al muy
hermoso hombre maduro que será.
Por viñetas se mueve,
en instantáneas.
Puro technicolor para mis ojos,
a mi medida.

Cabe entre mis brazos.
Voy a morder su cuello y a vencerlo.
Se queda pensativo,
Está a menos de un metro.
Entre la base de sus dedos toscos
aguanta el cigarrillo.
El poema es tan cierto e inocente
como nosotros dos.
Parece que hemos hecho la promesa
de no volver a abrir la boca, salvo
para exhalar deseo. Agarro
su mandíbula trunca
y respiro su piel. No tengo nada
más que decir.

¿QUIÉN TOMA TU MANDÍBULA PARA RENDIRLA AL BESO?

land a hook in his face! Don't you see he guards low?
Henry de Montherlant

Me parece que piden tus pómulos pelea.
Tendremos que medirnos
antes de descansar como los héroes.
Tú no sabes que en Creta, tras meses de combate
el amante entregaba
como ofrenda a su amado
un traje de guerrero.
Pero no es necesario. Dime, claro enemigo,
ahora que has comprobado la fuerza que pedías
y aventuras un número sólo para mi cuerpo:
¿quién tasa los dos ángulos que construyen tu cara?
¿Quién toma tu mandíbula para rendirla al beso?
¿Quién precisa los N
grados de libertad con que tus labios
se entreabren, mostrando
la brisa del deseo? ¿Quién declara que es vida
y levanta en silencio
acta de la potencia?

¿La palma de qué mano te calibra
el izquierdo cuadrado, este que escuda
tu corazón?
¿Qué dedos se presionan contra el ritmo y la curva
con que late la sierpe de la sangre en tu brazo?
¿Quién mide cuánto amor cabe en tu boca?

ACEPTO QUE BELLEZA

Acepto que belleza es la fulguración
natural de las cosas naturales.
Me digo que tus dientes mostrados en sonrisa
son eso. Que tus ojos me dan tanta dulzura
porque cumplen remotas instrucciones genéticas.
Que tu cuerpo de hombre con mi cuerpo de hombre
construyen un lugar necesario en el mundo.
Que nada extraordinario hay en dos que se aman.
Pero cuando te abrazo una noche tras otra,
y me encuentro tu pulso a oscuras en cualquiera
de los puntos que laten en tu cuerpo dormido,
cruza por mi cerebro la palabra milagro.

JOSÉ ANTÓNIO ALMEIDA. Nacido en 1965 en Cuba (Alentejo, Portugal) José António Almeida, que vive en su localidad natal, ha publicado dos libros de poemas: *António Nogueira* (1984) y *O Rei de Sodoma e algunas palavras em sua homenagem* en 1993. Está a punto de aparecer —2002— un libro nuevo titulado *A mãe de todas as histórias*. Traduje, durante el verano de 2001, dos poemas de *El rey de Sodoma y algunas palabras en su homenaje* con destino a esta antología.

AMOUR COURTOIS

Gentil muchacho, no pretendo yo nada
sino mirarte así mientras tú duermes
o te finges sumergido en el sueño
y con semicerrados ojos me observas,
pocos años más mayor que tú.
Pero ahora se aplaca la locomotora:
te levantas, despacio, dando por hecho que
te vas a apear en la próxima estación.
Te sigo a través del pasillo
y, después de que el convoy con
lentitud prosigue su marcha, entro
en otro discreto compartimento.
Contento de verte junto a mí
entre los campos de antaño en Provenza.

JULIANO, EL APÓSTATA

Quitándose la alianza del dedo anular
se organizó a sí mismo la disposición de los sitios
donde vivió las noches de su juventud.
Reabrió la puerta de todos los locales
que frecuentó en aquella época pasada,
antes de disimular con su matrimonio.
Revocó los años de vida conyugal
para que desaparecieran los viejos miedos
y llegaran otros temores con la edad.
Como el pavor de que los antiguos deseos,
cansados de hablar a solas, callaran al fin.
Marchó corriendo hacia los queridos lugares,
luego de que esos años parecieran siglos,
con la vana esperanza de ser quien fue otrora.

NELSON SIMÓN. Nacido en Pinar del Río (Cuba) en 1965, Nelson Simón (que ha pasado temporadas en España) lleva publicados los siguientes libros de poesía: *Ciudad de nadie* (1992), *El peso de la isla* (1993), *Con la misma levedad de un náufrago* (1995), *Criaturas de isla* (1996) y *A la sombra de los muchachos en flor* (2001).

El poema largo que doy —escogido por el autor— figura en su último libro.

EAGLES

A Siro Carraro, donde se encuentre

No, yo no salí esa noche a la ciudad buscando amor,
el amor es una sustancia venenosa, que pocas veces,
te ofrecen o te venden. No, mi pecho no buscaba
la virilidad de otro pecho para sentirme a salvo
—yo había jurado no volver a creer en la ternura,
ocultar la absurda necesidad de que alguien acariciara
mi cabeza, disimular mi vidriosa mirada
de cachorro apaleado—.
No, mis manos —aún cubiertas
por la escarcha del invierno— no tanteaban lo oscuro
en busca de otras manos que me recordaran
los dedos breves, dorado peces tropicales,
con que mi amante me recorría y hacía estremecer.

No, yo no creía en el amor aquella noche
mientras descendía a los sitios más sórdidos,
a los sótanos del alma.
Mi carne era mi enemiga. Mi carne ciega
me empujaba —vieja sibila— hacia el mas ligero placer,
hacia los fétidos desguazaderos
en los que sólo nos movía la fiebre y el deseo.
Atraído por esa viscosa mezcla de vida y muerte
que es la sangre, yo bajaba los escalones del infierno,
enrarecido laberinto en el que devorábamos
y éramos devorados.

Me provocaba náuseas aquella orgía,
aquel sonar de mandíbulas que, en círculos concéntricos,
se ensanchaban a mi alrededor: Mis ojos panearon
en el mar de luz negra hasta aferrarse
a la roca que ofrecía tu sonrisa.
Una extraña imantación —que provenía de ti—
me arrastraba hacia el vertiginoso centro: ruedo
que en su intermitencia volvía más hermosos y lascivos
a los cuerpos sacudidos por blandos orgasmos
y a las bruñidas cadenas, que sostenían,
a la altura de nuestros ojos, la perfección

de la satisfecha presa que se dejaba asaetear.
Júbilo,
ahogado murmullo de júbilo coronando
de vinos y ungüentos olorosos la madrugada. Yo,
siguiendo tus pasos con cauteloso vuelo
—lanzarse tras las huellas del leopardo
creyendo que somos fuertes y que nuestras garras
pueden apartarlo de la podrida piel del mundo.
Yo, lamiendo resignado los sitios de tu cuerpo
que los otros manchaban con su baba engañosa,
con su semen infértil, con los frascos
que olfateaban como hienas
para hacer más salvaje su apetito. Yo,
que busqué entre tantos labios los tuyos;
que encontré en la luz negra de aquel bar
la rosa dulce y enferma de tus besos,
y me detuve en ella
en el instante de entrelazar tu lengua
con la mía, sin saber, que también tus labios
escapaban en busca de los míos.
Y en alardosa acrobacia
me sorprendí colocando mi sexo a la altura de tu boca
sin dejar de repetirme: *no, yo no salí esta noche*
para buscar amor, el amor es una sustancia
venenosa..., pero en verdad deseando
salir contigo a la superficie, abrazarte allí
donde Madrid se hace más respirable y luminoso.

Otra vez mis carencias y el recuerdo
de un tiempo lejano al que seguía atado,
me tendieron sus trampas
y en un idioma que apenas entendías, te propuse
dejar los restos de aquella frívola noche
sólo para los dos.

Atrás quedaron el humo,
las serpentinas del sudor, los insectos de la música
agitando sus alas entre hombres deseosos. Atrás
la caricia estéril, la pasajera aventura de los bares.
Mientras nos desnudábamos con sorpresa y temor,
nuestras ropas fueron exóticos pájaros

ardiendo hasta el amanecer
en tu mínima habitación. No importaron
las amaneradas voces ni las importunas camareras
que recorrían los pasillos del hostal.
Tú estabas tumbado entre mis piernas
o yo entre las tuyas —no lo recuerdo—
como naciendo los dos, como vaciándonos
uno dentro del otro:
sí, éramos dos águilas
vaciándose incluso de sus muertes y soledades;
recuerdo que fue en mayo y Madrid,
cómplice y ambigua, extendía a nuestros pies
su más lujoso disfraz de primavera.

LUIS MUÑOZ. Nacido en Granada en enero de 1966, Luis Muñoz, que actualmente vive en Madrid, se inauguró temprano como poeta. Entre sus libros destaco: *Septiembre* (1991), *Manzanas amarillas* (1995), *El apetito* (1998) y *Correspondencias* (2001). El autor ha seleccionado para esta antología los tres poemas que siguen. El primero pertenece a *Manzanas amarillas,* el segundo a *El apetito* y el último a *Correspondencias*.

POSTALES EN UN SOBRE

Tomaron un pequeño apartamento,
al calor de la historia que empezaba,
en un pueblo radiante de la costa.
Las familias miraban de reojo
su dulce suficiencia,
su ambigua cercanía cuando tomaban sol,
los leves empujones en la orilla
de muchachos buscándose en el juego,
la risa incontrolable,
el júbilo de luces y de compras
los días del mercado,
y un remolino oscuro de murmullos
se levantaba al paso como una nube torda.

En sólo quince días avivaron
contrarios sentimientos, un ascua adormecida
y una imagen inquieta de la felicidad.

Recordarían de aquello, más que nada,
muchos años después, en su país del norte,
la coartada airosa de su idioma
para hablar de deseo sin entenderles nadie,
las noches enlazadas de sus cuerpos
con las marcas blanquísimas de los trajes de baño
y un sobre con postales de vocación turística
que guardaron por siempre como un talismán:
el farero viejo cortando caña,
la junta de los bueyes en la plaza del pueblo
y una chica en biquini diciendo *okey*.

OCHO DE LA MAÑANA

Le miro cómo duerme enredado en la sábana.
La esponja del descanso le borra los sentidos.

Deja pasar dos planchas moteadas de luz
la ventana entreabierta,

picotea en el borde de un tiesto de geranios
un gorrión tremante
con ojos de cabeza de alfiler,
y el picoteo se hace
del ritmo de una frase inquisitiva.

Pero no se despierta.
Se abraza a la almohada, se hunde como en nubes,
y me atrapa al volverse alzando una rodilla.

No sé si formo parte de su sueño.
Querer es una escala, y no sé si alcanza al sueño.

HOMOSEXUALIDAD
Primera versión

Solitude, récif, étoile
Stéphane Mallarmé

Primero es sólo eso:
igual que el habitante de una isla
que descubre una orilla alrededor,
una orilla tramada como en dientes de arena,
una nada concreta,
como es siempre la nada,
un sueño recortado, la vuelta de las olas
en el mismo lugar y al tiempo cada día,
así, igual que eso,
una ternura de agua alrededor
y una franja de hielo alrededor,
la hiena de los sexos y ese tacto que templa
la zozobra nocturna, ese sueño en relieve
que arrastra hasta la cama, que te lanza la luz
de donde no la esperas,
así, igual que eso,
como puntos unidos, todo es isla.

Soledad, arrecife, estrella.

Índice de poemas

AL MUTAMID
«Nuestro amado compañero combatió con ojos, espada y lanza» ... 68
«Espada su nombre, espadas sus ojos. Desenvainadas» ... 68
«¡Señor! Cuando un esbelto y coquetón copero se puso» ... 68

ALARCÓN, FRANCISCO X.
«Tus manos son dos martillos que clavan» ... 400
«Al dormir te vuelves un continente» ... 400
«Me gusta caminar junto a tu lado» ... 401

ALAS, LEOPOLDO
«Mi olor a ti» ... 414
«Acércate» ... 415
«Hermanos extraños» ... 416

ALMEIDA, JOSÉ ANTÓNIO
«Amour courtois» ... 424
«Juliano, el apóstata» ... 424

ANACREONTE
«De Cleóbulo estoy enamorado» ... 33
«Jovencito que tienes una mirada virgen» ... 33
«Alzo el vuelo al Olimpo con unas alas tenues» ... 33
«¡Trae agua, muchacho, trae vino...» ... 33
«En el brindis ofréceme, amigo» ... 33

ANDRADE, EUGÉNIO DE
«Más sobre la pureza» ... 283
«El muchachito de York» ... 283
«El muchacho de Pasolini» ... 284

ARENAS, REINALDO
«Las buenas conciencias (fragmento)» ... 346
«Autoepitafio» ... 347

ASHBERY, JOHN
«Una oculta bendición» ... 301

AUDEN, W. H.
«Parad los relojes» ... 232
«Decidme cómo es el amor» ... 232
«Canción de cuna» ... 234

AUMENTE, JULIO
«Stone's 64» ... 286
«Dar, otorgar capricho al condenado» ... 286
«La chavalita» ... 287

AUSONIO
«A Glaucias, muerto antes de tiempo» 64
«Contra Marco» 64

BALLAGAS, EMILIO
«De otro modo» 237
«Elegía sin nombre» 238

BARBA-JACOB, PORFIRIO
«Retrato de un jovencito» 174
«Elegía platónica» 174
«Los desposados de la muerte» 174

BARNFIELD, RICHARD
«Soneto» 100

BECCADELLI, EL PANORMITA, ANTONIO
«Epitafio de Pegaso, pederasta cojo» 84
«Contra Léntulo, afeminado de buena familia y hombre en extremo vicioso» 84
«Lauridio al autor, a propósito de un amor que le abrasa» 84

BELLEZZA, DARIO
«Marilyn» 350
«Jugaban en la hierba...» 351
«El trasero» 352

BEN SAHL DE SEVILLA
«Tan improbable es que exista el hipogrifo» 78
«Es el lunar de la mejilla de Musa» 78
«Doy el alma por Musa, y si sus ojos» 79

BENAVENTE, JACINTO
«Sin forma te soñé y así te adoro» 141
«Urania, venus celestial, inspira» 141
«Un ídolo» 142

BERNIER, JUAN
«Miro, ansiosamente miro...» 254
«Presencia» 255

BERTO, AL
«Sida» 369

BONET, BLAI
«De pie ante la puerta» 295
«All Brow» 295

BOTTO, ANTÓNIO
«Sé joven» 207
«¡Vengan a ver la maravilla...» 207
«Puedes llevar las rosas que trajiste» 208

BRINES, FRANCISCO
«Madrigal nocturno» 321
«Huerto en Marrakech» 321
«El más hermoso territorio» 321

BUONARROTI, MIGUEL ÁNGEL
«Tú sabes que sé, mi señor, y sabes» 86
«Si en el rostro por los ojos el corazón se ve» 86
«Veo en tu hermoso rostro, mi señor» 87

BYRON, LORD
«Damoetas» 112
«Te observé cuando el enemigo estaba a nuestro lado» 112

CAÑAS, DIONISIO
«Viejo atleta castellano» 374
«Camarero amanecido» 374
«Pescador de bahía» 375

CATULO
«Aurelio, padre de las hambres» 45
«A ti, Aurelio, me encomiendo yo» 45
«Os joderé y me la chuparéis» 46
«Te robé, mientras jugabas, encantador Juvencio» 46

CAVAFIS, CONSTANTINOS
«Con placer» 138
«Días de 1903» 138
«En un viejo libro» 138
«En las tabernas» 139

CERNUDA, LUIS
«Los marineros son las alas del amor» 210
«A un muchacho andaluz» 210
«Despedida» 212

CLUNY, CLAUDE MICHEL
«Los adolescentes de Elisseos se reputan por el trazo» 319
«¿Te gusta la lluvia? Aquí es suave y tibia, y cae» 319
«Alceo, adorno de Kos» 319

COCTEAU, JEAN
«Un amigo duerme» 192

COOPER, DENNIS
«Greg Tomeoni» 396
«Dos chavales» 396
«Sin Dios» 398

DOS ANÓNIMOS DEL SIGLO DE ORO ESPAÑOL
«Hallándose dos damas en faldeta» 98
«Don Juan, no tengo por bueno» 98

DOUGLAS, LORD ALFRED
«Elogio de la vergüenza» 153

DUFFY, CAROL ANN
«Calentando sus perlas» 406
«Novias» 407

EIELSON, JORGE EDUARDO
«Piazza di Spagna» 271
«Foro romano» 271
«Serenata» 273

ESTACIO
«Consuelo a Flavio Urso por la pérdida de su joven esclavo favorito» 61

FASSBINDER, RAINER W.
«Lleno de cueros» 358

FUERTES, GLORIA
«Cabra sola» 268
«La huéspeda» 268

GARCÍA BAENA, PABLO
«Rondel para un joven violinista» 279
«Cándido» 280
«Bobby» 280

GARCÍA LORCA, FEDERICO
«Narciso» 199
«San Gabriel» 200
«Oda a Walt Whitman» 202

GENET, JEAN
«El condenado a muerte» 247

GEORGE, STEFAN
«El discípulo» 147
«Advenimiento» 147
«De la vida y la muerte de Maximin» 148

GIL DE BIEDMA, JAIME
«Loca» 303
«Contra Jaime Gil de Biedma» 303
«Artes de ser maduro» 305

GIL-ALBERT, JUAN
«Los muchachos» 225
«Arquetipos» 226

GINSBERG, ALLEN
«Un supermercado en California» 292
«Dulce chico, dame tu culo» 293

GIORNO, JOHN
«Poema pornográfico» 328

GÓMEZ JATTIN, RAÚL
«Prostituto ante el espejo» 354
«Casi de la adolescencia» 354
«Un probable Constantino Cavafis a los 19» 355
«El ambiguo y tormentoso sexo de mi ángel» 355
«Sanos consejos a un adolescente» 356

GÓNGORA, LUIS DE
«A Júpiter» 92
«A un puto» 92

GONZÁLEZ IGLESIAS, JUAN ANTONIO
«Cortito Maltés» 420
«¿Quién toma tu mandíbula para rendirla al beso?» 421
«Acepto que belleza» 422

GREGORINI, MAURIZIO
«Ángel, mensajero y voz de palabras» 411
«... para entregarme a ti de nuevo» 411
«Latido del corazón» 411

GUNN, THOM
«San Francisco Streets» 314
«El abrazo» 315
«El hombre con sudores nocturnos» 316

H. D.
«Rosa roja y una mendiga» 178

HAHNEMANN, GINO
«Lido» 364
«Tómate tu tiempo» 364

HERNÁNDEZ, JUAN JOSÉ
«La Nerona» 335
«Racismo» 335

HORACIO
«¿No sabes, Pirro» 52
«¿Guerras que llevan largo tiempo dormidas...» 52

HOUSMAN, A. E.
«La calle suena con el paso de los soldados» 132
«Si bastara con eso» 132
«Epitafio para un ejército de mercenarios» 133

IBN SARA AS-SANTARINÍ
«Joven hermoso» 76
«Muchacho de ojos azules» 76
«Muchacho barbiponiente» 76

INFANTE, JOSÉ
«Cross» 360
«Tu juventud me humilla (I. C. H.)» 360
«Cuerpo ausente» 361

LAWRENCE (LAWRENCE DE ARABIA), T. E.
«A S. A.» 185

LOSTALÉ, JAVIER
«Hace falta» 341

«Madrugada Paolo» 342
«Cuerpo» 343

LOUŸS, PIERRE
«Danzas en el claro de luna» 150
«Psappha» 150
«El pasado que pervive» 151

LOWELL, AMY
«Descanso» 159
«Madona de las flores vespertinas» 159
«Otoño» 160

LUCA, ANDREA
«Yo soy alta y triste y mis manos...» 409
«Con esa boquilla que fumas...» 409
«Abrázame desde tu vaporoso estado...» 409

MARÇAL, MARIA MERÇÉ
«Sal abierta» 384
«Solsticio» 384

MARCIAL
«Puesto que al muchacho le duele la polla» 59
«¿Por qué lo que me diste ayer, me lo has negado, joven Hilo, hoy...» 59
«Cada vez que miro a tu Hilo mientras sirve vino» 59

MARLOWE, CHRISTOPHER
«Acto primero. Éstos no son hombres para mí» 89

MARQUÉS DE CAMPO
«A "monsieur de Phocas"» 166
«ΓΛΑΥΚΟΣ» 166
«Mi ensueño» 169

MARTÍNEZ DE MERLO, LUIS
«Homenaje y plagio I (J. I.)» 403
«Homenaje y plagio II (J. A.G. I.)» 403
«Homenaje y plagio III (L. M. M.)» 404

MASSON, JEAN-YVES
«Estreché...» 418
«Tómame...» 418

MESQUIDA, BIEL
«Manifestación subversiva» 367

MEYER, DETLEV
«Trocadero» 377
«Anhelo» 377
«Tiempo de vacaciones» 378

MOLINA, RICARDO
«Junio» 264
«Copero persa» 265

MONTALBETTI, MARIO
«Quasar/El misterio del sueño cóncavo» 387

MORO, CÉSAR
«La leve pisada del demonio nocturno» 218

MUHAMMAD AL NAWADJI
«Los que tienen bozo» 81

MUÑOZ, LUIS
«Postales en un sobre» 430
«Ocho de la mañana» 430
«Homosexualidad» 431

NERVO, AMADO
«Andrógino» 155
«Después» 155

NOVO, SALVADOR
«Este perfume» 221
«Junto a tu cuerpo» 221
«Yo te aguardé esta noche con el ansia» 222
«Leoncio ayer, Carlos hoy» 222

NÚÑEZ, VICENTE
«Resurrección» 311
«En Taormina —¿en junio?—» 311
«Peca mucho, y ofléndeme» 311

NUWAS, ABU
«Autorretrato» 66
«Él y yo» 66
«El amor imberbe» 66

O'HARA, FRANK
«Poema» 298
«Poema» 298
«Homosexualidad» 299

PANERO, LEOPOLDO MARÍA
«Maco» 371
«A Francisco» 371
«Himno a Satán» 372

PASOLINI, PIER PAOLO
«David» 276
«Como una brisa ligera» 276
«¡Oh, yo jovencito!» 276

PENNA, SANDRO
«La vida... es acordarse de un despertar» 229
«El sol que ha bruñido este cuerpo» 229
«He aquí al chico acuático y feliz» 229
«Veloz va el atleta adolescente» 229
«Es hermosa la juventud y basta un poco» 230

PÉREZ ESTRADA, RAFAEL
«Lucha de dos adolescentes en esta playa» 325
«Ángeles de la desesperación y el abandono» 325

PERI ROSSI, CRISTINA
«La bacante» 338
«No podía dejar de amarla porque el olvido no existe» 338
«Encomienda» 339

PESSOA, FERNANDO
«La lluvia caía fría en el alma de Adriano» 187

PÍNDARO
«Es en el tiempo bueno de la juventud» 38

PIÑERA, VIRGILIO
«El resultado» 257
«Palabras de joven» 257

PLATEN, AUGUST VON
«¡Ojalá fuera amarte mi único trabajo...» 115
«Cae cálida y luminosa la noche invernal en Roma» 115
«Advertencia» 116

QUZMÁN, BEN
«La hoguera del amor» 70
«Seguidillas» 71
«Elogio de un Ben Hazm» 73

RICH, ADRIENNE
«Reverberan por toda esta ciudad los anuncios de neón» 308
«Despierto en tu lecho. Sé que he soñado» 308
«Porque ya no somos jóvenes, las semanas han de bastar» 309

RIMBAUD, ARTHUR
«El corazón robado» 127
«Antiguo» 127
«Vagabundos» 128

ROLFE, «BARÓN CORVO», FREDERICK
«Balada de los muchachos bañándose» 135
«Envío» 136

ROSSETTI, CHRISTINA
«Laura y Lizzie dormidas» 121

SACKVILLE-WEST, VITA
«Primavera» 197

SAFO
«Me parece el igual de un dios, el hombre» 30
«De veras, quisiera estar muerta» 30
«A mi lado, muchas coronas» 31
«Eros me sacudió el alma» 31
«Atis, yo me enamoré» 31
«Y tú, Dica, ponte bonitas» 31

SAINT-PAVIN, DENYS DE
«Epigrama» 104

SHAKESPEARE, WILLIAM
«¿A un día de verano compararte?» 95
«Pintado por Natura el rostro tienes» 95
«Señor del amor mío, cuyo mérito» 96

SIMÓN, NELSON
«Eagles» 426

SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ
«Romance» 108

SPENDER, STEPHEN
«De qué manera extraña» 244
«A T. A. R. H.» 244
«Tosco y encantador...» 245

SPICER, JACK
«Entre tazas de café y soperas la Belleza caminaba» 289
«Dardanela» 289
«El muchacho nunca había visto a un hombre honesto» 290

STEIN, GERTRUDE
«Antes de que las flores de la amistad se marchitaran la amistad se marchitó» 162
«Susie Asado» 162
«La madre de nosotros todos» 163

TAKAHASHI, MUTSUO
«La casa de té (fragmento)» 331
«Autorretrato disfrazado de prostituta sagrada» 332
«Autorretrato con un glorioso hueco» 332

TEÓCRITO
«El idolatrado» 40

TEOGNIS
«Elegías (fragmento)» 35

TIBULO
«Elegía IV» 56

TRES POETAS DE LA «ANTOLOGÍA PALATINA»
«La mitad de mi alma aún respira, la otra mitad no sé» 42
«Si los Deseos te favorecen, y la Persuasión de aliento de mirra» 42
«Encontré un día a médicos imberbes, enfermos de amor» 42
«No rehúses tus muchachos esclavos a los que te acompañan» 43
«Ardí, cuando Teudis brilló en medio de los demás muchachos» 43

TRINIDAD, DAVID
«Jugando con muñecas» 392
«Mi amante» 393

TSAO, WU
«A la cortesana Ch'ing Lin» 144

«El salterio» 144
«La espera» 145

VERLAINE, PAUL
«Marco» 123
«El buen discípulo» 123
«Mille e tre» 124

VERLAINE Y RIMBAUD
«Soneto al ojo del culo» 130

VIAU, THÉOPHILE DE
«Todo se va al garete, la sífilis me mata» 102

VILLENA, LUIS ANTONIO DE
«Parusia impura» 380
«Hermosos rostros del pasado» 380
«Himno de adoración en silencio» 382

VIRGILIO
«Égloga II. Alexis» 48

VIVIEN, RENÉE
«Violetas de otoño» 171
«Palabras a la amiga» 171
«A la bien amada» 172

WHITMAN, WALT
«Quienesquiera que seáis los que me tenéis en este momento de la mano» 118
«Nosotros, dos buenos mozos, abrazándonos mutuamente» 119

WILLIAMS, TENNESSEE
«San Sebastián de Sodoma» 260
«Tú y yo» 260
«Unos hombres jóvenes que se levantan al amanecer» 261

WILMOT, JOHN
«Canción» 106

WRATISLAW, THEODORE
«A un muchacho siciliano» 157

YOURCENAR, MARGUERITE
«Cansados de esperar, los que nos esperaron» 215
«Aquí están la miel profunda de las rosas» 215
«Fuegos» 216

Agradecemos la colaboración prestada por los autores, herederos, editoriales y agentes que han hecho posible la realización de este libro:

© Alarcón, Francisco X., «Tus manos son dos martillos que clavan», «Al dormir te vuelves un continente», «Me gusta caminar junto a tu lado». © Alas, Leopoldo, «Mi olor a ti», «Acércate», «Hermanos extraños». © Almeida, José António, «Amour courtois», «Juliano, el apóstata». © Andrade, Eugénio de, «Más sobre la pureza», «El muchachito de York», «El muchacho de Pasolini». © Arenas, Reinaldo, «Las buenas conciencias» (fragmento), «Autoepitafio». © Ashbery, John, «Una oculta bendición». © The Estate of W. H. Auden, «Parad los relojes», «Decidme cómo es el amor», «Canción de cuna». © Aumente, Julio, «Stone's 64», «Dar, otorgar capricho al condenado», «La chavalita». © Ballagas, Emilio, «De otro modo», «Elegía sin nombre». © Barba-Jacob, Porfirio, «Retrato de un jovencito», «Elegía platónica», «Los desposados de la muerte». © Bellezza, Dario, «Marilyn», «Jugaban en la hierba...», «El trasero». © Benavente, Jacinto, «Sin forma te soñé y así te adoro», «Urania, venus celestial, inspira», «Un ídolo». © Bernier, Juan, «Miro, ansiosamente miro...», «Presencia». © Berto, Al, «Sida». © Bonet, Blai, «De pie ante la puerta», «All Brow». © Botto, António, «Sé joven», «¡Vengan a ver la maravilla...», «Puedes llevar las rosas que trajiste». © Brines, Francisco, 1997, «Madrigal nocturno», «Huerto en Marrakech», «El más hermoso territorio», publicado originalmente por Tusquets Editores, S.A., Barcelona,1997. © Cañas, Dionisio, «Viejo atleta castellano», «Camarero amanecido», «Pescador de bahía». © Cavafis, Constantinos, «Con placer», «Días de 1903», «En un viejo libro», «En las tabernas». © Cernuda, Luis, «Los marineros son las alas del amor», «A un muchacho andaluz», «Despedida». © Cluny, Claude Michel, «Los adolescentes de Elisseos se reputan por el trazo», «¿Te gusta la lluvia? Aquí es suave y tibia, y cae», «Alceo, adorno de Kos». © Cocteau, Jean, «Un amigo duerme». © Cooper, Dennis, «Greg Tomeoni», «Dos chavales», «Sin Dios». © Douglas, lord Alfred, «Elogio de la vergüenza». © Duffy, Carol Ann, «Calentando sus perlas», «Novias». © Eielson, Jorge Eduardo, «Piazza di Spagna», «Foro romano», «Serenata». © Fassbinder, Rainer W., «Lleno de cueros». © Fuertes, Gloria, «Cabra sola», «La huéspeda». © García Baena, Pablo, «Rondel para un joven violinista», «Cándido», «Bobby». © García Lorca, Federico, «Narciso», «San Gabriel», «Oda a Walt Whitman». © Genet, Jean, «El condenado a muerte». © George, Stefan, «El discípulo», «Advenimiento», «De la vida y la muerte de Maximin». © Gil de Biedma, Jaime, «Loca» (de *Moralidades),* © Jaime Gil de Biedma, 1966, y Herederos de Jaime Gil de Biedma; «Contra Jaime Gil de Biedma» y «Artes de ser maduro» (de *Las personas del verbo),* © Jaime Gil de Biedma, 1982, y Herederos de Jaime Gil de Biedma. © Gil-Albert, Juan, «Los muchachos», «Arquetipos». © Ginsberg, Allen, «Un supermercado en California», «Dulce chico, dame tu culo». © Giorno, John, «Poema pornográfico». © Gómez Jattin, Raúl, «Prostituto ante el espejo», «Casi de la adolescencia», «Un probable Constantino Cavafis a los 19», «El ambiguo y tormentoso sexo de mi ángel», «Sanos consejos a un adolescente». © González Iglesias, Juan Antonio, «Cortito Maltés», «¿Quién toma tu mandíbula para rendirla al beso?», «Acepto que belleza». © Gregorini, Maurizio, «Ángel, mensajero y voz de palabras», «... para entregarme a ti de nuevo», «Latido del corazón». © Gunn, Thom, «San Francisco Streets», «El abrazo», «El hombre con sudores nocturnos». © H. D., «Rosa roja y una mendiga». © Hahnemann, Gino, «Lido», «Tómate tu tiempo». © Hernández, Juan José, «La Nerona», «Racismo». © Housman, A. E., «La calle suena con el paso de los soldados», «Si bastara con eso», «Epitafio para un ejército de mercenarios». © Infante, José, «Cross», «Tu juventud me humilla (I.C.H.)», «Cuerpo ausente». © Lawrence (Lawrence de Arabia), T. E., «A S.A.». © Lostalé, Javier, «Hace falta», «Madrugada Paolo», «Cuerpo». © Luca, Andrea, «Yo soy alta y triste y mis manos...», «Con esa boquilla que fumas...», «Abrázame desde tu vaporoso estado...». © Marçal, Maria Merçé, «Sal abierta», «Solsticio». © Martínez de Merlo, Luis, «Homenaje y plagio I (J.I.)», «Homenaje y plagio II (J.A.G.I.)», «Homenaje y plagio III (L.M.M.)». © Masson, Jean-Yves, «Estreché...», «Tómame...». © Mesquida, Biel, «Manifestación subversiva». ©Meyer, Detlev, «Trocadero», «Anhelo», «Tiempo de vacaciones». © Molina, Ricardo, «Junio», «Copero persa». © Montalbetti, Mario, «Quasar/El misterio del sueño cóncavo». © Moro, César, «La leve pisada del demonio nocturno». © Muñoz, Luis, «Postales en un sobre», «Ocho de la mañana», «Homosexualidad». © Novo, Salvador, «Este perfume», «Junto a tu cuerpo», «Yo te aguardé esta noche con el ansia», «Leoncio ayer, Carlos hoy». © Núñez, Vicente, «Resurrección», «En Taormina —¿en junio?—», «Peca mucho, y oféndeme». © O'Hara, Frank, «Poema», «Homosexualidad». © Panero, Leopoldo María, «Maco», «A Francisco», «Himno a Satán». © Pasolini, Pier Paolo, «David», «Como una brisa ligera», «¡Oh, yo jovencito!». © Penna, Sandro, «La vida... es acordarse de un despertar», «El sol que ha bruñido este cuerpo», «He aquí al chico acuático y feliz», «Veloz va el atleta adolescente», «Es hermosa la juventud y basta un poco». © Pérez Estrada, Rafael, «Lucha de dos adolescentes en esta playa», «Ángeles de la

desesperación y el abandono». © Peri Rossi, Cristina, «La bacante», «No podía dejar de amarla porque el olvido no existe», «Encomienda». © Pessoa, Fernando, «La lluvia caía fría en el alma de Adriano». © Piñera, Virgilio, «El resultado», «Palabras de joven». © Rich, Adrienne, «Reverberan por toda esta ciudad los anuncios de neón», «Despierto en tu lecho. Sé que he soñado», «Porque ya no somos jóvenes, las semanas han de bastar». © Sackville-West, Vita, «Primavera». © Simón, Nelson, «Eagles». © Spender, Stephen, «De qué manera extraña», «A T. A. R. H.», «Tosco y encantador…». © Spicer, Jack, «Entre tazas de café y soperas la Belleza caminaba», «Dardanéla», «El muchacho nunca había visto a un hombre honesto». © Stein, Gertrude, «Antes de que las flores de la amistad se marchitaran la amistad se marchitó», «Susie Asado», «La madre de nosotros todos». © Takahashi, Mutsuo, «La casa de té» (fragmento), «Autorretrato disfrazado de prostituta sagrada», «Autorretrato con un glorioso hueco». © Trinidad, David, «Jugando con muñecas», «Mi amante». © Villena, Luis Antonio de, «Parusia impura», «Hermosos rostros del pasado», «Himno de adoración en silencio». © Williams, Tennessee, «San Sebastián de Sodoma», «Tú y yo», «Unos hombres jóvenes que se levantan al amanecer». © Wratislaw, Theodore, «A un muchacho siciliano». © Yourcenar, Marguerite, «Cansados de esperar, los que nos esperaron», «Aquí están la miel profunda de las rosas», «Fuegos».